



José Joaquín Fernández de Lizardi

**El Periquillo Sarniento
Tomo IV**

Índice

Manuscrito

Que el autor dejó inédito por los motivos que expresa en la siguiente

Vida y hechos de Periquillo Sarniento

Escrita por él para sus hijos

Capítulo I

Refiere Periquillo su buena conducta en Manila, el duelo entre un inglés y un negro y una discusioncilla no despreciable

Capítulo II

Prosigue nuestro autor contando su buena conducta y fortuna en Manila. Refiere su licencia, la muerte del coronel, su funeral y otras friolerillas pasaderas

Capítulo III

En el que nuestro autor cuenta como se embarcó para Acapulco, su naufragio, el buen acogimiento que tuvo en una isla donde arribó, con otras cosillas curiosas

Capítulo IV

En el que nuestro Perico cuenta cómo se fingió conde en la isla, lo bien que lo pasó, lo que vio en ella y las pláticas que hubo en la mesa con los extranjeros, que no son del todo despreciables

Capítulo V

En el que refiere Periquillo cómo presencié unos suplicios en aquella ciudad, dice los que fueron y relata una curiosa conversación sobre las leyes penales que pasó entre el chino y el español

Capítulo VI

En el que cuenta Perico la confianza que mereció al chino, la venida de éste con él a México y los días felices que logró a su lado gastando mucho y tratándose como un conde

Capítulo VII

En el que Perico cuenta el maldito modo con que salió de la casa del chino, con otras cosas muy bonitas, pero es menester leerlas para saberlas

Capítulo VIII

En el que nuestro Perico cuenta cómo quiso ahorcarse, el motivo por que no lo hizo, la ingratitud que experimentó con un amigo, el espanto que sufrió en un velorio, su salida de esta capital y otras cosillas

Capítulo IX

En el que Periquillo refiere el encuentro que tuvo con unos ladrones, quiénes fueron éstos, el regalo que le hicieron y las aventuras que le pasaron en su compañía

Capítulo X

En el que nuestro autor cuenta las aventuras que le acaecieron en compañía de los ladrones, el triste espectáculo que se le presentó en el cadáver de un ajusticiado y el principio de su conversión

Capítulo XI

En el que Periquillo cuenta cómo entró a ejercicios en la Profesa, su encuentro con Roque, quién fue su confesor, los favores que le debió, no siendo entre éstos el menor haberlo acomodado en una tienda

Capítulo XII

En el que refiere Periquillo su conducta en San Agustín de las Cuevas y la aventura del amigo Anselmo, con otros episodios nada ingratos

Capítulo XIII

En el que refiere Perico la aventura del misántropo, la historia de éste y el desenlace del paradero del trapiento, que no es muy despreciable

Capítulo XIV

En el que Periquillo cuenta sus segundas nupcias y otras cosas interesantes para la inteligencia de esta verdadera historia

Capítulo XV

En el que Periquillo refiere la muerte de su amo, la despedida del chino, su última enfermedad y el editor sigue contando lo demás hasta la muerte de nuestro héroe

Capítulo XVI

En el que el Pensador refiere el entierro de Perico y otras cosas que llevan al lector por la mano al fin de esta ciertísima

historia

Pequeño vocabulario

De las voces provinciales de origen mexicano usadas en esta obra, a más de las anotadas en sus respectivos lugares

...Nadie crea que es suyo el retrato, sino que hay muchos diablos que se parecen unos a otros. El que se hallare tiznado, procure lavarse, que esto le importa más que hacer crítica y examen de mi pensamiento, de mi locución, de mi idea, o de los demás defectos de la obra.

TORRES VILLARROEL en su prólogo de la Barca de Aqueronte.

Manuscrito

Que el autor dejó inédito por los motivos que expresa en la siguiente

Copia de los documentos que manifiestan la arbitrariedad del gobierno español en esta América relativos a este cuarto tomo, por lo que se entorpeció su oportuna publicación en aquel tiempo y no ha podido ver la luz pública sino hasta el presente año. Paro en mi poder los documentos originales.

Excelentísimo señor:

Don Joaquín Fernández de Lizardi, con el debido respeto ante Vuestra Excelencia, digo: que el señor su antecesor me concedió su permiso para dar a las prensas una obrita que he compuesto con el título de Periquillo Sarniento, previa la calificación del señor alcalde de corte don Felipe Martínez.

Con esta condición y permiso han visto la luz pública los tres tomos primeros de esta obrita. El cuarto está concluido y aprobado por el ordinario, como verá Vuestra Excelencia por el documento que original acompaño; y, siendo necesaria para su publicación la licencia de Vuestra Excelencia, le suplico se sirva concedérmela, decretando si dicho tomo deberá pasar a la censura del señor Martínez como los tres anteriores, o a otro sujeto que sea del superior agrado de Vuestra Excelencia.

Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años. México, octubre 3 de 1816.

Excelentísimo señor.

Joaquín Fernández de Lizardi.

México, 6 de octubre de 1816.

Pase a la censura del señor alcalde del crimen don Felipe Martínez.

Una rúbrica. [4]

Excelentísimo señor:

He visto y reconocido el cuarto tomo del Periquillo Sarniento; todo lo rayado al margen en el capítulo primero en que habla sobre los negros

me parece, sobre muy repetido, inoportuno, perjudicial en las circunstancias e impolítico, por dirigirse contra un comercio permitido por el rey; igualmente las palabras rayadas al margen y subrayadas en el capítulo tercero deberán suprimirse; por lo demás, no hallo cosa que se oponga a las regalías de Su Majestad, y Vuestra Excelencia, si fuere servido, podrá conceder su superior licencia para que se imprima.

México, 19 de octubre de 1816.

Martínez.

México, 29 de noviembre de 1816.

No siendo necesaria la impresión de este papel, archívese el original y hágase saber al autor que no ha lugar a la impresión que solicita.

Una rúbrica.

Fecho.

Una rúbrica. [5]

Vida y hechos de Periquillo Sarniento
Escrita por él para sus hijos

Capítulo I

Refiere Periquillo su buena conducta en Manila, el duelo entre un inglés y un negro y una discusioncilla no despreciable

Experimentamos los hombres unas mutaciones morales en nosotros mismos de cuando en cuando que tal vez no acertamos a adivinar su origen, así como en lo físico palpamos muchos efectos en la naturaleza y no sabemos la causa que los produce, como sucede hasta hoy con la virtud atractiva del imán y con la eléctrica; por eso dijo el Poeta que era feliz quien podía conocer la causa de las cosas.

Pero así como aprovechamos los efectos de los fenómenos físicos sin más averiguación, así yo aproveché en Manila el resultado de mi fenómeno moral, sin meterme por entonces en inculcar su origen.

El caso fue que, ya por verme distante de mi patria, ya por libertarme de las incomodidades que me acarrearía el servicio [6] en la tropa por ocho años a que me sujetaba mi condena, o ya por el famoso tratamiento que me daba el coronel, que sería lo más cierto, yo procuré corresponder a sus confianzas, y fui en Manila un hombre de bien a toda prueba.

Cada día merecía al coronel más amor y más confianza, y tanta llegué a lograr que yo era el que corría con todos sus intereses, y los giraba según quería; pero supe darme tan buenas trazas que, lejos de disiparlos, como se debía esperar de mí, los aumenté considerablemente comerciando en cuanto podía con seguridad.

Mi coronel sabía mis industrias; mas, como veía que yo no aprovechaba nada para mí, y antes bien tenía sobre la mesa un libro que hice y titulé Cuaderno económico donde consta el estado de los haberes de mi amo, se complacía en ello y cacareaba la honradez de su hijo. Así me llamaba este buen hombre.

Como los sujetos principales de Manila veían el trato que me daba el coronel, la confianza que hacía de mí y el cariño que me dispensaba, todos los que apreciaban su amistad me distinguían y estimaban en más que a un simple asistente, y este mismo aprecio que yo lograba entre las personas decentes era un freno que me contenía para no dar que decir en aquella ciudad. Tan cierto es que el amor propio bien ordenado no es un vicio, sino un principio de virtud.

Como mi vida fue arreglada en aquellos ocho años, no me acaecieron aventuras peligrosas ni que merezcan referirse. Ya os he dicho que el hombre de bien tiene pocas desgracias que contar. Sin embargo, presencié algunos lancecillos no comunes. Uno de ellos fue el siguiente.

Un año que con ocasión de comercio habían pasado del puerto a la ciudad algunos extranjeros, iba por una calle un comerciante rico, pero negro. Debía de ser su negocio muy importante, porque iba demasiado violento y distraído, y en [7] su precipitada carrera no pudo excusarse de darle un encontrón a un oficial inglés que iba cortejando a una criollita principal; pero el encontrón o atropellamiento fue tan recio que, a no sostenerlo la manileña, va a dar al suelo mal de su grado. Con todo eso, del esquinazo que llevó se le calló el sombrero y se le descompuso el peinado.

No fue bastante la vanidad del oficialito a resistir tamaña pesadumbre, sino que inmediatamente corrió hacia el negro tirando de la espada. El pobre negro se sorprendió, porque no llevaba armas, y quizá creyó que allí llegaba el término de sus días. La señorita y otros que acompañaban al oficial lo contuvieron, aunque él no cesaba de echar bravatas en las que mezclaba mil protestas de vindicar su honor ultrajado por un negro.

Tanto negreó y vilipendió al inculpable moreno que éste le dijo en lengua inglesa: Señor, callemos. Mañana espero a usted para darle satisfacción con una pistola en el parque. El oficial contestó aceptando, y se serenó la cosa o pareció serenarse.

Yo, que presencié el pasaje y medio entendía algo del inglés, como supe la hora y el lugar señalado para el duelo, tuve cuidado de estar puntual allí mismo por ver en qué paraban.

En efecto, al tiempo aplazado llegaron ambos, cada uno con un amigo que nombraba padrino. Luego que se reconocieron, el negro sacó dos pistolas y presentándoselas al oficial le dijo: Señor, yo ayer no traté de ofender el honor de usted, el atropellarlo fue una casualidad imprevista; usted se cansó de maltratarme, y aun quería herirme o matarme; yo no tenía armas con que defenderme de la fuerza en el instante del enojo de usted, y conociendo que el emplazarlo a un duelo sería el medio más pronto para detenerlo y dar lugar a que se serenara, lo verifiqué y vine ahora a darle satisfacción con una pistola como le dije. [8]

Pues bien, dijo el inglés, despachemos, que aunque no me es lícito ni decente el medir mi valor con un negro, sin embargo, seguro de castigar a

un villano osado, acepté el desafío. Reconozcamos las pistolas.

Está bien, dijo el negro, pero sepa usted que el que ayer no trató de ofenderlo, tampoco ha venido hoy a este lugar con tal designio. El empeñarse un hombre de la clase de usted en morir o quitar la vida a otro hombre por una bagatela semejante me parece que lejos de ser honor es capricho, como lo es sin duda el tenerse por agraviado por una casualidad imprevista; pero, si la satisfacción que he dado a usted no vale nada, y es preciso que sea muriendo o matando, yo no quiero ser reo de un asesinato, ni exponerme a morir sin delito, como debe suceder si usted me acierta o yo le acierto el tiro. Así pues, sin rehusar el desafío, quede bien el más afortunado, y la suerte decida en favor del que tuviere justicia. Tome usted las pistolas; una de ellas está cargada con dos balas, y la otra está vacía; barájelas usted, revuélvalas, deme la que quiera, partamos, y quede la ventaja por quien quedare.

El oficial se sorprendió con tal propuesta; los testigos decían que éste no era el orden de los duelos, que ambos debían reñir con armas iguales y otras cosas que no convencían a nuestro negro, pues él insistía en que así debía verificarse el duelo para tener el consuelo de que si mataba a su contrario, el cielo lo ordenaba o lo favorecía para ello especialmente; y si moría era sin culpa, sino por la disposición del acaso como pudiera en un naufragio. A esto añadía que, pues el partido no era ventajoso a nadie, pues ninguno de los dos sabía a quién le tocaría la pistola descargada, el rehusar tal propuesta no podía menos que deber atribuirse a cobardía.

No bien oyó esta palabra el ardiente joven cuando, sin hacer aprecio de las reflexiones de los testigos, barajó las pistolas y, tomando la que te pareció, dio la otra al negro.

[9]

Volviéronse ambos las espaldas, anduvieron un corto trecho y, dándose las caras al descubrir, disparó el oficial al negro, pero sin fruto, porque él se escogió la pistola vacía.

Se quedó aturdido en el lance, creyendo con todos los testigos ser víctima indefensa de la cólera del negro; pero éste con la mayor generosidad le dijo: señor, los dos hemos quedado bien; el duelo se ha concluido; usted no ha podido hacer más que aceptarlo con las condiciones que puse, y yo tampoco pude hacer sino lo mismo. El tirar o no tirar pende de mi arbitrio; pero, si jamás quise ofender a usted, ¿cómo he de querer ahora viéndolo desarmado? Seamos amigos, si usted quiere darse por satisfecho; pero, si no puede estarlo sino con mi sangre, tome la pistola con balas y diríjalas a mi pecho.

Diciendo esto, le presentó la arma horrible al oficial, quien, conmovido con semejante generosidad, tomó la pistola, la descargó en el aire y, arrojándose al negro con los brazos abiertos, lo estrechó en ellos diciéndole con la mayor ternura: Sí, mister, somos amigos y lo seremos eternamente, dispensad mi vanidad y mi locura. Nunca creí que los negros fueran capaces de tener almas tan grandes. Es preocupación que aún tiene muchos sectarios, dijo el negro, quien abrazó al oficial con toda expresión.

Cuantos presenciamos el lance nos interesamos en que se confirmara

aquella nueva amistad, y yo, que era el menos conocido de ellos, no tuve embarazo para ofrecerme por amigo, suplicándoles me recibieran en tercio, y aceptaran el agasajo que quería hacerles llevándolos a tomar un ponche o una sangría en el café más inmediato.

Agradecieron todos mi obsequio y fuimos al café, donde mandé poner un buen refresco. Tomamos alegremente lo que apetecimos, y yo, deseando oír producir al negro, les dije: señores, para mí fue un enigma la última expresión que usted dijo de que jamás creyó que los negros fueran capaces de tener [10] almas generosas, y lo que usted contestó a ella diciendo que era preocupación tal modo de pensar, y cierto que yo hasta hoy he pensado como mi capitán, y apreciara aprender de la boca de usted las razones fundamentales que tiene para asegurar que es preocupación tal pensamiento.

Yo siento, dijo el prudente negro, verme comprometido entre el respeto y la gratitud. Ya sabe usted que toda conversación que incluya alguna comparación es odiosa. Para hablar a usted claramente es menester comparar, y entonces quizá se enojará mi buen amigo el señor oficial, y en tal caso me comprometo con él; si no satisfago el gusto de usted, falto a la gratitud que debo a su amistad, y así...

No, no, mister, dijo el oficial, yo deseo no sólo complacer a usted y hacerle ver que si tengo preocupaciones no soy indócil, sino que aprecio salir de cuantas pueda; y también quiero que estos señores tengan el gusto que quieren de oír hablar a usted sobre el asunto, y mucho más me congratulo de que haya entre usted y yo un tercero en discordia que ventile por mí esta cuestión.

Pues siendo así, dijo el negro dirigiéndome la palabra, sepa usted que el pensar que un negro es menos que un blanco generalmente es una preocupación opuesta a los principios de la razón, a la humanidad y a la virtud moral. Prescindo ahora de si está admitida por algunas religiones particulares, o si la sostiene el comercio, la ambición, la vanidad o el despotismo.

Pero yo quiero que de ustedes el que se halle más surtido de razones contrarias a esta proposición me arguya y me convenza si pudiere.

Sé y he leído algo de lo mucho que en este siglo han escrito plumas sabias y sensibles en favor de mi opinión; pero sé también que estas doctrinas se han quedado en meras teorías, porque en la práctica yo no hallo diferencia entre lo que hacían [11] con los negros los europeos en el siglo XVII y lo que hacen hoy. Entonces la codicia acercaba a las playas de mis paisanos sus embarcaciones, que llenaban de éstos, o por intereses o por fuerza, las hacían vomitar en sus puertos y traficaban indignamente con la sangre humana.

En la navegación ¿cuál era el trato que nos daban? El más soez e inhumano. Yo no quiero citar a ustedes historias que han escrito vuestros compatriotas, guiados de la verdad, porque supongo que las sabréis, y también por no estremecer vuestra sensibilidad; porque ¿quién oirá sin dolor que en cierta ocasión, porque lloraba en el navío el hijo de una negra infeliz y con su inocente llanto quitaba el sueño al capitán, éste mandó que arrojaran al mar a aquella criatura desgraciada, como se verificó con escándalo de la naturaleza?

Si era en el servicio que hacían mis paisanos y vuestros semejantes a los señores que los compraban, ¿qué pasaje tenían? Nada más cruel. Dígalo

la isla de Haití, que hoy llaman Santo Domingo; dígalo la de Cuba o La Habana, donde, con una calesa o una golosina con que habilitaban a los esclavos, los obligaban a tributar a los amos un tanto diario fijamente como en rédito del dinero que se había dado por ellos. Y si los negros no lograban fletes suficientes, ¿qué sufrirán? Azotes. Y las negras, ¿qué hacían cuando no podían vender sus golosinas? Prostituirse. ¡Cuevas de La Habana! ¡Paseos de Guanabacoa! Hablad por mí.

¿Y si aquellas negras resultaban con el fruto de su lubricidad o necesidad en las casas de sus amos, qué se hacía? Nada, recibir con gusto el resultado del crimen, como que de él se aprovechaban los amos en otro esclavito más.

Lo peor es que, para el caso, lo mismo que en La Habana se hacía a proporción en todas partes, y yo en el día no advierto diferencia en la materia entre aquel siglo y el presente. Crueldades, desacatos e injurias contra la humanidad se cometieron [12] entonces; e injurias, desacatos y crueldades se cometen hoy contra la misma, bajo iguales pretextos.

«La humanidad, dice el célebre Buffon, grita contra estos odiosos tratamientos que ha introducido la codicia, y que acaso renovarían todos los días, si nuestras leyes poniendo freno a la brutalidad de los amos no hubieran cuidado de hacer algo menor la miseria de sus esclavos; se les hace trabajar mucho, y se les da de comer poco, aun de los alimentos más ordinarios, dando por motivo que los negros toleran fácilmente el hambre, que con la porción que necesita un europeo para una comida tienen ellos bastante para tres días, y que por poco que coman y duerman están siempre igualmente robustos y con iguales fuerzas para el trabajo. ¿Pero cómo unos hombres que tengan algún resto de sentimiento de humanidad pueden adoptar tan crueles máximas, erigirlas en preocupaciones y pretender justificar con ellas los horribles excesos a que la sed del oro los conduce? Dejémonos de tan bárbaros hombres...».

Es verdad que los gobiernos cultos han repugnado este ilícito y descarado comercio, y, sin lisonjear a España, el suyo ha sido de los más opuestos. Usted (me dijo el negro), usted como español sabrá muy bien las restricciones que sus reyes han puesto en este tráfico, y sabrá las ordenanzas que sobre el tratamiento de esclavos mandó observar Carlos III; pero todo esto no ha bastado a que se sobresea en un comercio tan impuro. No me admiro, éste es uno de los gajes de la codicia. ¿Qué no hará el hombre, qué crimen no cometerá cuando trata de satisfacer esta pasión? Lo que me admira y me escandaliza es ver estos comercios tolerados, y estos malos tratamientos consentidos en aquellas naciones donde dicen reina la religión de la paz, y en aquéllas en que se recomienda el amor del semejante como el propio del individuo. Yo deseo, señores, que me descifréis este enigma. ¿Cómo cumpliré bien los preceptos [13] de aquella religión que me obliga a amar al prójimo como a mí mismo, y a no hacer a nadie el daño que repugno, comprando por un vil interés a un pobre negro, haciéndolo esclavo de servicio, obligándolo a tributarme a fuer de un amo tirano, descuidándome de su felicidad y acaso de su subsistencia, y tratándolo, a veces, quizá poco menos que bestia? Yo no sé, repito, cómo cumpliré en medio de estas iniquidades con aquellas santas obligaciones. Si ustedes saben cómo se concierta todo esto, os agradeceré me lo enseñéis, por si algún día se me antojare ser cristiano y comprar negros

como si fueran caballos. Lo peor es que sé por datos ciertos que hablar con esta claridad no se suele permitir a los cristianos por razones que llaman de estado o qué sé yo; lo cierto es que, si esto fuere así, jamás me aficionaré a tal religión; pero creo que son calumnias de los que no la apetecen.

Sentado esto, he de concluir con que el maltratamiento, el rigor y desprecio con que se han visto y se ven los negros, no reconoce otro origen que la altanería de los blancos, y ésta consiste en creerlos inferiores por su naturaleza, lo que, como dije, es una vieja e irracional preocupación.

Todos vosotros los europeos no reconocéis sino un hombre principio y origen de los demás, a lo menos los cristianos no reconocen otro progenitor que Adán, del que, como de un árbol robusto, descienden o se derivan todas las generaciones del universo. Si esto es así, y lo creen y confiesan de buena fe, es preciso argüirles de necios cuando hacen distinción de las generaciones, sólo porque se diferencian en colores, cuando esta variedad es efecto o del clima, o de los alimentos, o si queréis de alguna propiedad que la sangre ha adquirido y ha transmitido a tal y tal posteridad por herencia. Cuando leéis que los negros desprecian a los blancos por serlo, no dudáis de tenerlos por unos necios; pero jamás os juzgáis con igual severidad cuando pensáis de la misma manera que ellos. [14]

Si el tener a los negros en menos es por sus costumbres, que llamáis bárbaras, por su educación bozal y por su ninguna civilización europea, deberíais advertir que a cada nación le parecen bárbaras e inciviles las costumbres ajenas. Un fino europeo será en el Senegal, en el Congo, Cabo Verde, etc., un bárbaro, pues ignorará aquellos ritos religiosos, aquellas leyes civiles, aquellas costumbres provinciales y, por fin, aquellos idiomas. Transportad con el entendimiento a un sabio cortesano de París en medio de tales países, y lo veréis hecho un tronco que apenas podrá a costa de mil señas dar a entender que tiene hambre. Luego, si cada religión tiene sus ritos, cada nación sus leyes, y cada provincia sus costumbres, es un error crasísimo el calificar de necios y salvajes a cuantos no coinciden con nuestro modo de pensar, aun cuando éste sea el más ajustado a la naturaleza, pues si los demás ignoran estos requisitos por una ignorancia inculpable, no se les debe atribuir a delito.

Yo entiendo que el fondo del hombre está sembrado por igual de las semillas del vicio y de la virtud; su corazón es el terreno oportunamente dispuesto a que fructifique uno u otra, según su inclinación o su educación. En aquélla influye el clima, los alimentos y la organización particular del individuo, y en ésta la religión, el gobierno, los usos patrios, y el más o menos cuidado de los padres. Luego nada hay que extrañar que varíen tanto las naciones en sus costumbres, cuando son tan diversos sus climas, ritos, usos y gobiernos.

Por consiguiente, es un error calificar de bárbaros a los individuos de aquélla o aquellas naciones o pueblos que no suscriben a nuestros usos, o porque los ignoran, o porque no los quieren admitir. Las costumbres más sagradas de una nación son tenidas por abusos en otras; y aun los pueblos más cultos y civilizados de la Europa con el transcurso de los tiempos han desechado como inepcias mil envejecidas costumbres que veneraban como

dogmas civiles. [15]

De lo dicho se debe deducir que despreciar a los negros por su color y por la diferencia de su religión y costumbres es un error; el maltratarlos por ello, crueldad; y el persuadirse a que no son capaces de tener almas grandes que sepan cultivar las virtudes morales, es una preocupación demasiado crasa, como dije al señor oficial, y preocupación de que os tiene harto desengañados la experiencia, pues entre vosotros han florecido negros sabios, negros valientes, justos, desinteresados, sensibles, agradecidos, y aun héroes admirables.

Calló el negro, y nosotros, no teniendo qué responder, callamos también, hasta que el oficial dijo: yo estoy convencido de esas verdades, más por el ejemplo de usted que por sus razones, y creo desde hoy que los negros son tan hombres como los blancos, susceptibles de vicios y virtudes como nosotros, y sin más distintivo accidental que el color, por el cual solamente no se debe en justicia calificar el interior del animal que piensa, ni menos apreciarlo o abatirlo.

Iba a interrumpirse la tertulia cuando yo, que deseaba escuchar al negro todavía, llené los vasos, hice que brindáramos a la salud de nuestros semejantes los negros, y concluida esta agradable ceremonia dije al nuestro: mister, es cierto que todos los hombres descendemos después de la primera causa de un principio creado, llámese Adán, o como usted quiera; es igualmente cierto que, según este natural principio, estamos todos ligados íntimamente con cierto parentesco o conexión innegable, de modo que el emperador de Alemania, aunque no quiera, es pariente del más vil ladrón, y el rey de Francia lo es del último trapero de mi tierra, por más que no se conozcan ni lo crean; ello es que todos los hombres somos deudos los unos de los otros, pues que en todos circula la sangre de nuestro progenitor, y conforme a esto es una preocupación, como usted dice, o una quijotería el despreciar al negro por negro, [16] una crueldad venderlo y comprarlo, y una tiranía indisimulable el maltratarlo.

Yo convengo en esto de buena gana, pues semejante trato es repugnante al hombre racional; mas, limitando lo que usted llama desprecio a cierto aire de señorío con que el rey mira a sus vasallos, el jefe a sus subalternos, el prelado a sus súbditos, el amo a sus criados y el noble a los plebeyos, me parece que esto está muy bien puesto en el orden económico del mundo; porque si, porque todos somos hijos de un padre y componemos una misma familia, nos tratamos de un mismo modo, seguramente perdidas las ideas de sumisión, inferioridad y obediencia, el universo sería un caos en el que todos quisieran ser superiores, todos reyes, jueces, nobles y magistrados; y entonces, ¿quién obedecería? ¿Quién daría las leyes? ¿Quién contendría al perverso con el temor del castigo? ¿Y quién pondría a cubierto la seguridad individual del ciudadano? Todo se confundiría, y las voces de igualdad y libertad fueran sinónimas de la anarquía y del desenfreno de todas las pasiones. Cada hombre se juzgara libre para erigirse en superior de los demás, la natural soberbia calificaría de justas las atrocidades de cada uno, y en este caso nadie se reconocería sujeto a ninguna religión, sometido a ningún gobierno, ni dependiente de ninguna ley, pues todos querrían ser legisladores y pontífices universales; y ya ve usted que en esta triste hipótesis todos serían asesinatos, robos, estupros, sacrilegios y crímenes.

Pero, por dicha nuestra, el hombre, viendo desde los principios que tal estado de libertad brutal le era demasiado nociva, se sujetó por gusto y no por fuerza, admitió religiones y gobiernos, juró sus leyes e inclinó su cerviz bajo el yugo de los reyes o de los jefes de las repúblicas.

De esta sujeción dictada por un egoísmo bien ordenado nacieron las diferencias de superiores e inferiores que advertimos en todas las clases del estado, y en virtud de la justificación [17] de esta alternativa no me parece violento que los amos traten a sus criados con autoridad, ni que éstos los reconozcan con sumisión, y siendo los negros esclavos unos criados adquiridos con un particular derecho en virtud del dinero que costaron, es fácil concluir que deben vivir más sujetos y obedientes a sus amos, y que en éstos reside doble autoridad para mandarlos.

Callé, y me dijo el negro: español, yo no sé hablar con lisonja; usted me dispense si le incomoda mi sinceridad; pero ha dicho algunas verdades que yo no he negado, y de ellas quiere deducir una conclusión que jamás concederé.

Es inconcuso que el orden jerárquico está bien establecido en el mundo, y entre los negros y los que llamáis salvajes hay alguna especie de sociedad, la cual, aun cuando esté sembrada de mil errores lo mismo que sus religiones, prueba que en aquel estado de barbarie tienen aquellos hombres alguna idea de la Divinidad y de la necesidad de vivir dependientes, que es lo que vosotros los europeos llamáis vivir en sociedad.

Según esto, es preciso que reconozcan superiores y se sujeten a algunas leyes. La naturaleza y la fortuna misma dictan cierta clase de subordinaciones a los unos, y confieren cierta autoridad a los otros; y así, ¿en qué nación, por bárbara que sea, no se reconoce el padre autorizado para mandar al hijo, y éste constituido en la obligación de obedecerlo? Yo no he oído decir de una sola que esté excluida de estos innatos sentimientos.

Los mismos tiene el hombre respecto de su mujer, y ésta de su marido; el amo respecto de su criado, el señor respecto de sus vasallos, éstos de aquéllos, y así de todos.

¿Y en qué nación o pueblo, de los que llaman salvajes vuelvo a decir, dejarán los hombres de estar ligados entre sí con alguna de estas conexiones? En ninguno, porque en todos hay hombres y mujeres, hijos y padres, viejos y mozos. Luego [18] pensar que hay algún pueblo en el mundo donde los hombres vivan en una absoluta independencia, y disfruten una libertad tan brutal que cada uno obre según su antojo, sin el más mínimo respeto ni subordinación a otro hombre, es pensar una quimera, pues no sólo no ha habido tal nación, mientan como quieran los viajeros, pero ni la pudiera haber, porque el hombre, siempre soberbio, no aspiraría sino a satisfacer sus pasiones a toda costa, y cada uno queriendo hacer lo mismo, se querría erigir en un tirano de los demás, y de este tumultuoso desorden se seguiría sin falta la ruina de sus individuos. Hasta aquí vamos de acuerdo usted y yo.

Tampoco me parece fuera de la razón que los amos y toda clase de superiores se manejen con alguna circunspección con sus súbditos. Esto está en el orden, pues, si todos se trataran con una misma igualdad, éstos perderían el respeto a aquéllos, a cuya pérdida seguiría la

insubordinación, a ésta el insulto y a éste el trastorno general de los estados.

Mas no puedo coincidir con que esta cierta gravedad, o seriedad, pase en los superiores a ser ceño, orgullo y altivez. Estoy seguro que, así como con lo primero se harán amables, con lo segundo se harán aborrecibles.

Es una preocupación pensar que la gravedad se opone a la afabilidad, cuando ambas cosas cooperan a hacer amable y respetable al superior. Cosa ridícula sería que éste se expusiera a que le faltaran al debido respeto los inferiores, haciéndose con ellos uno mismo; pero también es cosa abominable el tratar a un superior que a todas horas ve al súbdito erguido el cuello, rezongando escasísimas palabras, encapotando los ojos y arrugando las narices como perro dogo. Esto, lejos de ser virtud, es vicio; no es gravedad sino quijotería. Nadie compra más baratos los corazones de los hombres que los superiores, y tanto menos les cuestan cuanto más elevado es el grado de superioridad. Una mirada apacible, una respuesta suave, un tratamiento cortés, cuesta poco y vale mucho [19] para captarse una voluntad; pero por desgracia la afabilidad apenas se conoce entre los grandes. La usan, sí, mas la usan con los que han menester, no con los que los han menester a ellos.

Yo he viajado por algunas provincias de la Europa y en todas he observado este proceder, no sólo en los grandes superiores, sino en cualquier rico... ¿qué digo rico?, un atrapalmejas, un empleado en una oficina, un mayordomo de casa grande, un cajerillo, un cualquiera que disfrute tal cual protección del amo o jefe principal, ya se maneja con el que lo va a ocupar por fuerza con más orgullo y grosería que acaso el mismo en cuyo favor apoya su soberbia. ¡Infelices!, no saben que aquellos que sufren sus desaires son los primeros que abominan su inurbana conducta y maldicen sus altísimas personas en los cafés, calles y tertulias, sin descuidarse en indagar sus cunas y los modos acaso vergonzosos con que lograron entronizarse.

Me he alargado, señores; mas ustedes bien reflexionarán que yo sé conciliar la gravedad conveniente a un amo, o sea, el superior que fuero, con la afabilidad y el trato humano debido a todos los hombres; y usted, español, advertirá que unas son las leyes de la sociedad, y otras las preocupaciones de la soberbia; que, por lo que toca al doble derecho que usted dijo que tienen los amos de los negros para mandarlos, no digo nada, porque creo que lo dijo por mero pasatiempo, pues no puede ignorar que no hay derecho divino ni humano que califique de justo el comerciar con la sangre de los hombres.

Diciendo esto, se levantó nuestro negro y, sin exigir respuesta a lo que no la tenía, brindó con nosotros por última vez y, abrazándonos y ofreciéndonos todos recíprocamente nuestras personas y amistad, nos retiramos a nuestras casas.

Algunos días después tuve la satisfacción de verme a ratos con mis dos amigos el oficial y el negro, llevándolos a casa [20] del coronel, quien les hacía mucho agasajo; pero me duró poco esta satisfacción, porque al mes del suceso referido se hicieron a la vela para Londres.

Capítulo II

Prosigue nuestro autor contando su buena conducta y fortuna en Manila. Refiere su licencia, la muerte del coronel, su funeral y otras friolerillas pasaderas

En los ocho años que viví con el coronel me manejé con honradez, y con la misma correspondí a sus confianzas, y esto me proporcionó algunas razonables ventajas, pues mi jefe, como me amaba y tenía dinero, me franqueaba el que yo le pedía para comprar varias anchetas en el año, que daba por su medio a algunos comerciantes para que me las vendiesen en Acapulco. Ya se sabe que en los efectos de China, y más en aquellos tiempos y a la sombra de las cajas que llaman de permiso, dejaban de utilidad un ciento por ciento, y tal vez más. Con esto es fácil concebir que, en cuatro viajes felices que logré hicieran mis comisionados, comenzando con el principalillo de mil pesos, al cabo de los ocho años ya yo contaba míos como cosa de ocho mil, adquiridos con facilidad y conservados con la misma, pues no tenía en qué gastarlos, ni amigos que me los disiparan.

El día mismo que se cumplieron los ocho años de mi condena, contados desde el día en que me pasaron por cajas (1) en México, me llamó el coronel y me dijo: Ya has cumplido a mi lado el tiempo que debías haber cumplido entre la tropa como por castigo, según la sentencia que merecieron en México tus [21] extravíos. En mi compañía te has portado con honor, y yo te he querido con verdad, y te lo he manifestado con las obras. Has adquirido, desterrado y en tierra ajena, un principalito que no pudiste lograr libre en tu patria; esto, más que a fortuna, debes atribuirlo al arreglo de tus costumbres, lo que te enseña que la mejor suerte del hombre es su mejor conducta, y que la mejor patria es aquella donde se dedica a trabajar con hombría de bien.

Hasta hoy has tenido el nombre de asistente, aunque no el trato; pero desde este instante ya estás relevado de este cargo, ya estás libre, toma tu licencia; ya sabes que tienes en mi poder ocho mil pesos, y así, si quieres volver a tu patria, prevén tus cosas para cuando salga la nao.

Señor, le dije yo enternecido por su generosidad, no sé cómo significar a Vuestra Señoría mi gratitud por los muchos y grandes favores que le he debido, y siento mucho la proposición de Vuestra Señoría, pues ciertamente, aunque celebro mi libertad de la tropa, no quisiera separarme de esta casa, sino quedarme en ella aunque fuera de último criado; pues bien conozco que desechándome Vuestra Señoría pierdo no a mi jefe ni a mi amo, sino a mi bienhechor, a mi mejor amigo, a mi padre.

Vamos, deja eso, dijo el coronel, el decirte lo que has oído no es porque esté descontento contigo ni quiera echarte de mi casa (que debes contar por tuya), sino por ponerte en entera posesión de tu libertad, pues, aunque me has servido como hijo, viniste a mi lado como presidiario, y, por más que no hubieras querido, hubieras estado en Manila este tiempo. Fuera de esto considero que el amor de la patria, aunque es una preocupación, es una preocupación de aquellas que, a más de ser inocentes en sí, pueden ser principio de algunas virtudes cívicas y morales. Ya te he dicho, y has leído, que el hombre debe ser en el mundo un cosmopolita o paisano de todos sus semejantes, y que la patria del filósofo es el mundo;

pero, como [22] no todos los hombres son filósofos, es preciso coincidir, o a lo menos disimular, sus envejecidas ideas, porque es ardua, si no imposible empresa, el reducirlos al punto céntrico de la razón; y la preocupación de distinguir con cierto amor particular el lugar de nuestros nacimientos es muy antigua, muy radicada y muy santificada por el común de los hombres.

Te acordarás que has leído que Ovidio gemía en el Ponto no tanto por la intemperie del clima, ni por el miedo de los Getas, naciones bárbaras, guerreras y crueles, cuanto por la carencia de Roma, su patria; has leído sus cartas y visto en ellas los esfuerzos que hizo para que a lo menos le acercaran el destierro, sin perdonar cuantas adulaciones pudo, hasta hacer Dios a Augusto César que lo desterró.

Pero, ¿qué me entretengo en citar este ejemplo del amor de la patria, cuando tú mismo has visto que un indio del pueblo de Ixtacalco no trocará su jacal por el palacio del virrey de México?

En efecto, sea preocupación o lo que fuere, este amor de la tierra en que nacemos no sé qué tiene de violento que es menester ser muy filósofos para desprendernos de él, y lo peor es que no podemos desentendernos de esta particular obligación sin incurrir en las feas notas de ingratos, viles y traidores.

Por esto, pues, Pedrillo, quise enterarte de la libertad que ya disfrutas, y porque pensé que tu mayor satisfacción sería restituirte a tu patria y al seno de tus amigos y parientes.

Muy bien está eso, señor, dije yo, justo será amar a la patria por haber nacido en ella o por las conexiones que ligan a los hombres entre sí; pero eso que se quede para los que se consideren hijos de su patria, y para aquéllos con quienes ésta haya hecho los oficios de madre, pero no para mí, con quien se ha portado como madrastra. En mis amigos he advertido el más sórdido interés de su particular provecho, de modo que cuando he tenido un peso he contado un sin fin de amigos, y, luego que me han visto sin blanca, han dado media vuelta a la [23] derecha, me han dejado en mis miserias, y hasta se han avergonzado de hablarme; en mis parientes he visto el peor desconocimiento, y la mayor ingratitud en mis paisanos. ¿Conque a semejante tierra será capaz que yo la ame como patria por sus naturales? No señor, mejor es reconocerla madre por sus casas y paseos, por su Orilla, Ixtacalco y Santa Anita, por su San Agustín de las Cuevas, San Ángel y Tacubaya, y por estas cosas así. De verdad aseguro a Vuestra Señoría que no la extraño por otros motivos. Ni una alma de allá me debe la memoria más mínima; al paso que hasta sueño la fiesta de Santiago, y hasta las almuercerías de las Cañitas y de Nana Rosa (2).

No, no te esfuerces mucho en persuadirme ese tu modo de pensar, dijo el coronel, pero sábetelo que es amuchachado y muy injusto. Verdad es que no sólo para ti sino para muchos es la patria madrastra; pero, prescindiendo de razones políticas que embarazan en cualquier parte la igualdad de fortunas en todos sus naturales, has de advertir que muchos por su mala cabeza tienen la culpa de perecer en sus patrias por más que sus paisanos sean benéficos; porque ¿quién querrá exponer su dinero ni franquear su casa a un joven disipado y lleno de vicios? Ninguno, y en tal caso los tales pícaros ¿deberán quejarse de sus patrias y de sus paisanos, o más bien de su estragada conducta?

Tú mismo eres un testigo irrefragable de esta verdad; me [24] has contado tu vida pasada, examínala y verás como las miserias que padeciste en México, hasta llegar a verte en una cárcel, reputado por ladrón, y por fin confinado a un presidio, no te las granjeó tu patria ni la mala índole de tus paisanos, sino tus locuras y tus perversos amigos.

Mientras que el coronel hacía este sólido discurso, di un repaso a los anales de mi vida, y vi de bulto que todo era como me lo decía, y entre mí confirmaba sus asertos, acordándome tanto de los malos amigos que me extraviaron, como Enero, Martín Pelayo, el Aguilucho y otros, como de otros amigos buenos que trataron de reducirme con sus consejos, y aun me socorrieron con su dinero, como don Antonio, el mesonero, el trapiento, etc., y así interiormente convencido dije a mi jefe: señor, no hay duda que todo es como Vuestra Señoría me lo dice, conozco que aún estoy muy en bruto, y necesito muchos golpes de la sana doctrina de Vuestra Señoría para limarme, y por lo mismo no quisiera desamparar su casa.

No hay motivo para eso, dijo el coronel, siempre que tu conducta sea la que ha sido hasta aquí, ésta será tu casa y yo tu padre. Le di un estrecho abrazo por su favor y concluyó esta seria sesión quedándome en su compañía con la confianza que siempre y disfrutando las mismas satisfacciones; pero estaba muy cerca el plazo de mi felicidad, se acabó presto.

Como a los dos meses de estar ya viviendo de paisano, un día después de comer le acometió a mi amo un insulto apoplético tan grave y violento que apenas le dio una corta tregua para recibir la absolución sacramental, y como a las oraciones de la noche falleció en mis brazos dejándome en el mayor pesar y desconsuelo.

Inmediatamente concurrió a casa lo más lucido de Manila; dispusieron amortajar el cadáver a lo militar, y cuanto era necesario en aquella hora porque yo no estaba capaz de nada.

Como el interés es el demonio, no faltó quien luego tratara [25] de que la justicia se apoderara de los bienes del difunto, asegurando que había muerto intestado; pero su confesor ocurrió prontamente al desengaño pidiéndome la llave de su escribanía privada.

La di y sacaron el testamento cerrado que pocos días antes había otorgado mi amo, el que se leyó, y se supo que dejaba encargado su cumplimiento a su compadre el Conde de San Tirso, caballero muy virtuoso y que lo amaba mucho.

El testamento se reducía a que a su fallecimiento se pagasen de sus bienes las deudas que tuviese contraídas, y del remanente se hiciesen tres partes, y se diese una a una sobrina suya que tenía en España en la ciudad de Burgos; otra a mí, si estaba yo en su compañía; y la tercera a los pobres de Manila, o del lugar donde muriera, y caso de no estar yo a su lado, se le adjudicara a dichos pobres la parte que se me destinaba.

Con esto se acabó la esperanza del manejo a los que pretendían el intestato, y se dio paso al funeral.

Al día siguiente, apenas se divulgó por la ciudad la muerte del coronel, cuando se llenó la casa de gente. ¿Pero de qué gente? De doncellas pobres, de viudas miserables, de huérfanos desamparados y otros semejantes infelices a quienes mi amo socorría con el mayor silencio, cuya subsistencia dependía de su caridad.

Estaba el cadáver en el féretro, en medio de la sala, rodeado de todas aquellas familias desgraciadas que lloraban amargamente su orfandad en la muerte de su benefactor, a quien con la mayor ternura le cogían las manos, se las besaban, y regándolas con el agua del dolor decían a gritos: ha muerto nuestro bienhechor, nuestro padre, nuestro mejor amigo... ¿Quién nos consolará? ¿Quién suplirá su falta?

Ni la publicidad, ni la concurrencia de los grandes señores que suelen solemnizar estas funciones por cumplimiento, bastaba [26] a contener a tanto miserable que se consideraba desamparado y sujeto desde aquel momento al duro yugo de la indigencia. Todos lloraban, gemían y suspiraban, y, aun cuando daban treguas a su llanto, publicaban la bondad de su benefactor con la tristeza de sus semblantes.

No desampararon el cadáver hasta que lo cubrió la tierra. La música fúnebre lograba las más dulces consonancias con los tristes gemidos de los pobres, legítimos dolientes del difunto, y las bóvedas del sagrado templo recibían en sus concavidades los últimos esfuerzos del más verdadero sentimiento.

Concluida esta religiosa ceremonia, me volví a la casa lleno de tal dolor que en los nueve días no estuve apto ni para recibir los pésames.

Pasado este término, el albacea hizo los inventarios; se realizó todo y se cumplió la voluntad del testador, entregándome la parte que me tocaba, que fueron tres mil y pico de pesos, los que recibí con harta pesadumbre por la causa que me hacía dueño de ellos.

Pasados cerca de tres meses me hallé más tranquilo, y no me acordaba tanto de mi padre y favorecedor; ya se ve que me duró la memoria mucho tiempo respecto de otros, pues he notado que hijos, mujeres y amigos de los difuntos, aun entre los que se precian de amantes, suelen olvidarlos más presto, y divertirse a este tiempo con la misma frescura que si no los hubieran conocido, a pesar de los vestidos negros que llevan y les recuerdan su memoria.

Como ya tenía más de once mil pesos míos y estaba bien conceptuado en Manila, procuré no extraviarme ni faltar al método de vida que había observado en tiempo del coronel, a pesar de los siniestros consejos y provocaciones de los malos amigos que nunca faltan a los hombres libres y con dinero; y esto lo hacía así por no disipar mis monedas, como por no perder el crédito de hombre de bien que había adquirido. ¡Qué cierto [27] es que el amor al dinero y nuestro amor propio, aunque no son virtudes, suelen contenernos y ser causa de que no nos prostituyamos a los vicios!

De este evidente principio nace esta necesaria consecuencia: que mientras menos tiene que perder el hombre, es más pícaro, o, cuando no lo sea, está más expuesto a serlo. Por eso los hombres más pobres y los más soeces de las repúblicas son los más perdidos y viciosos, porque no tienen ni honor ni intereses que perder, y por lo mismo están más propensos a cometer cualquier delito y a emprender cualquiera acción por vil y detestable que sea; y por esto también dicta la razón que se debería procurar con el mayor empeño por todos los superiores que sus súbditos no se educasen vagos e inútiles.

Pero, dejando estas reflexiones para los que tienen el cargo de mandar a los demás, y volviendo a mí, digo que, viéndome solo en Manila y con dinero, me picó el deseo de volver a mi patria, así para que viesen

mis paisanos la mudanza de mi conducta, como para lucir y disfrutar en México de mi caudal, que ya lo podía nombrar de esta manera según mis cuentas.

Para esto emplié con tiempo mis monedas, comprando bien barato, y, cuando fue tiempo de que la nao se alistara para Acapulco, me despedí de todos mis amigos y de los de mi amo, a cuya memoria, antes que otra cosa, dispuse que se le hiciese un solemne novenario de misas, lo que se me tuvo muy a bien, y concluido esto salí para Cavite y me embarqué con todos mis intereses. [28]

Capítulo III

En el que nuestro autor cuenta como se embarcó para Acapulco, su naufragio, el buen acogimiento que tuvo en una isla donde arribó, con otras cosillas curiosas

¡Qué deliciosos son aquellos fantásticos jardines en que solemos pasearnos a merced de nuestros deseos! ¡Qué cuentas tan alegres nos hacemos cuando las hacemos sin la huéspedea, esto es, cuando no prevenimos lo adverso que puede suceder, o lo más cierto, cuando no advertimos que la alta Providencia puede tener decretadas cosas muy distintas de las que nos imaginamos!

Tales fueron las que yo hice en Manila cuando me embarqué con mi ancheta para Acapulco. Once mil pesos empleados en barata, decía yo, realizados con estimación en México, producirán veinte y ocho o treinta mil; éstos, puestos en giro con el comercio de Veracruz, en un par de años se hacen cincuenta o sesenta mil pesos. Con semejante principal yo, que no soy tonto ni muy feo, ¿por qué no he de pensar en casarme con una muchacha que tenga por lo menos otro tanto de dote? Y con un capital tan razonable, ¿por qué no he de buscar en otro par de años, ruinmente y libres de gastos, cuarenta o cincuenta talegas? Con éstas, ¿por qué no he de poder lograr en Madrid un título de conde o marqués? Seguramente con menos dinero sé que otros lo han conseguido. Muy bien; pero siendo conde o marqués ya me será indecoroso el ser comerciante con tienda pública, me llamarán el marqués del Alepín, o el conde de la Musolina. ¿Y qué le hace? ¿Muchos no se han titulado y subido a tan altas cumbres por iguales escalones? Pero, sin embargo, es menester buscar otro giro por donde subsistir, siquiera para que no me muerdan mucho los envidiosos maldicientes. ¿Y qué giro será éste? El campo, sí, ¿cuál otro más [29] propio y honorífico para un marqués que el campo? Compraré un par de haciendas de las mejores, las surtiré de fieles e inteligentes administradores y, contando por lo regular con la fertilidad de mi patria, levantaré unas cosechas abundantísimas, acopiaré muchos doblones, seré un hombre visible en México, contaré con las mejores estimaciones, y mi mujer, que sin duda será muy bonita y muy graciosa, se llevará todas las atenciones, ¿y por qué no se merecerá las de la virreina? Ya se ve que sí, la amaré por su presencia, por su discreción y porque yo fomentaré esta amistad con los obsequios que saben ablandar a los peñascos. Ya que esté de punto la virreina y sea íntima amiga de mi mujer, ¿por qué no he de aprovechar su patrocinio? Me valdré de él, lograré la mayor estrechez con

el virrey y, conseguida, con muy poco dinero beneficiaré un regimiento; seré coronel, y he aquí de un día a otro a Periquillo con tres galones y un usía en el cuerpo más grande que una casa.

¿Parará en esto? No señor, las haciendas aumentarán sus productos, mis cofres reventarán en doblones, y entonces mi amigo el virrey se retirará a España y yo me iré en su compañía. Él, por una parte bien quisto con el rey y por otra oprimido de mis favores, hará por mí cuanto pueda en el ministerio de gracia y justicia en el departamento de Indias; yo no me descuidaré en granjear la voluntad del secretario de estado, y a pocos lances, a lo más dentro de dos años, consigo los despachos de virrey de México. Esto es de cajón, y tan fácil de hacerse como lo digo, y entonces... ¡Ah!, ¡qué gozo ocupará mi corazón el día que tome posesión del virreinato de mi tierra!

¡Oh!, ¡y cuantas adulaciones no me harán todos mis conocidos! ¡Qué de parientes y amigos no me resultarán, y cómo no temerán mi indignación todos los que me han visto con desprecio!

Fuera de esto, ¿qué días tan alegres no me pasará en el gobierno [30] de aquel vasto y dilatado reino? ¿Qué de dinero no juntaré por todos los medios posibles, sean los que sean? ¿Qué diversiones no disfrutaré? ¿Qué multitud de aduladores no me rodeará canonizando mis vicios como si fueran las virtudes más eminentes, aunque en el juicio de residencia no se vuelvan a acordar de mí, o tal vez sean mis peores enemigos? Pero, en fin, aquellos años cuando menos los pasará anegados en las delicias, y no descuidándome en atesorar plata; con ella podré tapar las bocas de mis enemigos y comprar las de mis amigos, para que éstos abonen mi conducta y aquéllos callen mis defectos; y, en este caso, he aquí un Periquillo, un hidalgo según dicen, un hombre de mediana fortuna, y si se quiere un pillo de primera, bonificado a la faz del rey y de los hombres buenos, por más que sus iniquidades gritarían la venganza entre los particulares agraviados.

Así ni más ni menos era mi modo de pensar en aquellos días primeros que navegaba para mi tierra, y, si Dios hubiera llenado la medida de mis inicuos deseos, quién sabe si hoy estarían infinitas familias desgraciadas, la mía deshonrada y yo mismo decapitado en un patíbulo.

Siete días llevábamos de navegación, y en ellos tenía yo la cabeza llena de mil delirios con mi soñado virreinato. Bandas, bordados, excelencias, obsequios, sumisiones, banquetes, vajillas, paseos, coches, lacayos, libreas y palacios eran los títeres que bailaban sin cesar en mi loco cerebro, y con los que se divertía mi tonta imaginación.

Tan acalorado estaba con estas simplezas que, aún no ponía la primera piedra a este vano edificio, cuando ya me hallaba revestido de cierta soberbia con la que pretendía cobrar gajes de virrey sin pasar de un triste Periquillo; y en virtud de esto hablaba poco y muy mesurado con los principales del barco, y menos o nada con mis iguales, tratando a mis inferiores con un aire de majestad el más ridículo. [31]

Inmediatamente notaron todos mi repentina mutación, porque, si antes me habían visto jovial y cariñoso, dentro de cuatro días me veían fastidioso, soberbio e intratable, por lo que unos me ridiculizaban, otros me hacían mil desaires y todos me aborrecían con razón.

Yo advertía su poco cariño, pero decía a mis solas: ¿qué con que esta

gentuza me desprecie? ¿Para qué los necesita un virrey? El día que tome posesión de mi empleo, estos que ahora se retiran de mí, serán los primeros que se pelarán las barbas por adularme. Así continuaba el nuevo Quijote en sus locuras caballerescas, que iban tan en aumento de día en día y de instante en instante que, a no permitir Dios que se revolvieran los vientos, ésta fuera la hora en que yo hubiera tomado posesión de una jaula en San Hipólito.

Fue el caso que, al anochecer del día séptimo de nuestra navegación, comenzó a entoldarse el cielo y a oscurecerse el aire con negras y espesas nubes; el nordeste soplabá con fuerza en contra de nuestra dirección; a pocas horas creció la cerrazón, oscureciéndose los horizontes; comenzaron a desgajarse fuertes aguaceros, mezclándose con el agua multitud de rayos que cruzando por la atmósfera aterrorizaban los ojos que los veían.

A las seis horas de esta fatiga se levantó un sudeste furioso, los mares crecían por momentos y hacían unas olas tan grandes que parecía que cada una de ellas iba a sepultar el navío. Con los fuertes huracanes y repetidos balances no quedó un farol encendido; a tientas procuraban maniobrar los marineros; la terrible luz de los relámpagos servía de atemorizarnos más, pues unos a otros veíamos en nuestros pálidos semblantes pintada la imagen de la muerte, que por momentos esperábamos.

En este estado un golpe de mar rompió el timón, otro el palo del bauprés, y una furiosa sacudida de viento quebró el mastelero del trinquete. Crujía la madera y las jarcias sin [32] poderse recoger los trapos que ya estaban hechos pedazos, porque no podía la gente detenerse en las vergas.

Como los vientos variaban y carecíamos del timón, bogaba el barco sobre las olas por donde aquéllos lo llevaban; no valió cerrar los escotillones para impedir que se llenara de agua con los golpes de mar, ni podíamos desaguar lo suficiente con el auxilio de las bombas.

En tan deplorable situación ya se deja entender cuál sería nuestra consternación, cuáles nuestros sustos y cuán repetidos nuestros votos y promesas.

En tan críticas y apuradas circunstancias llegó el fatal momento del sacrificio de las víctimas navegantes. Como el navío andaba de acá para allá lo mismo que una pelota, en una de éstas dio contra un arrecife tan fuerte golpe que, estrellándose en él, se abrió como granada desde la popa al cumbés, haciendo tanta agua que no quedó más esperanza que encomendarse a Dios y repetir actos de contrición.

El capellán absolvió de montón, y todos se conformaron con su suerte a más no poder.

Yo, luego que advertí que el barco se hundía, trepé a la cubierta como gato, y la divina Providencia me deparó en ella un tablón del que me así con todas mis fuerzas, porque había oído decir que valía mucho una tabla en un naufragio; pero apenas la había tomado, cuando me vi sobreaguar, y a la luz macilenta de un relámpago vi frente de mis ojos acabarse de ir a pique todo el buque.

Entonces me sobrecogí del más íntimo terror, considerando que todos mis compañeros habían perecido y yo no podía dejar de correr igual funesta suerte.

Sin embargo, el amor de la vida y aquella tenaz esperanza que nos acompaña hasta perderla, alentaron mis desmayadas fuerzas y, afianzado de la tabla, haciendo promesas a millones e invocando a la madre de Dios bajo la advocación de Guadalupe, [33] me anduve sosteniendo sobre las aguas, llevado a la discreción de las olas y de los vientos.

Unas veces el peso de las olas me hundía, y otras el aire contenido en los poros de la tabla me hacía surgir sobre la superficie del agua.

Como hora y media batallarí yo entre estas ansias mortales sin ninguna humana esperanza de remedio, cuando, disipándose las nubes, sosegándose los mares y aquietándose los vientos, amaneció la aurora, más hermosa para mí en aquel punto que lo fue para el monarca más pacífico del universo. El sol no tardó en manifestar su bella y resplandeciente cara. Yo estaba casi desnudo y veía la extensión de los mares; pero, acobardado mi espíritu con el pasado infortunio, y temeroso siempre de perder la vida en aquel piélago, no podía ver con entero placer las delicias de la naturaleza.

Aferrado con mi tabla, no trataba sino de sobreaguar, temiendo siempre la sorpresa de algún pez carnicero, cuando en esto que oí cerca de mí voces humanas. Alcé la cara, extendí la vista y observé que los que me gritaban eran unos pescadores que bogaban en un bote. Los miré con atención y observé que se acercaban hacia mí. Es imponderable el gusto que sintió mi corazón al ver que aquellos buenos hombres venían volando a mi socorro, y más cuando, abordándose el barquillo con mi tabla, extendieron los brazos y me pusieron en su bote.

Ya estaba yo enteramente desnudo y casi privado de sentido. En este estado me pusieron boca abajo y me hicieron arrojar porción de agua salada que había tragado. Luego me dieron unas friegas generales con paños de lana, y me confortaron con espíritu de cuerno de ciervo que por acaso llevaba uno de ellos, después de lo cual me abrigaron y condujeron al muelle de una isla que estaba muy cerca de nosotros.

Al tiempo de desembarcarme, volví en mí del desmayo o pataleta que me acometió, y vi y advertí lo siguiente.

Me pusieron bajo un árbol copado que había en el muelle, y [34] luego se juntó alrededor de mí porción de gente, entre la que distinguí algunos europeos. Todos me miraban y me hacían mil preguntas de mera curiosidad, pero ninguno se dedicaba a favorecerme. El que más hizo me dio una pequeña moneda del valor de medio real de nuestra tierra. Los demás me compadecían con la boca y se retiraban diciendo: ¡Qué lástima...! ¡Pobrecito...! Aún es mozo..., y otras palabras vanas como éstas, y con tan oportunos socorros se daban por contentos y se marchaban.

Los isleños pobres me veían, se enternecían, no me daban nada, pero no me molestaban con preguntas, o porque no nos habíamos de entender, o porque tenían más prudencia.

Sin embargo de la pobreza de esta gente, uno me llevó una taza de té y un pan, y otro me dio un capisayo roto que yo agradecí con mil ceremonias, y me lo encajé con mucho gusto porque estaba en cueros y muerto de frío. Tal era el miserable estado del virrey futuro de Nueva España, que se contentó con el vestido de un plebeyo sangley, que por tal lo tuve. Bien que entonces ya no pensaba yo en virreinos, palacios ni libreas, ni arrugaba las cejas para ver, ni economizaba las palabras;

antes sí procuraba poner mi semblante de lo más halagüeño con todos y, más entumido que perro en barrio ajeno, afectaba la más cariñosa humildad. ¡Qué cierto es que muchos nos ensoberbecemos con el dinero, sin el cual tal vez seríamos humanos y tratables!

Tres o cuatro horas habría que estaba yo bajo la sombra del árbol robusto sin saber a dónde irme, ni qué hacer en una tierra que reconocía tan extraña, cuando se llegó a mí un hombre que me pareció isleño por el traje, y rico por lo costoso de él, porque vestía un ropón o túnica de raso azul bordado de oro con vueltas de felpa de Marta, ligado con una banda de burato punzó (3), también bordada de oro, que le caía hasta los pies, [35] que apenas se le descubrían cubiertos con unas sandalias o zapatos de terciopelo de color de oro. En una mano traía un bastón de caña de China con puño de oro, y en la otra una pipa del mismo metal. La cabeza la tenía descubierta y con poco pelo, pero en la coronilla o más abajo tenía una porción recogida como los zorongos de nuestras damas, el cual estaba adornado con una sortija de brillantes y una insignia que por entonces no supe lo que era.

Venían con él cuatro criados que le servían con la mayor sumisión, uno de los cuales traía un payo, como ellos les dicen, o un paragua, como decimos nosotros, el cual paragua era de raso carmesí con franjas de oro, y también venía otro que por su traje me pareció europeo, como en efecto lo era, y nada menos que el intérprete español.

Luego que se acercó a mí, me miró con una atención muy patética, que manifestaba de a legua interesarse en mis desgracias, y por medio del intérprete me dijo: «No te acongojes, náufrago infeliz, que los dioses del mar no te han llevado a las islas de las Velas (4), donde hacen esclavos a los que el mar perdona. Ven a mi casa».

Diciendo esto, mandó a sus criados que me llevaran en hombros. Al instante se suscitó un fuerte murmullo entre los espectadores que remató en un sinnúmero de vivas y exclamaciones.

Inmediatamente advertí que aquél era un personaje distinguido, porque todos le hacían muchas reverencias al pasar.

No me engañé en mi concepto, pues luego que llegué a su casa advertí que era un palacio, pero un palacio de la primera jerarquía. Me hizo poner en un cuarto decente, me proveyó de alimentos y vestidos a su uso, pero buenos, y me dejó descansar cuatro días. [36]

Al cabo de ellos, cuando se informó de que yo estaba enteramente restablecido del quebranto que había padecido mi salud con el naufragio, entró en mi cuarto con el intérprete y me dijo: y bien, español, ¿es mejor mi casa que la mar? ¿Te hallas bien aquí? ¿Estás contento? Señor, le dije, es muy notable la diferencia que me proponéis; vuestra casa es un palacio, es el asilo que me ha libertado de la indigencia y el más seguro puerto que he hallado después de mi naufragio; ¿no deberé estar contento en ella y reconocido a vuestra liberalidad y beneficencia?

Desde entonces me trató el isleño con el mayor cariño. Todos los días me visitaba y me puso maestros que me enseñaran su idioma, el que no tardé en aprender imperfectamente, así como él sabía el español, el inglés y francés, porque de todos entendía un poco, aunque lo champurraba mucho con el suyo.

Sin embargo, yo hablaba mejor su idioma que él el mío, porque estaba en su tierra y me era preciso hablar y tratar con sus naturales. Ya se ve, no hay arte más pronto y eficaz para aprender un idioma que la necesidad de tratar con los que lo hablan naturalmente.

A los dos o tres meses ya sabía yo lo bastante para entender al isleño sin intérprete, y entonces me dijo que era hermano del tután o virrey de la provincia, cuya capital era aquella isla llamada Saucheofú; que él era su segundo ayudante, y se llamaba Limahotón. A seguida se informó de mi nombre y de la causa de mi navegación por aquellos mares, como también de cuál era mi patria.

Yo le satisfací a todo, y él mostró condolerse de mi suerte, admirándose de algunas cosas que te conté del reino de Nueva España.

Al día siguiente a esta conversación me llevó a conocer a su hermano, a quien saludé con aquellas reverencias y ceremonial [37] en que me habían instruido, y el tal Tután me hizo bastante aprecio; pero con todo su cariño me dijo: ¿y tú qué sabes hacer? Porque, aunque en esta provincia se usa la hospitalidad con todos los extranjeros pobres, o no pobres, que aportan a nuestras playas, sin embargo, con los que tratan de detenerse en nuestras ciudades no somos muy indulgentes, pasado cierto tiempo; sino que nos informamos de sus habilidades y oficios para ocuparlos en lo que saben hacer, o para aprender de ellos lo que ignoramos. El caso es que aquí nadie come nuestro arroz ni la sabrosa carne de nuestras vacas y peces sin ganarlo con el trabajo de sus manos. De manera que al que no tiene ningún oficio o habilidad se lo enseñamos, y dentro de uno o dos años ya se halla en estado de desquitar poco a poco lo que gasta el tesoro del rey en fomentarlo. En esta virtud, dime qué oficio sabes, para que mi hermano te recomiende en un taller donde ganes tu vida.

Sorprendido me quedé con tales avisos, porque no sabía hacer cosa de provecho con mis manos, y así lo contesté al Tután: Señor, yo soy noble en mi tierra, y por esto no tengo oficio alguno mecánico, porque es bajeza en los caballeros trabajar corporalmente.

Perdió su gravedad el mesurado mandarín al oír mi disculpa, y comenzó a reír a carcajadas, apretándose la barriga y tendiéndose sobre uno y otro cojín de los que tenía a los lados, y cuando se desahogó me dijo: ¿Conque en tu tierra es bajeza trabajar con las manos? ¿Luego cada noble en tu tierra será un Tután o potentado, y según eso todos los nobles serán muy ricos? No, señor, le dije, no son príncipes todos los nobles, ni son todos ricos; antes hay innumerables que son pobríssimos, y tanto que por su pobreza se hallan confundidos con la escoria del pueblo.

Pues entonces, decía el Tután, siendo esos ejemplares repetidos, es menester creer que en tu tierra todos son locos caballerescos; [38] pues mirando todos los días lo poco que vale la nobleza a los pobres, y sabiendo lo fácil que es que el rico llegue a ser pobre y se vea abatido aunque sea noble, tratan de criar a los hijos hechos unos holgazanes, exponiéndolos por esta especie de locura a que mañana u otro día perezcan en las garras de la indigencia.

Fuera de esto, si en tu tierra los nobles no saben valerse de sus manos para buscar su alimento, tampoco sabrán valer a los demás, y entonces dime: ¿de qué sirve en tu tierra un noble o rico (que me parece que tú los juzgas iguales)? ¿De qué sirve uno de éstos, digo, al resto de

sus conciudadanos? Seguramente un rico o un noble será una carga pesadísima a la república.

No, señor, le respondí, a los nobles y a los ricos los dirigen sus padres por las dos carreras ilustres que hay, que son las armas y las letras, y en cualquiera de ellas son utilísimos a la sociedad.

Muy bien me parece, dijo el virrey. ¿Conque a las armas o a las letras está aislada toda la utilidad por venir de tus nobles? Yo no entiendo esas frases. Dime, ¿qué oficios son las armas y las letras?

Señor, le contesté, no son oficios sino profesiones, y si tuvieran el nombre de oficios serían viles y nadie querría dedicarse a ellas. La carrera de las armas es aquélla donde los jóvenes ilustres se dedican a aprender el arte de la guerra con el auxilio del estudio de las matemáticas, que les enseña a levantar planos de fortificación, a minar una fortaleza, a dirigir simétricamente los escuadrones, a bombear una ciudad, a disponer un combate naval, y a cosas semejantes, con cuya ciencia se hacen los nobles aptos para ser buenos generales, y ser útiles a su patria defendiéndola de las incursiones de los enemigos.

Esa ciencia es noble en sí misma y demasiado útil a los ciudadanos, [39] dijo el chino, porque el deseo de la conservación individual de cada uno exige apreciar a los que se dedican a defenderlos. Muy noble y estimable carrera es la del soldado; pero, dime, ¿por qué en tu tierra son tan exquisitos los soldados? ¿Que no son soldados todos los ciudadanos? Porque aquí no hay uno que no lo sea. Tú mismo, mientras vivas en nuestra compañía, serás soldado y estarás obligado a tomar las armas con todos, en caso de verse acometida la isla por enemigos.

Señor, le dije, en mi tierra no es así. Hay porciones de hombres destinados al servicio de las armas, pagados por el rey, que llaman ejércitos o regimientos; y esta clase de gentes tiene obligación de presentarse sola delante de los enemigos, sin exigir de los demás, que llaman paisanaje, otra cosa que contribuciones de dinero para sostenerse, y esto no siempre, sino en los graves apuros.

Terrible cosa son los usos de tu tierra, dijo el Tután, ¡pobre rey!, ¡pobres soldados, y pobres ciudadanos! ¡Qué gasto tendrá el rey! ¡Qué expuestos se verán los soldados, y qué mal defendidos los ciudadanos por unos brazos alquilados! ¿No fuera mejor que en caso de guerra todos los intereses y personas se reunieran bajo un único punto de defensa? ¿Con cuánto más empeño pelearían en este caso, y qué temor impondría al enemigo esta unión general? Un millón de hombres que un rey ponga en campaña, a costa de mil trabajos y subsidios, no equivale a la quinta parte de la fuerza que opondría una nación compuesta de cinco millones de hombres útiles de que se compusiera la misma nación. En este caso habría más número de soldados, más valor, más resolución, más unión, más interés y menos gasto. A lo menos así lo practicamos nosotros, y somos invencibles para los tártaros, persas, africanos y europeos.

Pero toda ésta es conversación. Yo no entiendo la política [40] de tu rey, ni de los demás de Europa, y mucho menos tengo noticia del carácter de sus naciones; y pues ellos, que son los primeros interesados, así lo disponen, razón tendrán; aunque siempre me admiraré de este sistema.

Mas, supuesto que tú eres noble, dime, ¿eres soldado? No, señor, le dije, mi carrera la hice por las letras. Bien, dijo el asiático, ¿y qué

has aprendido por las letras o las ciencias, que eso querrás decir?

Yo, pensando que aquél era un tonto, según había oído decir que lo eran todos los que no hablaban castellano, le respondí que era teólogo. ¿Y qué es teólogo?, dijo el Tután. Señor, le respondí, es aquel hombre que hace estudio de la ciencia divina, o que pertenece a Dios. ¡Hola!, dijo el Tután, este hombre deberá ser eternamente adorable. ¿Conque tú conoces la esencia de tu Dios a lo menos? ¿Sabes cuáles son sus atributos y perfecciones, y tienes talento y poder para descorrer el velo a sus arcanos? Desde este instante serás para mí el mortal más digno de reverencia. Siéntate a mi lado y dínate de ser mi consejero.

Me sorprendí otra vez con semejante ironía, y le dije: señor, los teólogos de mi tierra no saben quién es Dios ni son capaces de comprenderlo; mucho menos de tantear el fondo infinito de sus atributos, ni de descubrir sus arcanos. Son unos hombres que explican mejor que otros las propiedades de la Deidad y los misterios de la religión.

Es decir, contestó el chino, que en tu tierra se llaman teólogos los santones, sabios o sacerdotes que en la nuestra tienen noticias más profundas de la esencia de nuestros dioses, de nuestra religión o de sus dogmas; pero por saber sólo esto y enseñarlo no dejan de ser útiles a los demás con el trabajo de sus manos; y así a ti nada te servirá ser teólogo de tu tierra.

Viéndome yo tan atacado, y procurando salir de mi ataque a fuerza de mentiras, creyendo simplemente que el que me hablaba [41] era un necio como yo, le dije que era médico. ¡Oh!, dijo el virrey, ésa es gran ciencia, si tú no quieres que la llame oficio. ¡Médico!, ¡buena cosa! Un hombre que alarga la vida de los otros y los arranca de las manos del dolor es un tesoro en donde vive. Aquí están los cajones del rey abiertos para los buenos médicos inventores de algunos específicos que no han conocido los antiguos. Ésta no es ciencia en nuestra tierra, sino un oficio liberal, y al que no se dedican sino hombres muy sabios y experimentados. Tal vez tú serás uno de ellos y tendrás tu fortuna en tu habilidad; pero la veremos.

Diciendo esto, mandó traer una yerba de la maceta número diez de su jardín. Trajéronla y, poniéndomela en la mano, me dijo el Tután: ¿Contra qué enfermedad es esta yerba? Quedeme embarazado con la pregunta, pues entendía tanto de botánica como de cometas cuando desatiné sobre éstos en Tlalnepantla; pero, acordándome de mi necio orgullo, tomé la yerba, la vi, la oí, la probé, y lleno de satisfacción dije: esta yerba se parece a una que hay en mi tierra que se llama parietaria o tianguispepetla, no me acuerdo bien de ellas, pero ambas son febrífugas.

¿Y qué son febrífugas?, preguntó el Tután, a quien respondí que tenían especial virtud contra la fiebre o calentura.

Pues me parece, dijo el Tután, que tú eres tan médico como teólogo o soldado, porque esta yerba tan lejos está de ser remedio contra la calentura, que antes es propísima para acarrearla, de suerte que, tomadas cinco o seis hojitas en infusión de medio cuartillo de agua, encienden terriblemente en calentura al que las toma.

Descubierta tan vergonzosamente mi ignorancia, no tuve más escape que decir: señor, los médicos de mi tierra no tienen obligación de conocer los caracteres particulares de las yerbas, ni de saber deducir las virtudes de

cada una por principios generales. Bástales tener en la memoria los nombres [42] de quinientas o seiscientas, con la noticia de las virtudes que les atribuyen los autores, para hacer uso de esta tradición a la cabecera de los enfermos, lo que se consigue fácilmente con el auxilio de las farmacopeas.

Pues a ti no te será tan fácil, dijo el mandarín, persuadirme a que los médicos de tu tierra son tan generalmente ignorantes en materia del conocimiento de las yerbas, como dices. De los médicos como tú, no lo negaré; pero los que merezcan este nombre sin duda no estarán enterrados en tan grosera estupidez, que, a más de deshonorar su profesión, sería causa de infinitos desastres en la sociedad.

Eso no os haga fuerza, señor, le dije, porque en mi tierra la ciencia menos protegida es la medicina. Hay colegios donde se dan lecciones del idioma latino, de filosofía, teología y ambos derechos; los hay donde se enseña mucho y bueno de química y física experimental, de mineralogía o del arte de conocer las piedras que tienen plata, y de otras cosas; pero en ninguna parte se enseña medicina. Es verdad que hay tres cátedras en la Universidad, una de prima, otra de vísperas, y la tercera de methodo medendi, donde se enseña alguna cosita, pero esto es un corto rato por las mañanas, y eso no todas las mañanas, porque, a más de los jueves y días de fiesta, hay muchos días privilegiados que dan de asueto a los estudiantes, los que, por lo regular, como jóvenes, están más gustosos con el paseo que con el estudio.

Por esta razón, entre otras, no son en mi tierra comunes los médicos verdaderamente tales, y, si hay algunos que llegan a adquirir este nombre, es a costa de mucha aplicación y desvelos, y arrimándose a éste o a aquel hábil profesor para aprovecharse de sus luces.

Agregad a esto que en mi tierra se parten los médicos o se divide la medicina en muchos ramos. Los que curan las enfermedades exteriores, como úlceras, fracturas o heridas, se llaman [43] cirujanos, y éstos no pueden curar otras enfermedades sin incurrir en el enojo de los médicos, o sin granjearse su disimulo. Los que curan las enfermedades como fiebres, pleuresías, anasarcas, etc., se llaman médicos; son más estimados porque obran más a tientas que los cirujanos, y se premia su saber con títulos honoríficos literarios, como de bachilleres y doctores.

Ambas clases de médicos exteriores e interiores tienen sus auxiliares que sangran, ponen y curan cáusticos, echan ventosas, aplican sanguijuelas, y hacen otras cosas que no son para tomadas en boca, y éstos se llaman barberos y sangradores.

Otros hay que confeccionan y despachan los remedios, los que de poco tiempo a esta parte están bien instruidos en la química y en la botánica, que es la que llamáis ciencia de las yerbas. Éstos sí, conocen y distinguen los sexos de las plantas, y hablan fácilmente de cálices, estambres y pistilos, gloriándose de saber genéricamente sus propiedades y virtudes. Éstos se llaman boticarios, y son de los auxiliares de los médicos.

Atendríame yo a ellos, dijo el Tután, pues a lo menos se aplican a consultar a la naturaleza en una parte tan necesaria a la medicina como el conocimiento de las clases y virtudes de las yerbas. En efecto, en tu tierra habrá boticarios que curarán con más acierto que muchos médicos.

Cuanto me has dicho me ha admirado, porque veo la diferencia que hay entre los usos de una nación y los de otra. En la mía no se llama médico ni ejercita este oficio sino el que conoce bien a fondo la estructura del cuerpo humano, las causas porque padece y el modo con que deben obrar los remedios que ordena; y, a más de esto, no se parten como dices que se parten en tu tierra. Aquí el que cura es médico, cirujano, barbero, boticario y asistente. Fiado el enfermo a su cuidado, él lo ha de curar de la enfermedad de que se queja, sea externa o interna, ha de ordenar los remedios, los ha de hacer, los ha de administrar y ha de practicar cuantas diligencias [44] considera oportunas a su alivio. Si el enfermo sana, le pagan, y si no lo echan noramala; pero en cada nación hay sus usos. Lo cierto es que tú no eres médico, ni aun puedes servir para aprendiz de los de acá; y así, di que otra cosa sabes con que puedas ganar la vida.

Aturdido yo con los aprietos en que me ponía el chino a cada paso, le dije que tal vez sería útil para la abogacía. ¿Abogacía?, dijo él, ¿qué cosa es? ¿Es el arte de bogar en los barcos? No señor, le dije, la abogacía es aquella ciencia a que se dedican muchos hombres para instruirse en las leyes nacionales, y exponer el derecho de sus clientes ante los jueces.

Al oír esto, reclinose el Tután sobre la mesa poniéndose la mano en los ojos y, guardando silencio un largo rato, al cabo del cual levantó la cabeza, me dijo: ¿conque en tu tierra se llaman abogados aquellos hombres que aprenden las leyes del reino para defender con ellas a los que los ocupan aclarando sus derechos delante de los Tutanes o magistrados?

Eso es, señor, y no más. ¡Válgame Tien!, dijo el chino. ¿Es posible que en tu tierra son tan ignorantes que no saben cuáles son sus derechos, ni las leyes que los condenan o favorecen? No me debían tan bajo concepto los europeos.

Señor, le dije, no es fácil que todos se impongan en las leyes por ser muchas, ni mucho menos en sus interpretaciones, las que sólo pueden hacer los abogados porque tienen licencia para ello, y por eso se llaman licenciados... ¿Cómo, cómo es eso de interpretaciones?, dijo el asiático, ¿pues que las leyes no se entienden según la letra del legislador? ¿Aún están sujetas al genio sofístico del intérprete? Si es así, lástima tengo a tus connaturales, y abomino el saber de sus abogados.

Pero sea de esto lo que fuere, si tú no sabes más de lo que me has dicho, nada sabes; eres un inútil, y es fuerza hacerte útil porque no vivas ocioso en mi patria. Limahotón, pon a este extranjero a que aprenda a cardar seda, a teñirla, a hilarla y a bordar con ella; y, cuando me entregue un tapiz de su [45] mano, yo le acomodaré de modo que sea rico. En fin, enséñale algo que le sirva para subsistir en su tierra y en la ajena.

Diciendo esto se retiró, y yo me fui bien avergonzado con mi protector, pensando cómo aprendería al cabo de la vejez algún oficio en una tierra que no consentía inútiles ni vagos Periquillos.

Capítulo IV

En el que nuestro Perico cuenta cómo se fingió conde en la isla, lo bien

que lo pasó, lo que vio en ella y las pláticas que hubo en la mesa con los extranjeros, que no son del todo despreciables

Os acordaréis que, apoyado desde mi primera juventud o desde mi pubertad en el consentimiento de mi cándida madre, me resistí a aprender oficio y, aborreciendo todo trabajo, me entregué desde entonces a la holgazanería. Habréis advertido que ésta fue causa de mi abatimiento, que por éste contraje las más soeces amistades, cuyos ejemplos no sólo me prostituyeron a los vicios, sino que me hicieron pagar bien caro las libertades que me tomaba, viéndome a cada paso despreciado de mis parientes, abandonado aun de mis malos amigos, golpeado de los brutos y de los hombres, calumniado de ladrón, sin honor, sin dinero, sin estimación, y arrastrando siempre una vida fatigosa y llena de miserias; y cuando reflexionéis en que a la edad de más de treinta y años, después de salir desnudo de un naufragio y de haber tenido la suerte de un buen acogimiento en la isla, me propusieron enseñarme algún arte con que no sólo pudiera subsistir sino llegar a hacerme rico, diréis: forzosamente nuestro padre aquí abrió los ojos y, conociendo así la primitiva causa de sus pasadas desgracias, como el único medio de evitar las que podía temer en lo futuro, abrazaría gustoso el partido de aprender a solicitar el pan por su arbitrio y sin la mayor dependencia de los demás. [46]

Así discurriréis tal vez con arreglo a la recta razón, y así debía haber sido; mas no fue así. Yo tenía terrible aversión al trabajo en cualquiera clase que fuera; me gustaba siempre la vida ociosa, y mantenerme a costa de los incautos y de los buenos; y, si tal cual vez me medio sujetaba a alguna clase de trabajo, era o acosado de la hambre, como cuando serví a Chanfaina y fui sacristán, o lisonjeado con una vida regalona en la que trabajaba muy poco y tenía esperanzas de medrar mucho, como cuando serví al boticario, al médico y al coronel.

Después de todo, por una casualidad no esperada me encontré una Jauja (5) con el difunto coronel; pero estas Jaujas no son para todos, ni se hallan todos los días. Yo debía haberlo considerado en la isla, y debía haberme dedicado a hacerme útil a mí mismo y a los demás hombres con quienes hubiera de vivir en cualquier parte; pero, lejos de esto, huyendo del trabajo y valiéndome de mis trapacerías, le dije a Limahotón (cuando lo vi resuelto a hacerme trabajar poniéndome a oficio) que yo no quería aprender a nada porque no trataba de permanecer mucho tiempo en su tierra, sino de regresar a la mía en la que no tenía necesidad de trabajar pues era conde.

¿Eres conde?, preguntó el asiático muy admirado. Sí, soy conde. ¿Y qué es conde? Conde, dije yo, es un hombre noble y rico a quien ha dado este título el rey por sus servicios o los de sus antepasados. ¿Conque en tu tierra, preguntó el chino, no es menester servir a los reyes personalmente, basta [47] que lo hayan servido los ascendientes para verse honrados con liberalidad por los monarcas?

No dejó de atacarme la pregunta, y le dije: la generosidad de mis reyes no se contenta con premiar solamente a los que efectivamente les sirven, sino que extienden su favor a sus hijos; y así yo fui hijo de un valiente general, a quien el rey hizo muchas mercedes, y por haber yo nacido hijo suyo me hallé con dinero, hecho mayorazgo y con proporción de haber sido conde, como lo soy por los méritos de mi padre.

Según eso también serás general, decía Limahotón. No soy general, le dije, pero soy conde. Yo no entiendo esto, decía el chino. ¿Conque tu padre batió castillos, rindió ciudades, derrotó ejércitos, en una palabra, afianzó la corona en las cabezas de sus señores, y acaso perdería la vida en alguna refriega de éstas, y tú, sólo porque fuiste hijo de aquel valiente y leal caballero, te hallaste en estado de ser conde y rico de la noche a la mañana, sin haber probado los rigores de la campaña y sin saber qué cosa son los afanes del gabinete? A la verdad en tu tierra deben ser los nobles más comunes que en la mía. Pero dime, estos nobles que nacen y no se hacen, ¿en qué se ejercitan en tu país? Supuesto que no sirven ni en la campaña ni en los bufetes de los príncipes, si no son útiles ni en la paz ni en la guerra, ni saben trabajar con la pluma ni con la espada, ¿qué hacen, dime? ¿En qué se entretienen? ¿En qué se ocupan? ¿Qué provecho saca de ellos el rey o la república?

¿Qué han de hacer?, dije yo, imbuido en mis flojas ideas. Tratan de divertirse, de pasearse, y cuando más trabajan en que no se menoscabe su caudal. Si vieras las casas de algunos condes y nobles de mi tierra, si asistieras a sus mesas, si observaras su lujo, el número de sus criados, la magnificencia de sus personas, lo aparatoso de sus coches, lo grande de sus libreas, y lo costoso y delicado de su tren, te admirarías, te llenarías de asombro.

¡Oh, poderoso Tien!, dijo el chino, ¡cuánto más valía ser [48] conde o noble de tu tierra, que la tercera persona del rey en la mía! Yo soy un noble, es verdad, y en tu tierra sería un conde; pero ¿qué me ha costado adquirir este título y las rentas que gozo? Fatigas y riesgos en la guerra, y un sinnúmero de incomodidades en la paz. Yo soy un ayudante, o segundo del Tután, o jefe principal de la provincia; tengo honores, tengo rentas, pero soy un fiel criado del rey y un esclavo de sus vasallos.

Sin contar con los servicios personales que he hecho para lograr este destino, ahora que lo poseo, ¡cuántos son los desvelos y padecimientos que tolero para sostenerlo y no perder mi reputación! Sin duda, amigo, yo apreciara más ser conde en tu tierra que Loitia (6) en la mía. Pero, después de todo, ¿tú quieres volver a México, tu patria? Sí señor, le dije, y apetecería esa ocasión. Pues no te desconsueles, me dijo Limahotón, es fácil que consigas lo que quieres. En una ensenada nuestra está fondeada una embarcación extranjera que llegó casi destruida de un naufragio que padeció en estos mares pocos días antes de tu desgracia. La tal embarcación está acabándose de componer, y los pasajeros que vienen en ella permanecen en la ciudad, esperando también que abonance el tiempo. Luego que ambas cosas se verifiquen, que será de aquí a tres lunas, nos haremos a la vela, pues yo deseo ver más mundo que el de mi patria; mi hermano me aprueba mi deseo, soy rico y puedo cumplirlo; pero esto resérvalo para ti solo.

Tengo dos amigos de los pasajeros que me aman mucho, según dicen, y todos los días vienen a comer conmigo. No te los he enseñado porque te juzgaba un pobre plebeyo; pero, pues eres rico y noble como ellos, desde hoy te sentaré a mi mesa.

Concluyó el chino su conversación, y a la hora de comer me sacó a una gran sala donde se debía servir la comida.

Había varios personajes, y entre ellos distinguí dos europeos, [49]

que fueron los que me dijo Limahotón. Luego que entré a la sala dijo éste: aquí está, señores, un conde de vuestras tierras que arrojó el mar desnudo a estas playas, y desea volver a su patria.

Con mucho gusto llevaremos a su señoría, dijo uno de los extranjeros, que era español. Le manifesté mi gratitud, y nos sentamos a comer.

El otro extranjero era inglés, joven muy alegre y tronera. Allí se platicaron muchas cosas acerca de mi naufragio. Después el español me preguntó por mi patria, dije cuál era, y comenzamos a enredar la conversación sobre las cosas particulares del reino.

El chino estaba admirado y contento oyendo tantas cosas que le cogían de nuevo, y yo no estaba menos, considerando que me estaba granjeando su voluntad; pero por poco echa a perder mi gusto la curiosidad del español, pues me preguntó: ¿Y cuál es el título de usted en México? Porque yo a todos los conozco. Halleme bien embarazado con la pregunta, no sabiendo con qué nombre bautizar mi condazgo imaginario; pero, acordándome de cuánto importa en tales lances no turbarse, le dije que me titulaba el Conde de la Ruidera.

¡Haya caso!, decía el español, pues apenas habrá tres años que falto de México, y con motivo de haber sido rico y cónsul en aquella capital tuve muchas conexiones y conocí a todos los títulos; pero no me acuerdo del de usted, con ser tan ruidoso.

No es mucho, le dije, pues cabalmente hace un año que titulé. ¿Conque es título nuevo? Sí señor. ¿Y qué motivo tuvo usted para pretender un título tan extravagante?

El principal que tuve, contesté, fue considerar que un conde mete mucho ruido en la ciudad donde vive, a expensas de su dinero, y así me venía de molde la Ruidera del título. Se rió el español, y me dijo: es graciosa la ocurrencia; pero conforme a ella usted tendrá mucho dinero para meter ese ruido, y a fe que no todos los condes del mundo pueden titular tan ruidosamente. Antes he oído decir [50]

Que en casa de los condes muchas veces

Más suele ser el ruido que las nueces.

Pues señor, en la mía hasta la hora de ésta son más las nueces que el ruido, como espero en Dios lo verá usted con sus ojos algún día. Yo lo celebro, dijo el español, y variando la plática se concluyó aquel acto, se levantaron los manteles, se despidieron de mí con el mayor cariño y nos separamos.

A la noche fue un criado que me llevó de parte del comerciante español un baúl con ropa blanca y exterior, nueva y según el corte que usamos. Lo entregó el criado con una esquelita que decía: Señor conde, sírvase Vuestra Señoría usar esa ropa que le asentará mejor que los faldellines de estas tierras. Dispense lo malo del obsequio por lo pronto, y mande a su servidor. -Ordóñez.

Recibí el baúl, contesté a lo grande en el mismo papel, y en esto se hizo hora de cenar y recogernos.

Al día siguiente amanecí vestido a la europea. En la mesa hubo qué reír y criticar con el joven inglés, que era algo tronera, como dije, hablaba un castellano de los diablos, y a más de eso tenía la imprudencia

de alabar todo lo de su tierra con preferencia a las producciones del país en que estaba, y delante de Limahotón, el que su mosqueaba con estas comparaciones; pero en esta ocasión, murmurando el dicho inglés el pan que comía, no lo pudo sufrir el chino y, amostazándose más de lo que yo aguardaba de su genio, le dijo: mister, días hace que os honro con mi mesa, y días hace que observo que os descomedís en mi presencia abatiendo los efectos, y aun los ingenios de mi patria, por elogiar los de la vuestra.

Yo no repruebo que nuestros países, usos, religión, gobierno y alimentos os parezcan extraños; eso es preciso, y lo mismo me sucedería en vuestra Londres. Mucho menos repruebo que alabéis vuestras leyes y costumbres y las producciones de vuestra tierra. Justo es que cada uno ame con preferencia el país [51] en que nació, y que, congeniado con sus costumbres, climas y alimentos, los prefiera a los de todo el mundo; pero no es justo que esta alabanza sea apocando la tierra en que vivís y delante del que os sienta a su mesa.

Si se habla de religiones, vituperáis la mía y ensalzáis la anglicana; si de leyes, me aturdí con las cámaras; si de población, me contáis en vuestra capital un millón de hombres; si de templos, me repetís la descripción de la catedral de San Pablo y la abadía de Westminster; si de paseos, siempre os oigo alabar el parque de San James y el Green Park... En fin, ya me tenéis la cabeza hecha un mapa de Londres.

Si como os cansáis en alabar las cosas de vuestra tierra, despreciando o abatiendo las de la mía, os contentarais con referir sencillamente lo que se os preguntara y viniera al caso, dejando que la alabanza y la comparación la hicieran los oyentes, seguramente os hicierais bien quisto; pero hablar mal del pan de mi tierra, y decir que es mejor el de la vuestra, cuando éste y no aquél os alimenta, es una grosería que no me agrada, ni agrada a ninguno que os escuche.

Antes a todos hostigaré vuestra jactancia y os dirán que ¿quién os llamó a su tierra? Y que si no os acomoda, ¿por qué no os mudáis con viento en popa, como yo os lo digo desde luego?

Diciendo esto, se levantó Limahotón sin acabar de comer, y sin despedirse de ninguno se retiró demasadamente enojado.

Todos nos quedamos avergonzados, y más que nadie el español, quien, explicando bien al inglés todo cuanto había dicho el asiático, añadió: nos avergonzó, pero tuvo razón, camarada. Usted ha traspasado los límites de la urbanidad. En tierra extraña, y más cuando recibimos favores de los patricios, debemos conformarnos con sus usos y todo lo demás; y si no nos acomodan, marcharnos; pero nunca abatirlos ni ponderar lo de nuestra tierra sobre lo de la suya.

El Loitia ha dicho bien. Aunque los panes de Londres, de [52] Madrid y de México sean mejores que el de aquí, éste nos es útil y mejor que ninguno, porque éste es el que comemos, y es una villanía no agradecer el bien que recibimos, tratando de apocarlo delante de quien nos lo hace.

¿Qué le parecería al señor Conde de la Ruidera si yo alabara el vino de Sanlúcar despreciando la bebida regional de su tierra, que llaman pulque? ¿Qué diría si ensalzara el Escorial, la catedral de Sevilla y otras cosas particulares de España, murmurando igualmente de la alameda, del palacio y otras cosas de las Indias, y esto en México mismo, en las

orejas y bigotes de los mexicanos, y quizá en su misma casa y al tiempo mismo en que me hacía un obsequio? Cuando me hiciera mucho favor, ¿no haría muy bien en tenerme por un tonto, incivil y de ruines principios? Pues en ese concepto ha quedado usted con Limahotón, y a fe de hombre de bien que le sobra justicia.

Si el inglés se avergonzó con la reprensión del chino, quedó más corrido con el remache del español; pero, aunque era un joven atolondrado, tenía entendimiento y docilidad; y así, convencido de su error, trató con el español de que satisficieran al japonés, como hizo en el momento, suplicándole saliera, y éste, que en realidad era caballero, se dio por satisfecho y quedamos todos tan amigos como siempre, guardándose el inglés de menospreciar nada del país en que habitaba.

Algunos días permanecimos en la ciudad muy contentos, y yo más que todos, porque me veía estimado y obsequiado grandemente a merced de mi título fingido, y en mi interior me daba los plácemes de haber fraguado tal embuste, pues a la sombra de él estaba bien vestido, bien tratado y con ciertos humillos de título rico que ya estaba por creer que era de veras. Tales eran los cariños, obsequios y respetos que me tributaban, especialmente el español y el chino, quienes estaban persuadidos a que yo les sería útil en México. Ello es que lo pasé bien en tierra y en la navegación, y esto no lo hubiera conseguido [53] si hubieran sabido que mi título propio era el de Periquillo Sarniento; pero el mundo las más veces aprecia a los hombres, no por sus títulos reales, sino por los que dicen que tienen.

No por esto apruebo que sea bueno el fingir, por más que sea útil al que finge; también al lenón y al droguero les son útiles sus disimulos y sus trácalas, y sin embargo no les son lícitas. Lo que quiero que saquéis por fruto de este cuento es que advertáis cuán expuestos vivimos a que nos engañe un pícaro astuto pintándonos gigantes de nobleza, talento, riqueza y valimiento. Nos creemos de su persuasión o de lo que llaman labia, nos estafa si puede, nos engaña siempre, y cuando conocemos la burla es cuando no podemos remediarla. En todo caso, hijos míos, estudiad al hombre, observadlo, penetradlo en su alma; ved sus operaciones, prescindiendo de lo exterior de su vestido, títulos ni rentas, y así que halléis alguno que siempre hable verdad y no se pegue al interés como el acero al imán, fíaos de él y decid: éste es hombre de bien, éste no me engañará, ni por él se me seguirá ningún perjuicio; pero, para hallar a este hombre, pedidle a Diógenes prestada su lanterna.

Volviendo a mi historieta, sabed que, cuando el asiático me tuvo por un noble, no se desdeñó de acompañarse conmigo en lo público; antes muchos días me sacaba a pasear a su lado, manifestándome lo hermoso de la ciudad.

El primer día que salí con él arrebató mi curiosidad un hombre que en un papel estaba copiando muy espacioso unos caracteres que estaban grabados en una piedra de mármol que se veía fijada en la esquina de la calle.

Pregunté a mi amigo ¿qué significaba aquello? Y me respondió que aquél estaba copiando una ley patria que sin duda le interesaría. ¿Pues que, le dije, las leyes patrias están escritas en las esquinas de las calles de tu tierra? Sí, me dijo, en la ciudad están todas las leyes fijadas para que se instruyan en ellas los ciudadanos. Por eso mi hermano se admiró tanto cuando le hablaste de los abogados de tu tierra. [54]

Es verdad que tuvo razón, dije yo, porque ciertamente todos debíamos estar instruidos en las leyes que nos gobiernan para deducir nuestros derechos ante los jueces, sin necesidad de valernos de otra tercera persona que hiciera por nosotros estos oficios. Seguramente en lo general saldrían mejor librados los litigantes bajo este método, ya porque se defenderían con más cuidado, y ya porque se ahorrarían de un sinnúmero de gastos que impenden en agentes, procuradores, abogados y relatores.

No me descuadra esta costumbre de tu tierra, ni me parece inaudita ni jamás practicada en el mundo, porque me acuerdo haber leído en Plauto que, hablando de lo inútiles, o a lo menos de lo poco respetadas que son las leyes en una tierra donde reina la relajación de las costumbres, dice:

...Eæ

miseræ etiam

Ad parietem sunt fixæ clavis ferreis, ubi

Malos mores adfigi nimis fuerat æquius.

Arrugó el chino las cejas al escucharme, y me dijo: conde, yo entiendo mal el español y peor el inglés; pero esa lengua en que me acabáis de hablar la entiendo menos, porque no entiendo una palabra.

¡Oh, amigo!, le dije, ésa es la lengua o el idioma de los sabios. Es el latino, y quiere decir lo que oíste que son infelices las leyes en estar fijadas en las paredes con clavos de hierro, cuando fuera más justo que estuvieran clavadas allí las malas costumbres. Lo que prueba que en Roma se fijaban las leyes públicamente en las paredes como se hace en esta ciudad.

¿Con que eso quiere decir lo que me dijiste en latín?, preguntó Limahotón. Sí, eso quiere decir. Pues si lo sabes y lo puedes explicar en tu idioma, ¿para qué hablas en lengua que no entiendo?

¿Ya no dije que ésa es la lengua de los sabios?, le contesté, ¿cómo sabrías que yo entendía el latín, y que tenía buena memoria, [55] pues te citaba las mismas palabras de Plauto, manifestando al mismo tiempo un rasgo de mi florida erudición?

Si hay algún modo de pasar plaza de sabios en nuestras tierras es disparando latinajos de cuando en cuando. Eso será, dijo el chino, las veces que toque hablar entre los sabios, pues, según tu dijiste, es la lengua de los sabios y ellos se entenderán con ella; pero no será costumbre hablar en ese idioma entre gentes que no lo entienden.

Poco sabes de mundo, Limahotón, le dije. Delante de los que no entienden el latín se ha de salpicar la conversación de latines para que tengan a uno por instruido; porque delante de los que lo entienden va uno muy expuesto a que le cojan un barbarismo, una cita falsa, un anacronismo, una sílaba breve por una larga, y otras chucherías semejantes; y así no, entre los romancistas y las mujeres va segurísima la erudición y los latinorum. Yo he oído en mi tierra a muchos sujetos hablar en un estrado de señoras de Códigos y Digestos; de los sistemas de Ptolomeo, Cartesio o Renato Descartes, y de Newton; del fluido eléctrico, materia prima, turbillones, atracciones, repulsiones, meteoros, fuegos fatuos, auroras boreales y mil cosas de éstas, y todo citando trozos enteros de los autores en latín; de modo que las pobres niñas, como no han entendido nada, se han quedado con la boca abierta diciendo: ¡mira qué caso!

Así me he quedado yo, dijo el chino, al oírte desatinar en tu idioma y en el extraño; pero no porque no entiendo te tendré por sabio en mi vida; antes pienso que te falta mucho para serlo, pues la gracia del sabio está en darse a entender a cuantos lo escuchen; y, si yo me hallara en tu tierra en una conversación de esas que dices, me saldría de ella, teniendo a los que hablaban por unos ignorantes presumidos, y a los que los escuchaban por unos necios de remate, pues fingían divertirse y admirarse con lo que no entendían. [56]

Viendo yo que mi pedantería no agradaba al chino, no dejé de correrme, pero disimulé y traté de lisonjearlo aplaudiendo las costumbres de su país; y así le dije: después de todo, yo estoy encantado con esta bella providencia de que estén fijadas las leyes en los lugares más públicos de la ciudad. A fe que nadie podrá alegar ignorancia de la ley que lo favorece o de la que lo condena. Desde pequeñitos sabrán de memoria los muchachos el código de tu tierra; y no que en la mía parece que son las leyes unos arcanos cuyo descubrimiento está reservado para los juristas, y de esta ignorancia se saben valer los malos abogados con frecuencia para aturdir, enredar y pelar a los pobres litigantes.

Y no pienses que esta ignorancia de las leyes depende del capricho de los legisladores, sino de la indolencia de los pueblos y de la turbamulta de los autores que se han metido a interpretarlas, y algunos tan larga y fastidiosamente que, para explicar o confundir lo determinado sobre una materia, verbigracia sobre el divorcio, han escrito diez librotos en folio, tamañotes, amigo, tamañotes, de modo que sólo de verlos por encima quitan las ganas de abrirlos.

¿Conque, según eso, decía el chino, también entre esos señores hay quienes pretendan parecer sabios a fuerza de palabras y discursos impertinentes? Ya se ve que sí hay, le contesté, sobre que no hay ciencia que carezca de charlatanes. Si vieras lo que sobre esto dice un autorcito que tenía un amigo que murió poco hace de coronel en Manila, te rieras de gana.

¿Sí? ¿Pues qué dice? Qué ha de decir, escribió un librito titulado Declamaciones contra la charlatanería de los eruditos, y en él pone de oro y azul a los charlatanes gramáticos, filósofos, anticuarios, historiadores, poetas, médicos... en una palabra, a cuantos profesan el charlatanismo a nombre de las ciencias, y tratando de los abogados malos, rábulas y leguleyos, [57] lo menos que dice es esto: «Ni son de mejor condición los indigestos citadores, familia abundantísima entre los letrados; porque, si bien todas las profesiones abundan harto en pedantes, en la jurisprudencia no sé por cuál fatalidad ha sido siempre excesivo el número. Hayan de dar un parecer, hayan de pronunciar un voto, revuelven cuantos autores pueden haber a las manos, amontonan una enorme salva de citas y, recargando las márgenes de sus papelones, creen que merecen grandes premios por la habilidad de haber copiado de cien autores cosas inútiles e impertinentes...

»Deberíamos también decir algo aquí de los que profesan la Rabulística, llamada por Aristóteles Arte de mentir. Cuando los vemos semejar a la necesidad, esto es, carecer de leyes; cuando, para lograr nombre entre los ignorantes, se les ve echar mano de sutilezas ridículas, sofismas indecentes, sentencias de oráculos, clausulones de estrépito, y

las demás artes de la más pestilente charlatanería; cuando, abusando con pérfida abominación de las trampas que suministran lo versátil de las fórmulas y de las interpretaciones legales, deduciendo artículos de artículos, nuevas causas de las antiguas, dilatan los pleitos, oscurecen su conocimiento a los jueces, revuelven y enredan los cabos de la justicia, truecan y alteran las apariencias de los hechos para deslumbrar a los que han de decidir; y todo esto por la vil ganancia, por el interés sórdido, y a veces también por tema y terquedad inicua; cuando se les ve, digo...». Ya está, dijo Limahotón, que eso es mucho hablar, y mis orejas no se pagan de la murmuración.

No, Loitia, le dije, no es murmuración, es crítica juiciosa del autor. El murmurador o detractor es punible porque descubre los defectos ajenos con el maldito objeto de dañar a su prójimo en el honor, y por esto siempre acusa la persona determinándola. El crítico, ya sea moral, ya satírico, no piensa [58] en ninguna persona cuando escribe, y sólo reprende o ridiculiza los vicios en general con el loable deseo de que se abominen; y así, Juan Burchardo, que es el autor cuyas palabras oíste, no habló mal de los abogados, sino de los vicios que observó en muchos, y no en todos, pues con los sabios y buenos no se mete.

¿Luego también hay abogados buenos y sabios?, preguntó el chino, a quien dije: y como que los hay excelentes, así en su conducta moral, como en su sólida instrucción. Unos Solones son muchos de ellos en la justicia, y unos Demóstenes en la elocuencia, y claro es que éstos, lejos de merecer la sátira dicha, son acreedores a nuestra estimación y respetos.

Con todo eso, dijo el chino, si tú y ese autor cayeran en poder de los abogados malos y embrolladores, habíais de tener mal pleito. Si era su encono por sólo esto, le contesté, sería añadir injusticia a su necedad, pues ni el autor ni yo hemos nombrado a Pedro, Sancho ni Martín; y así haría muy mal el abogado que se manifestara quejoso de nosotros, pues entonces él mismo se acusaba contra nuestra sencilla voluntad.

Sea de esto lo que fuere, dijo el asiático, yo estoy contento con la costumbre de mi patria, pues aquí no hemos menester abogados porque cada uno es su abogado cuando lo necesita, a lo menos en los casos comunes. Nadie tiene autoridad para interpretar las leyes, ni arbitrio para desentenderse de su observancia con pretexto de ignorarlas. Cuando el soberano deroga alguna o de cualquier modo la altera, inmediatamente se muda o se fija según debe regir nuevamente, sin quedar escrita la antigua que estaba en su lugar. Finalmente, todos los padres están obligados, bajo graves penas, a enseñar a leer y escribir a sus hijos, y presentarlos instruidos a los jueces territoriales antes que cumplan los diez años de su edad, con lo que nadie tiene justo motivo para ignorar las leyes de su país. [59]

Muy bellas me parecen estas providencias, le dije, y, a más de muy útiles, muy fáciles de practicarse. Creo que en muchas ciudades de Europa admirarían este rasgo político de legislación que no puede menos que ser origen de muchos bienes a los ciudadanos, ya excusándolos de litigios inoportunos, y ya siquiera librándolos de las socaliñas de los agentes, abogados, y demás oficiales de pluma, de que no se escapan por ahora cuando se ofrece.

Pero ya te dije, este mal o la ignorancia que el pueblo padece de las

leyes, así en mi patria como en Europa, no dimana de los reyes, pues éstos, interesados tanto en la felicidad de sus vasallos cuanto en hacer que se obedezca su voluntad, no sólo quieren que todos sepan las leyes, sino que las hacen publicar y fijar en las calles apenas las sancionan; lo que sucede es que no se fijan en lápidas de mármol como aquí, sino en pliegos de papel, materia muy frágil para que permanezca mucho tiempo.

A los soldados se les leen las ordenanzas o leyes penales para que no aleguen ignorancia; y, por fin, en el código español vemos expresada claramente esta voluntad de los monarcas, pues entre tantas leyes como tiene se leen las palabras siguientes: Ca tenemos que todos los de nuestro señorío deben saber estas nuestras leyes (7). Y debe la ley ser manifiesta, que todo hombre la pueda entender, y que ninguno por ella reciba engaño (8).

Todo lo que prueba que, si los pueblos viven ignorantes de sus derechos y necesitan mendigar su instrucción, cuando se les ofrece, de los que se dedican a ella, no es por voluntad de los reyes, sino por su desidia, por la licencia de los abogados y, lo que es más, por sus mismas envejecidas costumbres, contra las que no es fácil combatir.

Tú me admiras, conde, decía el chino. A la verdad que [60] eres raro: unas veces te produces con demasiada ligereza, y otras con juicio como ahora. No te entiendo.

En esto llegamos a palacio y se concluyó nuestra conversación.

Capítulo V

En el que refiere Periquillo cómo presencié unos suplicios en aquella ciudad, dice los que fueron y relata una curiosa conversación sobre las leyes penales que pasó entre el chino y el español

Al día siguiente salimos a nuestro paseo acostumbrado y, habiendo andado por los parajes más públicos, hice ver a Limahotón que estaba admirado de no hallar un mendigo en toda la ciudad, a lo que él me contestó: aquí no hay mendigos aunque hay pobres, porque, aun de los que lo son, muchos tienen oficio con que mantenerse; y, si no, son forzados a aprenderlo por el gobierno.

¿Y cómo sabe el gobierno, le pregunté, los que tienen oficio y los que no? Fácilmente, me dijo, ¿no adviertes que todos cuantos encontramos tienen una divisa particular en la piocha o remate del tocado de la cabeza? Reflexioné que era según el chino me decía, y le dije: en verdad que es como me lo dices, y no había reparado en ella. ¿Pero qué significan esas divisas? Yo te lo diré, me contestó.

En esto nos acercamos a un gran concurso que estaba junto en una plaza con no sé qué motivo, y allí me dijo mi amigo: mira, aquel que tiene en la cabeza una cinta o listón ancho de seda nácar es juez, aquel que la tiene amarilla es médico, el otro que la tiene blanca es sacerdote, el otro que se adorna con la azul es adivino, aquel que la trae verde es comerciante, el de la morada es astrólogo, el de la negra músico; y así con las cintas anchas de seda, ya bordadas de estambre, y ya de [61] éste o el otro metal, se conocen los profesores de las ciencias y artes más principales.

Los empleados en dignidad, ya con relación al gobierno político y militar, que aquí no se separan, ya en orden a la religión, se distinguen con sortijas de piedras en el pelo, y, según son las piedras y las figuras de las sortijas, manifiestan sus graduaciones.

Mi hermano, que es el virrey, o el segundo después del rey, ya lo viste, tiene una sortija de brillantes colocada sobre la coronilla del tocado, o en la parte más superior. Yo, que soy un Chaen o visitador general en su nombre, la tengo también de brillantes, pero más angosta y caída para atrás; aquel que la tiene de rubíes es magistrado, aquel de la de esmeraldas es el sacerdote principal, el de la de topacios es embajador, y así se distinguen los demás.

Los nobles son los que visten túnicas o ropones de seda, y los que se han señalado en acciones de guerra las traen bordadas de oro. Los plebeyos las usan de estambre o algodón.

Los artesanos tienen sus divisas de colores, pero cortas y de lana. Aquellos que ves con lazos blancos son tejedores de cocos y lienzos blancos, los de azules son tejedores de todas sedas, los de verdes bordadores, los de rojo sastres, los de amarillo zapateros, los de negro carpinteros, y así todos. Los verdugos no tienen cinta ni tocado alguno, traen las cabezas rapadas y un dogal atado a la cintura, del que pende un cuchillo.

Los que veas que a más de estos distintivos, así hombres como mujeres, tienen una banda blanca, son solteros o gente que no se ha casado, los que la tienen roja tienen mujer o mujeres según sus facultades, y los que la tienen negra son viudos.

A más de estas señales hay algunas otras particulares que pudieras observar fácilmente, como son las que usan los de otros reinos y provincias, y los del nuestro en ciertos casos; [62] por ejemplo en los días de boda, de luto, de gala y otros; pero con lo que te he enseñado te basta para que conozcas cuán fácil le es al gobierno saber el estado y oficio de cada uno sólo con verlo, y esto sin que tenga nadie lugar a fingirlo, pues cualquier juez subalterno, que hay muchos, tienen autoridad para examinar al que se le antoje en el oficio que dice que tiene, como le sea sospechoso, lo que se consigue con la trivial diligencia de hacerlo llamar y mandar que haga algún artefacto del oficio que dice tiene. Si lo hace, se va en paz y se le paga lo que ha hecho; si no lo hace, es conducido a la cárcel, y, después de sufrir un severo castigo, se lo obliga a aprender oficio dentro de la misma prisión, de la que no sale hasta que los maestros no certifican que esta idóneo para trabajar públicamente.

No sólo los jueces pueden hacer estos exámenes, los maestros respectivos de cada oficio están también autorizados para reconvenir y examinar a aquél de quien tengan sospechas que no sabe el oficio cuya divisa se pone; y de esta manera es muy difícil que haya en nuestra tierra uno que sea del todo vago o inútil.

No puedo menos, le dije, que alabar la economía de tu país. Cierto que si todas las providencias que aquí rigen son tan buenas y recomendables como las que me has hecho conocer, tu tierra será la más feliz, y aquí se habrán realizado las ideas imaginarias de Aristóteles, Platón y otros políticos en el gobierno de sus arregladísimas repúblicas.

Que sea la más feliz yo no lo sé, dijo el chino, porque no he visto otras; que no haya aquí crímenes ni criminales, como he oído decir que hay en todo el mundo, es equivocación pensarlo, porque los ciudadanos de aquí son hombres como en todas partes. Lo que sucede es que se procuran evitar los delitos con las leyes, y se castigan con rigor los delincuentes. Mañana puntualmente es día de ejecución, y verás si los castigos son terribles. [63]

Diciendo esto nos retiramos a su casa, y no ocurrió cosa particular en aquel día; pero al amanecer del siguiente me despertó temprano el ruido de la artillería, porque se disparó cuanta coronaba la muralla de la ciudad.

Me levanté asustado, me asomé por las ventanas de mi cuarto, y vi que andaba mucha gente de aquí acullá como alborotada. Pregunté a un criado si aquel movimiento indicaba alguna conmoción popular, o alguna invasión de enemigos exteriores. Y dicho criado me dijo que no tuviera miedo, que aquella bulla era porque aquel día había ejecución y, como esto se veía de tarde en tarde, concurría a la capital de la provincia innumerable gente de otras, y por eso había tanta en las calles, como también porque en tales días se cerraban las puertas de la ciudad y no se dejaba entrar y salir a nadie, ni era permitido abrir ninguna tienda de comercio, ni trabajar en ningún oficio hasta después de concluida la ejecución. Atónito estaba yo escuchando tales preparativos, y esperando ver sin duda cosas para mí extraordinarias.

En efecto, a pocas horas hicieron seña con tres cañonazos de que era tiempo de que se juntaran los jueces. Entonces me mandó llamar el Chaen y, después de saludarme cortésmente, nos fuimos para la plaza mayor, donde se había de verificar el suplicio.

Ya juntos todos los jueces en un gran tablado, acompañados de los extranjeros decentes, a quienes hicieron lugar por cumplimiento, se dispararon otros tres cañonazos y comenzaron a salir de la cárcel como setenta reos entre los verdugos y ministros de justicia.

Entonces los jueces volvieron a registrar los procesos para ver si alguno de aquellos infelices tenía alguna leve disculpa con que escapar, y, no hallándola, hicieron seña de que se procediese a la ejecución, la que se comenzó, llenándonos de horror todos los forasteros con el rigor de los castigos; porque a unos los empalaban, a otros los ahorcaban, a otros los azotaban [64] cruelísimamente en las pantorrillas con bejucos mojados, y así repartían los castigos.

Pero lo que nos dejó asombrados fue ver que a algunos les señalaban las caras con unos hierros ardiendo, y después les cortaban las manos derechas.

Ya se deja entender que aquellos pobres sentían los tormentos y ponían sus gritos en el cielo, y entre tanto los jueces en el tablado se entretenían en fumar, hablar, refrescar y jugar a las damas, distrayéndose cuanto podían para no escuchar los gemidos de aquellas víctimas miserables.

Acabose el funesto espectáculo a las tres de la tarde, a cuya hora nos fuimos a comer.

En la mesa se trató entre los concurrentes de las leyes penales, de cuya materia hablaron todos con acierto a mi parecer, especialmente el

español, que dijo: cierto, señores, que es cosa dura el ser juez, y más en estas tierras, donde por razón de la costumbre tienen que presenciar los suplicios de los reos, y atormentar sus almas sensibles con los gemidos de las víctimas de la justicia. La humanidad se resiente al ver un semejante nuestro entregado a los feroces verdugos que sin piedad lo atormentan, y muchas veces lo privan de la vida añadiendo al dolor la ignominia.

Un desgraciado de éstos, condenado a morir infame en una horca, a sufrir la afrenta y el rigor de unos azotes públicos, o siquiera la separación de su patria y los trabajos anexos a un presidio, es para una alma piadosa un objeto atormentador. No sólo considera la aflicción material de aquel hombre en lo que siente su cuerpo, sino que se hace cargo de lo que padece su espíritu con la idea de la afrenta y con la ninguna esperanza de remedio; de aquella esperanza, digo, a que nos acogemos como a un asilo en los trabajos comunes de la vida.

Estas reflexiones por sí solas son demasiado dolorosas, pero el hombre sensible no aísla a ellas la consideración: su ternura [65] es mucha para olvidarse de aquellos sentimientos particulares que deben afligir al individuo puesto en sociedad.

¡Qué congoja tendrá este pobrecito reo!, dice en su interior a sus amigos, ¡qué congoja tendrá al ver que la justicia lo arranca de los brazos de la esposa amable, que ya no volverá a besar a sus tiernos hijos, ni a gozar la conversación de sus mejores amigos, sino que todos lo desamparán de una vez, y él a todos va a dejarlos por fuerza! ¿Y cómo los deja? ¡Oh, dolor! A la esposa, viuda, pobre, sola y abatida; a los hijos, huérfanos infelices y mal vistos; y a los amigos escandalizados, y acaso arrepentidos de la amistad que le profesaron.

¿Parará aquí la reflexión de las almas humanas? No, se extiende todavía a aquellas familias miserables. Las busca con el pensamiento, las halla con la idea, penetra las paredes de sus albergues y, al verlas sumergidas en el dolor, la afrenta y desamparo, no puede menos aquel espíritu que sentirse agitado de la aflicción más penetrante, y en tal grado que, a poder, él arrancararía la víctima de las manos de los verdugos y, creyendo hacer un gran bien, la restituiría impune al seno de su adorada familia.

Pero, ¡infelices de nosotros si esta humanidad mal entendida dirigiera las cabezas y plumas de los magistrados! No se castigaría ningún crimen, serían ociosas las leyes, cada uno obraría según su gusto, y los ciudadanos, sin contar con ninguna seguridad individual, serían los unos víctimas del furor, fuerza y atrevimiento de los otros.

En este triste caso serían ningunos los diques de la religión para contener al perverso; sería una quimera el pretender establecer cualquier gobierno, la justicia fuera desconocida, la razón ultrajada y la Deidad desobedecida enteramente. ¿Y qué fuera de los hombres sin religión, sin gobierno, sin razón, sin justicia y sin Dios? Fácil es conocer que el mundo, en caso de existir, sería un caos de crímenes y abominaciones. Cada uno sería un tirano del otro a la vez que pudiera. Ni el padre [66] cuidaría del hijo ni éste tendría respeto al padre, ni el marido amara a su mujer, ni ésta fuera fiel al marido, y, sobre estos malos principios, se destruiría todo cariño y gratitud recíproca en la sociedad, y entonces

el más fuerte sería un verdugo del más débil, y a costa de éste contentaría sus pasiones, ya quitándole sus haberes, ya su mujer, ya sus hijos, ya su libertad y ya su vida.

Tal fuera el espantoso cuadro del despotismo universal que se vería en el mundo si faltara el rigor de la justicia, o por mejor decir, el freno de las leyes con que la justicia contiene al indómito, asegurando de paso al hombre arregrado y de conducta.

Yo convendré sin repugnancia en que, después de este raciocinio, una alma sensible no puede ver decapitar al reo más criminal con indiferencia. Aún diré más: los mismos jueces que sentencian al reo mojan primero la pluma en sus lágrimas que en la tinta cuando firman el fallo de su muerte. Estos actos fríos y sangrientos les son repugnantes como a hombres criados entre suaves costumbres; pero ellos no son árbitros de la ley, deben sujetarse a sus sanciones y no pueden dejar eludida la justicia con la indulgencia para con los reos, por más que su corazón se resienta como de positivo sucede. Prueba de ello es que en mi tierra no asisten a estos actos fúnebres los jueces.

¿Pero acaso porque estas terribles catástrofes aflijan nuestra sensibilidad la razón ha de negar que son justas, útiles y necesarias al común de los ciudadanos? De ninguna manera. Ciertamente es que una alma tierna no mira padecer en el patíbulo a un delincuente, sino a un semejante suyo, a un hombre; y entonces prescinde de pensar en la justicia con que padece, y solamente considera que padece, pero esto no es saber arreglar nuestras pasiones a la razón.

A mí me ha sucedido en semejantes lances verter lágrimas de compasión en favor de un desdichado reo al verlo conducir al suplicio cuando no he reflexionado en la gravedad de [67] sus delitos; mas cuando he detenido en éstos la consideración y me he acordado de que aquel que padece fue el que por satisfacer una fría venganza o por robar, tal vez una ratería, asesinó alevosamente a un hombre de bien, que con mil afanes sostenía a una decente y numerosa familia que por su causa quedó entregada a las crueles garras de la indignancia, y que quizá el inocente desgraciado pereció para siempre por falta de los socorros espirituales que previene nuestra religión (hablo de la católica, señores); entonces yo no dudo que suscribiría de buena gana la sentencia de su muerte, seguro de que en esto haría a la sociedad tan gran bien, con la debida proporción, como el que hace el diestro cirujano cuando corta la mano corrompida del enfermo para que no perezca todo el cuerpo.

Así sucede a todo hombre sensato que conoce que estos dolorosos sacrificios los determina la justicia para la seguridad del estado y de los ciudadanos.

Si los hombres se sujetaran a las leyes de la equidad, si todos obraran según los estímulos de la recta razón, los castigos serían desconocidos; pero por desgracia se dejan dominar de sus pasiones, se desentienden de la razón y, como están demasiado propensos por su misma fragilidad a atropellar con ésta por satisfacer aquéllas, es necesario valerse, para contener la furia de sus ímpetus desordenados, del terror que impone el miedo de perder los bienes, la reputación, la libertad o la vida.

Tenemos aquí fácilmente descubierto el origen de las leyes penales,

leyes justas, necesarias y santas. Si al hombre se le dejara obrar según sus inclinaciones, obrara con más ferocidad que los brutos. Ciertamente éstos no son capaces de apostárselas en ferocidad a un hombre cuando pierde los estribos de la razón. No hay perro que no sea agradecido a quien le da el pan, no hay caballo que no se sujete al freno, no hay gallina que repugne criar y cuidar a sus hijos por sí misma, y así de todos. [68]

Por último, ¿qué ocasión vemos que los brutos más carniceros se amontonen para quitarse la vida unos a otros en su especie, ni en las que les son extrañas? Y el hombre, ¿cuántas veces desconoce la lealtad, la gratitud, el amor filial y todas las virtudes morales, y se junta con otros para destruir su especie en cuanto puede?

Un caballo obedece a una espuela y un burro anda con la carga por medio del palo; pero el hombre, cuando abandona la razón, es más indómito que el burro y el caballo, y de consiguiente necesario ha menester estímulos más duros para sujetarse. Tal es el temor de perder lo más apreciable, como es la vida.

La justicia, o los jueces que la distribuyen según las buenas leyes, no privan de la libertad o de la vida al reo por venganza sino por necesidad. No le quita a Juan la vida precisamente porque mató a Pedro, sino también porque, cuando aquél expía su delito en el suplicio, tenga el pueblo la confianza de que el estado vela en su seguridad, y sepa que, así como castiga a aquél, castigará a cuantos incurran en igual crimen, que es lo mismo que imponer el escarmiento general con la muerte de un particular delincuente.

De estos principios se penetraron las naciones cuando adoptaron las leyes criminales, leyes tan antiguas como el mismo mundo. Crió Dios al hombre y, sabiendo que desobedecería sus preceptos, antes de que lo verificara le informó de la pena a que lo condenaba. No comas, le dijo, de la fruta de este árbol, porque si la comes morirás. Tan autorizado así está el obligar al hombre a obedecer la ley con el temor del castigo.

Pero, para que las penas produzcan los saludables efectos para que se inventaron, es menester (9) que se deriven de la naturaleza de los delitos; que sean proporcionadas a ellos; [69] que sean públicas, prontas, irremisibles y necesarias; que sean lo menos rigurosas que fuere posible, atendidas las circunstancias; finalmente, que sean dictadas por la misma ley.

En los suplicios que acabamos de ver creo que no han faltado estas circunstancias, si se exceptúa la moderación, porque a la verdad me han parecido demasiado crueles, especialmente la de marcar con hierros ardiendo a muchos infelices, cortándoles después las manos derechas.

Esta pena, en mi juicio, es harto cruel, porque, después que castiga al delincuente con el dolor, lo deja infame para siempre con unas notas indelebles, y lo hace infeliz e inútil en la sociedad a causa del embarazo que le impone para trabajar quitándole la mano.

Ni me sorprenden como nuevas estas penas rigurosas. He leído que en Persia a los usureros les quiebran los dientes a martillazos, y a los panaderos fraudulentos los arrojan en un horno ardiendo. En Turquía a los mismos les dan de palos y multan por primera y segunda vez, y por tercera los ahorcan en las puertas de sus casas, en las que permanece el cadáver

colgado tres días. En Moscovia a los defraudadores de la renta del tabaco se les azota hasta descubrirles los huesos. En nuestro mismo código tenemos leyes que imponen pena capital al que hace bancarrota fraudulentamente, y al ladrón casero en llegando la cantidad robada a cincuenta pesos; otras que mandan cortar la lengua y darles cien azotes a los blasfemos; otras que mandan cortar la mano al escribano falsario, y así otras que no están en uso a causa de la mudanza de los tiempos y dulcificación de las costumbres (10). [70]

Todo esto he dicho, Loitia, para persuadiros a que os intereséis con el Tután para que éste lo haga con el rey, a ver si se consigue la conmutación de este suplicio en otro menos cruel. No quisiera que ningún delincuente quedara impune, pero que no se castigara con tal rigor.

Calló, diciendo esto, el español, y el asiático, tomando la palabra, le contestó: Se conoce, extranjero, que sois harto piadoso y no dejáis de tener alguna instrucción; pero acordaos que, siendo el primero y principal fin de toda sociedad la seguridad de los ciudadanos y la salud de la república, síguese por consecuencia necesaria que éste es también el primero y general fin de las penas. La salud de la república es la suprema ley.

Acordaos también que además de este fin general hay otros particulares subordinados a él, aunque igualmente necesarios y sin los cuales no podía verificarse el general. Tales son la corrección del delincuente para hacerlo mejor, si puede ser, y para que no vuelva a perjudicar a la sociedad; el escarmiento y ejemplo para que los que no han pecado se abstengan de hacerlo; la seguridad de las personas y de los bienes de los ciudadanos; el resarcimiento o reparación del perjuicio causado al orden social, o a los particulares (11).

Os acordaréis de todos estos principios, y en su virtud advertid que estas penas que os han parecido excesivas están conformes a ellos. Los que han muerto han compurgado los homicidios que han cometido, y han muerto con más o menos tormentos según fueron más o menos agravantes las circunstancias de sus alevosías; porque, si todas las penas deben [71] ser correspondientes a los delitos, razón es que el que mató a otro con veneno, ahogado o de otra manera más cruel, sufra una muerte más rigurosa que aquel que privó a otro de la vida de una sola estocada, porque le hizo padecer menos. Ello es que aquí el que mata a otro alevosamente, muere sin duda alguna.

Los que habéis visto azotar eran ladrones que se castigan por primera y segunda vez, y los que han sido herrados y mutilados son ladrones incorregibles. A éstos ningún agravio se les hace, pues, aun cuando les cortan las manos, los inutilizan para que no roben más, porque ellos no son útiles para otra cosa. De esta maldita utilidad abomina la sociedad, quisiera que todo ladrón fuera inútil para dañarla, y de consiguiente se contenta con que la justicia los ponga en tal estado y que los señale con el fuego para que los conozcan y se guarden de ellos aun estando sin la una mano, para que no tengan lugar de perjudicarlos con la que les queda.

En la Europa me dicen que a un ladrón reincidente lo ahorcan; en mi tierra lo marcan y mutilan, y creo que se consigue mejor fruto. Primeramente el delincuente queda castigado y enmendado por fuerza, dejándolo gozar del mayor de los bienes, que es la vida. Los ciudadanos se

ven seguros de él, y el ejemplo es duradero y eficaz.

Ahorcan en Londres, en París o en otra parte a un ladrón de éstos, y pregunto: ¿lo saben todos? ¿Lo ven? ¿Saben que han ahorcado a tal hombre y por qué? Creeré que no; unos cuantos lo verán, sabrán el delito menos individuos, y muchísimos ignorarán del todo si ha muerto un ladrón.

Aquí no es así; estos desgraciados, que no quedan sino para solicitar el sustento pidiéndolo de puerta en puerta (únicos a quienes se les permite mendigar), son unos pregoneros de la rectitud de la justicia, y unos testimonios andando del infeliz estado a que reduce al hombre la obstinación en sus crímenes. [72]

El ladrón ahorcado en Europa dura poco tiempo expuesto a la pública expectación, y de consiguiente dura poco el temor. Luego que se aparta de la vista del perverso aquel objeto fúnebre, se borra también la idea del castigo, y queda sin el menor retraente para continuar en sus delitos.

En la Europa quedan aislados los escarmientos (si escarmentaran) a la ciudad donde se verifica el suplicio; y, fuera de esto, los niños, cuyos débiles cerebros se impresionan mejor con lo que ven que con lo que oyen, no viendo padecer a los ladrones, sino oyendo siempre hablar de ellos con odio, lo más que consiguen es temerlos, como temerían a unos perros rabiosos; pero no conciben contra el robo todo el horror que fuera de desear.

Aquí sucede todo lo contrario. El delincuente permanece entre los buenos y los malos, y por lo mismo el ejemplo permanece, y no aislado a una ciudad o villa, sino que se extiende a cuantas partes van estos infelices, y los niños se penetran de terror contra el robo, y de temor al castigo, porque les entra por los ojos la lección más elocuente.

Comparad ahora si será más útil ahorcar a un ladrón que herrarlo y mutilarlo; y si aun con todo lo que dije persistís en que es mejor ahorcarlo, yo no me opondré a vuestro modo de pensar, porque sé que cada reino tiene sus leyes particulares y sus costumbres propias que no es fácil abolir, así como no lo es introducir otras nuevas; y con esta salva dejemos a los legisladores el cuidado de enmendar las leyes defectuosas según las variaciones de los siglos, contentándonos con obedecer las que nos rigen, de modo que no nos alcancen las penales.

Todos aplaudieron al chino, se levantaron los manteles y cada uno se retiró a su casa. [73]

Capítulo VI

En el que cuenta Perico la confianza que mereció al chino, la venida de éste con él a México y los días felices que logró a su lado gastando mucho y tratándose como un conde

Contento y admirado vivía yo con mi nuevo amigo. Contento por el buen trato que me daba, y admirado por oírlo discurrir todos los días con tanta franqueza sobre muchas materias que parecía que las profesaba a fondo. Es verdad que su estilo no era el que yo escribo, sino uno muy sublime y lleno de frases que regalaban nuestros oídos; pero, como su locución era natural, añadía con ella nueva gracia a sus discursos.

Entre tanto yo gozaba de la buena vida, no me descuidaba en hacer mi

negocio a sombra de la amistad que el Chaen me dispensaba, y así ponía mis palabras, interesaba mis súplicas y hacía frecuentemente mis empeños todos por los que me ocupaban sin las manos vacías, y de esta suerte con semejante granjería llené un baúl de regalitos apreciables.

Todo esto se deja entender que era a excusas de mi favorecedor, pues era tan íntegro que, si hubiera penetrado mis malas artes, acaso yo no salgo de aquella ciudad, pues me condena él mismo a un presidio; pero como no es muy fácil que un superior distinga al que le advierte del que le adula y engaña, y más si está preocupado en favor de éste, se sigue que el malvado continúa sin recelo en sus picardías, y los superiores imposibilitados de salir de sus engaños.

Advertido yo de estos secretos, procuraba hablarle siempre al Loitia con la mayor circunspección, declarándome partidario tenaz de la justicia, mostrándome compasivo y nimiamente desinteresado, celoso del bien público y en todo adherido a su modo de pensar, con lo que le lisonjeaba el gusto demasiado.

Era el chino sabio, juicioso y en todo bueno; pero ya estaba [74] yo acostumbrado a valerme de la bondad de los hombres para engañarlos cuando podía, y así no me fue difícil engañar a éste. Procuré conocerle su genio, advertí que era justo, piadoso y desinteresado; lo acometía siempre por estos flancos, y rara vez no conseguía mi pretensión.

En medio de esta bonanza no dejaba yo de sentir que me hubiese salido huero mi virreinato, y muchas veces no podía consolarme con mi fingido condazgo, aunque no me descuadraba que me regalaran las orejas con el título, pues todos los días me decían los extranjeros que visitaban al Chaen: Conde, oiga Vuestra Señoría. Conde, mire Vuestra Señoría. Conde, tenga Vuestra Señoría, y daca el conde y torna el conde, y todo era condearme de arriba abajo. Hasta el pobre chino me condeaba en fuerza del ejemplo y, como veía que todos me trataban con respeto y cariño, se creyó que un conde era lo menos tanto como un Tután en su tierra o un visir en la Turquía. Agreguen ustedes a este equivocado concepto la idea que formó de que yo le valdría mucho en México, y así procuraba asegurar mi protección, granjeándome por cuantos medios podía; y los extranjeros, que lo habían menester a él, mirando lo que me quería, se empeñaban en adularlo, expresándome su estimación; y así, engañados unos y otros, conspiraban sin querer a que yo perdiera el poco juicio que tenía, pues tanto me condeaban y usiaban, tanto me lisonjeaban y tantas caricias y rendimientos me hacían, que ya estaba yo por creer que había nacido conde y no había llegado a mi noticia.

¡Qué mano, decía yo a mis solas, qué mano que yo sea conde y no lo sepa! Es verdad que yo me titulé; pero, para ser conde, ¿qué importa que me titule yo o me titule el rey? Siendo titular, todo se sale allá. Ahora ¿qué más tiene que yo el mejor conde del universo? ¿Nobleza? No me falta. ¿Edad? Tengo la suficiente. ¿Ciencia? No la necesito, y ganas me sobran.

Lo único que no tengo es dinero y méritos, mas esto es una [75] friolera. ¿Acaso todos los condes son ricos y ameritados? ¿Cuántos hay que carecen de ambas cosas? Pues ánimo, Perico, que un garbanzo más no revienta una olla. Para conde nací según mi genio, y conde soy y conde seré, pésele a quien le pesare, y por serlo haré cuantas diabluras pueda, a bien que no seré el primero que por ser conde sea un bribón.

En estos disparatados soliloquios me solía entretener de cuando en cuando, y me abstraía con ellos de tal modo que muchas veces me encerraba en mi gabinete, y era menester que me fuesen a llamar de parte del Chaen, diciéndome que él y la corte me estaban esperando para comer. Entonces volvía yo en mí como de un letargo, y exclamaba: ¡Santo Dios!, no permitas que se radiquen en mi cerebro estas quiméricas ideas y me vuelva más loco de lo que soy.

La Divina Providencia quiso atender a mis oraciones, y que no parara yo en San Hipólito de conde, ya que había perdido la esperanza de entrar de virrey, así como entran y han entrado muchos tontos por dar en una majadería difícil, si no imposible.

A pocos días avisaron los extranjeros que el buque estaba listo, y que sólo estaban detenidos por la licencia del Tután. Su hermano la consiguió fácilmente, y ya que todo estaba prevenido para embarcarnos, les comunicó el designio que tenía de pasar a la América con licencia del rey, gracia muy particular en la Asia.

Todos los pasajeros festejaron en la mesa su intención con muchos vivas, ofreciéndose a porfía a servirlo en cuanto pudieran. Al fin era toda gente bien nacida, y sabían a lo que obligan las leyes de la gratitud.

Llego el día de embarcarnos y, cuando todos esperábamos a bordo el equipaje del Chaen, vimos con admiración que se redujo a un catre, un criado, un baúl y una petaquilla.

Entonces, y cuando entró el chino, le preguntó el comerciante español que si aquel baúl estaba lleno de onzas de oro. No [76] está, dijo el chino, apenas habrá doscientas. Pues es muy poco dinero, le replicó el comerciante, para el viaje que intentáis hacer. Se sonrió el chino y le dijo: me sobra dinero para ver México y viajar por la Europa. Vos sabéis lo que hacéis, dijo el español, pero os repito que ese dinero es poco. Es harto, decía el chino, yo cuento con el vuestro, con el de vuestros paisanos que nos acompañan, y con el que guardan en sus arcas los ricos de vuestra tierra. Yo se los sacaré lícitamente y me sobrará para todo.

Hacedme favor, replicó el español, de descifrar este enigma. Si es por amistad, seguramente podéis contar con mi dinero y con el de mis compañeros; pero si es en línea de trato, no sé con qué nos podréis sacar un peso. Con pedazos de piedras y enfermedades de animales, dijo el chino, y no me preguntéis más, que cuando estemos en México yo os descifraré el enigma.

Con esto quedamos todos perplejos, se levaron las anclas y nos entregamos a la mar, queriendo Dios que fuera nuestra navegación tan feliz que en tres meses llegamos viento en popa al puerto y ruin ciudad de Acapulco, que, a pesar de serlo tanto, me pareció al besar sus arenas más hermosa que la capital de México. Gozo muy natural a quien vuelve a ver, después de sufrir algunos trabajos, los cerros y casuchas de su patria.

Desembarcamos muy contentos; descansamos ocho días, y en literas dispusimos nuestro viaje para México.

En el camino iba yo pensando cómo me separaría del chino y demás camaradas, dejándolos en la creencia de que era conde, sin pasar por un embustero, ni un ingrato grosero; pero, por más que cavilé, no pude desembarazarme de las dificultades que pulsaba.

En esto avanzábamos leguas de terreno cada día, hasta que llegamos a esta ciudad, y posamos todos en el mesón de la Herradura. [77]

El chino, como que ignoraba los usos de mi patria, en todo hacía alto, y me confundía a preguntas, porque todo le cogía de nuevo, y me rogaba que no me separara de él hasta que tuviera alguna instrucción, lo que yo le prometí, y quedamos corrientes; pero los extranjeros me molían mucho con mi condazgo, particularmente el español, que me decía: conde, ya dos días hace que estamos en México, y no parecen sus criados ni el coche de Vuestra Señoría para conducirlo a su casa. Vamos, la verdad, usted es conde... pues... no se incomode Vuestra Señoría, pero creo que es conde de cámara, así como hay gentiles hombres de cámara.

Cuando me dijo esto me incomodé y le dije: crea usted o no que soy conde, nada me importa. Mi casa está en Guadalajara, de aquí a que vengan de allá por mí se ha de pasar algún tiempo, y mientras no puedo hacer el papel que usted espera; mas algún día sabremos quién es cada cual.

Con esto me dejó y no me volvió a hablar palabra del condazgo. El chino, para descubrirle el enigma que le dijo al tiempo de embarcarnos, le sacó un cañutero lleno de brillantes exquisitos y una cajita, como de polvos, surtida de hermosas perlas, y le dijo: Español, de estos cañuteros tengo quince, y cuarenta de estas cajitas; ¿qué dice usted (12), me habilitarán de moneda a merced de ellos?

El comerciante, admirado con aquella riqueza, no se cansaba de ponderar los quilates de los diamantes, y lo grande, igual y orientado de las perlas; y así, en medio de su abstracción respondió: Si todos los brillantes y perlas son como éstas, en tanta cantidad bien podrán dar dos millones de pesos. ¡Oh, qué riqueza!, ¡qué primor!, ¡qué hermosura!

Yo diría, repuso el chino, ¡qué bobería!, ¡qué locura!, ¡y qué necedad la de los hombres que se pagan tanto de unas piedras [78] y de unos humores endurecidos de las ostras, que acaso serán enfermedades, como las piedras que los hombres crían en las vejigas de la orina o los riñones! Amigo, los hombres aprecian lo difícil más que lo bello. Un brillante de éstos cierto que es hermoso, y de una solidez más que de pedernal; pero sobran piedras que equivalen a ellos en lo brillante, y que remiten a los ojos la luz que reflecta en ellos matizada con los colores del iris, que son los que nos envía el diamante y no más. Un pedazo de cristal hace el mismo brillo, y una sarta de cuentas de vidrio es más vistosa que una de perlas; pero los diamantes no son comunes, y las perlas se esconden en el fondo de la mar, y he aquí los motivos más sólidos porque se estiman tanto. Si los hombres fueran más cuerdos, bajarían de estimación muchas cosas que las logran a merced de su locura. En uno de esos libros que ustedes me prestaron en el viaje he visto escrito con escándalo que una tal Cleopatra obsequió a su querido, Marco Antonio, dándole en un vaso de vino una perla desleída en vinagre, pero perla tan grande y exquisita que dicen valía una ciudad.

Nadie puede dudar que éste fue un exceso de locura de Cleopatra, y una necia vanidad, pero yo no la culpo tanto. Es verdad que fue una extravagancia de mujer que, apasionada por un hombre, creyó obsequiarlo dándole aquella perla inestimable, en señal de que le daba lo más rico que tenía, pero esto nada tiene de particular en una mujer enamorada. La reputación, la libertad y la salud de las mujeres creeré que valen más

para ellas que la perla de Cleopatra, y con todo eso todos los días sacrifican a la pasión del amor y en obsequio de un hombre, que acaso no las ama, su salud, su libertad y su honor.

A mí lo que me escandaliza no es la liberalidad de Cleopatra, sino el valor que tenía la perla; pero ya se ve, esto lo que prueba es que siempre los hombres han sido pagados de lo raro. A mí por ahora lo que me interesa es valerme de su preocupación para habilitarme de dinero. [79]

Pues lo conseguirá usted fácilmente, le dijo el español, porque, mientras haya hombres, no faltará quien pague los diamantes y las perlas; y, mientras haya mujeres, sobrarán quien sacrifique a los hombres para que las compren. Esta tarde vendré con un lapidario y emplearé diez o doce mil pesos.

Se llegó la hora de comer y, después de hacerlo, salió el comerciante a la calle y a poco rato volvió con el inteligente y ajustó unos cuantos brillantes y cuatro hilos de perlas con tres hermosas calabacillas, pagando el dinero de contado.

A los tres días se separó de nuestra compañía, quedándonos el chino, yo, su criado y otro mozo de México que le solicité para que hiciera los mandados.

Todavía estaba creyendo mi amigo que yo era conde, y cada rato me decía: conde, ¿cuándo vendrán de tu tierra por ti? Yo le respondía lo primero que se me venía a la cabeza, y él quedaba muy satisfecho, pero no lo quedaba tanto el criado mexicano, que, aunque me veía decente, no advertía en mí el lujo de un conde; y tanto le llegó a chocar que un día me dijo: Señor, perdone su merced, pero dígame, ¿es conde de veras o se apellida así? Así me apellido, le respondí, y me quitó de encima aquel curioso majadero.

Así lo iba yo pasando muy bien entre conde y no conde con mi chino, ganándole cada día más y más el afecto, y siendo depositario de su confianza y de su dinero con tanta libertad que yo mismo, temiendo no me picara la culebra del juego y fuera a hacer una de las mías, le daba las llaves del baúl y petaquilla, diciéndole que las guardara y me diese el dinero para el gasto. Él nunca las tomaba, hasta que una vez que instaba yo sobre ello se puso serio y con su acostumbrada ingenuidad me dijo: conde, días ha que porfías porque yo guarde mi dinero; guárdalo tú si quieres, que yo no desconfío de ti, porque eres noble, y de los nobles jamás se debe desconfiar, porque el que lo es procura que sus acciones correspondan a sus principios; esto obliga a cualquier noble, aunque sea pobre, [80] ¿cuánto no obligará a un noble visible y señalado en la sociedad como un conde? Con que así guarda las llaves y gasta con libertad en cuanto conozcas que es necesario a mi comodidad y decencia, porque te advierto que me hallo muy disgustado en esta casa, que es muy chica, incómoda, sucia y mal servida, siendo lo peor la mesa; y así hazme gusto de proporcionarme otra cosa mejor, y si todas las casas de tu tierra son así, avísame para conformarme de una vez.

Yo le di las gracias por su confianza, y le dije que supuesto quería tratarse como caballero que era, tenía dinero, y me comisionaba para ello, que perdiera cuidado, que en menos de ocho días se compondría todo.

A este tiempo entró el criado mi paisano con el maestro barbero, quien luego que me vio se fue sobre mí con los brazos abiertos y,

apretándome el pescuezo que ya me ahogaba, me decía: ¡Bendito sea Dios, señor amo, que lo vuelvo a ver y tan guapote! ¿Dónde ha estado usted? Porque después de la descolada que le dieron los malditos indios de Tula ya no he vuelto a saber de usted para nada. Lo más que me dijo un su amigo fue que lo habían despachado a un presidio de soldado por no sé qué cosas que hizo en Tixtla; pero de entonces acá no he vuelto a tener razón de usted. Conque dígame, señor, ¿qué es de su vida?

Al decir esto me soltó, y conocí que mi amigote, que me acababa de hacer quedar tan mal, era el señor Andresillo, que me ayudaba a afeitar perros, desollar indios, desquijarar viejas y echar ayudas. No puedo negar que me alegré de verlo, porque el pobre era buen muchacho, pero hubiera dado no sé qué porque no hubiera sido tan extremoso y majadero como fue, haciéndome poner colorado y echando por tierra mi condazgo con sus sencillas preguntas delante del señor chino, que como nada lerdo advirtió que mi condazgo y riquezas eran trapacerías; pero disimuló y se dejó afeitar, y, [81] concluida esta diligencia, pagué a Andrés un peso por la barba, porque es fácil ser liberal con lo ajeno.

Andrés me volvió a abrazar y me dijo que lo visitara, que tenía muchas cosas que decirme, que su barbería estaba en la calle de la Merced junto a la casa del Pueblo. Con esto se fue, y mi amo el chino, a quien debo dar este nombre, me dijo con la mayor prudencia: acabo de conocer que ni eres rico ni conde, y creo que te valiste de este artificio para vivir mejor a mi lado.

Nada me hace fuerza, ni te tengo a mal que te proporcionaras tu mejor pasaje con una mentira inocente. Mucho menos pienses que has bajado de concepto para mí porque eres pobre y no hay tal condazgo; yo te he juzgado hombre de bien, y por eso te he querido. Siempre que lo seas, continuarás logrando el mismo lugar en mi estimación, pues para mí no hay más conde que el hombre de bien, sea quien fuere, y el que sea un pícaro no me hará creer que es noble, aunque sea conde. Conque anda, no te avergüences, sígueme sirviendo como hasta aquí, y señálate salario, que yo no sé cuánto ganan los criados como tú en tu tierra.

Aunque me avergoncé un poco de verme pasar en un momento en el concepto de mi amo de conde a criado, no me disgustó su cariño, ni menos la libertad que me concedía de señalarme salario a mi arbitrio y pagarme de mi mano; y así, procurando desechar la vergüencilla, como si fuera mal pensamiento, procuré pasarme buena vida, comenzando por granjear a mi amo y darle gusto.

Con este pensamiento salí a buscar casa, y hallé una muy hermosa y con cuantas comodidades se pueden apetecer, y a más de esto barata y en buena calle, como es la que llaman de Don Juan Manuel.

A seguida, como ya sabía el modo, me conchabé con un almonedero, quien la adornó pronto y con mucha decencia. Después solicité un buen cocinero y un portero, y a lo último compré [82] un famoso coche con dos troncos de mulas, encargué un cochero y un lacayo, les mandé hacer libreas a mi gusto, y cuando estaba todo prevenido llevé a mi amo a que tomara posesión de su casa.

Hemos de estar en que yo no le había dado parte de nada de lo que estaba haciendo, ni tampoco le dijo que aquella casa era suya, sino que le pregunté qué le parecía aquella casa, ajuar, coche y todo. Y cuando me

respondió que aquello sí estaba regular, y no la casucha donde vivía, le di el consuelo de que supiera que era suyo. Me dio las gracias, me pidió la cuenta de lo gastado para apuntarlo en su diario económico, y se quedó allí con mucho gusto.

Yo no estaba menos contento; ya se ve, ¿quién había de estar disgustado con tan buena coca como me había encontrado? Tenía buena casa, buena mesa, ropa decente, muchas onzas a mi disposición, libertad, coche en que andar y muy poco trabajo, si merece el nombre de trabajo el mandar criados y darles el gasto.

En fin, yo me hallé la bolita de oro con mi nuevo amo, quien, a más de ser muy rico, liberal y bueno, me quería más cada día, porque yo estudiaba el modo de lisonjearlo. Me hacía muy circunspecto en su presencia, y tan económico que reñía con los criados por un cabo de vela que se quedaba ardiendo y por tantita paja que veía tirada por el patio; y así mi amo vivía confiado en que le cuidaba mucho sus intereses; pero no sabía que cuando salía solo no iban mis bolsas vacías de oro y plata que gastaba alegremente con mis amigos y las amigas de ellos.

Ellos se admiraban de mi suerte y me rodeaban como moscas a la miel. Las muchachas me hacían más fiestas que perro hambriento a un hueso sabroso, y yo estaba envanecido con mi dicha.

Un día que iba solo en el coche a un almuerzo para que fui convidado en Jamaica, decía entre mí: ¡qué equivocado estaba mi padre cuando me predicaba que aprendiera oficio o me [83] dedicara a trabajar en algo útil para subsistir, porque el que no trabajaba no comía! Eso sería en su tiempo, allá en tiempo del rey Perico, cuando se usaba que todo el mundo trabajara y los hombres se avergonzaban de ser inútiles y flojos; cuando no sólo los ricos, sino hasta los reyes y sus mujeres hacían gala de trabajar algunas ocasiones con sus manos; y, finalmente, cuando los hombres usaban greguescos y empeñaban un bigote en cualquiera suma. ¡Edad de hierro! ¡Siglo de obscuridad y torpeza!

¡Gracias a Dios que a ella se siguió la edad de oro y el siglo ilustrado en que vivimos, en el que no se confunde el noble con el plebeyo, ni el rico con el pobre! Quédense para los últimos los trabajos, las artes, las ciencias, la agricultura y la miseria, que nosotros bastante honramos las ciudades con nuestros coches, galas y libreas.

Si los plebeyos nos cultivan los campos y nos sirven con sus artefactos, bien les compensamos sus tareas, pagándoles sus labores y hechuras como quieren, y derramando a manos llenas nuestras riquezas en el seno de la sociedad en los juegos, bailes, paseos y lujo que nos entretienen.

Para gastar el dinero como yo lo gasto, ¿qué ciencia ni trabajo se requiere para adquirirlo como yo lo he adquirido? ¿Qué habilidad se necesita sino una poquilla de labia y alguna fortuna? Así es que yo no soy conde, pero me raspo una vida de marqués. Acaso habrá condes y marqueses que no podrán tirar un peso con la franqueza que yo, porque les habrá costado mucho trabajo buscarlo, y les costará no menor conservarlo.

No hay duda, el que ha de ser rico y nació para serlo, lo ha de ser aunque no trabaje, aunque sea flojo y una bestia; quizá por eso dice un refrán que al que Dios le ha de dar, por la gatera ha de entrar; así como el que nació pobre, aunque sea un Salomón, aunque sea muy hombre de bien y

trabaje del día a la noche, jamás tendrá un peso y, aun cuando lo [84] consiga, no le lucirá, se le volverá sal y agua, y morirá a obscuras aunque tenga velería.

Tales eran mis alocados discursos cuando me embriagaba con la libertad y la proporción que tenía de entregarme a los placeres, sin advertir que yo no era rico ni el dinero que gastaba era mío, y que, aun en caso de serlo, esta casualidad no me la había proporcionado la Providencia para ensoberbecerme ni ajar a mis semejantes, ni se me habían dado las riquezas para disiparlas en juegos ni excesos, sino para servirme de ellas con moderación y ser útil y benéfico a mis hermanos los pobres.

En nada de esto pensaba yo entonces, antes creía que el que tenía dinero tenía con él un salvoconducto para hacer cuanto quisiera y pudiera impunemente por malo que fuera, sin tener la más mínima obligación de ser útil a los demás hombres para nada; y este falso y pernicioso concepto lo formé no sólo por mis depravadas inclinaciones, sino ayudado del mal ejemplo que me daban algunos ricos disipados, inútiles e inmorales, ejemplo en que no sólo apoyaba mi vieja holgazanería, sino que me hizo cruel a pesar de las semillas de sensibilidad que abrigaba mi corazón.

Engreído con el libre manejo que tenía del oro de mi amo, desvanecido con los buenos vestidos, casa y coche que disfrutaba de coca, aturdido con las adulaciones que me prodigaban infinitos aduladores de más que mediana esfera, que a cada paso celebraban mi talento, mi nobleza, mi garbo y mi liberalidad, cuyos elogios pagaba yo bien caros, y, lo más pernicioso para mí, engañado con creer que había nacido para rico, para virrey o cuando menos para conde, miraba a mis iguales con desdén, a mis inferiores con desprecio, y a los pobres enfermos, andrajosos y desdichados con asco, y me parece que con un odio criminal sólo por pobres.

Excusado será decir que yo jamás socorría a un desvalido, cuando les regateaba las palabras, y en algunos casos en que me [85] era indispensable hablar con ellos salían mis expresiones destiladas por alambique: bien, veremos; otro día; ya; pues; sí; no; vuelva; y otros laconismos semejantes eran los que usaba con ellos la vez que no podía excusarme de contestarles, si no me incomodaba y los trataba con la mayor altanería, poniéndolos como un suelo, y aun amenazándolos de que los mandarían echar a palos de las escaleras.

Y no penséis que esto lo hacía con los que me pedían limosna, porque a nadie se le permitía entrar a hablarme con este objeto enfadoso; mis orgullos se gastaban con el casero, el sastre, el peluquero, el zapatero, la lavandera y otros infelices artesanos o sirvientes que justamente demandaban su trabajo; por señas que al fin tuvo que pagar mi amo más de dos mil pesos de estas drogas que yo le hice contraer, al mismo tiempo que en paseos, meriendas, coliseo y fiestas gastaba con profusión.

No había funcioncita de Santiago, Santa Ana, Ixtacalco, Iztapalapa y otras a que yo no concurría con mis amigos y amigas, gastando en ellas el oro con garbo. No había almuercería afamada donde algún día no les hiciera el gasto, ni casamiento, día de santo, cantamisa o alguna bullita de éstas donde no fuera convidado, y que no me costara más de lo que pensaba.

En fin, yo era perrito de todas bodas, engañando al pobre chino según quería, teniendo un corazón de miel para mis aduladores y de acíbar para

los pobres. Una vez se arrojó a hablarme al bajar del coche un hombre pobre de ropa, pero al parecer decente en su nacimiento. Me expresó el infeliz estado en que se hallaba: enfermo, sin destino, sin protección, con tres criaturas muy pequeñas y una pobre mujer también enferma en una cama, a quienes no tenía qué llevarles para comer a aquella hora, siendo las dos de la tarde. Dios socorra a usted, le dije con mucha sequedad, y él entonces, hincándoseme delante en el descanso de la escalera, me dijo con las lágrimas [86] en los ojos: Señor don Pedro, socórrame usted con una peseta, por Dios, que se muere de hambre mi familia, y yo soy un pobre vergonzante que no tengo ni el arbitrio de pedir de puerta en puerta, y me he determinado a pedirle a usted confiado en que me socorrerá con esta pequeñez, siquiera porque se lo pido por el alma de mi hermano el difunto don Manuel Sarmiento, de quien se debe usted de acordar, y, si no se acuerda, sepa que le hablo de su padre, el marido de doña Inés de Tagle, que vivía muchos años en la calle del Águila, donde usted nació, y murió en la de Tiburcio, después de haber sido relator de esta Real Audiencia, y... Basta, le dije, las señas prueban que usted conoció a mi padre, pero no que es mi pariente, porque yo no tengo parientes pobres; vaya usted con Dios.

Diciendo esto, subí la escalera dejándolo con la palabra en la boca sin socorro, y tan exasperado con mi mal acogimiento que no tuvo más despique que hartarme a maldiciones, tratándome de cruel, ingrato, soberbio y desconocido. Los criados, que oyeron cómo se profería contra mí, por lisonjearme lo echaron a palos, y yo presencié la escena desde el corredor riéndome a carcajadas.

Comí y dormí buena siesta, y a la noche fui a una tertulia donde perdí quince onzas en el monte, y me volví a casa muy sereno y sin la menor pesadumbre; pero no tuve una peseta para socorrer a mi tío. Me dicen que hay muchos ricos que se manejan hoy como yo entonces; si es cierto, apenas se puede creer.

Así pasé dos o tres meses, hasta que Dios dijo: basta.

Capítulo VII

En el que Perico cuenta el maldito modo con que salió de la casa del chino, con otras cosas muy bonitas, pero es menester leerlas para saberlas

Como no hay hombre tan malo que no tenga alguna partida buena, yo, en medio de mis extravíos y disipación, conservaba algunas semillas de sensibilidad, aunque embotadas con mi soberbia, y tal cual respetillo y amor a mi religión, por cuyo motivo, y deseando conquistar a mi amo para que se hiciera cristiano, lo llevaba a las fiestas más lucidas que se hacían en algunos templos, cuya magnificencia lo sorprendía, y yo veía con gusto y edificación el grande respeto y devoción con que asistía a ellas, no sólo haciendo o imitando lo que veía hacer a los fieles, sino dando ejemplo de modestia a los irreverentes, porque, después que estaba arrodillado todo el tiempo del sacrificio, no alzaba la vista, ni volvía la cabeza, ni charlaba, ni hacía otras acciones indevotas que muchos cristianos hacen en tales lugares, con ultraje del lugar y del divino

culto.

Yo advertí que movía los labios como que rezaba y, como sabía que ignoraba nuestras oraciones y no tenía motivo para pensar que creía en nuestra religión, me hacía fuerza, y un día, por salir de dudas, le pregunté qué decía a Dios cuando oraba en el templo. A lo que me contestó: yo no sé si tu Dios existe o no existe en aquel precioso relicario que me enseñas; pero, pues tú lo dices y todos los cristianos lo creen, razones sólidas, pruebas y experiencias tendrán para asegurarlo. A más de esto, considero que, en caso de ser cierto, el Dios que tú adoras no puede ser otro sino el mayor o el Dios de los dioses, y a quien éstos viven sujetos y subordinados; seguramente adoráis a Laocon Izautey, que es el gobernador del cielo, y en esta creencia le digo: Dios grande, a quien adoro en este [88] templo, compadécete de mí, y haz que te amen cuantos te conocen para que sean felices. Esta oración repito muchas veces.

Absorto me dejó el chino con su respuesta; y, provocado con ella, trataba de que se enamorara más y más de nuestra religión, y que se instruyera en ella; pero, como no me hallaba suficiente para esta empresa, le propuse que sería muy propio a su decencia y porte que tuviera en su casa un capellán. ¿Qué es capellán?, me preguntó; y le dije que capellanes eran los ministros de la religión católica que vivían con los grandes señores, como él, para decirles misa, confesarlos y administrarles los santos sacramentos en sus casas, previa la licencia de los obispos y los párrocos.

Eso está muy bueno, me dijo, para vosotros los cristianos, que estáis instruidos en vuestra religión, que os obliga, y obedeceréis exactísimamente sus preceptos; pero no para mí que soy extranjero, ignorante de vuestros ritos, y que por lo mismo no los podré cumplir.

No, señor, le dije, no todos los que tienen capellanes cumplen exactamente con los preceptos de nuestra religión. Algunos hay que tienen capellanes por ceremonia, y tal vez no se confiesan con ellos en diez años, ni les oyen una misa en veinte meses. ¿Pues entonces de qué sirven?, decía el chino. De mucho, le respondí, sirven de decir misa a los criados dentro de la casa para que no salgan a la calle y hagan falta a sus obligaciones; sirven de adorno en la casa, de ostentación del lujo, de subir y bajar del coche a las señoras, de conversar en la mesa, y alguna ocasión de llevar una carta al correo, de cobrar una libranza, de hacer tercio a la malilla o de cosas semejantes.

Eso es decir, repuso el chino, que en tu tierra los ricos mantienen en sus casas ministros de la religión más por lujo y vanidad que por devoción, y éstos sirven más bien de adular [89] que de corregir los vicios de sus amos, patronos o como les llames.

No, no he dicho tanto, le repliqué, no en todas las casas se manejan de una misma manera. Casas hay en donde se hace lo que te digo, y capellanes serviles que, no atendiendo al decoro debido a su carácter, se prostituyen a adular a los señores y señoras, en términos de ser mandaderos y escuderos de éstas; pero hay otras casas que, no teniendo los capellanes por cumplimiento sino por devoción, les dan toda la estimación debida a su alta dignidad; ya se ve que también estos capellanes no son unos cleriguitos de palillera, seculares disfrazados, tontos enredados en tafetán ni paño negro, ni son, en dos palabras, unos ignorantes inmorales

que, con escándalo del pueblo y vilipendio de su carácter, den la mano a sus patronos para abreviarles el paso a los infiernos en su compañía, ya contemporizando con ellos infamemente en el confesonario, ya tolerándoles en la ocasión próxima voluntaria, ya absolviéndoles sus usuras, ya ampliándoles sus conciencias con unas opiniones laxísimas y nada seguras, ya apoyándoles sus más reprensibles extravíos, y ya, en fin, confirmándoles en su error, no sólo con sus máximas, sino también con sus ejemplos detestables. Porque, ¿qué hará una familia libertina si ve que el capellán, que es o debe ser un apóstol, un ministro del santuario, un perro que sin cesar ladre contra el vicio sin el menor miramiento a las personas, una pauta viva por cuyas líneas se reglen las acciones de los fieles, un maestro de la ley, un ángel, una guía segura, una luz clarísima y un Dios tutelar de la casa en que vive, que todo esto y más debe ser un sacerdote? ¿Qué hará, digo, una familia que se entrega a su dirección, si ve que el capellán es el primero que viste con lujo, que concurre a los bailes y a los juegos, que afecta en el estrado con las niñas las reverencias, mieles y monerías de los más frescos pisaverdes, etc., etc., etc.? ¿Qué hará, digo otra vez, [90] sino canonizar sus vicios y tenerse por santa, cuando no imite en todo al capellán?

Ya veo, señor, que usted dirá que es imposible que haya capellanes tan inmorales, y patronos tan necios que los tengan en sus casas; pero yo le digo que ¡ojalá fuera imposible!, no hubiera conocido yo algunos originales cuyos retratos le pinto; pero, en cambio, de éstos hay también, como insinué, casas santas y capellanes sabios y virtuosos, que su presencia, modestia y compostura solamente enfrenan, no sólo a los criados y dependientes, sino a los mismos señores, aunque sean condes y marqueses. Capellanes he conocido bien arreglados en su conducta y tan celosos de la honra de Dios que no se han embarazado para decir a sus patronos la verdad sin disimulo, reprendiéndoles seriamente sus vicios, estimulándolos a la virtud con sus persuasiones y ejemplos, y abandonando sus casas cuando han hallado una tenaz oposición a la razón.

De esos capellanes me acomodan, dijo el chino, y desde luego puedes solicitar uno de ellos para casa; pero ya te advierto que sea sabio y virtuoso, porque no lo quiero para mueble ni adorno. Si puede ser, búscamelo viejo, porque cuando las canas no prueben ciencia ni virtud, prueban a lo menos experiencia.

Con este decreto partí yo contentísimo en solicitud del capellán, creyendo que había hecho algo bueno, y diciendo entre mí: ¡válgame Dios!, ¡qué porción de verdades he dicho a mi amo en un instante! No hay duda, para misionero valgo lo que peso cuando estoy para ello. Pudiera coger un púlpito en las manos y andarme por esos mundos de Dios predicando lindezas, como decía Sancho a don Quijote.

Pero ¿en qué estará que, conociendo tan bien la verdad, sabiendo decirla y alabando la virtud con ultraje del vicio, como lo hago a veces tan razonablemente en favor de otros, para mí sea tan para nada que en la vida me predico un sermoncito? [91]

¿En qué estará también que sea yo un Argos para ver los vicios de mis prójimos, y un Cíclope para no advertir los míos? ¿Por qué yo, que veo la paja del vecino, no veo la viga que traigo a cuestras? ¿Por qué, ya que quiero ser el reformador del mundo, no empiezo componiendo mis

despilfarros, que infinitos tengo que componer? Y, por fin, ¿por qué, ya que me gusta dar buenos consejos, no los tomo para mí cuando me los dan? Cierto que para diablo predicador no tengo precio.

Pero ya se ve, ¿qué me admiro de decir a veces unas verdades claras, de elogiar la virtud, ni reprobar el vicio, acaso con provecho de quien me oye, cuando esto no lo hago yo sino Dios, de quien dimana todo bien? Sí, en efecto, Dios se ha valido de mí para traer un buen ministro a este chino, tal vez para que abrace la religión católica; y como se valió de mí, ¿no se pudo haber valido de otro instrumento mejor o peor que yo? ¿Quién lo duda?

Pero la Divina Providencia no hace las cosas por acaso, sino ordenadas a nuestro bien, y según esto, ¿por qué no he de pensar que Dios me ha puesto todo esto en la cabeza no sólo para que se bautice el chino, sino también para que yo me convierta y mude de vida?

Así debe ser, y yo estoy en el caso de no desperdiciar este auxilio, sino corresponderlo sin demora. Pero soy el diablo. Mientras no veo a mis amigos, ni a mis queridas, pienso con juicio; pero en cuanto estoy con ellos y con ellas se me olvidan los buenos propósitos que hago, y vuelvo a mis andanzas.

No son estos los primeros que hago, ni el primer sermón que me predico; varios he hecho, y siempre me he quedado tan Periquillo como siempre, semejante a la burra de Balaan, que después de amonestar al inicuo se quedó tan burra como era antes.

¿Pero siempre he de ser un obstinado? ¿No me docilitaré alguna vez a los suaves avisos de mi conciencia, y no responderé [92] algún día a los llamamientos de Dios? ¿Por qué no? Eh, vida nueva, señor Perico, acordémonos que estamos empecatados de la cruz a la cola, que somos mortales, que hay infierno, que hay eternidad y que la muerte vendrá como el ladrón cuando no se espere, y nos cogerá desprevenidos, y entonces nos llevarán toditos los diablos en un brinco.

Pues no, a penitencia han tocado, Periquillo, penitencia y tente perro, que las cosas de esta vida hoy son y mañana no. Buscaré al capellán, lo encargaré de ciencia, prudencia y experiencia; me confesaré con él, me quitaré de las malas ocasiones, y adiós tertulias, adiós paseos, alameda, coliseo y visitas, adiós almuerzitos de Nana Rosa, adiós villares y montecitos, adiós amigos, adiós Pepitas, Tulitas y Mariquitas, adiós galas, adiós disipación, adiós mundo; un santo he de ser desde hoy, un santo.

¿Pero qué dirán los tunantes mis amigos y mis apasionadas? ¿Dirán que soy un mocho, un hipócrita, que por no gastar me he metido a buen vivir, y otras cosas que no me han de saber muy bien? Pero, ¿qué tenemos con esto? Digan lo que quisieren, que ellos no me han de sacar del infierno.

Con estos buenos aunque superficiales sentimientos me entré en casa de don Prudencio, amigo mío y hombre de bien, que tenía tertulia en su casa. Le dije lo que solicitaba, y él me dijo: puntualmente hay lo que usted busca. Mi tío el doctor don Eugenio Bonifacio es un eclesiástico viejo, de una conducta muy arreglada y un pozo de ciencia, según dicen los que saben. Ahora está muy pobre, porque le han concursado sus capellanías, y es tan bueno que no se ha querido meter en pleitos, porque dice que la tranquilidad de su espíritu vale más que todo el oro del mundo. Le

propondré este destino, y creo que lo admitirá con mucho gusto. Voy a mandarlo llamar ahora mismo, porque el llanto debe ser sobre el difunto.

Diciendo esto, se salió don Prudencio; me sacaron chocolate [93] y mientras que lo tomé dieron las oraciones y fueron entrando mis contertulios.

Se comenzó a armar la bola de hombres y mujeres, y los bandolones fueron despertando los ánimos dormidos y poniendo los pies en movimiento.

Como a las siete de la noche ya estaba la cosa bien caliente, y yo me había sostenido sin querer bailar nada, acordándome de mis buenos propósitos, causando a todos bastante novedad mi chiqueo, pues nadie me hizo bailar aun después de gastar la saliva en muchos ruegos.

Yo bien quería bailar, sobre que estas fiestecillas eran mi flanco más débil; los pies me hormigueaban, pero quería ensayarme a firme en medio de la ocasión, y mantenerme ileso entre las llamas, y así me decía: no, Perico, cuidado, no hay que desmayar; nadie es coronado si no pelea hasta el fin; ánimo, y acabemos lo comenzado, mantente tieso.

En estos interiores soliloquios me entretenía, satisfecho en que mis propósitos eran ciertos, pues me había sujetado a no bailar en dos horas, y había tenido esfuerzo para resistir no sólo a los ruegos y persuasiones de mis amigos, sino también a las porfiadas instancias de varias señoritas que no se cansaban de importunarme con que bailara, ya porque meneaba bien las patas, y ya porque tenía dinero. Poderosísima razón para ser bien quisto entre las damas.

Sin embargo, yo desairé a todas las rogonas, y hubiera desairado al Preste Juan en aquel momento, pues no quería quebrantar mis promesas.

Pero a las siete y media fue entrando a la tertulia Anita la Blanda, muchacha linda como ella sola, zaragata como nadie, y mi coquetilla favorita. Con ésta tenía yo mis conversaciones en las tertulias, era mi inseparable compañera en las contradanzas, y no tenía más que hacer para que me distinguiera entre todos sino llevarla a su casa, después de hacerla cenar [94] y tomar vino en la fonda, dejarla para otro día seis u ocho pesos y hacerla unos cuantos cariños. Todo esto muy honradamente, porque iba siempre acompañada con su tía... pues... con su tía, que era una buena vieja.

Entró, digo, esa noche mi Anita vestida con un túnico azul nevado de tafetán con su guarnición blanca, su chal de punto blanco, zapatos del mismo color, media calada y peinado del día. Vestido muy sencillo; pero, si con cualquiera me agradaba, esa noche me pareció una diosa con el que llevaba, porque sobre estos colores bajos resaltaban lo dorado de sus cabellos, lo negro de sus ojos, lo rosado de sus mejillas, lo purpúreo de sus labios y lo blanco de sus pechos.

Luego que se sentó en el estrado se me fueron los ojos tras ella, pero me hice disimulado platicando con un amigo y haciendo por no verla; mas ella, advirtiendo mi disimulo, noticiosa de que no había querido bailar y temiendo no estuviera yo sentido por algún motivo suyo, que me los daba cada rato, se llegó a mí y me dijo más tierna que mantequilla: Pedrillo, ¿no me has visto? Me dicen que no has querido bailar y que has estado muy triste, ¿qué tienes? Nada, señora, le dije con la mayor circunspección. ¿Pues que estás enfermo? Sí estoy, le dije, tengo un dolor. ¿Un dolor?, decía ella, pues no, mi alma, no lo sufras; el señor

don Prudencio me estima, ven a la recámara, te mandaré hervir una poca de agua de manzanilla o de anís y la tomarás. Será dolor flatoso.

No es dolor de aire, le dije, es más sólido y es dolor provechoso. Váyase usted a bailar. Yo hablaba del dolor de mis pecados, pero la muchacha entendía que era enfermedad de mi cuerpo, y así me instaba demasiado haciéndome mil caricias, hasta que, viendo mi resistencia y despego, se enfadó, me dejó y admitió a su lado a otro currutaquillo que siempre había sido mi rival y estaba alerta para aprovechar la ocasión de que yo la abandonara. [95]

Luego que ella se la proporcionó, se sentó él con ella y la comenzó a requebrar con todas veras. La fortuna mía fue que era pobre, si no me desbanca en cuatro o cinco minutos, porque era más buen mozo que yo.

Advirtiendo el desdén de ella y la vehemente diligencia que hacía mi rival, se me encendió tal fuego de celos que eché a un lado mis reflexiones y se llevó el diablo mis proyectos.

Me levantó como un león furioso, fui a reconvenir al otro pobre con los términos más impolíticos y provocativos. La muchacha, que aunque loquilla era más prudente que yo, procuró disimular su diligencia y serenó la disputa haciéndome muchos mimos, y quedamos tan amigos como siempre.

Luego que eché a las ancas mi conversión, bailé, bebí, retocé y desafié a Anita para que cuerpo a cuerpo me diese satisfacción de los celos que me había causado. Ella se excusó diciéndome que estaban prohibidos los duelos, y más siendo tan desiguales.

En lo más fervoroso de mi chacota estaba yo, cuando don Prudencio me avisó que había llegado su tío el doctor, que pasara a contestar con él al gabinete para que de mi boca oyera la propuesta que le hacía.

No estaba yo para contestar con doctores, y así, hurtando un medio cuarto de hora, entré al gabinete y despaché muy breve todo el negocio, quedando con el padre en que a las ocho del día siguiente vendría por él para llevarlo a casa.

Quería el pobre sacerdote informarse despacio de todo lo que le había contado su sobrino, pero yo no me presté a sus deseos, diciéndole que a otro día nos veríamos y le satisfaría a cuanto me quisiese preguntar. Con esto me despedí, quedando en el concepto de aquel buen eclesiástico por un tronera mal criado.

Así que me despedí de él, me volví con Anita y a las nueve, hora en que me recogía a lo más tarde por respeto de mi amo, [96] y eso a costa de mil mentiras que le encajaba, la fui a dejar a su casa tan honrada como siempre, y me retiré a la mía.

Cuando llegué ya dormía el chino, y así yo cené muy bien y me fui a hacer lo mismo.

Al día siguiente y a la hora citada fui por el padre doctor, que ya me esperaba en casa de don Prudencio; lo hice subir en el coche y lo llevé a la presencia de mi amo.

Este respetable eclesiástico era alto, blanco, delgado, bien proporcionado de facciones, sus ojos eran negros y vivos, su semblante entre serio y afable, y su cabeza parecía un copo de nieve. Luego que entré a la sala donde estaba mi amo, le dije: señor, este padre es el que he solicitado para capellán, según lo que hablamos ayer.

El chino, luego que lo vio, se levantó de su butaque y se fue a él

con los brazos abiertos y, estrechándolo en ellos con el más cariñoso respeto, le dijo: me doy los plácemes, señor, porque habéis venido a honrar esta casa que desde ahora podéis contar por vuestra; y, si vuestra conducta y sabiduría corresponden a lo emblanquecido de vuestra cabeza, seguramente yo seré vuestro mejor amigo.

Os he traído a mi casa porque me dice Pedro que es costumbre de los señores de su tierra tener capellanes en sus casas. Yo, desde antes de salir de la mía, supe que era muy debido a la prudencia el conformarse con las costumbres de los países donde uno vive, especialmente cuando éstas no son perjudiciales, y así ya podéis quedaros aquí desde este momento, siendo de vuestro cargo sacrificar a vuestro Dios por mi salud y hacer que todos mis criados vivan con arreglo a su religión, porque me parece que andan algo extraviados. También me instruiréis en vuestra creencia y dogmas, pues, aunque sea por curiosidad, deseo saberlos, y, por fin, seréis mi maestro y me enseñaréis todo cuanto consideréis que debe saber de vuestra tierra un extranjero que ha venido a ella sólo por ver [97] estos mundos; y por lo que toca al salario que habéis de gozar, vos mismo os lo tasaréis a vuestro gusto.

El capellán estuvo atento a cuanto le dijo mi amo, y así le contestó que haría cuanto estuviera de su parte para que la familia anduviese arreglada; que lo instruiría de buena gana no sólo en los principios de la religión católica, sino en cuanto le preguntara y quisiera saber del reino; que acerca de su honorario, en teniendo mesa y ropa, con muy poco dinero le sobraba para sus necesidades; pero que, supuesto le hacía cargo de la familia, era menester también que le confiriese cierta autoridad sobre ella, de modo que pudiera corregir a los díscolos y expeler en caso preciso a los incorregibles, pues sólo así le tendrían respeto y se conseguiría su buen deseo.

Pareciple muy bien a mi amo la propuesta, y le dijo que le daba toda la autoridad que él tenía en la casa para que enmendara cuanto fuera necesario. El capellán fue a llevar su cama, baúl y libros, y a solicitar la licencia para que hubiera oratorio privado.

Lo primero se hizo en el día, y lo segundo no se dificultó conseguir, de modo que a los quince días ya se decía misa en la casa.

De día en día se aumentaba la confianza que hacía mi amo del capellán y el amor que le iba tomando. Querían los más de los criados vivir a sus anchuras con él, así como vivían conmigo, pero no lo consiguieron; pronto los echó a la calle y acomodó otros buenos. La casa se convirtió en un conventito. Se oía misa todos los días, se rezaba el rosario todas las noches, se comulgaba cada mes, no había salidas ni paseos nocturnos, y a mí se me obligaba como a uno de tantos a la observancia de estas religiosas constituciones.

Ya se deja entender qué tal estaría yo con esta vida: desesperado precisamente, considerando que había buscado el cuervo que me sacara los ojos; sin embargo, disimulaba y sufría a [98] más no poder, siquiera por no perder el manejo del dinero, la estimación que tenía en la calle y el coche de cuando en cuando.

Quisiera poner en mal al capellán y deshacerme de él, pero no me determinaba, porque veía lo mucho que mi amo lo quería. Desde que fue a la casa, sacaba a pasear a mi amo con frecuencia a coche y a pie, llevándole

no sólo a los templos, como yo, sino a paseos, tertulias, visitas, coliseo y a cuantas partes había concurrencia, de suerte que en poco tiempo ya mi amo contaba con varios señores mexicanos que lo visitaban y le profesaban amistad, haciendo yo en la casa el papel más desairado, pues apenas me tenían por un mayordomo bien pagado.

Luego que venían de algún paseo, se encerraban a platicar mi amo y el capellán, quien en muy poco tiempo le enseñó a hablar y escribir el castellano perfectamente, y lo emprendió mi amo con tanto gusto y afición que todos los días escribía mucho, aunque yo no sabía qué, y leía todos los libros que el capellán le daba, con mucho fruto, porque tenía una feliz memoria.

De resultas de estas conferencias e instrucción, me tomó un día cuentas mi amo de su caudal con mucha prolijidad, como que sabía perfectamente la aritmética y conocía el valor de todas las monedas del reino. Yo le di las del Gran Capitán, y resultó que en dos o tres meses había gastado ocho mil pesos. Hizo el chino avaluar el coche, ropa y menaje de casa, sumó cuánto montaba el gasto de casa, mesa y criados, y sacó por buena cuenta que yo había tirado tres mil pesos.

Sin embargo, fue tan prudente que sólo me lo hizo ver, y me pidió las llaves de los cofres, entregándoselas al capellán y encargándole el gasto económico de su casa.

Este golpe para mí fue mortal, no tanto por la vergüencilla [99] que me causó el despojo de las llaves, cuanto por la falta que me hacían.

El capellán desde que me conoció formó de mí el concepto que debía, esto es, de que era yo un pícaro, y así creo que se lo hizo entender a mi amo, pues éste, a más de quitarme las llaves, me veía no sólo con seriedad, sino con cierto desdén, que lo juzgué precursor de mi expulsión de aquella Jauja.

Con este miedo me esforzaba cuanto podía por hacerle una barba finísima; y una vez que estaba trabajando en este tan apreciable ejercicio, a causa de que el capellán no estaba en casa, y él estaba triste, le pregunté el motivo, y el chino sencillamente me dijo: ¿Que no se usa en tu tierra que los extranjeros tengan mujeres en sus casas? Sí se usa, señor, le respondí, los que quieren las tienen. Pues tráeme dos o tres que sean hermosas para que me sirvan y diviertan, que yo las pagaré bien, y si me gustan me casaré con ellas.

Halleme aquí un buen lugar para poner en mal al capellán, aunque injustamente, y así le dije que el capellán no quería que estuvieran en casa, que ése era el embarazo que yo pulsaba; pero que mujeres sobraban en México, muy bonitas y no muy caras.

Pues tráelas, dijo el chino, que el capellán no me puede privar de una satisfacción que la naturaleza y mi religión me permiten.

Con todo eso, señor, le repliqué, el capellán es el demonio; no puede ver a las mujeres desde que una lo golpeó por otra en un paseo y, como está tan engreído con el favor de usted, querrá vengarse con las muchachas que yo traiga, y aun las echará a palos por más lindas que sean y usted las quiera.

Enojose el chino creyendo que el capellán le quitaría su gusto, y así enardecido dijo: ¿Qué es eso de echar a palos de mi casa a ninguna mujer que yo quiera? Lo echaré yo a él [100] si tal atrevimiento tuviere. Anda y

tráeme las mujeres más bellas que encuentres.

Contentísimo salí yo a buscar las madamas que me encargaron, creyendo que con el madurativo que había puesto el capellán debía salir de casa, y yo debía volver a hacerme dueño de la confianza del chino.

No me gustaba mucho el oficio de alcahuete, ni jamás había probado mi habilidad para el efecto; me daba vergüenza ir a salir con tal embajada a las coquetas, porque no era viejo ni estaba trapiento, y así temía sus chocarrerías y, a más que todo, temblaba al considerar la prisa que se darían ellas mismas para quitarme el crédito; pero, sin embargo, el deseo de manejar dinero y verme libre del capellán me hizo atropellar con el pedacillo de honor que conservaba, y me determiné a la empresa.

Llegué, vi y vencí con más facilidad que César. Buscar las cusquillas, hallarlas y persuadirlas a que vinieran conmigo a servir al chino fue obra de un momento.

Muy ancho fui entrando al gabinete del chino con mis tres damiselas, a tiempo que estaba con él el capellán, quien, luego que las vio y conoció por los modestos trajes, les preguntó encapotando las cejas que a quién buscaban.

Ellas se sorprendieron con tal pregunta, y hecha por un sacerdote conocido por su virtud, y así, sin poder hablar bien, le dijeron que yo las había llevado y no sabían para qué. Pues hijas, les dijo el capellán, vayan con Dios que aquí no hay en qué destinarlas.

Salieron aquellas muchachas corridísimas, y jurándome la venganza. El capellán se encaró conmigo y me dijo: sin perder un instante de tiempo saca usted su catre y baúles y se muda, calumniador, falso y hombre infame. ¿No le basta ser un pícaro de por sí, sino también ser un alcahuete vil? ¿No está contento con lo que le ha estafado a este pobre hombre, sino [101] que aun quiere que le estafen esas locas? Y, por fin, ¿no bastará condenarse, sino que quiere condenar a otros? Eh, váyase con Dios, antes de que haga llamar dos alguaciles y lo ponga donde merece.

Consideren ustedes cómo saldría yo de aquella casa, ardiéndome las orejas. Frente al zaguán estaban dos cargadores, los llamé, cargaron mis baúles y mi catre y me salí sin despedida.

Iba con mi casaca y mi palito tras de los cargadores, avergonzado hasta de mí mismo, considerando que todos aquellos ultrajes que había oído eran muy bien merecidos y naturales efectos de mi mala conducta.

Torcía una esquina pensando irme a casa de alguno de mis amigos, cuando he aquí que por mi desgracia estaban allí las tres señoritas que acababan de salir corridas por mi causa, y no bien me conocieron cuando una me afianzó del pelo, otra de los vuelos, y entre las tres me dieron tan furiosa tarea de araños y estrujones, que en un abrir y cerrar de ojos me desmecharon, arañaron la cara e hicieron tiras mi ropa, sin descansar sus lenguas de maltratarme a cual más, repitiéndome sin cesar el retumbante título de alcahuete.

Por empeño de algunos hombres decentes que se llegaron a ser testigos de mis honras, me dejaron al fin, ya dije cómo, y lo peor fue que los cargadores, viéndome tan bien entretenido y asegurado, se marcharon con mis trastos sin poder yo darles alcance porque no vi por dónde se fueron.

Así todo molido a golpes, hecho pedazos y sin blanca, me hallé cerca

de las oraciones de la noche frente de la plaza del Volador, siendo el objeto más ridículo para cuantos me miraban.

Me senté en un zaguán, y a las ocho me levanté con intención de irme a ahorcar. [102]

Capítulo VIII

En el que nuestro Perico cuenta cómo quiso ahorcarse, el motivo por que no lo hizo, la ingratitud que experimentó con un amigo, el espanto que sufrió en un velorio, su salida de esta capital y otras cosillas

Es verdad que muchas veces prueba Dios a los suyos en el crisol de la tribulación, pero más veces los impíos la padecen porque quieren. ¿Qué de ocasiones se quejan los hombres de los trabajos que padecen, y dicen que los persigue la desgracia, sin advertir que ellos se la merecen y acarrear con su descabellada conducta? Así decía yo la noche que me vi en el triste estado que os he dicho, y, desesperado o aburrido de existir, traté de ahorcarme. Para efectuarlo vendí mi reloj en una tienda en lo primero que me dieron, me eché a pechos un cuartillo de aguardiente para tener valor y perder el juicio, o lo que era lo mismo, para no sentir cuándo me llevaba el diablo. Tal es el valor que infunde el aguardiente.

Ya con la porción del licor que os he dicho tenía en el estómago, compré una reata de a medio real, la doblé y guardé debajo del brazo, y marché con ella y con mi maldito designio para el paseo que llaman de la Orilla.

Llegué allí medio borracho como a las diez de la noche. La obscuridad, lo solo del paraje, los robustos árboles que abundan en él, la desesperación que tenía y los vapores del valiente licor me convidaban a ejecutar mis inicuas intenciones.

Por fin me determiné, hice la lazada, previne una piedra que me amarré con mil trabajos a la cintura para que me hiciera peso, me encaramé en un escaño de madera que había junto a un árbol para columpiarme con más facilidad y, hechas estas importantes diligencias, traté de asegurar el lazo en el árbol; [103] pero esto debía ejecutarse lazando el árbol con la misma reata para afianzar el un extremo que me debía suspender.

Con el mayor fervor comencé a tirar la reata a la rama más robusta para verificar la lazada; pero no fue dable conseguirlo, porque el aguardiente perturbaba mi cabeza más y más, y quitaba a mis pies la firmeza y el tino a mis manos; yo no pude hacer lo que quería. Cada rato caía en el suelo armado de mi reata y desesperación, prorrumpiendo en mil blasfemias y llamando a todo el infierno entero para que me ayudara a mi tan interesante negocio.

En éstas y las otras se pasarían dos horas, cuando ya muy fatigado con mi piedra, trabajo y porrazos que llevaba, y advirtiéndome que aun tenerme en pie me costaba suma dificultad, temeroso de que amaneciera y alguno me hallara ocupado en tan criminal empeño, hube de desistir más de fuerza que de gana, y, quitándome la piedra, echando la reata a la acequia y buscando un lugar acomodado, volví cuanto tenía en el estómago, me acosté a dormir en la tierra pelada, y dormí con tanta satisfacción como

pudiera en la cama más mullida.

El sueño de la embriaguez es pesadísimo, y tanto que yo no hubiera sentido ni carretas que hubieran pasado sobre mí, así como no sentí a los que me hicieron el favor de desnudarme de mis trapos, sin embargo de que las cuscas malditas los habían dejado incodiciables.

Cuando se dispararon los espíritus del vino que ocupaba mi cerebro, desperté y me hallé como a las siete del día en camisa, que me dejaron de lástima.

Consideradme en tal pelaje, a tal hora y en tal lugar. Todos los indios que pasaban por allí me veían y se reían; pero su risa inocente era para mí un terrible vejamen que me llenaba de rabia, y tanta que me arrepentía una y muchas veces de no haberme podido ahorcar.

En tan aciago lance se llegó a mí una pobre india vieja [104] que, condolida de mi desgracia, me preguntó la causa. Yo le dije que en la noche antecedente me habían robado, y la infeliz, llena de compasión, me llevó a su triste jacal, me dio atole y tortillas calientes con un pedazo de panocha y me vistió con los desechos de sus hijos, que eran unos calzones de cuero sin forro, un algodón de manta rayada y muy viejo, un sombrero de petate y unas guarachas. Es decir, que me vistió en el traje de un indio infeliz; pero al fin me vistió, cubrió mis carnes, me abrigó, me socorrió, y cuanto pudo hizo en mi favor. Cada vez que me acuerdo de esta india benéfica se enternece mi corazón, y la juzgo en su clase una heroína de caridad, pues me dio cuanto pudo, y sin más interés que hacerme beneficio sin ningún merecimiento de mi parte. Hoy mismo deseara conocerla para pagarle su generosidad. ¡Qué cierto es que en todas las clases del estado hay almas benéficas, y que para serlo más se necesita corazón que dinero!

Últimamente yo, enternecido con la expresión que acababa de merecer a mi pobre india vieja, le di muchas gracias, la abracé tiernamente, le besé su arrugada cara y me marché para la calle.

Mi dirección era para la ciudad, pero al ver mi pelaje tan endiablado, y al considerar que el día anterior me había paseado en coche y vestido a lo caballero, me detenía una porción de tiempo en andar, pues en cada paso que daba me parecía que movía una torre de plomo.

Como dos horas anduve por la plazuela de San Pablo y todos aquellos andurriales sin acabar de determinarme a entrar en la ciudad. En una de estas suspensiones me paré en un zaguán por la calle que llaman de Manito, y allí me estuve, como de centinela, hasta la una del día, hora en que ya el hambre me apuraba, y no sabía dónde satisfacerla; cuando en esto que entró en aquella casa uno de mis mayores amigos, y a quien puntualmente el día anterior había yo convidado a almorzar con su mujer y sotacuñados. [105]

Luego que él me vio, hizo alto, me miró con atención y, satisfecho de que yo era, quería hacerse disimulado y meterse en su casa sin hablarme; pero yo, que pensaba hallar en él algún consuelo, no lo consentí, sino que, atropellando con la vergüenza que me infundía mi aindiado traje, lo tomé de un brazo y le dije: Yo soy, Anselmo, no me desconozcas, yo soy Pedro Sarmiento, tu amigo, y el mismo que te ha servido según sus proporciones. Este traje es el que me ha destinado mi desgracia. No vuelvas la cara ni finjas no conocerme, ya te dije quién soy; ayer

paseamos juntos y me juraste que serías mi amigo eternamente, que te lisonjeabas de mi amistad, y que deseabas ocasiones en que corresponderme las finezas que me debías. Ya se te proporciona esta ocasión, Anselmo. Ya tienes a las puertas de tu casa, sin saberlo, a tu infeliz amigo Sarmiento, desamparado en la mayor desgracia, sin tener a quién volver sus ojos, sin un jacal que lo abrigue ni una tortilla que lo alimente, vestido con un algodón de indio y unos calzones de camuza indecentísimos que le franqueó la caridad de una vieja miserable, los que, aunque cubren sus carnes, le impiden por su misma indecencia el presentarse en México a implorar el favor de sus demás amigos. Tú lo has sido mío, y muchas veces me has honrado con ese dulce nombre; desempéñalos, pues, y socórreme con unos trapos viejos y algunas migajas de tu mesa.

¿Que piensas, pícaro, me dijo el cruel amigo, que piensas que soy algún bruto como tú, que me has de engañar con cuatro mentiras? Don Pedro Sarmiento, a quien te pareces un poco, es mi amigo, en efecto, pero es un hombre fino, un hombre de bien y un hombre de proporciones, no un pillastrón, vagante y encuerado. Vaya con Dios. Sin esperar respuesta se entró al patio de su casa dándome con las puertas en la cara.

Es menester no decir como quedaría yo con tal desprecio, sino dejarlo a la consideración del lector, porque suceden algunas fatalidades en el mundo de tal tamaño que ninguna [106] ponderación basta para explicarlas con la energía que merecen, y sólo el silencio es su mejor intérprete.

Entre la cólera y desesperación, la tristeza y el sentimiento, me quedé en el zaguán, cavilando sobre el lance que me acababa de pasar. Quisiera retirarme de aquellos recintos, que me debían ser tan odiosos, quisiera esperar a Anselmo y hacerlo pedazos entre mis manos, pero calmaba mi enojo cuando me acordaba que había hablado bien de mí, y no me conoció. No hay duda, decía yo, él es mi amigo y me quiere; este traje y el mal pasaje de anoche tal vez me desfiguraran de modo que no me conozca; yo lo esperaré en este lugar y, si después que lo cerciore bien que soy Pedro Sarmiento, él no me quisiera conocer, me alejaré de su vista como de la de un vestiglo, detestaré su amistad, abominaré su nombre y me iré por donde Dios quisiera.

Así estuve batallando con mi imaginación hasta las oraciones de la noche, a cuya hora bajó Anselmo con un sable desnudo y me dijo: parece que se ha hecho usted piedra en mi casa; sálgase usted que voy a cerrar la puerta.

Cuando le hablé a usted la primera ocasión, le dije, fue creyendo que me conocía y era mi amigo, y valido de este sagrado me atreví a implorar su favor. Ahora no le pido nada, sólo le digo que no soy un pícaro como me dijo, ni me valgo del nombre de don Pedro Sarmiento, sino que soy él mismo, y en prueba de ello acuérdesese que ayer fue usted conmigo y su querida Manuelita, con los dos hermanos de ésta y una criada, a la almuercería de la Orilla, donde yo costí el almuerzo, que fueron envueltos, guisado de gallina, adobo y pulque de tuna y de piña.

Acuérdesese usted que costó el almuerzo ocho pesos, y que los pagué en oro. Acuérdesese que cuando me lavé las manos me quitó un brillante y, aficionada de él su dama, lo alabó mucho, se lo puso en el dedo y yo se lo regalé, por cuya generosidad me dio usted muchas gracias, ponderando mi liberalidad. Acuérdesese [107] que, paseándonos los dos solos por una de

aquellas gateras, me dijo que su mujer le había oído la podrida (fueron palabras de usted), que por este motivo tenían frecuentes riñas, y que usted pensaba abandonarla y llevarse a Manuelita a Querétaro, donde se le proporcionaba destino. Acuérdesese que a esto le dije que no hiciera tal cosa, pues sería añadir a una injusticia un agravio, que sobrelleva a su mujer y procurara negarle todo cuanto sabía, no darle motivo de sospecha, hacerle cariño y manejarse con prudencia, pues al fin era su esposa y madre de sus hijos. En fin, acuérdesese que al separarnos subí al coche a Manuelita, y ésta pisó el túnico de coco en el estribo y lo rompió.

Éstas son muchas señas y muy privadas para que usted dude de mi verdad. Si mi semblante está desfigurado y mi traje no corresponde a quien soy, lo ha causado la adversidad de mi suerte y las vicisitudes de los hombres, de lo que usted no está seguro, y quizá mañana se verá en situación más deplorable que la mía.

El negar que me conoce será una vil tenacidad después que le doy tantas señas, y después que me ha oído tanto tiempo, porque, aunque los semblantes se desfiguren, las voces permanecen en su tono, y es muy difícil no conocer por la voz al que se ha tratado mucho tiempo.

Todo cuanto usted ha charlado, dijo Anselmo, prueba que usted es un perillán de primera clase, y que, para venir a pegarme un petardo, me ha andado a los alcances y ha procurado indagar mi vida privada, valiéndose tal vez de la intriga con mi amigo Sarmiento para saber de él mis secretos; pero ha errado usted el camino de medio a medio. Ahora menos que nunca debe esperar de mí un maravedí; antes yo me recelaré de usted como de un pícaro refinado... Mátame con ese sable, le dije interrumpiéndole, mátame antes de que me lastime tu lengua con tales baldones, y baldones proferidos por un amigo. ¿Éste es, Anselmo, tu cariño? ¿Éstas tus correspondencias? [108] ¿Éstas tus palabras? ¿Qué más dejas para un soez de la plebe cuando tú, que te precias de noble, obras con tanta bastardía que no sólo no pagas los beneficios, sino que obstinadamente finges no conocer al mismo a quien los debes? Anselmo, amigo, ya que no te compadeces de mí como del que lo fue tuyo, compadécete a lo menos como de un infeliz que se acoge a tus puertas. Bien sabes que la religión obliga a todos los cristianos a ejercitar la caridad con los amigos y enemigos, con los propios y los extraños; y así no me consideres un amigo, considérame un infeliz, y por Dios...

Por Dios, dijo aquel tigre, que se vaya usted que es tarde, y ya me es sospechosa su labia y su demora. Sí, ya creo que será un ladrón y estará haciendo hora de que se junten sus compañeros para mi asaltar mi casa. Váyase enhoramala antes que mande llamar la guardia del vivac.

¿Qué es eso de ladrón?, le dije lleno de ira, el ladrón, el pícaro y el villano serás tú, mal nacido, canalla, ingrato.

No se atrevió Anselmo a hacer uso del sable, como me temía, pero hizo uso de su lengua. Comenzó a gritar, auxilio, auxilio... ladrones... ladrones, cuyas voces me intimidaron más que el sable y, temiendo que se juntara la gente y me viera en la cárcel por este inicuo, me salí de su casa renegando de su amistad y de cuantos amigos hay en el mundo, poco más o menos parecidos al infame Anselmo.

Como a las ocho de la noche, y abrigado con su lobreguez, me interné por la ciudad muerto de hambre y de cólera contra mi falso y desleal

amigo. ¡Ah!, decía yo, si me hallara ahora con el brillante que le regalé ayer a la puerca de su amiga, tendría qué vender o qué empeñar para socorrer mi hambre; pero ahora, ¿qué empeñaré ni de qué me valdré, cuando no tengo cosa que valga un real sino la camisa? ¿Mas será posible que me quite la camisa? No hay remedio, no tengo cosa mejor, yo me la quito.

Haciendo este soliloquio me la quité y, como estaba limpia [109] y casi nueva, no me costó trabajo que me suplieran sobre ella ocho reales, con los que cené con hartas apetencias y compré cigarros.

En las diligencias del empeño y de la cenada se me fue el tiempo sin advertirlo, de suerte que cuando salí del bodegón eran las diez dadas, hora en que no hallé ningún arrastraderito abierto.

Desconsolado con que no me podían valer mis antiguas guaridas, determiné pasarme la noche vagando por las calles sin destino, y temiendo en cada una caer en manos de una ronda, hasta que por fortuna encontré por el barrio de Santa Ana una accesoría abierta con ocasión de un velorio.

Me metí en ella sin que me llamaran, y vi un muerto tendido con sus cuatro velas, seis u ocho leperuzcos haciendo el duelo y una vieja durmiéndose junto al brasero con el aventador en la mano.

Saludé a los vivos con cortesía, y di medio real para ayuda del entierro del muerto.

Mi piedad movió la de aquellos prójimos y, recibiendo sus agradecimientos, me quedé con ellos en buena paz y compañía.

Cuando llegué estaban contando cuentos; a las doce de la noche rezaron un rosario bostezando, cantaron un alabado muy mal, y se soplaron cada uno un tecomate de champurrado muy bien, sin quedarme yo de mirón.

Como a la una de la mañana se acostó la vieja y roncó como un perro; y, porque no hiciéramos todos lo mismo, sacó un caritativo una baraja y nos pusimos en un rincón a echar nuestros alburitos por el alma del difunto.

A mí se me arrancó brevecito, como que mi puntero era muy débil y la suerte estaba decidida en mi contra. Sin embargo, me quedé barajando de banco por ver si me ingeniaba; pero nuestra velita se acabó, y no hubo otro arbitrio que tomar un cabo prestado al señor muerto.

Antes de esto habían cerrado la accesoría, temiendo no pasara [110] una ronda y nos hallara jugando. Quién sabe quién cerró, ni quién tenía la llave; el cuartito era redondo y tenía una ventana que caía a una acequia muy inmundada; el envigado estaba endemoniado de malo, y al muerto lo habían puesto, sin advertirlo, en una viga a la que le faltaba apoyo por un extremo; con esto, al ir uno de aquellos tristísimos dolientes por el cabito para seguir jugando, pisó la viga en que estaba el cadáver por donde estaba sin apoyo, y con su peso se hundió para adentro; y como levantó la viga, alzó también el cuerpo del difunto, lo que visto por mí y mis camaradas nos impuso tal horror, creyendo que el muerto se levantaba a castigarnos, que al punto nos levantamos todos atropellándonos unos a otros por salir, y gritando cada cual las oraciones que sabía.

Fácil es concebir que luego luego nos quedamos a obscuras, pasando y aun dando de hocicos sobre el muerto y el hundido, que sin cesar gritaba que se lo llevaba el diablo; la infeliz vieja no lo pasaba mejor, pues todos caíamos sobre ella la vez que nos tocaba; cada encontrón que se daba uno contra otro, pensaba que se lo daba con el muerto; crecía la aflicción

por instantes porque no parecía la llave, hasta que uno advirtió abrir la ventana y salir por ella. A su ejemplo todos hicimos lo mismo sin acordarnos de la acequia para nada. Con esto unos tras otros fuimos dejándonos caer en ella, y salimos hechos un asco de lodo y algo peor; pero al fin salimos sin hacer el menor aprecio de la pobre vieja, que se quedó a acompañar al difunto. Cada uno se fue por su parte a su casa, y yo a la del más trapiento de todos, que me manifestó alguna lástima.

Luego que llegamos a ella, despertó a su mujer y le contó el espanto con la mayor formalidad, diciéndole cómo el muerto se había levantado y nos había golpeado a todos. La mujer no lo quería creer, y en la porfía de si fue o no fue se nos pasó lo que faltaba de la noche, y a la luz del nuevo día creyó la mujer el espanto al ver lo descolorido de nuestras caras, que, por lo que toca a la despeñada que nos dimos en el cieno, [111] no puso la menor duda, porque luego que entramos se lo avisaron sus narices y, aunque no había luz, ella creía que estábamos maqueados más que si lo viese.

En fin, la pobre lavó a su marido y a mí de pilón, quedándonos los dos cobijados con una frazada vieja entre tanto se secaron los trapos.

Aunque los míos se encerraban en dos, a saber: el algodón y los calzones, porque el sombrero y guarachas se quedaron en la campaña, se tardaron en secar una porción de tiempo, de modo que ya mi amigo estaba vestido y yo no podía moverme de un lugar.

La pobre mujer me dio un poco de atole y dos tortillas; lo bebí más de fuerza que de gana, y después, para divertir mi tristeza, amolé un carboncito, le hice punta y en el reverso de una estampa que estaba tirada junto a mí escribí las siguientes décimas.

Aprended, hombres, de mí,

Lo que va de ayer a hoy;
Que ayer conde y virrey fui
Y hoy ni petatero soy.

Ninguno viva engañado
creyendo que la fortuna,
si es próspera, ha de ser una
sin volver su rostro airado.
Vivan todos con cuidado,
cada uno mire por sí,
que es la suerte baladí,
y se muda a cada instante,
yo soy un ejemplo andante.
Aprended, hombres, de mí.

Muy bien sé que son quimera
las fortunas fabulosas, [112]
pero hay épocas dichosas,
y llámense como quiera.
Si yo aprovechar supiera
una de éstas, cierto estoy
que no fuera como voy;

pero desprecié la dicha,
y ahora me miro en desdicha;
¡lo que va de ayer a hoy!

Ayer era un caballero
con un porte muy lucido,
y hoy me miro reducido
a unos calzones de cuero.
Ayer tuve hartos dineros,
y hoy sin un maravedí
me lloro ¡triste de mí!
sintiendo mi presunción,
que, aunque de imaginación,
ayer conde y virrey fui.

En este mundo voltario
fui ayer médico y soldado,
barbero, subdelegado,
sacristán y boticario.
Fui fraile, fui secretario,
y, aunque ahora tan pobre estoy,
fui comerciante en convoy,
estudiante y bachiller.
Pero ¡ay de mí! esto fui ayer
y hoy ni petatero soy.

Luego que concluí mis coplillas, las procuré retener en la memoria, y las pegué con atole en la puerta de la casita. [113]

Ya mi algodón estaba seco, pero los calzones estaban empapados, y yo, que estaba desesperado por salir en busca de nuevas aventuras, no tuve paciencia para aguardar a que los secase el sol, sino que los cogí y los puse a secar junto al tlecuil o fogón en que la mujer hacía tortillas; mas, habiendo salido a desaguar, cuando volví los hallé secos pero achicharrados.

No puedo ponderar la pesadumbre que tuve al ver todo mi equipaje inservible. El amigo, luego que se informó de mi desgracia, me dio un poco de sebo de vaca, y me aconsejó que les diese una friega con él para que se suavizaran un poco.

En efecto, les apliqué el remedio, y quedaron más flexibles, pero no mejores, porque en donde les penetró bien el fuego no valieron diligencias; saltaron los pedazos achucharrados, y descubrieron más agujeros de los que eran menester, lo que no me gustó mucho pues no tenía calzones blancos. Ello es que yo me los encajé y, como estaban ennegrecidos del hollín y llenos de agujeros, resaltaba lo blanco de mi piel por ellos mismos, y parecía yo tigre.

Advirtiendo esta ridiculez, y queriendo remediarla, tomé un poco del mismo humo y, mezclándolo con otro poco de sebo, hice una tinta y con ella me pinté el pellejo, quedando así más pasadero.

Los dueños de la casa me compadecían, pero se reían de mis arbitrios, y, sabedores de que mi intención era salirme de México en aquel instante a

buscar fortuna, me dijeron que me fuera a Puebla, que allí tal vez hallaría destino. Al mismo tiempo me dieron unos frijoles que almorzar, y la mujer me puso un itacate de tortillas, un pedazo de carne asada y dos o tres chiles. Todo esto me lo envolvió en un trapito sucio, y yo me lo até a la cintura.

Así, después de haber almorzado y dádole las gracias, busqué un palo para que me sirviera de bordón, alcé un sombrero muy viejo de petate que estaba tirado en un muladar, me [114] lo planté, me despedí de mis hospedadores y tomé el camino de la garita de San Lázaro.

Llegué al pueblo de Ayotla, donde dormí aquella noche sin más novedad que acabar, por vía de cena, con mi repuesto.

Al día siguiente me levanté temprano y seguí mi camino para Puebla, manteniéndome de limosna hasta llegar a Río Frío, donde me sucedieron las aventuras que vais a leer en el capítulo que sigue.

Capítulo IX

En el que Periquillo refiere el encuentro que tuvo con unos ladrones, quiénes fueron éstos, el regalo que le hicieron y las aventuras que le pasaron en su compañía

Nada de fabuloso tiene la historia que habéis oído, queridos hijos míos; todo es cierto, todo es natural, todo pasó por mí, y mucho de este todo, o acaso más, ha pasado, pasa y puede pasar a cuantos vivan entregados como yo al libertinaje y quieran sostenerse y aparentar en el mundo a costa ajena, sin tener oficio ni ejercicio, ni querer ser útiles con su trabajo al resto de sus hermanos.

Si todos los hombres tuvieran valor y sinceridad para escribir los trabajos que han padecido, moralizando y confesando ingenuamente su conducta, veríais, sin duda, una porción de Periquillos descubiertos que ahora están solapados y disimulados, o por vergüenza o por hipocresía, y conoceríais más a fondo lo que os he dicho, esto es: que el hombre vicioso, flojo y disipado padece más en la vida que el hombre arreglado y de buen vivir. Entendidos que en esta triste vida todos padecen, pero sin proporción padecen más en todas las clases de la república los malvados, sea por un orden natural de las cosas, [115] o por un castigo de la Divina Providencia, empeñada en ejecutar su justicia aun en esta vida miserable.

Siendo yo uno de los perdidos, fuerza era que también me llorara desgraciado, creciendo mis desventuras a medida de mi maldad por una necesaria consecuencia, según los principios que llevamos establecidos.

Dejé pendiente mi historia diciéndoos cómo caminaba para Puebla, desnudo, hambriento, cansado, deshonorado entre los que sabían mi mala conducta, despreciado de mis amigos y abandonado de todo el mundo.

Así, y lleno de una profunda melancolía, y de los remordimientos interiores que devoraban mi corazón trayéndome a la memoria mis maldades, llegué un día al anochecer a una venta cerca de Río Frío, donde pedí por Dios que me dieran posada. Lo conseguí, que al fin Dios castiga, pero no destruye a sus hijos por más que estos le sean ingratos. Cené lo que me dieron y dormí en un pajar, teniendo a mucha bonanza encontrar alguna cosa

blanda donde acostarme, pues las noches anteriores había dormido en la dura tierra.

A otro día madrugué, y el ventero, sabedor de mi ruta, me dijo que fuera con cuidado, porque había una cuadrilla de ladrones por aquel camino. Yo le agradecí su advertencia, pero no desistí de mi intento, seguro de que, no teniendo qué me robaran, podía caminar tranquilamente delante de los ladrones, como nos dejó escrito Juvenal.

Empapado en mil funestos pensamientos iba yo, con la cabeza cocida con el pecho y mi palo en la mano, cuando cerca de mí oí tropel de caballos; alcé la cara y vi cuatro hombres montados y bien armados que, rodeándose de mí y teniéndome por indio, me dijeron: ¿de dónde has salido hoy y de dónde vienes? Señores, les dije, he salido de esta última venta y vengo de México para servir a ustedes. Entonces conocieron que no era indio, y uno de ellos, a quien yo tenía especies de haber visto [116] algún día, fijándome la vista, se echó del caballo abajo y, abrazándome con mucha ternura, me decía: ¿Tú eres, Periquillo, hermano? ¿Tú eres, Periquillo? Sí, no hay duda, las señas de tu cara son las mismas, a mí no se me despintan mis amigos. ¿No te acuerdas de mí? ¿No conoces a tu antiguo amigo el Aguilucho, a quien debiste tantos favores cuando estuvimos juntos en la cárcel?

Entonces yo lo acabé de conocer perfectamente y, deseando aprovechar aquella coyuntura favorable que me proporcionaba la ocasión, lo apreté entre mis brazos con tal cariño que el pobre Aguilucho me decía a media voz: ya está, Perico, hermano, ya está, por Dios no me ahorques antes de tiempo.

Ahora sí, decía yo lleno de consuelo y entusiasmo, ahora sí que se acabaron mis trabajos, pues he tenido la dicha de encontrar a mi mejor amigo, a quien debí tantísimos favores, y de quien espero me socorra en la amarga situación en que me hallo.

¿Pues qué ha sido de tu vida, hijo de mi alma?, me preguntó, ¿qué suerte has corrido? ¿Qué malas aventuras has pasado que te veo tan otro y tan desfigurado de ropa? Qué ha de ser, le contesté, sino que soy el más desgraciado que ha nacido de madre. Después que me separé de mi amigo Juan Largo, que, sin agravio de lo presente, era tan hombre de bien y tan buen amigo como tú, he tenido mil aventuras favorables y adversas; aunque, si vale decir verdad, más han sido las malas que las buenas.

Pues eso es cuento largo, me dijo el mulatillo interrumpiéndome, sube a las ancas de mi caballo, nos encaramaremos sobre aquella loma y allí podremos platicar más despacio, porque en los caminos reales espantamos la caza.

No entiendo eso de espantar la caza, le dije, pues yo jamás he visto cazar en caminos reales, sino en los bosques y lugares no transitados por los hombres. [117]

Tanto así tienes de guaje (13), me dijo el Aguilucho, pero cuando sepas que nosotros no andamos a caza de conejos ni de tigres, sino de hombres, no te hará fuerza lo que te digo. Por ahora sube a caballo, que es lo que te importa. Yo obedecí su imperioso precepto, subí y guiamos todos a un cerrito que no estaba lejos del camino.

Luego que llegamos, nos apeamos, escondieron los caballos tras de su falda y nos sentamos entre un matorral, desde donde veíamos muy bien, y

sin poder ser vistos de cuantos pasaban en el camino real.

Ya en esta disposición sacó el Aguilucho de un talego de cotense un queso muy bueno, dos tortas de pan y una botella de aguardiente.

Desenvainó un cuchillo de la bota campanera, partió el pan y el queso y comenzamos todos a darle vuelta.

Acabada la comida nos dio por su mano un traguito de aguardiente a cada uno, pero tan poquito que apenas me llegó al galillo. Los ojos se me iban tras de la botella, y a los otros también; mas él la guardó diciendo: no hay mayor locura en los hombres que prostituirse a la bebida. Nadie debía emborracharse, pero mucho menos los de nuestro oficio, pues vamos muy arriesgados.

¿Pues cuál es tu oficio?, le pregunté muy admirado, y él sonriéndose me dijo: Cazador, y ya ves que un cazador borracho no puede hacer buena puntería.

Pero en tal caso, le repliqué, lo más que puede suceder es hacer sin fruto la caravana o correría, mas hasta aquí no hay riesgo, como dices. Sí hay, dijo él, pueden cazarnos a nosotros, y tan bien que no nos quiten las esposas hasta después de muertos.

No me hables con enigmas, le dije, por vida tuya, explícame [118] lo que hablas. Allí lo sabrás, dijo él, pero cuéntanos tus aventuras.

Pues has de saber, le dije, que, cuando fui a dar a la cárcel donde tuve el honor de conocerte, fue de resultas de una manotadilla de amigos que iba a dar a la casa de una viuda mi querido Juan Largo, en cuyo lance pudo haber sido presa de los soldados y sereneros; pero tuvo la fortuna de escapar con tiempo en compañía de otro amigo suyo muy hábil y valiente que se llamaba Culás el Pípilo, muchacho bueno a las derechas, y que según me decía Enero había aprendido a robar con escritura... Buena sea la vida de usted, me dijo riéndose un negrito alto, chato y de unos ojillos muy vivos y pequeños. Yo soy, continuó, yo soy el tal Pípilo, aunque no muy guajolote, y me acuerdo de usted y de la noche en que lo vi con el sereno cuando pasé corriendo. ¿Conque en qué paró usted por fin, y cómo fue eso de que fuera a dar a la de pita por nosotros?

Entonces les conté todas mis aventuras, que celebraron mucho, y me dijeron cómo Enero era capitán de cazadores de gentes, y andaba por otros rumbos no muy lejos de por allí; que ellos eran del arte con otros tres compañeros que se habían extraviado algunos días antes, y los esperaban por horas con algunos buenos despojos; que el jefe de ellos era el señor Aguilucho; que aquel oficio era muy socorrido, que solía tener sus contingencias, pero que al fin se pasaba la vida y se tenían unos ratos famosos; y, por último, amigo, me decía el Pípilo, si usted quiere alistarse en nuestras banderas, experimentar esta vida y salir de trabajos, bien podrá hacerlo, supuesta la amistad que lleva con nuestro capitán, y su gentil disposición, que, pues ha sido soldado, no le cogerán de nuevo las fatigas de la guerra, los asaltos, los avances, las retiradas ni nada de esto que nunca falta entre nosotros.

Amigo, le dije, yo le estimo su convite y el deseo que tiene [119] de hacerme beneficio, pero se ha engañado en su concepto creyéndome útil para el caso, pues para eso de campaña no es mi disposición gentil, sino hereje y judía, porque nada vale. Siempre he tenido miedo a que me aporreen, y he procurado evitar las ocasiones, y con todo esto no me ha valido. Una vez

una vieja me estampó una chinela en la boca; otra, me puso al parto un payo a palos; otra, me molieron a trompones los presos de la cárcel en compañía del señor capitán Aguilucho, que no me dejará mentir; otra, me dieron una puñalada que por poco no la cuento; otra, me jorobaron a pedradas los indios de Tula; otra, me quebró setenta ollas en la cabeza un indio macuache; otra, me desmecharon unas coscolinas; y, por última, me aporreó un difunto en un velorio. Conque vean ustedes si soy desgraciado y con razón estoy acobardado.

Vamos, dijo el Aguilucho, ésas son delicadezas, los hombres no deben ser cobardes, mucho menos por niñerías. En esas pependencias que has tenido, Periquillo cobarde, ¿qué vara de mondongo te han sacado? ¿Con cuántas jícaras te han remendado el casco? ¿Qué costillas menos cuentas? ¿Ni qué pie ni mano echas menos en tu cuerpo? Nada de esto te ha pasado, tú estás entero y verdadero sin lacra ni cicatriz notable. Conque ésa es una cobardía vergonzosa o una grande conveniencia, porque me parece que tú eres más convenienciero (14) que cobarde, y quisieras pasarte buena vida sin arriesgarte a nada; pero hijo, eso está verde, porque el que no se arriesga no pasa la mar, y los trabajos se hicieron para los hombres.

Hermano, le dije, no sólo es conveniencia, sino que soy miedoso de mí, y naturalmente no me hace buen estómago que me aporreen. Es cierto que en las malas aventuras que he tenido no me han sacado las tripas, ni me han quitado un brazo, [120] ni una pierna, como dices; pero también es cierto que, a excepción de la pendencia del indio, yo he llevado mis buenos porrazos sin buscarlos y sin provocar a nadie. Esto me ha hecho más cobarde, porque, si sin meterme a valiente, y antes excusando las ocasiones, he salido tan mal librado, ¿qué fuera si yo hubiera sido valentón, espadachín y perdonavidas? Seguramente ya me hubieran despachado a los infiernos, a buen componer, haciéndome primero picadillo.

Conque así no, hermano, yo no valgo nada para cazador. Si acaso quieren les serviré de escribiente para su mayoría, de marmitón o ranchero, de mayordomo, de guardarropa, de tesorero, de caballeriza, de médico y cirujano que algo entiendo, de asesor, de barbero o cosa semejante; pero para esto de salir a campaña y batirme con los caminantes, ni por pienso. Si fuera cosa de hallarlos amarrados y durmiendo, tal vez haría algo de mi parte, y eso acompañado con ustedes; pero esto de salirles mano a mano, viniendo ellos con las suyas sueltas y prevenidas con un sable, una pistola o una escopeta... ¡Jesús me valga!, ni pensarlo, camaradas, ni pensarlo. Ya digo que tengo miedo, y cuidado, que confesar un hombre que tiene miedo es el mayor sacrificio que puede hacer a la verdad, porque reflexionen ustedes y verán que apenas habrá uno que haga alarde de buen mozo, de sabio, de rico y cosa así; antes no tienen embarazo para tenerse en menos que otros en hermosura, en talento, en riqueza o en habilidad; mas, en tocándoles en lo valiente, ¡cuerpo de Cristo!, no hay un cobarde, siquiera con la boca, todos se vuelven Escipiones y Aníbales, nadie tiene miedo a otro, y cada uno se cree capaz de tenérsela con el mismo Fierabrás.

Esto prueba que, aunque no todos los hombres sean valientes, a lo menos todos quieren parecerlo cuando llega la ocasión, y tan lejos están de conocer y confesar su cobardía que el más tímido suele ser el que más bravea cuando no tiene delante [121] al enemigo. Conque ser yo la

excepción de la regla y venir confesando que tengo miedo es prueba de que soy un hombre de bien a las derechas, pues no sé mentir, que es otra prenda tan apreciable como rara en los hombres.

Mira cuánto has hablado, hermano, me dijo el Aguilucho, no en balde te llaman Periquillo. Pero dime, hombre, ¿cómo siendo tan cobarde fuiste soldado?, porque ese ejercicio está tan reñido con el miedo como la luz con las tinieblas.

Eso no te haga fuerza, le contesté, lo primero, que yo fui soldado de mantequilla, pues no pasé de un asistente flojo y regalón, sin saber no ya lo que es una campaña, pero ni siquiera las fatigas del servicio. Lo segundo, que no todos los soldados son valientes. ¿Cuántos van a fuerza a la campaña, que no irían si los generales al aproximarse al enemigo publicaran, como Gedeón, un bando para que el que se sintiera débil de espíritu se fuera a su casa? Yo aseguro que no pasarían de trescientos valientes en el ejército más lucido y numeroso, si no la llevaban muy cocida, o les instigaba la codicia del saco. Lo tercero y último, que no todos los que dicen que tienen valor saben lo que es valor.

Monsieur de la Rochefoucauld dice que «el valor en el simple soldado es una profesión peligrosa que toma para ganar su vida». Explica las diferencias de valores, y concluye diciendo que «el perfecto valor consiste en hacer sin testigos lo que serían capaces de hacer delante de todo el mundo». Conque ya ves que el ser soldado no es prueba de ser valientes.

¡Caramba, Periquillo, y lo que sabes!, me dijo con ironía el Aguilucho, pero con todo tu saber estás en cueros; más sabemos nosotros que tú. En fin, que traigan los caballos, irás a ver nuestra casa y, si te acomodare, te quedarás en nuestra compañía; pero no pienses que comerás de balde, pues has de trabajar en lo que puedas.

En esto fueron a traer los caballos, les apretaron las cinchas [122] y yo monté en las ancas del de el Aguilucho, que era famoso, y nos fuimos.

En el camino iba yo lisonjeándome interiormente de la habilidad que había tenido para engañar a los ladrones exagerándoles mi cobardía, que no era tanta como les había pintado; pero tampoco tenía ganas de salir a robar a los caminos exponiendo mi persona. Si el modo conque éstos roban, decía yo a mi algodón, no fuera tan peligroso, con mil diablos me echara yo a robar, pues ya no me falta más que ser ladrón; pero esto de ponerme a que me cojan o me den un balazo, eso si está endemoniado. ¡Dichosos aquellos ladrones que roban pacíficamente en sus casas sin el menor riesgo de sus personas! ¡Quién fuera uno de ellos!

En estas majaderías entretenía mi pensamiento, mientras que tropando cerros, bajando cuevas y haciendo mil rodeos, fuimos a dar a la entrada de una barranca muy profunda.

A poco de haber entrado en ella avistamos unas casas de madera, adonde llegamos y nos apeamos muy contentos; pero más alegres que nosotros salieron a recibirnos otros tres cazadores, que eran los que el Aguilucho me dijo que se habían extraviado pocos días antes de aquél.

Luego que vieron al Aguilón, le dieron muchos abrazos, y éste se los correspondió con gravedad. Entramos a la cueva y le manifestaron dos cajones de dinero, un gran baúl de ropa fina y un envoltorio de ropa también, pero más ordinaria, junto con una buena mula de carga y dos

caballos excelentes. Esto es, decía uno de ellos, todo el fruto del negocio que hemos hecho en siete días que faltamos de tu lado.

No esperaba yo menos de la viveza de ustedes, dijo el Aguilucho, vamos a ver, repartámonos como hermanos. Diciendo esto comenzó a repartir la ropa entre todos y el dinero se echó al granel en unos baúles que allí había, añadiendo el señor capitán: ya saben ustedes que en el dinero no cabe repartición, [123] y así cada uno tomará lo que guste con mi aviso para lo que necesite. A este pobre mozo, dijo señalándome, es menester que cada uno lo socorra, pues es mi amigo viejo, viene atendido a nosotros, y, aunque es miedosillo, ahí se le quitará con el tiempo; tiene lo más, que es no ser tonto; da esperanzas.

Apenas oyeron la recomendación aquellos buenos prójimos, cuando todos a porfía me agasajaron. Uno me dio dos camisas de estopilla muy buenas; otro una cotona de paño de primera azul guarnecida con cordón y flecos de oro; otro unos calzones de terciopelo negro con botones de plata nuevos y sin más defecto que tener el aforro ensangrentado; otro me habilitó de medias, calzoncillos y ceñidor; otro me regaló botas, zapatos y ataderos; otro me dio un sombrero tendido, de color de chocolate de muy rico castor, con su galoncito de oro al bordo y una famosa toquilla; y el último me dio una buena manga de paño de grana con su dragona de terciopelo negro, guarnecida con galón y flecos de plata.

Después que todos me habilitaron con lo que quisieron, el Aguilucho me regaló su mismo caballo, que era un tordillo quemado del mejor mérito, y me lo dio sin quitarle la silla, armas de pelo, freno ni cosa alguna. A esta galantería añadió la de regalarme sus buenas espuelas y tantos cuantos pesos pudo sacar en seis puñados, y me mandaron vestir a toda prisa.

Concluida esta diligencia, hicieron una seña con un pito, y salieron cuatro muchachonas no feas y bien vestidas, las que nos saludaron muy afables, y luego nos sirvieron una buena mesa, y tal que yo no la esperaba semejante en aquellas barrancas tan ocultas y retiradas del comercio de los hombres.

Así que se acabó la comida, me dijeron cómo aquellas señoras estaban destinadas al servicio común de todos, y tanto ellas entre sí como ellos entre ellos se llevaban como hermanos, sin andar con etiquetas, y sin conocerse en aquella feliz Arcadia la maldita pasión de los celos. [124]

Acabáronse estas inocentes conversaciones, mandaron ensillar los caballos del Aguilucho y del Pípilo y se marcharon todos a ver si hallaban caza, dejándome solo con las mujeres, y diciéndome que me entretuviera en reconocer y limpiar las armas.

Yo jamás había limpiado una escopeta, pero las mujeres me enseñaron y se pusieron a ayudarme; y para hacer el trabajo llevadero, me preguntaron mi vida y milagros, y yo las entretuve contándoles mil mentiras, que creyeron como los artículos de la fe; y en pago de mi cuento me refirieron todas sus aventuras, que se reducían a decir que se habían extraviado y habían venido a dar con aquellos hombres desalmados, una porque su madre la regañaba, otra porque su marido era celoso, aquélla porque el Pípilo la engañó, y la última porque la tentó el diablo.

Así pretendía cada una disimular su lubricidad y hacerse tragar por una bendita; pero ya era yo perro viejo para que me la dieran a comer,

conocía bien al común de las mujeres y sabía que las más que se pierden es porque no se acomodan con la sujeción de los padres, maridos, amos o protectores.

Sin embargo, yo me hice tonto y alegre, y supe de este modo todos los arcanos de mis invictos compañeros; me dijeron cómo eran ladrones y daban asaltos de interés, que todos eran muy valientes, que rara vez salían sin volver habilitados y que ya estaban ricos.

En prueba de esto me enseñaron un cuarto lleno de ropa, alhajas, baúles de dinero, armas de todas clases, sillas, frenos, espuelas y otras mil cosas, por las que eché de ver que en realidad eran ladrones por mayor; mas, admirándome de que cómo no se apartaban de aquella vida, que no podía ser muy buena ni muy segura, teniendo ya todos con qué pasarla, cuando no sin zozobras interiores, a lo menos sin sustos de la justicia y sin riesgo de los robados, me dijeron que era imposible que dejaran esa vida, lo uno porque no podían sacar la cara [125] sin exponerse a ser conocidos, y lo otro porque el robar era vicio, lo mismo que el beber, jugar y fumar; y así que pretender quitar a aquellos señores de los caminos con clase de ladrones sería lo mismo que querer quitarles las barajas a los tahures y los vasos a los ebrios.

En esto estábamos cuando ya al anochecer llegaron los valientes a casa; se apearon y, después de jugar y chacotear tres o cuatro horas, cenamos todos juntos muy contentos y después nos fuimos a acostar, dándome para el efecto suficiente ropa y una piel curtida de cíbolo.

Yo advertí que se quedaban cuatro de guardia a la entrada de la barranca para hacer su cuarto de centinela, como los soldados, y así me acosté y dormí con la mayor tranquilidad, como si estuviera en compañía de unos varones apostólicos; pero como a las tres de la mañana me la interrumpieron los gritos desaforados que dieron todos, unos pidiendo su carabina, otros su caballo y todos cacao (15), como vulgarmente dicen.

El azoramiento de todos ellos, los gritos y llantos de las mujeres, el ruido de varios tiros que se dan a la entrada de la barranca y el alboroto general me tenían lelo. No hice más que sentarme en la cama y estar me hecho un tronco esperando el fin de aquella terrible aventura, cuando entró una mujer, su llegó a mi rincón y, tropezando conmigo, me conoció y, enfadada de mi flema, me dio un pescozón tan bien dado que me hizo poner en pie muy deprisa. Salga usted, collón, me decía, mandria, amujerado, maricón; ya la justicia nos ha caído y están todos defendiéndose, y el muy sinvergüenza se está echadote como un cochino. Ande usted para fuera, socarrón, y coja ese sable que está tras de la puerta, o si no yo le exprimire esta pistola en la barriga.

Esta fiesta era a obscuras, pero de que yo oí decir exprimir [126] pistolas, salí como un rayo, porque no me acomodaban esas chanzas.

Como mi salida fue en camisa y con el sable que me dio la mujer, me desconocieron los compañeros y, juzgándome alguacil en pena, me dieron una zafacoca de cintarazos que por poco me matan, y lo hubieran hecho muy fácilmente según las ganas que tenían, pues uno gritaba: dale a filo, asegúralo, asegúralo; pero a ese tiempo quiso Dios que saliera una mujer con un ocote ardiendo, a cuya luz me conocieron y, compadecidos de la fechoría que habían hecho, me llevaron a mi cama y me acostaron.

A poco rato se sosegó el alboroto, y a éste siguió un profundo

silencio en los hombres y un incansable llanto en las mujeres. Yo, algo aliviado de los golpes que llevé, al escuchar los llantos, y temiendo no fuera otro susto que acarrear a mi cama alguna maldita mujer desaforada, me levanté con tiempo, me medio vestí, salí para la otra pieza y me encontré a todos los hombres y mujeres rodeados de un cadáver.

La sorpresa que me causó semejante funesto espectáculo fue terrible, y no pude sosegar hasta que me dijeron cuanto había sucedido, y fue que los centinelas apostados de vigilancia vieron pasar cerca de ellos, y como con dirección a la barranca, una tropa de lobos y, creyendo que eran alguaciles, les dispararon las carabinas, a cuyo ruido se alborotaron los de abajo; subieron para la cumbre y, pensando que dos de sus compañeros que bajaron a avisar eran alguaciles, les dispararon con tan buen tino que a uno le quebraron una pierna y al otro lo dejaron muerto en el acto.

Cuando oí estas desgracias me di de santos de que no hubiera yo sufrido sino cintarazos, y hasta creo que se me aliviaron más mis dolores. Ya se ve, el hombre, cuando compara su suerte con otra más ventajosa, se cree desdichado; pero, si la compara con otra más infeliz, entonces se consuela y no se lamenta tanto de sus males. La lástima es que no acostumbramos [127] compararnos con los más infelices, sino con los más dichosos que nosotros, y por eso se nos hacen intolerables nuestros trabajos.

En fin, amaneció el día y a su llegada concluyó el velorio y sepultaron al difunto. El Aguilucho me dijo: tú me dijiste que entendías de médico; mira a ese compañero herido y dime los medicamentos que han de traer de Puebla, que los traerán sin falta, porque todos los venteros son amigos y compadres, y nos harán el favor.

Quedeme aturdido con el encargo, porque entendía de cirugía tanto como de medicina, y no sabía qué hacer, y así decía entre mí: si digo que no soy cirujano sino médico, es mala disculpa, pues le dije que entendía de todo; si empeoro al enfermo y lo despacho al purgatorio, temo que me vaya peor que en Tula, porque estos malditos son capaces de matarme y quedarse muy frescos. ¡Virgen Santísima!, ¿qué haré? Alúmbrame... Ánimas benditas, ayudarme. Santo mío, San Juan Nepomuceno, pon tiento en mi lengua...

Todas estas deprecaciones hacía yo interiormente sin acabar de responder, fingiendo que estaba inspeccionando la herida, hasta que el Aguilucho, enfadado con mi pachorra, me dijo: ¿por fin, a qué horas despachas? ¿Qué se trae?

No pude disimular más, y así le dije: mira, no se puede ensamblar la pierna, porque el hueso está hecho astillas (y era verdad). Es menester cortarla por la fractura de la tibia, pero para esto se necesitan instrumentos, y yo no los tengo.

¿Y qué instrumentos se han menester?, preguntó el Aguilucho. Una navaja curva, le respondí, y una sierra inglesa para aserrar el hueso y quitarle los picos. Está bien, dijo el Aguilucho, y se fueron.

A la noche vinieron con un tranchete de zapatero y una sierra de gallo. Sin perder tiempo nos pusimos a la operación. ¡Válgame Dios!, ¡cuánto hice padecer a aquel pobre! No quisiera acordarme de semejante sacrificio. Yo le corté la pierna [128] como quien tasajea un trozo de

pulpa de carnero. El infeliz gritaba y lloraba amargamente, pero no le valió porque todos lo tenían afianzado. Pasé después a aserrarle los picos del hueso, como yo decía, y en esta operación se desmayó, así por los insufribles dolores que sentía, como por la mucha sangre que había perdido, y no hallaba yo modo de contenersela, hasta que con una hebra de pita le amarré las venas, y aprovechando su desmayo le cautericé la carne con una plancha ardiendo. Entonces volvió en sí y gritaba más recio, pero algo se le contuvo la hemorragia.

Finalmente, a mí no me valió el aceite de palo, el azúcar y romero en polvo, el estiércol de caballo, ni cuantos remedios de éstos le aplicaba; cada rato se le soltaban las vendas y le salía la sangre en arroyos. Esto, junto con lo mal curado de lo restante, hizo que el debilísimo paciente se agangrenara pronto y tronara como tronó dentro de dos días.

Todos se incomodaron conmigo atribuyendo aquella muerte a mi impericia, y con sobrada razón; pero yo tuve tal labia para disculparme con la falta de auxilios a la mano que al fin lo creyeron, enterraron al muerto y quedamos tan amigos. ¡Cuántas averías hacen los hombres más o menos funestas por meterse a lo que no entienden!

Así pasé después sin novedad como dos meses, escribiendo los apuntes que querían, rasurándolos y quedándome de día a cuidar el serrallo de mis amos, amigos y compañeros. Una noche de los cinco que salieron volvieron cuatro muy confusos, porque les mataron uno en cierta campaña que tuvieron; pero no perdieron el ánimo, antes propusieron vengarse al otro día. Son tres, decían, y tres mozos; éstos no valen nada, y así el partido está por nosotros; nos la han de pagar por los huesos de mi madre. Mañana han de pasar por Río Frío, allí nos veremos.

Acabadas estas amenazas, cenaron y se acostaron. Yo hice lo mismo, pero no muy a gusto, reflexionando que se iba [129] desmembrando la compañía y acordándome de echar mi barba en remojo, porque veía pelar muy seguido la de mis vecinos.

Pensaba en desertarme, pero no me atrevía, porque ignoraba la salida de aquel encantado laberinto; ni aun osaba comunicar mi secreto a las mujeres, temeroso de que me descubrieran.

En estos cálculos pasé la noche, y a otro día muy de madrugada me levantaron y me hicieron vestir. Yo lo hice luego luego. Después ensillaron mi caballo y me pusieron dos pistolas en la cintura, una cartuchera y un sable; me acomodaron una mojarra en la bota y me pusieron una carabina en la mano.

¿Para qué son tantas armas?, preguntaba yo muy espantado. ¿Para qué ha de ser, bestia?, decía el Aguilón, para que ofendas y te defiendas.

Pues nada haré seguramente, decía yo, porque para ofender no tengo valor, y para defenderme me falta habilidad. Yo en los casos apurados me atengo a mis talones, porque corro más que una liebre, y así para mí todo esto es excusado.

Enfadose el Aguilucho con mi cobardía, y sacando el sable me dijo muy enojado: vive Dios, bribón, cobarde, que si no montas a caballo y nos acompañas, aquí te llevan los demonios. Yo, al verlo tan enojado, hice de tripas corazón, fingiendo que mi miedo era chanza, y que era capaz de salir al encuentro al demonio si viniera en traje de caminante con dinero; se dieron por satisfechos; seguimos nuestro camino con designio de

salirles a los viandantes, robarlos y matarlos; pero no sucedió según lo pensaron. [130]

Capítulo X

En el que nuestro autor cuenta las aventuras que le acaecieron en compañía de los ladrones, el triste espectáculo que se le presentó en el cadáver de un ajusticiado y el principio de su conversión

Aunque muchas veces permite Dios que el malvado ejecute sus malas intenciones, o para acrisolar al justo, o para castigar al perverso, no siempre permite que se verifiquen sus designios. Su Providencia, que vela sobre la conservación de sus criaturas, mil veces embaraza o destruye los inicuos proyectos para que las unas no sean pasto de la ferocidad de las otras.

Así le sucedió al Aguilucho y sus compañeros la mañana que salimos a sorprender a los viandantes.

Serían las seis cuando desde la cumbre de una loma los vimos venir por el camino real. Venían los tres por delante con sus escopetas en las manos; luego seguían cuatro caballos ensillados de vacío, esto es, sin jinetes; a seguida venían cuatro mulas cargadas con baúles, catres y almofrecas, que se conocía lo que era de lejos, a pesar de venir cubiertas las cargas con unas mangas azules; y por fin venían de retaguardia los tres mozos.

Luego que el Aguilucho los vio, se prometió la venganza y un buen despojo, y así nos hizo ocultar tras un repecho que hacía la loma en su falda y nos dijo: ahora es tiempo, compañeros, de manifestar nuestro valor y aprovechar un buen lance, porque sin duda son mercaderes que van a emplear a Veracruz y toda su carga se compondrá de reales y ropa fina. Lo que importa es no cortarse, sino acometerlos con denuedo, asegurados en que la ventaja está por nosotros, pues somos cinco, y ellos son sólo tres, que los mozos, gente alquilona y cobarde, no deben darnos cuidado. Tomarán correr a los primeros [131] tiros; y así, tú, Perico, yo y el Pípilo los saldremos de frente en cuanto lleguen a buena distancia, quiero decir, a tiro de escopeta, y el Zurdo y el Chato les tomarán la retaguardia para llamarles la atención por detrás. Si se rinden de bueno a bueno, no hay más que hacer que quitarles las armas, amarrarlos y traerlos a este cerro de donde los dejaremos ir a la noche; pero si se resisten o nos hacen fuego no hay que dar cuartel, todos mueran.

Tanto la vista de los enemigos, que por instantes se acercaban, como la consideración del riesgo que me amenazaba, me hacían temblar como un azogado sin poder disimular el miedo, de modo que mi temor se hizo sensible, porque, como mis piernas temblaban tanto, hacían las cadenas de las espuelas un sonecillo tan perceptible con los estribos que llamó la atención del Aguilucho, quien, advirtiéndome mi miedo, echando fuego por los ojos, me dijo: ¿que estás temblando sinvergüenza, amujerado? ¿Piensas que vas a reñir con un ejército de leones? ¿No adviertes, bribón, que son hombres como tú, y solos tres contra cinco? ¿No ves que no vas solo sino con cuatro hombres, y muy hombres, que se van a exponer al mismo riesgo, y te sabrán defender como a las niñas de sus ojos? ¿Tan fácil es que tú

perezcas y no alguno de nosotros? Y, por fin, supón que te dieron un balazo y te mataron, ¿qué cosa nueva y nunca vista es ésa? ¿Has de morir de parto, collonote, o te has de quedar en el mundo para dar fe de la venida del Anticristo? ¿Qué quieres, tener dinero, comer y vestir bien, y ensillar buenos caballos de flojón, encerrado entre vidrieras y sin ningún riesgo? Pues eso está verde, hermano, con algún riesgo se alquila la casa. Si me dices, como me has dicho, que has conocido ladrones que roban y pasean sin el menor peligro, te diré que es verdad; pero no todos pueden robar de igual modo. Unos roban militarmente, quiero decir, en el campo y exponiendo el pellejo; y otros roban cortesantemente, esto es, en las ciudades, paseando bien y sin exponerse a perder la vida; [132] pero esto no todos lo consiguen, aunque los más lo desean. Conque cuidado con las collonerías, porque te daré un balazo antes que vuelvas las ancas del caballo.

Asustado yo con tan áspera reprensión y tan temida amenaza, le dije que no tenía miedo, y que si temblaba era de puro frío, que entraríamos al ataque y vería cuál era mi valor. Dios lo haga, dijo el Aguilón, aunque lo dudo mucho.

En esto llegaron los caminantes a la distancia prefijada por el Aguilucho. Se desprendieron de nuestra compañía el Chato y el Zurdo y les tomaron la retaguardia, al mismo tiempo que el Pípilo, yo y el Aguilucho les salimos al frente con las escopetas prevenidas gritándoles: párense todos, si no quieren morir a nuestras manos.

A nuestras voces saltaron de sobre las cargas cuatro hombres armados que ocuparon en el momento los caballos vacíos y se dirigieron contra el Zurdo y el Chato, los cuales recibéndolos con las bocas de sus carabinas, mataron a uno y ellos huyeron como liebres.

Los tres viandantes se echaron sobre nosotros, matándonos al Pípilo en el primer tiro. Yo disparé mi escopeta con mala intención, pero sólo se logró el tiro en un caballo, que tiré al suelo.

Cuando el Aguilucho se vio solo, porque no contaba conmigo para nada, me dijo: ya éste no es partido, un compañero han muerto, dos han huido, los contrarios son nueve, huyamos.

Al decir esto quiso volver la grupa de su caballo, pero no pudo, porque éste se le armó, de modo que, a pesar de que cargábamos y disparábamos aprisa, no haciendo daño y lloviendo sobre nosotros los balazos, temíamos nos cogieran con arma blanca, porque se iban acercando a nosotros los tres viandantes a todo trapo, sin tener miedo a nuestras escopetas.

Entonces el Aguilucho se echó a tierra, matando a su caballo [133] de un culatazo que le dio en la cabeza, y al subir a las ancas del mío le dispararon una bala tan bien dirigida que le pasó las sienas y cayó muerto.

Casi por mi cuerpo pasó la bala, pues me llevó un pedazo de la cotona. La sangre del infeliz Aguilucho salpicó mi ropa. Yo no tuve más lugar que decirle: Jesús te valga, y, viéndome solo y con tantos enemigos encima, arrimé las espuelas a mi caballo y eché a huir por aquel camino más ligero que una flecha. La fortuna fue que el caballo era excelente, y corría tanto como yo quería. Ello es que al cuarto de hora ya no veía ni

el polvo de mis perseguidores.

Extravié veredas y, aunque pensé ir a dar el triste parte de lo acaecido a las madamas de la casa, no me determiné, ya porque no sabía el camino, y ya porque, aunque lo hubiera sabido, temía mucho volver a aquellas desgraciadas guaridas.

Cansado, lleno de miedo y con el caballo fatigado, me hallé como a las doce del día en un solo y agradable bosquecillo.

Allí desocupé la silla, aflojé las cinchas al caballo, le quité el freno, le di agua en un arroyo, le puse a pacer la verde grama, me senté bajo un árbol muy fresco y sombrío y me entregué a las más serias consideraciones.

No hay duda, decía yo, la holgazanería, el libertinaje y el vicio no pueden ser los medios seguros para lograr nuestra felicidad verdadera. La verdadera felicidad en esta vida no consiste, ni puede consistir, en otra cosa que en la tranquilidad de espíritu en cualquier fortuna; y ésta no la puede conseguir el criminal, por más que pase alegre aquellos ratos en que satisface sus pasiones; pero a esta efímera alegría sucede una languidez intolerable, un fastidio de muchas horas y unos remordimientos continuos, pagando en estos tan largos y gravosos tributos aquel placer mezquino que quizá compró a costa de mil crímenes, sustos y comprometimientos.

Éstas son unas verdades concedidas por todo el que [134] reflexione atentamente sobre ellas. Mi padre me las advertía desde muy joven, el coronel no dejaba de repetírmelas, yo las he leído en los libros y tal vez las he oído en los púlpitos, ¿pero qué más? El mundo, los amigos, mi experiencia han sido unos constantes maestros que no han cesado de recordarme estas lecciones en el discurso de mi vida, a pesar de la ingratitud con que yo he desatendido sus avisos.

El mundo, dije, sí, el mundo, mis malos amigos, los funestos sucesos de mi vida, todo ha conspirado uniformemente a mi desengaño, aunque por distintos rumbos; porque un mundo falaz y novelero, un mal amigo vicioso y lisonjero, una desgracia que nos acarrea nuestra conducta disipada, y todos los males de la vida, son maestros que nos enseñan a reglar nuestras acciones y a mejorar nuestro modo de vivir. Ello es cierto que malos maestros pueden dar buenas lecciones. La infidelidad de un amigo, la perfidia de una mujer, la trácala que nos hizo el lisonjero, los golpes que nos hizo sufrir el agraviado, la prisión a que nos redujo la justicia por nuestra culpa, la enfermedad que padecemos por nuestro exceso, y otras cosas así, a la verdad que son ingratas a nuestro espíritu y a nuestro cuerpo, pero la experiencia de ellas debía hacernos sacar frutos dulces de sus mismas amargas raíces.

¿Y qué mejor fruto podíamos sacar de estas dolorosas experiencias que el escarmiento para gobernarnos en lo futuro? Entonces ya nos guardaríamos de tener amigos indistintamente y, sin saber cuáles son las señas del verdadero amigo, nos sabríamos recelar de las mujeres sin fiar nuestro corazón a cualquiera, huiríamos de los lisonjeros como de unas fieras mansas pero traidoras, trataríamos de no agraviar a nadie para no exponernos a recibir los golpes de la venganza, cuidaríamos de manejanos honradamente para no padecer los rigores de las cárceles, enfrenaríamos nuestros apetitos sensuales para no lidiar con las enfermedades y, por fin, haríamos por [135] vivir conforme a las leyes divinas y humanas para

no volver a experimentar esos trabajos y lograr la verdadera felicidad, que, como digo, es el fruto de la buena conciencia.

Esto conseguiríamos si supiéramos aprovecharnos de la experiencia, pero la lástima es que no aprendemos por más frecuentes que sean las lecciones.

Dígalo yo. ¿Qué de trabajos, qué de desaires, qué de vergüenzas, qué de ingratitudes, qué de golpes, prisiones, sustos, congojas y contratiempos no he pasado? ¿A qué riesgos no me he expuesto, y en qué situación tan deplorable me veo? Yo he tenido que sufrir azotes y reprensiones de los maestros, golpes de toros y caballos, zapatazos, baños de agua hirviendo, amenazas y desvergüenzas de las viejas, deslealtades, burlas y desprecios de los malos amigos, palos de payos, desaires de cortesanos, ingratitudes de parientes, abominaciones de extraños, lanzamientos de los amos, vejaciones de tunos, prisiones de la justicia, ollazos de indios, heridas dadas con razón por casados agraviados por mí, trabajos de hospitales, araños de coquetas, sustos de muertos y velorios, robos de pícaros y trescientas mil desventuras que, lejos de servirme de escarmiento, no parece sino que las primeras me han sido unos estímulos eficaces para exponerme a las segundas.

¿Qué tengo ya que perder? El lustre de mi nacimiento se halla opacado con mis vergonzosos extravíos, mi salud arruinada con mis excesos, los bienes de fortuna perdidos con mi constante disipación, amigos buenos no los conozco, y los malos me desprecian y abandonan. Mi conciencia se halla agitada por los remordimientos de mis crímenes, no puedo reposar con sosiego, y la felicidad tras que corro parece que es una fantasma aérea que al quererla asir se deshace entre mis manos.

Todo, pues, lo he perdido. No tengo más que la vida y el alma que cuidar. Es lo último que me queda, pero también lo más apreciable. [136]

Dios se interesa en que no me pierda eternamente. ¡Cuántas veces pude haber perdido la vida a manos de los hombres, en poder de los brutos, en medio de la mar y aun a mis propias manos! Innumerables. Hoy pudo haber sido el último de mis días. A mi lado cayó el Pípilo, a otro el Aguilucho, y las balas unas tras otras cruzaban crujiendo el aire junto de mis orejas, balas que ciertamente se dirigían a mi persona, y balas que me pasaban la muerte por los ojos.

Como aquéllos murieron, ¿no pude yo haber muerto? Como hubo balas bien dirigidas para ellos, ¿no pudo haber alguna para mí? ¿Yo me libré de ellas por mi propia virtud y agilidad? Claro es que no. Una mano invisible y Todopoderosa fue la que las desviaba de mi cuerpo con el piadoso fin de que no me perdiera para siempre. ¿Y qué méritos tengo contraídos para haberle debido tal cuidado? ¡Oh, Dios!, yo me avergüenzo al acordarme que toda mi vida ha sido una cadena de crímenes no interrumpida. He corrido por la niñez y la juventud como un loco furioso, atropellando por todos los respetos más sagrados, y me hallo en la virilidad con más años y delitos que en mi pubertad y adolescencia.

Treinta y tantos años cuento de vida, y de una vida pecaminosa y relajada. Sin embargo, aún no es tarde, aún tengo tiempo para convertirme de veras y mudar de conducta. Si me entristece lo largo de mi vida relajada, consuélame saber que el Gran Padre de familias es muy liberal y bondadoso, y tanto paga al que entra a la mañana a su viña como al que

comienza a trabajar en ella por la tarde. Esto es hecho, enmendémonos.

Diciendo esto, lleno de temor y compunción aderecé el caballo, subí en él y me dirigí al pueblo o venta de San Martín.

Llegué cerca de las siete de la noche, pedí de cenar y mandé que desensillaran y cuidaran de mi caballo a título de valor, pues no llevaba un real. [137]

Después que cené, salí a tomar fresco al portalito de la venta, donde estaba otro pasajero en la misma diligencia.

Nos saludamos cortésmente y enredamos la conversación hasta hacerse familiar, siendo el asunto principal el suceso acaecido aquel día con los ladrones. Me dijo cómo había salido de Puebla y caminaba para Calpulalpan, teniendo que hacer una corta demora en Apan.

Yo le dije que iba para este último pueblo, de donde tenía que pasar a México, y así podríamos ir acompañados, porque yo tenía mucho recelo de los ladrones.

Se debe tener, me contestó el pasajero, pero, con los sustos que han llevado de la semana pasada a esta parte, es regular que no se rehagan tan presto las gavillas. En pocos días les han pillado seis, han cogido uno y han quedado tendidos en el campo cuatro. Conque ya ve usted que son de menos en su cuenta once, y a este paso los días son un soplo.

Como yo no había visto coger a nadie, sabía que los muertos eran dos, y me constaba que apenas éramos cinco, le dije con un aire de duda: dable puede ser eso, pero temo que hayan engañado a usted, porque son muchos los ladrones agotados. No, no me han engañado, dijo él, lo sé bien, sobre que soy teniente de la Acordada, tengo las filiaciones de todos, sé sus nombres, los parajes por donde roban, las averías que han hecho y los que han caído hasta hoy, vea usted si lo sabré o no.

Frío me quedé cuando le oí decir que era teniente, aunque me consolé al advertir que yo no había salido más que a una campaña, y era imposible que nadie me conociera por ladrón. Entonces le di todo crédito y le pregunté que ¿por qué rumbos habían cogido a los demás? A lo que me contestó que por entre Otumba y Teotihuacán.

Parlamos largo sobre otras cosas, y a lo último le dije cómo yo tenía sobrada razón para temer a los ladrones, pues era perseguido de ellos. Vea usted, le decía muy formal, no me han salido esos ladrones, pero anoche se me huyó el mozo con [138] la mula del almofrez y me dejó sin un real, pues se llevó los únicos doscientos pesos que yo llevaba en mi baúl.

¡Qué picardía!, decía el teniente muy compadecido, ya ese pícaro estará con ellos. ¿Cómo se llama? ¿Qué señas tiene? Yo le dije lo que se me puso, y él lo escribió con mucha eficacia en un librito de memoria; y así que concluyó nos entramos a acostar.

Me convidó con su cuarto; yo admití y me fui a dormir con él. Luego que vio mis pistolas, se enamoró de ellas y trató de comprármelas. Con el credo en la boca se las vendí en veinticinco pesos, temiendo no se apareciera su dueño por allí. Ello es que se las dejé y me habilité de dinero sin pensar.

Nos acostamos, y a otro día muy temprano nos pusimos en camino, en el que no ocurrió cosa particular. Llegamos a Apan, donde fingí salir a buscar a un amigo, y al día siguiente nos separamos y yo continué mi viaje para México.

Aquella noche dormí en Teotihuacán, donde me informé de cómo en la semana anterior habían derrotado a los ladrones cogiendo al cabecilla, a quien habían colgado a la salida del pueblo.

Con estas noticias, lleno de miedo, procuré dormir, y a otro día a las seis la mañana ensillé y, encomendándome a Dios de corazón, seguí mi marcha.

Como una legua o poco más había andado cuando vi afianzado contra un árbol, y sostenido por una estaca, el cadáver de un ajusticiado con su saco blanco y montera adornada con una cruz de paño rojo que le quedaba en la parte delantera de la cabeza sobre la frente, y las manos amarradas.

Acerqueme a verlo despacio; pero, ¿cómo me quedaría cuando advertí y conocí en aquel deforme cadáver a mi antiguo e infeliz amigo Enero? Los cabellos se me erizaron, la sangre se me enfrió, el corazón me palpitaba reciamente, la lengua se me anudó en la garganta, mi frente se cubrió de un sudor mortal y, perdida la elasticidad de mis nervios, iba a [139] caer del caballo abajo en fuerza de la congoja de mi espíritu.

Pero quiso Dios ayudar mi ánimo desfallecido y, haciendo yo mismo un impulso extraordinario de valor, me procuré recobrar poco a poco de la turbación que me oprimía.

En aquel momento me acordé de sus extravíos, de sus depravados consejos, ejemplos y máximas infernales; sentí mucho su desgracia, lloré por él, al fin lo traté de amigo y nos criamos juntos; pero también le di a Dios muy cordiales gracias porque me había separado de su amistad, pues con ella y con mi mala disposición fijamente hubiera sido ladrón como él, y tal vez a aquella hora me sostendría el árbol de enfrente.

Confirmé más y más mis propósitos de mudar de vida, procurando aprovechar desde aquel punto las lecciones del mundo y sacar fruto de las maldades y adversidades de los hombres y empapado en estas rectas consideraciones, saqué mi mojarra y en la corteza del árbol donde estaba Enero grabé el siguiente

Soneto (16)

¿Conque al fin se castigan los

delitos,

Y el crimen siempre su cabeza erguida

No llevará? Enero aunque sin vida

Desde ese tronco lo publica a gritos.

¡Oh, amigo malogrado! Estos distritos

Salteador te sufrieron y homicida;

Pero una muerte infame y merecida

Cortó el hilo de excesos tan malditos. [140]

Tú me inculcaste máximas falaces

Que mil veces seguí con desacierto;

Mas hoy suspenso del dogal deshaces

Las ilusiones. Tu cadáver yerto

Predica desengaño, y las veraces

Lecciones tomo que me das ya muerto.

Concluido mi soneto, me fui por mi camino encomendándolo a Dios muy de veras.

Procuré entrar en México de noche, paré en el mesón de Santo Tomás, cené y, estando paseándome en el corredor, oí llanto de mujeres en uno de los cuartos.

La curiosidad o la lástima me acercó a la puerta y, poniéndome a acechar, oí que un viejo decía: vamos hijas, ya no lloren, no hay remedio, ¿qué hemos de hacer? La justicia debió hacer su oficio, el muchacho dio en maleta desde chico, no le valieron mis consejos, mis amenazas ni mis castigos, él dio en que se había de perder, y por fin se salió con ello.

Pero yo lo siento, decía una pobre vieja, al fin era mi sobrino. Yo también lo siento, decía el anciano, y prueba de ello son las diligencias y el dinero que he gastado por librarlo, pero no fue capaz. ¡Válgate Dios por Enero desgraciado! Eh, hija, no llores, mira, nadie sabe que es nuestro pariente, todos lo tienen por huérfano de la casa. La pobre Poncianita ¡cuánto se avergonzará de este suceso! Pero al fin ya la muchacha es monja y, aunque se supiera su parentesco, monja se había de quedar; encomiéndalo a Dios y acostémonos para irnos muy de mañana.

Acabaron de hablar mis vecinos y a mí no me quedó duda en que eran don Martín y su esposa. Yo me fui a recoger, y a otro día madrugué para hablarles, lo que conseguí con disimulo, conociéndolos bien y sin darme a conocer de ellos. Supe que habían venido de la hacienda y se iban a establecer a Tierra Adentro. Me despedí de sus buenas personas, de las [141] que ya no he sabido. Es regular que hayan muerto, porque las pesadumbres, las enfermedades y los muchos años no pueden acarrear sino la muerte.

Fuime a misa bien temprano, volví a desayunarme y no salí en todo el día, ocupándome en hacer las más serias reflexiones sobre mi vida pasada, y en afirmar los propósitos que había hecho de enmendar la venidera.

Una de las cosas por donde conocí que aquel propósito era firme, y no como los anteriores, fue que, pudiendo sacar algún dinero del caballo, manga, sombrero, sable y espuelas, pues todo era bueno y de valor, no me determiné, no sólo temeroso de que me conocieran alguna pieza, como me conocieron en otro tiempo la capa del doctor Purgante, sino escrupulizando justamente porque aquello no era mío, y por tanto no podía ni debía enajenarlo.

Propuse, pues, conservar aquellos muebles hasta entregárselos al confesor, con intención de pagar las pistolas que vendí, siempre que Dios me diera con qué y supiera de su dueño.

Con esta determinación me salí cerca del anochecer a dar una vuelta por las calles sin destino fijo. Pasé por el templo de la Profesa, que estaba abierto; me entré a él con ánimo de rezar una estación y salirme.

Estaban puntualmente leyendo los puntos de meditación; me encomendé a Dios aquel rato lo mejor que pude y oí el sermón que predicó un sacerdote harto sabio. Su asunto fue sobre la infelicidad de los que desprecian los últimos auxilios, y la incertidumbre que tenemos de saber cuál es el último. Concluyó el orador probando que jamás faltan auxilios, y que debemos aprovecharnos de ellos, temiendo no sea alguno el último y, despreciándolo, o nos corte Dios los pasos cerrando la medida de nuestros crímenes, o nos endurezca el corazón cayendo en la impenitencia final.

¡Pero con qué espíritu y energía esforzaba el orador estas verdades! La mayor desgracia, decía lleno de un santo celo, [142] la mayor desgracia que puede acaecer al hombre en esta vida es la impenitencia final. En tan infeliz estado los cielos o los infiernos abiertos serían para el impenitente objetos de la más fría indiferencia. Su empedernido corazón no sería susceptible del amor a Dios, ni del temor de la eternidad, y, cierto en que hay premios y castigos perdurables, ni aspiraría a los unos, ni procuraría libertarse de los otros.

Llovían sobre Faraón y el Egipto las plagas; los castigos eran frecuentes, y Faraón perseveraba en su ciega obstinación, porque «su corazón se había endurecido», como nos dicen las sagradas letras: *induratum est cor Faraonis*. Por tanto, oyentes míos, «si alguno de vosotros ha oído hoy la voz del Señor, no quiera endurecer su corazón»; si se siente inspirado por algún auxilio, no debe despreciarlo ni dilatar su conversión para mañana, pues no sabe si despreciando este auxilio ya no habrá otro y se endurecerá su corazón. *Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra*, nos dice el santo rey profeta. Hoy, pues, en este mismo instante debemos abrir el corazón, si toca a él la gracia del Señor; hoy debemos responder a su voz si nos llama, sin esperar a mañana, porque no sabemos si mañana viviremos, y porque no sea que cuando queramos implorar la misericordia de Dios su majestad nos desconozca como a las vírgenes necias, y siendo inútiles nuestras diligencias se cumpla en nosotros aquel terrible anatema con que el mismo Señor amenaza a los obstinados pecadores. *Os llamé, les dice, os llamé y no me oísteis; toqué vuestro corazón y no me lo franqueasteis; yo también a la hora de vuestra muerte me reiré y me burlaré de vuestros ruegos.*

Por semejante estilo fue el sermón que oí, y que me llenó de tal pavor que, luego que el padre bajó del púlpito, me entré tras él y le supliqué me oyera dos palabras de penitencia.

El buen sacerdote condescendió a mi súplica con la mayor dulzura y caridad; y, luego que se informó de mi vida en compendio y se satisfizo de que era verdadero mi propósito, me [143] emplazó para el día siguiente a las cinco y media de la mañana, hora en que acababa de decir la misa de prima, previniéndome que lo esperara en aquel mismo lugar, que era un rincón oscuro de la sacristía. Quedamos en eso, y me fui al mesón más consolado.

Al día siguiente me levanté temprano, oí su misa y lo esperé donde me dijo.

No me quiso confesar entonces, porque me dijo que era necesario que hiciera una confesión general, que tenía una bella ocasión que aprovechar si quería, pues en esa tarde se comenzaba la tanda de ejercicios, los que él había de dar, y tenía proporción de que yo entrara si quería.

Y cómo que quiero, padre, le dije, sí, a eso aspiro, a hacer una buena confesión. Pues bien, me contestó, disponga usted sus cosas y a la tarde venga; dígame su nombre al padre portero y no se meta en más.

Dicho esto se levantó, y yo me retiré más contento que la noche anterior; aunque no dejó de admirarme lo que me dijo el confesor de que dijera mi nombre en la portería, pues él no me lo había preguntado.

No obstante, no me metí en averiguaciones. Llegué al mesón, comí a la hora regular, pagué lo que debía, encargué mi caballo dejando para su

comida, y a las tres me fui para la Casa Profesa.

Capítulo XI

En el que Periquillo cuenta cómo entró a ejercicios en la Profesa, su encuentro con Roque, quién fue su confesor, los favores que le debió, no siendo entre éstos el menor haberlo acomodado en una tienda

Inmediatamente que llegué a la portería de la Profesa di el recado de parte del padre que iba a dar los ejercicios. El portero me preguntó mi nombre, lo dije, entonces vio un [144] papel y me dijo: está bien, que metan su cama de usted. Ya está aquí, le dije, la traigo a cuestras. Pues entre usted.

Entré con él y me llevó a un cuarto donde estaba otro, diciéndome: éste es el cuarto de usted y el señor, su compañero. Diciendo esto se fue, y yo luego que le iba a hablar al compañero conocí que era el pobre Roque, mi discípulo, amigo y fámulo antiguo. Él también me conoció y, después que nos abrazamos con la ternura imaginable, nos preguntamos recíprocamente y nos dimos cuenta de nuestras aventuras.

Admirado se quedó Roque al saber mis sucesos. Yo no me admiré mucho de los suyos porque, como él no había sido tan extraviado como yo, no había sufrido tanto y sus aventurillas no habían pasado de comunes.

Al fin le dije: yo me alegro mucho de que nos hayamos encontrado en este santo claustro; y que, los que algún día corrimos juntos por la senda de la iniquidad, nos veamos juntos también aquí, animados de unos mismos sentimientos para implorar la gracia.

Yo tengo el mismo gusto, me dijo Roque, y a este gusto añadido la satisfacción que tengo de pedirte perdón, como de facto te lo pido, de aquellos malos consejos que te di, pues, aunque yo lo hacía por lisonjarte y granjearme más tu protección hostigado por mi miseria, no es disculpa; antes debería haberte aconsejado bien, y aun perdido tu casa y amistad, que inducido a la maldad.

Yo poco había menester, le dije, no tengas escrúpulo de eso. Créete que sin tus persuasiones habría siempre obrado tan mal como obré.

¿Pero ahora tratas ya de mudar de vida seriamente?, me dijo Roque. Ésa es mi intención, sin duda, le contesté, y con este designio me he venido a encerrar estos ocho días.

Me alegro mucho, continuó Roque, pero, hombre, no sean tus cosas por la Virgen; ya somos grandes, y ya tú le has visto [145] al lobo no sólo las orejas sino todo el cuerpo, y así debes pensar con seriedad.

No me disgusta tu fervor, le dije, sin duda eres bueno para fraile, y te había de asentar lo misionero.

No pienso en ser predicador, me contestó, porque no me considero ni con estudios ni con el espíritu propio para el caso; pero sí pienso en ser fraile, y por eso he venido a tomar estos santos ejercicios. Ya estoy admitido en San Francisco y, si Dios me ayuda y es su voluntad, pienso salir de aquí y entrar al noviciado luego luego.

Me alegro, Roque, me alegro. Tú has pensado con juicio, aunque dice el refrán que el lobo harto de carne se mete a fraile. Ése es uno de tantos refranes vulgares y tontos que tenemos, decía Roque. Aun cuando

quisieras decirme que después que di al mundo las primicias de mi juventud y ahora que tengo un pie en la vejez quiero sujetarme al claustro y vivir bajo obediencia, no dirías mal; pero, ¿acaso porque fuimos malos muchachos y malos jóvenes hemos de ser también malos viejos? No, Perico, alguna vez se ha de pensar con juicio; jamás es tarde para la conversión, y otro refrán también dice que más vale tarde que nunca.

No, no te enojas, Roquillo, le dije, haces muy bien; ésta es una chanza, ya conoces mi genio que naturalmente es jovial, y más con amigos de tanta confianza como tú; pero haces muy bien en pensar de esta suerte, y yo procuraré sacar fruto de tu enojo.

¡Qué enojo ni qué calabaza!, decía Roque, ya conozco que hablas con chocarrería, pero te digo lo que hay en el particular.

En esto tocaron la campana y nos fuimos a la plática preparatoria.

Concluidos los ejercicios de aquella noche, entró el portero a mi cuarto y me dijo de parte de mi confesor que después de la misa de prima en la capilla lo esperara en la sacristía. [146] Leímos yo y Roque en los libros buenos que había en la mesa hasta que fue hora de cenar, y después de esto nos recogimos, habilitándome Roque de una sábana y una almohada.

Al día siguiente me levanté temprano, oí la misa de prima, esperé al padre y comencé a hacer mi confesión general, enamorándome más cada día de la prudencia y suavidad del confesor.

El séptimo se concluyó la confesión a satisfacción del confesor y con harto consuelo de mi espíritu. El padre me dijo que el día siguiente era la comunión general, que comulgara y no fuera a desayunarme a mi cuarto, sino a su aposento, que era el número 7 saliendo de la capilla sobre la derecha. Así se lo prometí y nos separamos.

Increíble será para quien no tenga conocimiento de estas cosas el gusto y sosiego con que yo dormí aquella noche. Parece que me habían aliviado de un enorme peso, o que se había disipado una espesa niebla que oprimía mi corazón, y así era a la verdad.

Al día siguiente nos levantamos, aseamos y fuimos a la capilla, donde, después de los ejercicios acostumbrados, se dijo la misa de gracias con la mayor solemnidad y, después que comulgó el Preste, comulgamos todos por su mano llenos del más dulce e inexplicable júbilo.

Concluida la misa y habiendo dado gracias, fueron todos a desayunarse al chocolatero, y yo, después que me despedí de Roque con el mayor cariño, fui a hacer lo mismo en compañía de mi confesor, que ya me esperaba en su aposento.

¡Pero cuál fue mi sorpresa cuando, creyendo yo que era algún padre a quien no conocía sino de ocho días a aquella fecha, fui mirando que era mi confesor el mismísimo Martín Pelayo, mi viejo amigo y excelente consejero!

Al advertir que ya no era un Martín Pelayo a secas, ni un muchacho bailador y atolondrado, sino un sacerdote sabio, ejemplar y circunspecto, y que a éste y no a un extraño le había [147] contado todas mis gracias, no dejé de ruborizarme; a lo menos me lo debió conocer el padre en la cara, pues tratando de ensancharme el espíritu me dijo: ¿que no te acuerdas de mí, Pedrito? ¿No me das un abrazo? Vamos, dámelo, pero muy apretado. ¡Cuántos deseos tenía yo de verte y de saber tus aventuras! Aventuras propias de un pobre muchacho sin experiencia ni sujeción. Entonces nos abrazamos estrechamente, y luego me hizo sentar a tomar

chocolate, y continuó diciéndome: Toda vergüenza que tengas de haberte confesado conmigo es excusada, cuando sabes que he sido peor que tú, y tan peor que fui tu maestro en la disipación. Acaso mis malos consejos coadyuvaron a disiparte, de lo que me pesa mucho; pero Dios ha querido darme el placer de ser tu director espiritual y de reemplazar con máximas de sólida moral los perversos consejos que te di algunas veces.

Porque ese espíritu no se acobardara con la vergüenza, traté siempre de confesarte en lo obscuro y tapándome la cara con el pañuelo; mas, luego que logré absolvarte, quise manifestarme tu amigo. Nada de cuanto me has dicho me coge de nuevo. Yo habré cometido todos los crímenes que tú; ante Dios soy delincuente, y si no me he visto en los mismos trabajos, y me he sujetado un poco más temprano, ha sido por un efecto especial de su misericordia. Conque, así, no estés delante de mí con vergüenza. En el confesonario soy tu padre, aquí soy tu hermano; allí hago las veces de un juez, aquí desempeño el título de amigo que siempre he sido tuyo, y ahora con doble motivo. En vista de esto me has de tratar aquí como aquí, y allá como allá.

Fácil es concebir que con tan suave y prudente estilo me ensanchó demasiado el espíritu y comencé a perderle la vergüenza, mucho más cuando no permitió que le hablara de usted, sino de tú como siempre.

Entre la conversación le dije: hermano, ya que te he debido tanto cuanto no puedo pagarte, y me has dicho que el caballo, [148] la manga, el sable y todo esto debo restituirlo, te digo que lo deseo demasiado, porque me parece que tengo un sambenito, y temo no me vaya a suceder con esto otra burla peor que la que me sucedió con la capa del doctor Purgante. Cierto es que yo no me robé estas cosas, pero, sea como fuere, son robadas, y yo no las debo tener en mi poder un instante.

Yo quisiera quitármelas de encima lo más presto y ponerlas en tu poder para que, o avisando de ello en la acordada, o al público por medio de la gaceta, o de cualquiera otra manera, se le vuelva todo a su dueño lo más pronto, o no se le vuelva; el fin es que me quites este sobrehueso, porque, si lo bien habido se lo lleva el diablo, lo mal habido ya sabes el fin que tiene.

Todo eso está muy bueno, me dijo Pelayo, pero ¿tienes otra ropa que ponerte? Qué he de tener, le dije, no hay más que esto, y seis pesos que han sobrado de las pistolas. Pues ahí tienes, decía Martín, cómo por ahora no puedes deshacerte de todo, pues te hallas en extrema y legítima necesidad de cubrir tus carnes aunque sea con lo robado. Sin embargo, veremos qué se hace. Pero dime, ¿qué giro piensas tomar? ¿En qué quieres destinarte? ¿O de qué arbitrio imaginas subsistir? Porque para vivir es menester comer, y para tener qué comer es necesario trabajar, y a ti te es esto tan preciso que, mientras no apoyes en algún trabajo tu subsistencia, estás muy expuesto a abandonar tus buenos deseos, olvidar tus recientes propósitos y volver a la vida antigua.

No lo permita Dios, le dije con harta tristeza, pero, hermano mío, ¿qué haré, si no tengo en esta ciudad a quién volver mis ojos, ni de quién valerme para que me proporcione un destino o dónde servir aunque fuera de portero? Mis parientes me niegan por pobre, mis amigos me desconocen por lo mismo, y todos me abandonan ya por calavera o ya porque no tengo blanca, que es lo más cierto, pues si tuviera dinero me sobrarán amigos y

parientes aunque fuera el diablo, como me [149] han sobrado cuando lo he tenido; porque lo que éstos buscan es dinero, no conducta, y como tengan qué estafar nadie se mete en averiguar de dónde viene. Venga de donde viniere, el caso es que haya qué chupar, y, aunque sea el chupado más indigno que Satanás, amasado con Gestas y Judas, nada importa, los lisonjeros paniaguados incensarán al ídolo que los favorece por más criminal que sea, y con la mayor desvergüenza alabarán sus vicios como pudieran las virtudes más heroicas.

Lo siento, hermano, pero esto lo sé por una continua experiencia. Estos amigos pícaros que me perdieron, y que pierden a tantos en el mundo, saben el arte maldito de disfrazar los vicios con nombre de virtudes. A la disipación llaman liberalidad, al juego diversión honesta, por más que por modo de diversión se pierdan los caudales, a la lubricidad cortesanía, a la embriaguez placer, a la soberbia autoridad, a la vanidad circunspección, a la grosería franqueza, a la chocarrería gracia, a la estupidez prudencia, a la hipocresía virtud, a la provocación valor, a la cobardía recato, a la locuacidad elocuencia, a la zoncería humildad, a la simpleza sencillez, a la... pero ¿para qué es cansarte, cuando sabes mejor que yo lo que es el mundo y lo que son tales amigos? En virtud de esto, yo no sé qué hacer, ni de quién valerme.

No te apures, me dijo el padre Pelayo, yo haré por ti cuanto pueda. Fía en la Suprema Providencia, pero no te descuides, porque hemos de estar en esta triste vida a Dios rogando y con el mazo dando.

Su Majestad te pague tus consuelos y consejos, le dije, pero, hermano, yo quisiera que te interesaras con tus amigos a efecto de que logre algún destino, sea el que fuere, seguro de que no te haré quedar mal.

Ahora mismo me ha ocurrido una especie, me dijo, espérame aquí. Al decir esto se fue a la calle y yo me quedé leyendo hasta las doce del día, a cuya hora volvió mi amigo. [150]

En cuanto entró, me dijo: albricias, Pedro, ya hay destino. Esta tarde te llevo para que te ajustes con el que ha de ser tu patrón, con quien te tengo muy recomendado. Él es amigo mío y mi hijo espiritual, con esto lo conozco y estoy seguro de sus bellas circunstancias. Vaya, tú debes dar a Dios mil gracias por este nuevo favor, y manejarte a su lado con conducta, pues ya es tiempo de pensar con juicio. Acuérdate siempre de las desgracias que has sufrido y reflexiona en los pagos que dan el mundo y los malos amigos. Vamos a comer.

Le di los debidos agradecimientos, se puso la mesa, comimos y concluido esto rezamos un Padre nuestro por el alma de nuestro infeliz amigo Enero. Dormimos siesta, y a las cuatro, después de tomar chocolate, salí en un coche con el padre Pelayo a la casa del que iba a ser mi amo.

En cuanto me vio parece que le confronté, porque me trató con mucha urbanidad y cariño. Tal debió de ser el buen informe que de mí le hizo nuestro confesor y amigo.

Era hombre viudo, sin hijos, rico y liberal, circunstancias que lo debían hacer buen amo, como lo fue en efecto.

El destino era cuidar como administrador el mesón del pueblo llamado San Agustín de las Cuevas, que sabéis dista cuatro leguas de esta capital,

y girar una buena tienda que tenía en dicho pueblo, debiendo partirse a medias entre mí y el amo las utilidades que ambos tratos produjeran.

Se deja entender que admití en el momento, llenando a Pelayo de agradecimientos; y, habiendo quedado corrientes y aplazado el día en que debía recibir, nos fuimos yo y mi amigo Martín para la Profesa.

En la noche platicamos sobre varios asuntos, rematando Pelayo la conversación con encargarme que me manejara con honradez y no le hiciera quedar mal. Se lo prometí así, y nos recogimos.

Al día siguiente me dejó mi amigo en su aposento, y a poco [151] rato volvió habilitado de géneros y sastre; hizo me tomara medida de capa y vestido y, habiéndole dado no sé qué dinero, lo despidió.

Si me admiró la generosidad del padre Pelayo, y si yo no hallaría expresiones con que significarle mi gratitud, fácil es conjeturarlo. Él me dijo: te he suplido este dinero y he hecho estas diligencias en tu obsequio por tres motivos: porque no maltrates más esa ropa que no es tuya, porque no te exponga ella misma a un bochorno, y porque tu amo te trate como a un hombre fino y civilizado, y no como a un payo silvestre. Hace mucho al caso el traje en este mundo, y, aunque no debemos vestirnos con profanidad, debemos vestirnos con decencia y según nuestros principios y destinos.

A los tres días vino el sastre con la ropa, me planté con capote y chaquetita, pero al estilo de México; Pelayo fue conmigo al mesón, donde le entregué el caballo y sus arneses; volvimos a la Profesa, hice una lista de todo lo que le entregaba y al otro día puso Martín todo aquello en poder del capitán de la Acordada, para que éste solicitara sus dueños o viera lo que hacía.

No restando ya más que hacer sobre esto, y llegando el día en que había de recibir la tienda y el mesón, fuimos a San Agustín de las Cuevas, me entregué de todo a satisfacción, mi amo y el padre volvieron a México, y yo me quedé en aquel pueblo manejándome con la mejor conducta, que el cielo me premió con el aumento de mis intereses y una serie de felicidades temporales.

Capítulo XII

En el que refiere Periquillo su conducta en San Agustín de las Cuevas y la aventura del amigo Anselmo, con otros episodios nada ingratos

Así como se dice que el sabio vence su estrella, se pudiera decir con más seguridad que el hombre de bien, con su conducta constantemente arreglada, domina casi siempre su fortuna por siniestra que sea.

Tal dominio experimenté yo, aun las ocasiones que observé un proceder honrado por hipocresía; bien que, luego que trastabillaba y me descaraba con el vicio, volvían mis adversas aventuras como llovidas.

Desengañado con esta dolorosa y repetida observación, traté de pensar seriamente, considerando que ya tenía más de treinta y siete años, edad harto propia para reflexionar con juicio. Procuré manejarme con honor y no dar que decir en aquel pueblo.

Cada mes en un domingo venía a México, me confesaba con mi amigo

Pelayo y con él me iba después a pasar al resto del día en la casa y compañía de mi amo, quien me manifestaba cada vez más confianza y más cariño. A la tarde salía a pasear a la Alameda o a otras partes.

¡Cuántas veces me decía Pelayo!: Sal, expláyate, diviértete. No está la virtud reñida con la alegría ni con la honesta diversión. La hermosura del campo para recreo de los sentidos y la comunicación recíproca de los hombres por medio de la explicación de sus conceptos para desahogo de sus almas es bendita por el mismo Dios, pues su Majestad crió así la belleza, aromas, sabores, virtudes y matices de las plantas, flores y frutos, como la viveza, gracia, penetración y sublimidad de los entendimientos, y todo lo hizo, crió y destinó para recreo y utilidad del hombre; y, si no, ¿a qué fin sería dotar a las criaturas [153] subalternas de bellezas, y al racional de espíritu para percibir las, si no nos había de ser lícito ejercitar sobre ellas nuestro talento ni sentidos? Sería una creación inútil por una parte, y por otra una tiranía que degradaría a la Deidad, pues probaría que había criado entes espectables y deliciosos, y nos había dotado de apetitos, prohibiéndonos la aplicación de éstos y la fruición de aquéllos. Pena que los gentiles la hallaron digna de ser castigo infernal para los crueles y avaros como Tántalo, a quien concedieron la vista inmediata de las manzanas y el agua, que llegaban a su boca, y no podía satisfacer su sed ni su hambre.

Ya se ve que esto sería un absurdo pensarlo; pero, aunque sin malicia, no forman mejor concepto de la Divinidad los que creen que se ofende de nuestras diversiones inocentes.

El abuso y no el uso es lo que se prohíbe hasta en las obras de virtud. Yo tengo esta opinión por muy segura, y como tal te la aconsejo: no peques y diviértete cuanto quieras, porque Dios nos quiere santos, no monos, ridículos, hurones ni tristes. Eso quédese para los hipócritas, que los justos, en esta expresión del santo David, deben alegrarse y regocijarse en el Señor, y pueden muy bien cantar y saltar con su bendición al son de la cítara, la lira y el salterio.

Frases son éstas con que el santo rey explica que Dios no quiere mustios ni zonzos. El yugo de la ley del Señor es suave, y su carga muy ligera. Cualquiera cristiano puede gozar de aquella diversión que no sea pecaminosa ni arriesgada. Ninguna dejará de serlo, ni la asistencia a los templos, si el corazón está corrompido y mal dispuesto; y cualquiera no lo será, aunque sea un baile y unas bodas, si asistimos a ellas con intención recta y con ánimo de no prevaricar. Las ocasiones son próximas y debemos huir los peligros cuando tenemos experimentada nuestra debilidad. Conque, así, diviértete según te dicte una prudente observación.

Fiado en éstos y otros muchos iguales documentos, me salía [154] yo a pasear buenamente; y, aunque encontraba a muchos de aquellos briboncillos que se habían llamado mis amigos, procuraba hacer que no los veía; y, si no lo podía excusar, me desembarazaba con decirles que estaba destinado fuera de México y que me iba a la noche, con lo que perdían la esperanza de estafarme y seducirme.

En una de estas lícitas paseadas me habló a la mano un muchachito muy maltratado de ropa, pero bonito de cara, pidiéndome un socorro por amor de Dios para su pobre madre, que estaba enferma en cama y sin tener qué comer.

Como estas palabras las acompañaba con muchas lágrimas, y con aquella sencillez propia de un niño de seis años, lo creí y, compadeciéndome del estado infeliz que me pintó, le dije me llevara a su casa.

Luego que entré en ella vi que era cierto cuanto me dijo, porque en un cuarto, que llaman redondo (que era toda la casa), yacía sobre unos indecentes bancos de cama una señora como de veinticinco años de edad, sin más colchón, sábanas ni almohada que un petate, una frazada y un envoltorio de trapos a la cabecera. En un rincón de la misma cama estaba tirado un niño como de un año, hético y extenuado, que de cuando en cuando estiraba los secos pechos de su débil madre exprimiéndole el poco jugo que podía.

Por el sucio aposentillo andaba una huerita de tres años, bonita a la verdad, pero hecha pedazos, y manifestando en lo descolorido de su cara el hambre que le había robado lo rozagante de sus mejillas.

En el brasero no había lumbre ni para encender un cigarro, y todo el ajuar era correspondiente a tal miseria.

No pudo menos que conmover mi sensibilidad una escena tan infeliz; y así, sentándome junto a la enferma en su misma cama, le dije: Señora, lastimado de las miserias que de usted me contó este niño, determiné venir con él a asegurarme de su [155] verdad, y por cierto que el original es más infeliz que el retrato que me hizo esta criatura.

Pero, pues estoy satisfecho, no quiero que mi venida a ver a usted le sea enteramente infructuosa. Dígame usted quién es, qué padece y cómo ha llegado a tan deplorable situación; pues, aunque con esta relación no consiga otra cosa que disipar la tristeza que me parece la agobia, no será mal conseguir, pues ya sabe que nuestras penas se alivian cuando nos las comunicamos con confianza.

Señor, dijo la pobre enferma con una voz lánguida y hartamente triste, señor, mis penas son de tal naturaleza que pienso que el referirlas, lejos de servirme de algún consuelo, renovará las llagas de que adolece mi corazón; pero, sin embargo, sería yo una ingrata descortés si, aunque a costa de algún sacrificio, dejara de satisfacer la curiosidad de usted...

No, señora, le dije, no permita Dios que exigiera de usted ningún sacrificio. Creía que la relación de sus desdichas le serviría de refrigerio en medio de ellas; pero, no siendo así, no se aflija. Tenga usted esto poco que tengo en la bolsa y sufra con resignación sus trabajos, ofreciéndoselos al Señor, y confiando en su amplísima Providencia que no la desampará, pues es un Padre amante que cuando nos prueba nos amerita y premia, y cuando nos castiga es con suavidad, y aun así le queda la mano adolorida.

Yo tendré cuidado de que un sacerdote amigo mío venga a ver a usted y le imparta los auxilios espirituales y temporales que pueda. Conque adiós.

Diciendo esto, le puse cuatro pesos en la cama y me levanté para salirme, mas la señora no lo permitió; antes, incorporándose como mejor pudo en su triste lecho, con los ojos llenos de agua, me dijo: no se vaya usted tan presto, ni quiera privarme del consuelo que me dan sus palabras. Suplico a usted que se siente, quiero contarle mis desventuras, y creo que ya me será alivio el comunicarlas a un sujeto que sin mérito [156] me manifiesta tanto interés en mi desgraciada suerte.

Yo me llamo María Guadalupe Rosana; mis padres fueron nobles y

honrados, y, aunque no ricos, tenían lo suficiente para criarme, como me criaron con regalo. Nada apetecía yo en mi casa, era querida como hija y contemplada como hija única. Así viví hasta la edad de quince años, en cuyo tiempo fue Dios servido de llevarse a mi padre, y mi madre, no pudiendo resistir este golpe, lo siguió al sepulcro dentro de dos meses.

Sería largo de contar los muchos trabajos que sufrí y los riesgos a que se vio expuesto mi honor en el tiempo de mi orfandad. Hoy estaba en una casa, mañana en otra, aquí me hacían un desaire, allí me intentaban seducir, y en ninguna encontraba un asilo seguro, ni una protección inocente.

Tres años anduve de aquí para allí, experimentando lo que Dios sabe, hasta que, cansada de esta vida, temiendo mi perdición y deseando asegurar mi honor y subsistencia, me rendí a las amorosas y repetidas instancias del padre de estas criaturas. Me casé por fin, y en cuatro o cinco años jamás me dio mi esposo motivo de arrepentirme. Cada día estaba yo más contenta con mi estado; pero habrá poco más de un año que mi dicho esposo, olvidado de sus obligaciones, y prendado de una buena mujer que, como muchas, tuvo arte para hacerlo mal marido y mal padre, me ha dado una vida bastante infeliz, y me ha hecho sufrir hambres, pobreza, desnudeces, enfermedades y otros mil trabajos, que aún son pocos para satisfacción de mis pecados.

La disipación de mi marido nos acarreó a todos el fruto que era natural; ésta fue la última miseria en que me ve usted y él se mira.

Cuando fue hombre de bien sostenía su casa con decencia, porque tenía un cajoncito bien surtido en el Parián y contaba con todos los géneros y efectos de los comerciantes, en virtud del buen concepto que se tenía granjeado con su buena conducta; pero, cuando comenzó a extraviarse con la compañía [157] de sus malos amigos, y cuando se aficionó de su otra señora, todo se perdió por momentos. El cajoncito bajo de crédito con su ausencia; el cajero hacía lo que quería, fiado en la misma, porque mi esposo no iba al Parián sino a sacar dinero, y no a otra cosa; la casa nuestra estaba de lo más desatendida, los muchachos abandonados, yo mal vista, los criados descontentos y todo dado a la trampa.

Es verdad que, cuando a mí me pagaba casa de a diez pesos y me tenía reducida a dos túnicos y a seis reales de gasto, tenía para pagar a su dama casa de veinte, dos criadas, mucha ropa y abundantes paseos y diversiones; pero así salió ello.

Al paso que crecían los gastos se menoscababan los arbitrios. Dio con el cajón al traste prontamente, y la señorita, en cuanto lo vio pobre, lo abandonó y se enredó con otro. A seguida vendió mi marido la poca ropa y ajuar que le había quedado, y el casero cargó con el colchón, el baúl y lo poco que se había reservado, echándonos a la calle, y entonces no tuvimos más recurso que abrigarnos en esta húmeda, indecente e incómoda accesoria.

Pero, como cuando los trabajos acometen a los hombres llegan de tropel, sucedió que los acreedores de mi marido, sabedores de su descubierto y satisfechos de que había disipado el principal en juegos y bureos, se presentaron y dieron con él en una prisión donde lo tienen hasta que no les facilite un fiador de seis mil pesos que les debe. Esto es imposible, pues no tiene quién lo fíe ni en seis reales, ni aun sus amigos, que me decía que tenía muchos, y algunos con proporciones; aunque

ya se sabe que en el estado de la tribulación se desaparecen los amigos.

La miseria, la humedad de esta incómoda habitación y el tormento que padece mi espíritu me han postrado en esta cama no sé de qué mal, pues yo que lo padezco no lo conozco; lo cierto es que creo que mi muerte se aproxima por instantes, y esta infeliz chiquita expirará primero de hambre, pues no [158] tienen mis enjutos pechos con qué alimentarla; estas otras dos criaturas quedarán expuestas a la más dolorosa orfandad, mi esposo entregado a la crueldad de sus acreedores, y todo sufrirá el trágico fin que le espera.

Ésta, señor, es mi desgraciada historia. Ved si con razón dije que mis penas son de las que no se alivian con contarlas. ¡Ay, esposo mío! ¡Ay, Anselmo, a qué estado tan lamentable nos condujo tu desarreglado proceder...!

Perdone usted, señora, le dije, ¿quién es ese Anselmo de quien usted se queja? Quién ha de ser, señor, sino mi pobre marido, a quien no puedo dejar de amar por más que alguna vez me fuera ingrato.

Ése es un carácter noble, le dije, y a seguida me informé y quedé plenamente satisfecho de que su marido era aquel mi amigo Anselmo, que no me conoció, o no me quiso conocer, cuando imploré su caridad en medio de mi mayor abatimiento; pero, no acordándome entonces de su ingratitud, sino de su desdicha y de la que padecía su triste e inocente familia, procuré aliviarla con lo que pude.

Consolé otra vez a la pobre enferma, hice llamar a una vieja vecina que la quería mucho y solía llevarle un bocadito al medio día, y ofreciéndole un buen salario se quedó allí sirviéndola con mucho gusto.

Salí a la calle, vi a mi amo, le conté el pasaje, le pedí dinero a mi cuenta, le hice entrar en un coche y lo llevé a que fuera testigo de la miserable suerte de aquellas inocentes víctimas de la indigencia.

Mi amo, que era muy sensible y compasivo, luego que vio aquel triste grupo de infelices, manifestó su generosidad y el interés que tomaba en su remedio.

Lo primero que hizo fue mandar llamar un médico y una chichigua para que se encargasen de la enferma y de la criatura. En esa noche envió de su casa colchón, sábanas, almohadas [159] y varias cosas que urgían con necesidad a la enferma.

No me dejó ir a San Agustín por entonces, y al día siguiente me mandó buscar una viviendita en alto. La solicité con empeño, y a la mayor brevedad mudé a ella a la señora y a su familia.

Con el dinero que pedí, habilité de ropa a los chiquillos y, no restando más que hacer por entonces, me despedí de la señora, quien no se cansaba de llenarme de bendiciones y dar agradecimientos a millares. Cada rato me preguntaba por mi nombre y lugar donde vivía. Yo no quise darle razón, porque no era menester; antes le decía que aquella gratitud la merecía mi amo, que era quien la había socorrido, pues yo no era sino un débil instrumento de que Dios se había servido para el efecto.

Sin embargo, decía la pobre toda enternecida, sin embargo de que ese caballero haya gastado más que usted en nuestro favor, usted ha sido la causa de todo. Sí, usted le habló, usted lo trajo y por usted logramos tantos favores. Él es un hombre benéfico, no lo dudo, ni soy capaz de agradecerle ni pagarle lo bueno que ha hecho conmigo y mis criaturas; pero

usted es, a más de benéfico, generoso, pues gasta con liberalidad siendo un dependiente, y... Ya está, señora, ya está, le dije, restablézcase usted que es lo que nos importa, y adiós hasta el domingo. ¿Viene usted el domingo a verme y a sus hijos? Sí señora, vengo. Les compré fruta a los muchachitos, los abracé y me despedí no sin lágrimas en los ojos por la ternura que me causó oírme llamar de papá por aquellos inocentes niñitos, que no sabían cómo manifestarme su gratitud sino apretándome las rodillas con sus bracitos y quedándose llorando rogándome que no me fuera. Trabajo me costó desprenderme de aquellas agradecidas criaturas, pero por fin me fui a mi destino, reencargándolas a mi amo y a Pelayo. [160]

Al domingo siguiente vine sin falta. No estaba mi amo en casa, y así en cuanto dejé el caballo fui a ver cómo estaba la enferma y sus niños; pero ¡cuál fue mi gusto cuando la hallé muy restablecida y aseada, jugando en el estrado con sus niños! Tan entretenida estaba con esta inocente diversión que no me había visto, hasta que diciéndole yo: me alegro mucho, señorita, me alegro, alzó la cara, me vio y, conociéndome, se levantó y, llena de un entusiasmo imponderable y de un gozo que le rebosaba por sobre la ropa, comenzó a gritar: Anselmo, Anselmo, ven breve, ven a conocer al que deseas. Anda, ven, aquí está nuestro amigo, nuestro bienhechor y nuestro padre. Los niños se rodearon de mí y estirándome de la capa me llevaron al estrado al tiempo que salió de la recámara Anselmo.

Sorprendiose al verme, fijó en mí la vista y, cuando se satisfizo de que yo era el mismo Pedro a quien había despreciado y tratado de calumniar de ladrón, luchando entre la gratitud y la vergüenza, quería y no quería hablarme; más de una vez intentó echarme los brazos al cuello, y dos veces estuvo para volverse a la recámara.

En una de éstas, mirándome con ternura y rubor, me dijo: Señor... yo agradezco... y no pudiendo pronunciar otra palabra bajó los ojos. Yo, conociendo el contraste de pasiones con que batallaba aquel pobre corazón, procuré ensancharlo del mejor modo; y así, tomando a mi amigo de un brazo y estrechándolo entre los míos, le dije: ¡qué señor ni qué droga! ¿No me conoces, Anselmo? ¿No conoces a tu antiguo amigo Pedro Sarmiento? ¿Para qué son esas extrañezas ni esas vergüenzas con quien te ha amado tanto tiempo? Vamos, depón ese rubor, reprime esas lágrimas, y reconoce de una vez que soy tu amigo.

Entonces Anselmo, que había estado oyéndome con la cabeza reclinada sobre mi hombro izquierdo, alentado con mis palabras, alzó la cara, y volviéndose a su esposa le dijo: ¿y tú [161] sabes, querida mía, quién es este hombre benéfico que tanto nos ha favorecido? No, no he tenido el gusto de saberlo, dijo la señora, sólo reconozco en él un singular bienhechor, a quien todos debemos la vida, la subsistencia y el honor. Pues sábetelo, hija mía, que este señor es don Pedro Sarmiento, mi antiguo amigo, a quien debí mil favores, y a quien le correspondí con la mayor villanía en las circunstancias más críticas en que necesitaba mis auxilios.

Hincose a este tiempo, y abrazándome tiernamente me decía: Perdóname, querido Pedro, soy un vil y un ingrato; mas tú eres caballero y el único hombre digno del dulce título de amigo. Desde hoy te reconoceré por mi padre, por mi libertador y por el amparo de mi esposa y de mis hijos, a quienes hice desgraciados por mis excesos. No te acuerdes de mi

ingratitude, no paguen estos inocentes lo que yo solo merecí... seremos tus esclavos... nuestra dicha consistirá en servirte... y...

Por Dios, Anselmo, basta, le dije levantándolo y apretándolo en el pecho. Basta, soy tu amigo, y lo seré siempre que me honres con tu amistad. Serénate y hablemos de otra cosa. Acaricia a tus niños que lloran porque te ven llorar. Consuela a esta señora que te atiende entre la aflicción y la sorpresa. Yo no he hecho sino cumplir en muy poco con los naturales sentimientos de mi corazón. Cuando hice lo que pude por tu familia, fue con dolor de su infeliz situación, y sabiendo que era tuya, cuya sola circunstancia sobraba para que, cumpliendo con los deberes de la amistad, hiciera en su obsequio lo posible. Pero, después de todo, Dios es quien ha querido socorrerte; dale a su Majestad las gracias y no vuelvas a acordarte de lo pasado por vida de tus niños.

Quería yo despedirme, pero la señora no lo consintió; tenía el almuerzo prevenido, y me detuvo a almorzar.

Nos sentamos juntos muy gustosos, y en la mesa me informaron cómo Pelayo y mi amo habían desempeñado tan bien mi encargo [162] que, no contentos con socorrer a la enferma y su familia, solicitaron a los acreedores de Anselmo, y, a pesar de hallar a algunos inexorables, rogaron tanto y se empeñaron tanto que al fin consiguieron la remisión de la deuda hasta mejora de fortuna; y, para que Anselmo pudiera sostener a su familia, lo colocó mi amo de mayordomo en una de sus haciendas, a donde debía partir luego que se acabara de restablecer su esposa.

Estas noticias me colmaron de gozo, considerando que Dios se había valido de mí para hacer feliz a aquella pobre familia, a la que di los plácemes, y luego me despedí de todos entre mil abrazos, lágrimas y cariñosas expresiones.

A mi amo y a Pelayo les di también muchos agradecimientos por lo que habían hecho, y a la tarde me volví a mi destino, sintiendo no sé qué dulce satisfacción en mi corazón por el mucho bien que había resultado a aquella triste familia por mi medio. La contemplaba dentro de ocho días tan otra de como la había hallado. Ella, decía yo entre mí, estaba sepultada en la indigencia. El padre, entregado sin honor y sin recurso a la voracidad de sus acreedores, y confundido con la escoria del pueblo en un lóbrego calabozo; su mujer con el espíritu atormentado y desfallecida de hambre en una accesoria indecente; las criaturas desnudas, flacas y expuestas a morir o a perderse; y ahora todo ha cambiado de semblante. Ya Anselmo tiene libertad, su esposa salud y marido, los niños padre, y todos entre sí disfrutan los mayores consuelos. ¡Bendita sea la infinita Providencia de Dios que tanto cuidado tiene de sus criaturas!, y ¡bendita la caridad de mi amo y de Pelayo, que arrancó de las crueles garras de la miseria a esta familia desgraciada y la restituyó al seno de la felicidad en que se encuentra! ¡Cómo se acordará el Todopoderoso de esta acción para recompensarla con demasía en la hora inevitable de su muerte! ¡Con qué indelebles caracteres no estarán escritos [163] en el libro de la vida los pasos y gastos que ambos han dado y erogado en su obsequio! ¡Qué felices son los ricos que emplean tan santamente sus monedas y las atesoran en los sacos que no corroe la polilla! ¡Y de qué dulces placeres no se privan los que no saben hacer bien a sus semejantes! Porque la complacencia que siente el corazón sensible cuando hace un beneficio, cuando socorre una

miseria o de cualquier modo enjuga las lágrimas del afligido, es imponderable, y sólo el que la experimenta podrá, no pintarla dignamente, pero a lo menos bosquejarla con algún colorido.

No hay remedio, sólo los dulces transportes que siente la alma cuando acaba de hacer un beneficio deberían ser un estímulo poderoso para que todos los hombres fueran benéficos, aun sin la esperanza de los premios eternos. No sé cómo hay avaros y no sé cómo hay hombres tan crueles que, teniendo sus cofres llenos de pesos, ven perecer con la mayor frialdad a sus desdichados semejantes. Ellos miran con ojos enjutos la amarillez con que el hambre y la enfermedad pintan las caras de muchos miserables, escuchan como una suave música los ayes y gemidos de la viuda y el pupilo, sus manos no se ablandan aun regadas con las lágrimas del huérfano y del oprimido... en una palabra, su corazón y sus sentidos son de bronce, duros, impenetrables e inflexibles a la pena, al dolor del hombre y a las más puras sensaciones de la naturaleza.

Es verdad que hay mendigos falsos y pobres a quienes no se les debe dar limosna, pero también es verdad que hay muchos legítimamente necesitados, especialmente entre tantas familias decentes, que con nombre de vergonzantes gimen en silencio y sufren escondidas sus miserias. A éstas debía buscarse para socorrerse, pero éstas son a las que menos se atiende por lo común.

Entretenido en estas serias consideraciones llegué a San Agustín de las Cuevas. [164]

En el tal pueblo procuré manejarme con arreglo, haciendo el bien que podía a cuantos me ocupaban y granjeándome de esta suerte la benevolencia general.

Así como me sentía inclinado a hacer bien, no me olvidé de restaurar el mal que había causado. Pagué cuanto debía a los caseros y al tío abogado, aunque no volví a admitir la amistad de éste ni de otros amigos ingratos, interesables y egoístas.

Tuve la satisfacción de ver a mi amo siempre contento y descansando en mi buen proceder, y fui testigo de la reforma de Anselmo y felicidad de su familia, pues la hacienda en que estaba acomodado se me entregó en administración.

Sólo al pobre trapiento no lo hallé por más que lo solicité para pagarle su generoso hospedaje; lo más que conseguí fue saber que se llamaba Tadeo.

Tampoco hallé a nana Felipa, la fiel criada de mi madre, ni a otras personas que me favorecieron algún día. De unas me dijeron que habían muerto, y de otras que no sabían su paradero, pero yo hice mis diligencias por hallarlas.

Continuaba sirviendo a mi amo y sirviéndome a mí en mi triste pueblo, muy gustoso con la ayuda de un cajero fiel que tenía acomodado, hombre muy de bien, viudo, y que, según me contaba, tenía una hija como de catorce años en el colegio de las Niñas.

Descansaba yo enteramente en su buena conducta y le procuraba granjear por lo útil que me era. Llamábase don Hilario, y le daba tal aire al trapiento que más de dos veces estuve por creer que era él mismo, y por desengañarme le hacía dos mil preguntas, que me respondía ambigua o negativamente, de modo que siempre me quedaba en mi duda, hasta que un

impensado accidente proporcionó descubrir quién era en realidad este sujeto.

[165]

Capítulo XIII

En el que refiere Perico la aventura del misántropo, la historia de éste y el desenlace del paradero del trapiento, que no es muy despreciable

Aunque mi cajero era, como he dicho, muy hombre de bien, exactísimo en el cumplimiento de su obligación y poco amigo de pasear, los domingos que no venía yo a la ciudad cerraba la tienda por la tarde, tomaba mi escopeta, le hacía llevar la suya y nos salíamos a divertir por los arrabales del pueblo.

Esta amistad y agrado mío le era muy satisfactorio a mi buen dependiente, y yo lo hacía con estudio, pues, a más de que él se lo merecía, consideraba yo que sin perder nada granjeaba mucho, pues vería aquellos intereses más como de un amigo que como de un amo, y así trabajaría con más gusto. Jamás me equivoqué en este juicio, ni se equivocará en el mismo todo el que sepa hacer distinción entre sus dependientes, tratando a los hombres de bien con amor y particular confianza, seguro de que los hará mejores.

En una de las tardes que andábamos a caza de conejos, vimos venir hacia nosotros un caballo desbocado, pero en tan precipitada carrera que por más que hicimos no fue posible detenerlo; antes, si no nos hacemos a un lado, nos arroja al suelo contra nuestra voluntad.

Lástima nos daba el pobre jinete, a quien no valían nada las diligencias que hacía con las riendas para contenerlo. Creímos su muerte próxima por la furia de aquel ciego bruto, y más cuando vimos que, desviándose del camino real, corrió derecho por una vereda y, encontrándose con una cerca de piedras de la huerta de un indio, quiso saltarla y, no pudiendo, cayó en tierra cogiendo debajo la pierna del jinete. [166]

El golpe que el caballo llevó fue tan grande que pensamos se había matado, y al jinete también, porque ni uno ni otro se movían.

Compadecidos de semejante desgracia corrimos a favorecer al hombre; pero éste, apenas vio que nos acercábamos a él, procuró medio enderezarse y, arrancando una pistola de la silla, la cazó dirigiéndonos la puntería, y con una ronca y colérica voz nos dijo: enemigos malditos de la especie humana, matadme si a eso venís, y arrancadme esta vida infeliz que arrastro... ¿Qué hacéis, perversos? ¿Por qué os detenéis, crueles? Este bruto no ha podido quitarme la vida que detesto, ni son los brutos capaces de hacerme tanto mal. A vosotros, animales feroces, a vosotros está reservado el destruir a vuestros semejantes.

Mientras que aquel hombre nos insultaba con éstos y otros iguales baldones, yo lo observaba con miedo y atención, y cierto que su figura imponía temor y lástima. Su vestido negro, y tan roto que en partes descubría sus carnes blancas, su cara descolorida y poblada de larga barba, sus ojos hundidos, tristes y furiosos, su cabellera descompuesta,

su voz ronca, su ademán desesperado, y todo él manifestaba el estado más lastimoso de su suerte y de su espíritu.

Mi cajero me decía: vámonos, dejemos a este ingrato, no sea que perdamos la vida cuando intentamos darla a este monstruo. No, amigo, le dije, Dios que ve nuestras sanas intenciones nos la guardará. Este infeliz no es ingrato como usted piensa. Acaso nos juzga ladrones porque nos ve con las escopetas en las manos, o será algún pobrecito que ha perdido el juicio, o está para perderlo por alguna causa muy grave; pero, sea lo que fuere, de ninguna manera conviene dejarlo en este estado. La humanidad y la religión nos mandan socorrerlo. Hagámoslo.

Esto platicamos fingiendo que no lo veíamos y que queríamos [167] retirarnos, mientras él no cesaba de injuriarnos lo peor que podía; pero, viendo que no le hacíamos caso y le teníamos vueltas las espaldas, procuró sacar la pierna azotando con el látigo al caballo para que se levantara; mas éste no podía, y el hombre, deseando desquitar su enojo, le disparó la pistola en la cabeza, pero en vano porque no dio fuego.

Entonces registró la cazueleja y, hallándola sin pólvora, trataba de cebarla, cuando, aprovechando nosotros aquel instante favorable, corrimos hacia él y, afianzándole los brazos, le quitó mi cajero las pistolas, yo alcé al caballo de la cola y sacamos de esta suerte de debajo de él al triste roto, que, enfurecido más con la violencia que reconocido al beneficio que acababa de recibir, se esforzaba a maltratarnos, diciéndonos: os cansáis en vano, ladrones insolentes y atrevidos. Nada tengo que me llevéis. Si queréis el caballo y estos trapos, lleváoslos, y quitadme la vida como os dije, seguros en que me haréis un gran favor.

No somos ladrones, caballero, le dije, somos unos hombres de honor que, paseándonos por aquí, hemos visto la desgracia de usted y, obligados por la humanidad y la religión, hemos querido aliviarlo en su mal, y así no pague con injurias esta prueba de la verdadera amistad que le profesamos.

¡Bárbaros!, nos respondió el hombre puesto en pie, ¡bárbaros!, ¿aún tenéis descaro para profanar con vuestros impuros labios las sagradas voces de honor, amistad y religión? ¡Cruels! Esas palabras no están bien en la indigna boca de los enemigos de Dios y de los hombres.

Seguramente este pobre está loco como usted ha pensado, me dijo mi cajero. Entonces se le encaró el roto y le dijo: no, no estoy loco, indigno; pluguiera a Dios que jamás hubiera tenido juicio para no haber tenido tanto que sentir de vosotros. ¿De nosotros?, preguntaba muy admirado mi cajero. Sí, cruel, de vosotros y de vuestros semejantes. ¿Pues quiénes somos [168] nosotros? ¿Quiénes sois?, decía el roto. Sois unos impíos, crueles, ladrones, ingratos, asesinos, sacrílegos, aduladores, intrigantes, avaros, mentirosos, inicuos, malvados, y cuanto malo hay en el mundo. Bien os conozco, infames. Sois hombres y no podéis dejar de ser lo que os he dicho, porque todos los hombres lo son. Sí, viles, sí, os conozco, os detesto, os abomino; apartaos de mí o matadme, porque vuestra presencia me es más fastidiosa que la muerte misma; pero id asegurados en que no estoy loco sino cuando miro a los hombres y recuerdo sus maquinaciones infernales, sus procederes malditos, sus dobleces, sus iniquidades y cuanto me han hecho padecer con todas ellas. Idos, idos.

Lejos de incomodarme con aquel infeliz, lo compadecí de corazón,

conociendo que, si no estaba loco, estaba próximo a serlo; y más lo compadecí cuando advertí por sus palabras que era un hombre fino, que manifestaba bastante talento, y si aborrecía al género humano no procedía esta fatal misantropía de malicia de corazón, sino de los resentimientos que obraban en su espíritu furiosamente cuando se acordaba de los agravios que le habían hecho sufrir algunos de los muchos mortales inicuos que viven en el mundo.

Al tiempo que hacía estas consideraciones, reflexionaba que no es buen medio para amansar a un demente oponerse a sus ideas, sino contemporizar con ellas por extravagantes que sean; y así, aprovechando este recuerdo, le dije al cajero: el señor dice muy bien. Los hombres generalmente son depravados, odiosos y malignos. Días ha que se lo he dicho a usted, don Hilario, y usted me tenía por injusto; pero gracias a Dios que encontramos a otro hombre que piense con el acierto que yo.

Tal es la experiencia que tengo de ellos, dijo el misántropo, y tales son los males que me han hecho.

Si vamos a recordar agravios, le dije, y a aborrecer a los hombres por los que nos han inferido, nadie tiene más motivo [169] para odiarlos que yo, porque a nadie han perjudicado como a mí.

Eso no puede ser, contesto el misántropo, nadie ha sufrido mayores daños ni crueldades de los malditos hombres que el infeliz que usted mira. ¡Si supiera mi vida...!

Si oyera usted mis aventuras, le contesté, aborrecería más a los pésimos mortales y confesara que debajo del sol no hay quien haya padecido más que yo.

Pues bien, decía, refiérame los motivos que tiene para aborrecerlos y quejarse de ellos, y yo le contaré los míos; entonces veremos quién de los dos se queja con más justicia.

Éste era el punto a donde quería yo reducirlo, y así le dije: convengo en la propuesta, pero para eso es necesario que vayamos a casa. Sírvase usted pasar a ella y contestaremos.

Sea en hora buena, dijo el misántropo, vamos. Al dar el primer paso cayó al suelo, porque estaba muy lastimado de un pie. Lo levantamos entre los dos y apoyándose en nuestros brazos lo llevamos a casa.

Fuimos entrando al pueblo representando la escena más ridícula, porque el enlutado roto iba renqueando en medio de nosotros dos, que lo llevábamos con nuestras escopetas al hombro y estirando al caballo, cojo también, que tal quedó del porrazo.

Semejante espectáculo concilió muy presto la curiosidad del vulgo novelero y, como con la ocasión de haber fiestas en el pueblo había concurrido mucha gente, en un instante nos vimos rodeados de ella.

Algo se incomodó el misántropo con semejantes testigos, y más cuando uno de los mirones dijo en alta voz: sin duda éste era un gran ladronazo y estos señores lo han cogido, y lastimado lo llevan a la cárcel.

Entonces, brotando fuego por los ojos, me dijo: ¿ve usted quiénes son los hombres? ¿Ve usted qué fáciles son para pensar de [170] sus semejantes del peor modo? Al instante que me ven me tienen por ladrón. ¿Por qué no me juzgan enfermo y desvalido? ¿Por qué no creen que ustedes me socorren, sino que antes su caridad la suponen justicia y rigor? ¡Ah!, ¡malditos sean los hombres!

¿Quién hace caso, le dije, del vulgo, cuando sabemos que es un monstruo de muchas cabezas con muy poco o ningún entendimiento? El vulgo se compone de la gente más idiota del pueblo, y ésta no sabe pensar, y cuando piensa alguna cosa es casi siempre mal, pues, no conociendo las leyes de la crítica, discurre por las primeras apariencias que le ministran los objetos materiales que se le presentan, y, como sus discursos no se arreglan a la recta razón, las más veces son desatinados, y los forma tales con la misma ignorancia que un loco; pero, así como no debemos agraviarnos por las injurias que nos diga un loco, porque no sabe lo que dice, tampoco debemos hacer aprecio de los dicerios ni opiniones perversas del vulgo, porque es un loco y no sabe lo que piensa ni lo que habla.

En esto llegamos a la casa, hice desensillar el caballo y dispuse que al momento lo curasen con el mayor esmero. Vinieron los albéitares, lo reconocieron, lo curaron; hice que le pusieran caballeriza separada, la mandé asear y que se le echara mucho maíz y cebada, y destiné un mozo para que lo cuidara prolijamente. Todo esto fue delante del misántropo, quien, admirado del cuidado que me debía su bestia, me dijo: mucho aprecia usted a los caballos. Más estimo a los hombres, le dije. ¿Cómo puede ser eso, me dijo, cuando no ha veinte minutos que me aseguró usted que los aborrecía? Así es, le contesté, aborrezco a los hombres malos, o más bien las maldades de los hombres; pero a los hombres buenos como usted los amo entrañablemente, los deseo servir en cuanto puedo, y cuanto más infelices son, más los amo y más me intereso en sus alivios.

Al oír estas palabras, que pronuncié con el posible entusiasmo, [171] advertí no sé qué agradable mutación en la frente del misántropo, y, sin dar lugar a reflexiones, lo metimos a mi sala, donde tomamos chocolate, dulce y agua.

Concluido el parco refresco, me preguntó mis desgracias, yo le supliqué me refiriera las suyas, y él, procediendo con mucha cortesía, se determinó a darme gusto, a tiempo que un mozo avisó que buscaban a don Hilario. Salió éste, y entretanto el misántropo me dijo: Es muy larga mi historia para contarse con la brevedad que deseo; pero sepa usted que yo, lejos de deber ningún beneficio a los hombres, de cuantos he tratado he recibido mil males. Algunos mortales numeran entre sus primeros favorecedores a sus padres, gloriándose de ello justamente, y teniendo sus favores por justísimos y necesarios; mas yo, ¡infeliz de mí!, no puedo lisonjear mi memoria con las caricias paternas como todos, porque no conocí a mi cruel padre, ni aun supe cómo era mi indigna madre.

No se escandalice usted con estas duras expresiones hasta saber los motivos que tengo para proferirlas. A este tiempo entró mi cajero muy contento, y aunque quise que me descubriera el motivo de su gusto no lo pude conseguir, pues me dijo que acabaría de oír al misántropo y luego me daría una nueva que no podía menos de darme gusto.

Ved aquí excitada mi curiosidad con dos motivos. El primero por saber las aventuras del misántropo, y el segundo por cerciorarme de la buena ventura de mi dependiente; mas, como éste quería que aquél continuara, se lo rogué, y continuó de esta suerte.

Dije, señor, prosiguió el misántropo, que tengo razón para aborrecer entre los hombres en primer lugar a mi padre y a mi madre. ¡Tales fueron

conmigo de ingratos y desconocidos! Mi padre fue el marqués de Baltimore, sujeto bien conocido por su título y su riqueza.

Este infame me hubo en doña Clisterna Camõens, oriunda [172] de Portugal. Ésta era hija de padres muy nobles, pero pobres y virtuosos. El inicuo marqués enamoró a Clisterna por satisfacer su apetito, y ésta se dejó persuadir más por su locura que por creer que se casaría con ella el marqués, porque siendo rico y de título no era fácil semejante enlace, pues ya se sabe que los ricos muy rara vez se casan con las pobres, mucho menos siendo aquéllos titulados. Ordinariamente los casamientos de los ricos se reducen a tales y tan vergonzosos pactos que más bien se podían celebrar en el consulado por lo que tienen de comercio, que en el provisorato por lo que tienen de sacramento. Se consultan los caudales primero que las voluntades y calidades de los novios. No es mucho, según tal sistema, ver tan frecuentes pleitos matrimoniales originados por los enlaces que hace el interés y no la inclinación de los contrayentes.

Como el marqués no enamoró a Clisterna con los fines santos que exige el matrimonio, sino por satisfacer su pasión o apetito, luego que lo contentó y ésta le dijo que estaba grávida buscó un pretexto de aquellos que los hombres hallan fácilmente para abandonar a las mujeres, y ya no la volvió a ver ni a acordarse del hijo que dejaba depositado en sus entrañas. ¿A este cruel podré amarlo ni nombrarlo con el tierno nombre de padre?

La tal Clisterna tuvo harta habilidad para disimular el entumecimiento de su vientre, haciendo pasar sus bascas y achaques por otra enfermedad de su sexo, con los auxilios de un médico y una criada que había terciado en sus amores.

No se descuidó en tomar cuantos estimulantes pudo para abortar, pero el cielo no permitió se logaran sus inicuos intentos.

Se llegó el plazo natural en que debía yo ver la luz del mundo. El parto fue feliz, porque Clisterna no padeció mucho, y prontamente se halló desembarazada de mí y libre del riesgo de que, por entonces, se descubriera su liviandad. Inmediatamente me envolvió en unos trapos, me puso un papel que decía [173] que era hijo de buenos padres y que no estaba bautizado, y me entregó a su confidenta para que me sacara de casa. ¿Merecerá esta cruel el tierno nombre de madre? ¿Será digna de mi amor y gratitud? ¡Ah, mujer impía! Tú con escándalo de las fieras y con horror de la naturaleza apenas contra tu voluntad me pariste, cuando me arrojaste de tu casa. Te avergonzaste de parecer madre, pero depusiste el rubor para serlo. Ningún respeto te contuvo para prostituirte y concebirme, pero para parirme, ¡cuántos!, para criarme a tus pechos, ¡qué imposibles! Nada tengo que agradecerte, mujer inicua, y mucho por que odiarte mientras me dure la vida, esta vida de que tantas veces me quisiste privar con bebedizos... pero apartemos la vista de este monstruo, que por desgracia tiene tantos semejantes en el mundo.

La bribona criada, tan cruel como su ama, como a las diez de la noche salió conmigo y me tiró en los umbrales de la primera accesoria que encontró.

Allí quedé verdaderamente expuesto a morirme de frío, o a ser pasto de los hambrientos perros. La gana de mamar o la inclemencia del aire me obligaban a llorar naturalmente, y la vehemencia de mi llanto despertó a

los dueños de la casa. Conocieron que era recién nacido por la voz; se levantaron, abrieron, me vieron, me recogieron con la mayor caridad, y mi padre (así lo he nombrado toda mi vida), dándome muchos besos, me dejó en el regazo de mi madre, y a esa hora salió corriendo a buscar una chichigua.

Con mil trabajos la halló, pero volvió con ella muy contento. A otro día trataron de bautizarme, siendo mis padrinos los mismos que me adoptaron por hijo. Estos señores eran muy pobres, pero muy bien nacidos, piadosos y cristianos.

Avergonzándose, pidiendo prestado, endrogándose, vendiendo y empeñando cuanto poco tenían, lograron criarme, educarme, darme estudios y hacerme hombre; y yo tuve la [174] dulce satisfacción, después que me vi colocado con un regular sueldo en una oficina, de mantenerlos, chiquearlos, asistirlos en su enfermedad y cerrar los ojos de cada uno con el verdadero cariño de hijo.

Ellos me contaron del cruel marqués y de la impía Clisterna todo lo que os he dicho, después que al cabo de tiempo lo supieron de boca de la misma criada de quien tan ciega confianza hizo Clisterna. Al referírmelo me estrechaban en sus brazos; si me veían contento, se alegraban; si triste, se compungían y no sabían cómo alegrarme; si enfermo, me atendían con el mayor esmero; y jamás me nombraron sino con el amable epíteto de hijo, ni yo podía tratarlos sino de padres, y de este mismo modo los amaba... ¡Ay, señores!, ¿y no tuve razón de hacerlo así? Ellos desempeñaron por caridad las obligaciones que la naturaleza impuso a mis legítimos padres. Mi padre suplió las veces del marqués de Baltimore, hombre indigno no sólo del título de marqués, sino de ser contado entre los hombres de bien. Su esposa desempeñó muy bien el oficio de Clisterna, mujer tirana a quien jamás daré el amable y tierno nombre de madre.

Cuando me vi sin el amparo y sombra de mis amantes padrinos, conocí que los amé mucho y que eran acreedores a mayor amor del que yo fui capaz de profesarles. Desde entonces no he conocido y tratado otros mortales más sinceros, más inocentes, más benéficos ni más dignos de ser amados. Todos cuantos he tratado han sido ingratos, odiosos y malignos, hasta una mujer en quien tuve la debilidad de depositar todos mis afectos entregándole mi corazón.

Ésta fue una cruel hermosa, hija de un rico, con quien tenía celebrados contratos matrimoniales. Ella mil veces me ofreció su corazón y su mano, otras tantas me aseguró que me amaba y que su fe sería eterna, y de la noche a la mañana se entró en un convento y perjura indigna ofreció [175] a Dios una alma que había jurado que era mía. Ella me escribió una carta llena de improperios que mi amor no merecía; ella sedujo a su padre, atribuyéndome crímenes que no había cometido, para que se declarara, como se declaró, mi eterno y poderoso enemigo; y ella, en fin, no contenta con ser ingrata y perjura, comprometió contra mí a cuantos pudo para que me persiguieran y dañaran, contándose entre éstos un don Tadeo hermano suyo, que, afectándome la más tierna amistad, me había dicho que tendría mucho gusto en llamarse mi cuñado. ¡Ah, crueles!

Mientras que el misántropo contaba su historia, advertí que mi cajero lo atendía con sumo cuidado y, desde que tocó el punto de sus mal correspondidos amores, mudaba su semblante de color a cada rato, hasta

que, no pudiendo sufrir más, le interrumpió diciéndole: Dispense usted, señor, ¿cómo se llamaba esa señora de quien usted está quejoso? Isabel. ¿Y usted? Yo, Jacobo, al servicio de usted.

Entonces el cajero se levantó y, estrechándolo entre sus brazos, le decía con la mayor ternura: buen Jacobo, amigo desgraciado, yo soy tu amigo Tadeo, sí, yo soy el hermano de la infeliz Isabel, tu prometida amante. Ninguna queja debes tener de mí, ni de ella. Ella murió amándote, o más bien murió en fuerza del mucho amor que te tuvo; yo hice cuanto pude por informarte de su suerte, de su fallecimiento y constancia, pero no fue posible saber de ti por más que hice.

Cuanto padeciste tú, mi hermana y yo, fue ocasionado por el interés de mi padre, quien por sostener el mayorazgo de mi hermano Damián impidió el casamiento de Isabel, forzó a Antonio a ser clérigo y a mí me dejó pereciendo en compañía de mi infelice madre, que Dios perdone. Conque no tengas queja de la pobre Isabel, ni de tu buen amigo Tadeo, que quizá la suma Providencia ha permitido este raro encuentro para que te desagравie, te alivie y recompense en cuanto pueda tu virtud. [176]

A todo esto estaba como enajenado el misántropo, y yo, acordándome del cuento del trapiento, y oyendo que el dicho cajero no se llamaba Hilario sino Tadeo, y que concordaba bien cuanto me contó aquél con lo que éste acababa de referir, le dije: don Hilario, don Tadeo o como usted se llame, dígame usted, por vida suya y con la ingenuidad que acostumbra, ¿se ha visto usted alguna vez calumniado de ladrón? ¿Ha vivido en alguna accesoria? ¿Ha tenido o tiene más hijos que la niña que me dice? Y, por fin, ¿se llama Tadeo o Hilario? Señor, me dijo, me he visto calumniado de ladrón, he vivido en accesoria, he tenido dos niños, a más de Rosalía, que han muerto, y en efecto me llamo Tadeo, y no Hilario.

Pues sírvase usted de decirme cómo fue esa calumnia. Estando yo una tarde, me dijo, parado en un zaguán cerca del Factor y en el pelaje más despreciable, un mocetoncillo que iba con unos soldados se afirmó en que yo le había dado a vender una capa de golilla, que resultó robada, con la que se habían robado unos libros, una peluca y qué sé yo qué más. Los soldados me llevaron ante el juez, éste por fortuna me conocía, y a toda mi familia, sabía cuál era mi conducta y la causa de mis desgracias, y no dudó asegurar que estaba yo inocente, y prometió probarlo siempre que se le manifestara al que me calumnió; pero esto no pudo ser, porque los soldados ya lo habían soltado; con esto me dejaron en libertad.

¿Y qué hizo usted, don Tadeo, le pregunté, llegó usted a ver a su calumniador? ¿Supo quién era? Y si lo vio, ¿qué hizo para vindicarse? Es regular que lo pusiera usted en la cárcel. No, señor, me dijo, pasó en la misma tarde por mi casa, lo conocí, lo metí en ella y, cuando lo convencí de que era hombre de bien, lo hospedé en mi casa esa noche, mi madre le curó unas ligeras roturas de cabeza y lo dejé ir en paz.

¿Y cómo se llamaba ese pícaro que calumnió a usted?, le pregunté, y don Tadeo me contestó que no lo sabía ni se lo había [177] querido preguntar. Entonces yo, lleno del júbilo que no soy bastante a explicar, me abracé de don Tadeo, y el misántropo, satisfecho del buen proceder de su amigo, y creyéndome algo bueno, se abrazó de nosotros, y en un nudo que expresaba el cariño y la confianza se enlazaron nuestros brazos; nuestras lágrimas manifestaban los sentimientos de la gratitud, la reconciliación y

la amistad, y un enfático silencio aclaraba elocuente las nobles pasiones de nuestras almas.

Yo, antes que todos, interrumpí aquel éxtasis misterioso, y dije a Tadeo: yo, yo soy, noble amigo, aquel mismo que cuando me prostituí agravíe a usted imputándole un robo que no había cometido, yo soy a quien benefició el extremo de su caridad, yo quien sé todas sus desgracias, yo quien lo he tenido por mi sirviente, y yo, por último, soy quien tendré por mucha honra que desde hoy me asiente entre sus amigos.

Esta mi sincera confesión no hizo más que confirmar a aquellos señores en que yo era hombre de bien a toda prueba, y así, después de que más despacio nos contamos nuestras aventuras, confirmamos nuestras amistades y juramos conservarlas para siempre.

El misántropo, enteramente mudado, dijo: cierto, señores, que tengo mucho que agradecer a mi caballo, porque me condujo a un pueblo a donde yo no pensaba venir... pero, ¿qué hablo? Al cielo, a la Providencia, al Dios de las bondades es a quien debo agradecer semejante impensado beneficio. Por uno de aquellos estudiados designios de la Deidad, que los hombres necios llamamos contingencias, se desbocó mi caballo a tiempo que ustedes me vieron y porfiaron por traerme a su casa, en donde he visto el desenlace de mis desgracias con una felicidad no esperada; pues es felicidad satisfacerme, aunque tarde, de la constante fidelidad de mi amada y de mi buen amigo Tadeo. Ya conozco que es un desatino aborrecer al género humano por las ingratitudes de muchos de sus individuos, [178] y que, por más inicuos que haya, no faltan algunos beneméritos, agradecidos, finos, leales, sensibles, virtuosos y hombres de bien a toda prueba. Es menester hacer justicia a los buenos por más que abunden los malos. Yo lo conozco, y en prueba de ello pido a ustedes que me perdonen del loco concepto que me debían.

Deja eso, dijo Tadeo, yo he sido, soy y seré tu amigo mientras viva. Estoy persuadido de que la misma bondad de tu genio, tu sencillez, tu sensibilidad y tu virtud te hicieron creer que todos los hombres se manejaban como debían, según el orden de la razón, y, habiendo experimentado que no era así, incurriste en otro error más grosero, creyendo que no había hombre bueno en el mundo, o cuando menos que éstos eran demasiado raros, y, según esta equivocación, no era muy extraña tu misantropía; pero ya ves que no es como lo has pensado, y que, susceptible al error, creíste que yo e Isabel te fuimos ingratos, al mismo tiempo que ésta murió por amarte y yo no he perdonado diligencia por saber de ti y confirmarte en mi amistad.

Yo también pensaba que los hombres prostituidos al vicio jamás podían mudar enteramente de conducta; creía que, conservando los resabios del libertinaje, les sería muy difícil el sujetarse a la razón y ser benéficos; y hoy con la mayor complacencia me ha desengañado mi amo y mi amigo don Pedro, cuya conducta en el tiempo que le he servido me ha edificado con su arreglo...

Calle usted, señor don Tadeo, le dije, no me avergüence recordando mis extravíos y elogiando mi debido proceder. Mucho menos me trato de amo, sino de amigo, de cuyo título me lisonjeo. Yo acomodé a usted en mi servicio sin saber quién era, y en el tiempo que me ha acompañado tengo hartos que agradecerle. En este tiempo todas han sido felicidades para mí,

[179] siendo la última el feliz encuentro y satisfacción del caballero don Jacobo.

No es la última felicidad que usted sabe, me dijo mi cajero, aún resta otra que ustedes dos escucharán con gusto. Oigan esta carta que acabo de recibir. Dice así: «Señor don Tadeo Mayoli. México, 10 de octubre etc. Mi amigo y señor: Ha fallecido su hermano de usted, el señor don Damián, y, debiendo recaer en usted el mayorazgo que poseía por haber muerto sin sucesor, la Real Audiencia ha declarado a usted legítimo heredero del vínculo, por lo que, después de darle los plácemes debidos le suplico se sirva venir cuanto antes a la capital para enterarlo del testamento de su señor hermano y ponerlo en posesión de sus intereses, en cumplimiento de la orden superior que para el efecto obra en el oficio de mi cargo.

»Aprecio esta ocasión para ofrecerme a la disposición de usted como su afectísimo amigo y atento servidor que besa su mano. Fermín Gutiérrez».

Este sujeto es el escribano ante quien se otorgó el testamento. En virtud de esta carta tengo que partir para México cuanto antes. A usted, señor don Pedro, mi amigo, mi amo y favorecedor, le doy las gracias por el bien que me ha hecho, y por el buen trato que me ha dado en su casa, ofreciéndole mis cortos haberes y suplicándole no olvide en cualquier fortuna que soy y he de ser su amigo; y a ti, querido Jacobo, te ofrezco mis intereses con igual sinceridad y, para desenojarte de los agravios que te infirió mi padre negándote a mi hermana por ser tú pobre, pongo a tu disposición mis haberes con la mano de mi hija si la quisieres. Es muchacha tierna, bien criada y nada fea. Si gustas, enlázate con ella, que, ya que no es Isabel, es Rosalía, quiero decirte que es rama del mismo tronco.

El misántropo, o don Jacobo, no sabía cómo agradecer a Tadeo su expresión, pero se hallaba avergonzado por ser pobre, [180] y por dudar si sería agradable a su hija, mas éste lo ensanchó diciéndole: no es defecto para mí la pobreza donde concurren tan nobles cualidades; aún no eres viejo y creo que mi hija te amarás así que yo la informe de quién eres.

Pasados estos cariñosos coloquios, tratamos de vestir con decencia a Jacobo, y al día siguiente hizo Tadeo traer un coche y se fueron en él para México, dejándome bien triste la ausencia de tan buenos amigos.

A pocos días me escribieron haberse casado Jacobo y Rosalía, y que vivían en el seno del gusto y la tranquilidad.

Murió a poco el administrador de la hacienda en donde estaba Anselmo, y mi amo me escribió mandándome que fuera a recibirla.

Con esta ocasión fui a la hacienda y tuve la agradable satisfacción de ver a mi amigo y a su familia, que me recibió con el mayor cariño y expresión.

Desde aquel día fue Anselmo independiente, y yo un testigo de su buena conducta. Los hombres de fina educación y entendimiento, cuando se resuelven a ser hombres de bien, casi siempre desempeñan este título lisonjero.

Yo me volví a San Agustín y viví tranquilo muchos años.

Capítulo XIV

En el que Periquillo cuenta sus segundas nupcias y otras cosas interesantes para la inteligencia de esta verdadera historia

No me quedé muy contento con la ausencia de don Tadeo, su falta cada día me era más sensible, porque no me fue fácil hallar un dependiente bueno en mucho tiempo. Varios tuve, pero todos me salieron averiados, pues el que no era ebrio, era jugador; el que no era jugador, enamoraba; el que no enamoraba, [181] era flojo; el que no tenía este defecto era inútil, y el que era hábil sabía darle sus desconocidas al cajón.

Entonces advertí cuán difícil es hallar un dependiente enteramente bueno, y cómo se deben apreciar cuando se encuentran.

Sin embargo de mi soledad, no dejaba yo de venir a México con frecuencia a mis negocios. Visitaba a mi amo, a quien cada día merecía más pruebas de confianza y amistad, y no dejaba de ver a Pelayo, ya en la iglesia, ya en su casa, y siempre lo hallaba padre y amigo verdadero.

Casualmente encontré un día al padre capellán de mi amo el chino en el cuarto de mi amigo Pelayo. Este padre capellán tenía mucha retentiva o conservaba fijamente las ideas que aprendía con viveza, y como por mí disfrutaba el acomodo que tenía, y fue causa de que saliera yo de la casa de su patrón, retuvo muy bien en su fantasía mi figura y al instante que me vio me conoció, y mirando que el padre Pelayo me hacía mucho aprecio, me habló con el mismo, y satisfecho de la mutación de mis costumbres por sus preguntas, por el asiento de mi conversación y por el informe de Pelayo, se me dio por conocido, alabó mi reforma, procuró confirmarme en ella con sus buenos consejos, me dio las gracias por el influjo que había tenido en su colocación, me aseguró en su amistad y me llevó a la casa del asiático, a pesar de mi resistencia, porque le tenía yo mucha vergüenza.

Luego que entramos le dijo el capellán: aquí tiene usted a su antiguo amigo y dependiente don Pedro Sarmiento, de quien tantas veces hemos hecho memoria. Ya es digno de la amistad de usted, porque no es un joven vicioso ni atolondrado, sino un hombre de juicio y de una conducta arreglada a las leyes del honor y de la religión.

Entonces mi amo se levantó de su butaque y dándome un apretado abrazo me dijo: mucho gusto tengo de verte otra vez [182] y de saber que por fin te has enmendado y has sabido aprovecharte del entendimiento que te dio el cielo. Siéntate, hoy comerás conmigo, y créete que te serviré en cuanto pueda, mientras que seas hombre de bien, porque desde que te conocí te quise, y por lo mismo sentí tu ausencia; deseaba verte, y hoy que lo he conseguido estoy hartamente contento y placentero.

Le di mil gracias por su favor; comimos, le informé de mi situación y en donde estaba, le ofrecí mis cortos haberes, le supliqué que honrara mi casa de cuando en cuando y, después de recibir de él las más tiernas demostraciones de cariño, me marché para mi San Agustín de las Cuevas, aunque ya no se disolvió la amistad recíproca entre el asiático, el capellán y yo, porque los visitaba en México, los obsequiaba en mi casa cuando me visitaban, nos regalábamos mutuamente y nos llegamos a tratar con la mayor afabilidad y cariño.

También en uno de los días que venía a México encontré al pobre Andresillo muy roto y despilfarrado; me habló con mucho respeto y estimación, me llevó casi a fuerza a su casa, me dio su buena mujer de

almorzar, y el pobre no supo que hacerse conmigo para manifestarme su gratitud.

Yo me compadecí de su situación y le pregunté que ¿por qué estaba tan de capa caída, que si no valía nada su oficio, que si él jugaba o era muy disipadora su mujer? Nada de eso hay, señor, me dijo Andrés, yo ni conozco la baraja, no soy tan chambón en mi oficio y mi mujer es inmejorable, porque se pasa de económica a mezquina; pero está México, señor, hecho una lástima. Para diez que se hacen la barba, hay diez mil barberos; ya sabe su mercé que en las ciudades grandes sobra todo, y así creo que hay más barberos que barbados en México. Solamente los domingos y fiestas de guardar rapo quince o veinte de a medio real, y en la semana no llegan a seis. Esto de dar sangrías, echar ventosas o sanguijuelas, curar cáusticos y cosas semejantes, apenas lo pruebo; con esto no tengo para [183] mantenerme, porque en la ciudad se gasta doble que en los pueblos, y, como primero es comer que nada, cate usted que lo poco que gano me lo como, y no tengo ni con qué vestirme, ni con qué pagar la accesoria.

Condolido yo con la sencilla narración de Andrés, le propuse que, si quería irse a mi casa, lo acomodaría de cajero, dándole lugar a que buscara lo que pudiera con su oficio.

El infeliz vio el cielo abierto con semejante propuesta, que admitió en el momento, y desde luego dispuso sus cosas de modo que en el mismo día se fue conmigo.

Él era vulgar pero no tonto. Fácilmente aprendió el mecanismo de una tienda, y me salió tan hombre de bien que en puntos de despacho y fidelidad no extrañaba yo a mi buen amigo don Tadeo, a quien tampoco dejé de visitar, ni a su yerno don Jacobo, a quien visité en su casa con frecuencia, y tuve el gusto de verlo casado y contento con la señorita doña Rosalía, a la que vi muy niña cuando la conocí por hija del trapiento.

Estas amistades tuve y conservé cuando fui hombre de bien, y jamás hubo motivo de arrepentirme de ellas. Prueba evidente de que la buena y verdadera amistad no es tan rara como parece, pero ésta se halla entre los buenos, no entre los pícaros, aduladores y viciosos.

Cosa de cuatro años viví muy contento en el estado de viudo en San Agustín de las Cuevas, adelantando a mi amo su principal, contando quieto y sosegado seis u ocho mil pesos míos, visitando muy gustoso a mi amo, al chino, a Roque, a Pelayo, a Jacobo y a Tadeo, y durmiendo con aquella tranquilidad que permite una conciencia libre de remordimientos.

Una tarde, estando paseándome bajo los portales de la tienda, vi llegar al mesón, que estaba inmediato, una pobre mujer estirando un burro, el que conducía a un viejo miserable. El burro ya no podía andar, y si daba algunos pasos era acosado [184] por una muchachilla que venía también azotándole las ancas con una vara.

Entraron al mesón, y a poco rato se me presentó la niña, que era como de catorce años, muy blanca, rota, descalza, muy bonita y llena de congoja; tartamudeando las palabras y derramando lágrimas en abundancia me dijo: Señor, sé que usted es el dueño del mesón. Mi padre viene muriéndose y mi madre también. Por Dios, denos usted posada, que no tenemos ni medio con que pagar, porque nos han robado en el camino.

He dicho que yo debí a Dios una alma sensible y me condolía de los males de mis semejantes en medio de mis locuras y extravíos. Según esto fácil es concebir que en este momento me interesé desde luego en la suerte de aquellos infelices. En efecto, me pareció muy poco el mandar alojarlos en el mesón, y así respondí a la mensajera: niña, no llores, anda y haz que tu madre y tu padre vengan a mi casa, y diles que no se aflijan.

La niña se fue corriendo muy contenta, y a pocos minutos volvió con sus ancianos padres. Los hice entrar en mi casa, ordené que les dieran un cuarto limpio y que los asistieran con mucho cuidado.

Conforme a mis órdenes, Andrés dispuso que les pusieran camas y que les dieran de cenar muy bien, sin perdonar cuanto gasto consideró necesario a su alivio.

Yo me alegré de verlo tan liberal en los casos en que una extrema necesidad lo exigía, y a las diez de la noche, deseando saber quiénes eran mis huéspedes, entré a su cuartito y hallé al pobre viejo acostado sobre un colchoncito de paja; su esposa, que era una señora como de cuarenta años o poco menos, estaba junto a su cabecera, y la niña sentada a los pies de la misma cama.

Luego que me vieron, se levantaron la señora y la niña, y el anciano quiso hacer lo mismo; mas yo no lo consentí, antes [185] hice sentar a las pobres mujeres y yo me acomodé inmediato al enfermo.

Le pregunté ¿de dónde era, qué padecía y cuándo o cómo lo habían robado?

El triste anciano, manifestando la congoja de su espíritu, suspiró y me dijo: señor, los más de los acaecimientos de mi vida son lastimosos; usted, a lo que me parece, es bastante compasivo, y para los corazones sensibles no es obsequio el referirles lástimas.

Es cierto, amigo, le contesté, que para los que aman como deben a sus semejantes es ingrata la relación de sus miserias; pero también puede ser motivo de que experimenten alguna dulzura interior, especialmente cuando las pueden aliviar de algún modo.

Yo me hallo en este caso, y así quiero oír los infortunios de usted no por mera curiosidad, sino por ver si puedo serle útil de alguna manera.

Pues señor, continuó el pobre anciano, si ése es sólo el piadoso designio de usted, oiga en compendio mis desgracias.

Mis padres fueron nobles y ricos, y yo hubiera gozado la herencia que me dejaron si hubiera mi albacea sido hombre de bien; pero éste disipó mis haberes y me vi reducido a la miseria. En este estado serví a un caballero rico que me quiso como padre y me dejó cuanto tuvo a su fallecimiento. Me incliné al comercio, y de resultas de un contrabando perdí todos mis bienes de la noche a la mañana. Cuando comenzaba a reponerme, a costa de mucho trabajo, me dio gana de casarme, y lo verifiqué con esta pobre señora, a quien he hecho desgraciada. Era hermosa, la llevé a México, la vio un marqués, se apasionó de ella, halló una honrada resistencia en mi esposa y trató de vengarse con la mayor villanía: me imputó un crimen que no había cometido y me redujo a una prisión. Por fin, a la hora de su muerte le tocó Dios, y me volvió mi honor y los intereses que perdí por su causa. Salí [186] de la prisión y... Perdone usted, señor, le interrumpí diciéndole, ¿cómo se llama usted? Antonio. ¡Antonio! Sí, señor. ¿Tuvo usted algún amigo en la cárcel a quien socorrió en los últimos días de su

prisión? Sí tuve, me dijo, a un pobre joven que era conocido por Periquillo Sarniento, muchacho bien nacido, de fina educación, de no vulgares talentos y de buen corazón, harto dispuesto para haber sido hombre de bien; pero por su desgracia se dio a la amistad de algunos pícaros, éstos lo pervirtieron y por su causa se vio en aquella cárcel.

Yo, conociendo sus prendas morales, lo quise, le hice el bien que pude, y aun le encargué me escribiera a Orizaba su paradero. El mismo encargo hice a su escribano, un tal Chanfaina, a quien le dejé cien pesos para que agitara su negocio y le diera de comer mientras estuviera en la cárcel, pero ni uno ni otro me escribieron jamás. Del escribano nada siento, y acaso se aprovecharía de mi dinero; pero de Periquillo siempre sentiré su ingratitud.

Con razón, señor, le dije, fue un ingrato; debía haber conservado la amistad de un hombre tan benéfico y liberal como usted. Quién sabe cuáles habrán sido sus fines; pero, si usted lo viera ahora, ¿lo quisiera como antes?

Sí lo quisiera, amigo, me dijo, lo amaría como siempre. ¿Aunque fuera un pícaro? Aunque fuera. En los hombres debemos aborrecer los vicios, no las personas. Yo desde que conocí a ese mozo viví persuadido en que sus crímenes eran más bien imitados de sus malos amigos que nacidos de malicia de su carácter. Pero es menester advertir que, así como la virtud tiene grados de bondad, así el vicio los tiene de malicia. Una misma acción buena puede ser más o menos buena, y una mala más o menos mala, según las circunstancias que mediaron al tiempo de su ejecución. Dar una limosna siempre es bueno, pero darla en ciertas ocasiones, a ciertas personas, y tal vez darla un pobre que no tiene nada superfluo, [187] es mejor, ya porque se da con más orden, y ya porque hace mayor sacrificio el pobre cuando da alguna limosna que el rico, y por consiguiente hace o tiene más mérito.

Lo mismo digo de las acciones malas. Ya sabemos que robar es malo; pero el robo que hace el pobre acosado de la necesidad es menos malo, o tiene menos malicia, que el robo o defraudación que hace el rico que no tiene necesidad ninguna, y será mucho peor o en extremo malo si roba o defrauda a los pobres. Así es que debemos examinar las circunstancias en que los hombres hacen sus acciones, sean las que fueren, para juzgar con justicia de su mérito o demérito. Yo conocí que el tal muchacho Periquillo era malo por el estímulo de sus malos amigos más bien que por la malicia de su corazón, pues vivía persuadido de que, quitándole estos provocativos enemigos, él de por sí estaba bien dispuesto a la virtud.

Pero, amigo, le dije, si lo viera usted ahora en estado de no poderlo servir en lo más mínimo, ¿lo amara? En dudarle me agravia usted, me respondió, ¿pues que usted se persuade a que yo en mi vida he amado y apreciado a los hombres por el bien que me puedan hacer? Eso es un error. Al hombre se ha de amar por sus virtudes particulares, y no por el interés que de ellas nos resulte. El hombre bueno es acreedor a nuestra amistad aunque no sea dueño de un real, y el que no tenga un corazón emponzoñado y maligno es digno de nuestra conmiseración por más crímenes que cometa, pues acaso delinque o por necesidad o por ignorancia, como creo que lo hacía mi Periquillo, a quien abrazaría si ahora lo viera.

Pues, digno amigo, le dije arrojándome a sus brazos, tenga usted la

satisfacción que desea. Yo soy Pedro Sarmiento, aquel Periquillo a quien tanto favor hizo en la cárcel, yo soy aquel joven extraviado, yo el ingrato o tonto que ya no le volví a escribir, y yo el que, desengañado del mundo, he variado de conducta y logro la inexplicable satisfacción de apretarlo ahora entre mis brazos. [188]

El buen viejo lloraba enternecido al escuchar estas cosas. Yo lo dejé y fui a abrazar y consolar a su mujer, que también lloraba por ver enternecido a su marido, y la inocente criatura derramaba sus lagrimillas sabiendo apenas por qué. La abracé también, le hice sus zorrococos, y pasados aquellos primeros transportes me acabó de contar don Antonio sus trabajos, que pararon en que, viniendo para México a poner a su hija en un convento, con designio de radicarse en esta capital, habiendo realizado todos sus bienecillos que había adquirido en Acapulco, en el camino le salieron unos ladrones, le robaron y le mataron al viejo mozo Domingo, que los sirvió siempre con la mayor fidelidad. Que ellos en tan deplorable situación se valieron de un relicario de oro que conservó su hija o se escapó de los ladrones, y el que vendieron para comprar un jumento, en el que llegó a mi casa don Antonio muy enfermo de disentería, habiendo tenido que caminar los tres sin un medio real como treinta leguas, manteniéndose de limosna hasta que llegaron a mi casa.

Cuando mi amigo don Antonio concluyó su conversación, le dije: no hay que afligirse. Esta casa y cuanto tengo es de usted y de toda su familia. A toda la amo de corazón por ser de usted, y desde hoy usted es el amo de esta casa.

En aquella hora los hice pasar a mi recámara, les di buenos colchones, cenamos juntos y nos recogimos.

Al día siguiente saqué géneros de la tienda y mandé que les hicieran ropa nueva. Hice traer un médico de México para que asistiera a don Antonio y a su mujer, que también estaba enferma, con cuyo auxilio se restablecieron en poco tiempo.

Cuando se vieron aliviados, convalecientes y surtidos de ropa enteramente, me dijo don Antonio: siento, mi buen amigo, el haber molestado a usted tantos días; no tengo expresiones para manifestarle mi gratitud, ni cosa que lo valga para pagarle el beneficio que nos ha hecho; pero sería un impolítico y un [189] necio si permaneciera siéndole gravoso por más tiempo, y así me voy en mi burro como antes, rogándole que si Dios mudare mi fortuna, usted se servirá de ella como propia.

Calle usted, señor, le dije. ¿Cómo era capaz que usted se fuera de mi casa atendido a una suerte casual? Yo fui favorecido de usted, fui su pobre, y hoy soy su amigo, y si quiere seré su hijo y haremos todos una misma familia. He examinado y observado las bellas prendas de la niña Margarita, tiene edad suficiente, la amo con pasión, es inocente y agradecida. Si mi honesto deseo es compatible con la voluntad de usted y de su esposa, yo seré muy dichoso con tal enlace y manifestaré en cuanto pueda que a ella la adoro y a ustedes los estimo.

El buen viejo se quedó algo suspenso al escucharme, pero pasados tres instantes de suspensión me dijo: don Pedro, nosotros ganamos mucho en que se verifique semejante matrimonio. A la verdad que, considerándolo con arreglo a nuestra infeliz situación, no lo podemos esperar mejor. La muchacha tiene cerca de quince años, y es algo bonitilla; ya yo estoy

viejo y enfermo, poco he de durar; su pobre madre no está sana, ni cuenta con ninguna protección para sostenerla después de mis días. Por lo regular, si ella no se casa mientras vivo, acaso quedará para pasto de los lobos y será una joven desgraciada. Pensamiento es este que me quita el sueño muchas noches.

Esto es decir, amigo, que yo deseo casar a mi hija cuanto antes; pero, como padre al fin, quisiera casarla no con un rico ni con un marqués, pero sí con un hombre de bien, con experiencia del mundo, y a quien yo conociera que se casaba con ella por su virtud, y no por su tal cual hermosura.

Todas estas cualidades y muchas más adornan a usted, y en mi concepto lo hacen digno de mujer de mejores prendas que las pocas que me parece tiene Margarita; pero es preciso considerar que a usted le han de faltar pocos años para cuarenta, según su aspecto, y, suponiendo que tenga usted treinta [190] y seis o treinta y siete, ésa es una edad bastante para ser padre de la novia, y esto puede detenerla para querer a usted. Sé dos cosas bien comunes. La una que un moderado exceso en la edad de un hombre respecto a la de su mujer tan lejos está de ser defecto que antes debería verse como circunstancia precisa para contraerse los matrimonios, pues, cuando los jóvenes se casan tan muchachos como sus novias, por lo regular sucede que acaban mal los matrimonios, porque, siendo más débil el sexo femenino que el masculino, y teniendo que sufrir más demérito en el estado conyugal que en otro alguno, sucede que a los dos o tres partos se pone fea la mujer, y como, en el caso de que hablamos, los muchachos no tienen por lo común otra mira al contraer el matrimonio que la posesión de un objeto hermoso, sucede también, por lo común, que, acabada la belleza de la mujer, se acaba el amor del hombre, pues, cuando es de treinta o treinta y seis años, ya su mujer parece de cincuenta, le es un objeto despreciable y la aborrece injustamente.

Esta razón, entre otras, debería ser la más poderosa para que ni los hombres se casaran muy temprano ni las niñas se enlazaran con muchachos; pero es ardua empresa el sujetar la inclinación de ambos sexos a la razón en una edad en que la naturaleza domina con tanto imperio en los hombres. Lo como es que los matrimonios que celebran los viejos son ridículos, y los que hacen los niños, desgraciados las más veces. Esto quiere decir que yo apruebo y me parece bien que usted se case con mi hija, pero ignoro si ella querrá casarse con usted.

Es verdad, y ésta es la otra cosa que sé: es verdad que ella es muy dócil, muy inocente, me ama mucho, y hará lo que yo le mande; pero jamás la obligaré a que abrace un estado que no le incline, ni a que se una con quien no quiera, en caso que elija el matrimonio.

En virtud de esto, usted conocerá que el enlace de usted con mi [191] hija no depende de mi arbitrio. En ella consiste, yo la dejaré en entera libertad sin violentar para nada su elección, y, si quisiere, para mí será de lo más lisonjero.

Concluyó don Antonio su arenga, y yo le dije: señor, si solamente éstos son los reparos de usted, todos están allanados a mi favor, y desde luego mi dicha será cierta si usted y la señora su esposa dan su beneplácito; porque, antes de hablar a usted sobre el particular, examiné el carácter de su hija, y no sin admiración encontré en tan tiernos años

una virtud muy sólida y unos sentimientos muy juiciosos.

Ellos me han prendado más que su hermosura, pues ésta acaba con la edad, o se disminuye con los achaques y enfermedades que no respetan a las bellas. De buenas a primeras manifesté a su niña de usted mis sanas intenciones, y me contestó con estas palabras que conservaré siempre en la memoria: señor, me dijo, mi padre dice que usted es hombre de honor, y otras veces ha dicho que apetecería para mí un hombre de bien aunque no fuera rico. Yo siempre creo a mi padre, porque no sabe mentir, y a usted lo quiero mucho después que lo ha socorrido; me parece que con casarme con usted aseguraría a mis pobres padres su descanso, y así, ya por no verlos padecer más, y ya porque quiero a usted por lo que ha hecho con ellos, y porque es hombre de bien, como dice mi padre, me casara con usted de buena gana; pero no sé si querrán mi padre y madre, y yo tengo vergüenza de decírselo.

Ésta fue la sencilla respuesta de su niña de usted, tanto más elocuente cuanto más desnuda de artificio. En ella descubrí un gran fondo de sinceridad, de inocencia, de gratitud, de amor filial, de obediencia y de respeto a sus padres y bienhechores. Pensaba cómo significarle a usted mi deseo; mas, queriendo usted separarse de mi casa, me he precisado a descubrirme. De parte de los prometidos todo está hecho, resta sólo el consentimiento de usted y de su mamá, que les suplico me concedan.

Don Antonio era serio pero afable, y así, después que me oyó, [192] se sonrió, y dándome una palmada en el hombro me dijo: ¡Oh, amigo! Si ya ustedes tenían hecho su enjuague, hemos gastado en vano la saliva. Vamos, no hay muchacha tonta para su conveniencia. Apruebo su elección, todo está corriente por nuestra parte; pero, si lo ha pensado usted bien, apresure el paso, que no es muy seguro que dos que se aman, aunque sea con fines lícitos, vivan por mucho tiempo desunidos bajo de un mismo techo.

Entendí el fundado y cristiano escrúpulo de mi suegro y, encargándole el cuidado de la tienda y del mesón, mandé en aquel momento ensillar mi caballo y marché para México.

Luego que llegué, conté a mi amo todo el pasaje, dándole parte de mis designios, los que aprobó tan de buena gana que se me ofreció para padrino. A Pelayo, como a mi confesor y como a mi amigo, le avisé también de mis intentos, y, en prueba de cuánto le acomodaron, interesó sus respetos, y en el término de ocho días sacó mis licencias bien despachadas del provisorato.

En este tiempo visité a mi amo el chino y al padre capellán, a don Tadeo y a don Jacobo, convidándolos a todos para mi boda. Asimismo mandé convidar a Anselmo con su familia. Compré las donas o arras que regalé a mi novia y, como tenía dinero, facilité desde esta capital todo lo que era menester para la disposición del festejo.

Un convoy de coches salió conmigo para San Agustín de las Cuevas el día en que determiné mi casamiento. Ya Anselmo estaba en mi casa con su familia, y su esposa, que elegí para madrina, había vestido y adornado a Margarita de todo gusto, aunque no de rigurosa moda, porque era discreto y sabía que el festín había de celebrarse en el campo, y yo quería que luciera en él la inocencia y la abundancia más bien que el lujo y ceremonia. Según este sistema, y con mis amplias facultades, dispuso Anselmo mi recibimiento y el festejo según quiso y sin perdonar gasto.

Como a las seis y media [193] de la mañana llegué a San Agustín, y me encontré en la sala de mi casa a mi novia, vestida de túnico y mantilla negra, acompañada de sus padres, a Anselmo con su esposa y familia, a Andrés con la suya, y los criados de siempre.

Luego que pasaron las primeras salutations que prescribe la urbanidad, envié Anselmo a avisar al señor cura, quien inmediatamente fue a casa con los padres vicarios, los monacillos y todo lo necesario para darnos las manos. Se nos leyeron las amonestaciones privadas, se ratificó en nuestros dichos y se concluyó aquel acto con la más general complacencia.

Al instante pasamos a la iglesia a recibir las bendiciones nupciales y a jurarnos de nuevo nuestro constante amor al pie de los altares.

Concluido el augusto sacrificio, nos volvimos a esperar al señor cura y a los padres vicarios. Se desnudó mi esposa de aquel traje y, mientras que la madrina la vestía de boda, entré yo a la cocina para ver qué tal disposición tenía Anselmo; mas éste lo hizo todo de tal suerte que yo, que era el dueño de la función, me sorprendía con sus rarezas.

Una de ellas fue no hallar ni lumbre en el brasero. Salí a buscarlo bien avergonzado, y le dije: hombre, ¿qué has hecho, por Dios? ¡Tanta gente de mi estimación en casa y no haber a estas horas ni prevención de almuerzo! ¿No te escribí que no te pararas en dinero para gastar cuanto se ofreciera? ¡Voto a mis penas! ¡Qué vergüenza me vas a hacer pasar, Anselmo! Si lo sé, no me valgo de ti seguramente.

¡Pues cómo ha de ser, hijo! Ya sucedió, me respondió con mucha flema, pero no te apures, yo tengo una familia que me estima en este pueblo, y allá nos vamos a almorzar todos luego que lleguen el señor cura y los vicarios.

Ésa es peor tontera e impolítica que todo, le dije, ¿no consideras que cómo nos hemos de ir a encajar de repente más de [194] veinte personas a una casa, donde tal vez no tendré yo el más mínimo conocimiento? Y luego a almorzar y sin haberles avisado.

Como de esas imprudencias se ven todos los días en el mundo, decía Anselmo, en los casos apurados es menester ser algo sinvergüenzas para no pasarlo tan mal.

Renegaba yo de Anselmo y de su flema, cuando nos llamaron diciéndonos que ya estaban en casa los padres.

Salí a complimentarlos bien amostazado, y me hallé con mi esposa transformada de cortesana en pastora de la Arcadia, porque la madrina la vistió con un túnico de muy fina muselina bordada de oro, le puso zapatos de lama del mismo metal y le atravesó una banda de seda azul celeste con franjas de oro. Tenía el pelo suelto sobre la espalda y recogido en la cabeza con un lazo bordado, y cubierta con un sombrerillo de raso también azul con garzotas blancas.

Este sencillo traje me sorprendió también, y me serenó algo la cólera que me había dado el descuido de Anselmo; porque, como mi novia era hermosa y tan niña, me parecía con aquel vestido una ninfa de las que pintan los poetas. A todos les pareció lo mismo y la celebraban a porfía.

Cuando Anselmo me vio un poco sereno, dijo, vámonos, señores, que ya es tarde. Salieron todos y yo con ellos al lado de mi esposa, pensando con

qué pito iría a salir el socarrón de Anselmo. Pero ¡cuál fue mi gusto cuando, llegando a una gran casa de campo, que era de un conde rico, fui mirando lo que no esperaba!

No quiso Anselmo que nos dilatáramos en ver la casa, sino que nos llevó en derecha a la huerta, que era muy hermosa y muy bien cultivada.

Al momento que entramos en ella salió a recibimos una porción de jovencitas muy graciosas, como de doce a trece años, las que, vestidas con sencillez y gallardía, teniendo todas ramos [195] de flores en las manos, formaban unas contradanzas muy vistosas al compás de dos famosos golpes de música de viento y de cuerda que para el caso estaban prevenidos.

Esta alegre comitiva nos condujo al centro de la huerta, en el que había colocadas con harta simetría muchas sillas decentes, y asimismo el suelo estaba entapizado con alfombras.

Se gozaba del aire fresco sin que los rayos del sol incomodaran para nada, porque pendientes de los árboles estaban varios pabellones de damascos encarnados, amarillos y blancos, que daban sombra y hermosura a aquel lugar en que se respiraban las delicias más puras e inocentes.

Pasado un corto rato, salieron de un lado de la huerta porción de criadas y criados muy aseados y, tendiendo sobre las alfombras los manteles, nos sentamos a la redonda y se nos sirvió un almuerzo bastante limpio, abundante y sazonado, durante el cual nos divirtió la música con sus cadencias y las muchachas con la suavidad de sus voces con que cantaron muchos discretos epitalamios a mi esposa.

Acabado el almuerzo, nos fuimos a pasear por la huerta hasta que fue hora de comer, lo que también se hizo allí por gusto de todos.

A las siete de la noche se sirvió un buen refresco; hubo un rato de baile hasta las doce, hora en que se dio la cena, y concluida nos recogimos todos muy contentos.

Al día siguiente se despidieron los señores convidados dejándome mil expresiones de afecto, y ofreciéndose con el mismo a mi disposición y de mi esposa. Mi padrino, que saben ustedes que fue mi amo, entendido de que Anselmo había corrido con el gasto general de la función, le pidió la cuenta para pagarla, deseando hacerme algún obsequio; pero se admiró demasiado cuando, esperando hallar una suma de seiscientos o más pesos, según la abundancia y magnificencia de la fiesta, encontró que todo ello no había pasado de doscientos. [196]

Apenas lo creía, pero Anselmo le aseguró que no era más, y le decía: señor, no son los festejos más lucidos los que cuestan más dinero, sino los que se hacen con más orden, y como la mejor disposición no es incompatible con la mayor economía, es claro que puede hacerse una función muy solemne sin desperdicios, que son en los que no se repara y los que hacen las funciones más costosas sin hacerlas más espléndidas.

Es mucha verdad, dijo mi amo, y supuesto que el gasto es tan corto, que lo gaste mi ahijado, que yo me reservo para mejor ocasión el hacerle su obsequio a mi ahijadita. Diciendo esto, se fue a México, Anselmo a su destino y yo a mi tienda.

Con el mayor consuelo y satisfacción vivía en mi nuevo estado, en la amable compañía de mi esposa y sus padres, a quienes amaba con aumento, y era correspondido de todos con el mismo.

Ya mi esposa os había dado a luz, queridos hijos míos, y fuisteis el

nudo de nuestro amor, las delicias de vuestros abuelos y los más dignos objetos de mi atención; ya contabas tú, Juanita, dos años de edad, y tú, Carlos, uno, cuando vuestros abuelos pagaron el tributo debido a la naturaleza, llevándose pocos meses de diferencia en el viaje uno al otro.

Ambos murieron con aquella resignación y tranquilidad con que mueren los justos. Les di sepultura y honré sus funerales según mis proporciones. Vuestra madre quedó inconsolable con tal pérdida, y necesitó valerse de todas las consideraciones con que nos alivia en tales lances la religión católica, que puede ministrar auxilios sólidos a los verdaderos dolientes.

Pasado este cruel invierno, todo ha sido primavera, viviendo juntos vuestra madre, yo y vosotros, y disfrutando de una paz y de unos placeres inocentes en una medianía honrada que, sin abastecerme para superfluidades, me ha dado todo lo [197] necesario para no desear la suerte de los señores ricos y potentados.

Vuestro padrino fue mi amo, quien mientras vivió os quiso mucho, y en su muerte os confirmó su cariño con una acción nada común que sabréis en el capítulo que sigue.

Capítulo XV

En el que Periquillo refiere la muerte de su amo, la despedida del chino, su última enfermedad y el editor sigue contando lo demás hasta la muerte de nuestro héroe

Excusemos circunloquios y vamos a la sustancia. Murió mi amable amo, padrino, compadre y protector; murió sin hijos ni herederos forzosos y, tratando de darme las últimas pruebas del cariño que me profesó, me dejó por único heredero de sus bienes, contándose entre éstos la hacienda que administraba yo en compañía de Anselmo, bajo las condiciones que expresó en su testamento y que yo cumplí como su amigo, como su favorecido y como hombre de bien, que es el título de que más nos debemos lisonjear.

Si sentí la muerte de este buen hombre, no tengo para qué ponderarlo, cuando era necesario haber sido más que bruto para no haberlo amado con justicia.

Leí el testamento que otorgó a mi favor, y al llegar a la cláusula que decía que por lo bien que lo había servido, lo satisfecho que estaba de mi honrada conducta y por cumplir el obsequio que había ofrecido a su ahijada, que era mi esposa, me donaba todos sus bienes, etc., no pude menos que regar aquellos renglones con mis lágrimas, nacidas de amor y gratitud.

Asistí a sus funerales; vestí luto con toda mi familia, no por ceremonia, sino por manifestar mi justo sentimiento; cumplí [198] todos sus comunicados exactamente y, habiendo entrado en posesión de la herencia, disfruté de ella con la bendición de Dios y la suya.

No por verme con algún capital propio me desconocí, como había hecho otras veces, ni desconocí a mis buenos amigos. A todos los traté como siempre, y los serví en lo que pude, especialmente a aquellos que en algún tiempo me habían favorecido de cualquier modo.

Entre éstos tuvo mucho lugar en mi estimación mi amo chino, a quien restituí como tres mil y pico de pesos que le disipé cuando viví en su

casa; pero él no los quiso admitir, antes me escribió que era muy rico en su tierra, y en la mía no le faltaba nada, que se daba por satisfecho de aquella deuda, y me los devolvía para mis hijos. Concluyó esta carta diciéndome que estaba para regresar a su patria sin querer ver más ciudades ni reinos que el de América, por tres razones: la primera, porque se hallaba quebrantada su salud; la segunda, porque según las observaciones que había hecho no podía menos el mundo que ser igual en todas partes, con muy poca diferencia, pues en todas partes los hombres eran hombres; y la tercera y principal, porque la guerra, que al principio no creyó que fuese sino un motín popular que se apagaría brevemente, se iba generalizando y enardeciendo por todas partes.

Yo admití su favor dándole las debidas gracias por su generosidad, y el día que no lo esperaba llegó a mi casa en un coche de camino precedido de mozos y mulas que conducían su equipaje.

Hizo que parase el coche a la puerta de la tienda, y desde allí se despidió sobre la marcha. No lo permití yo; antes, valiéndome de la suave violencia que sabe usar la amistad, lo hice bajar del coche y que descargaran las mulas. A éstas, a [199] los mozos y cocheros se les asistió en el mesón, y a mi amo en casa, en la que se expresó mi esposa para agasajarlo.

Mucho platicamos ese día, y entre tanto como hablamos le pregunté: ¿qué escribía tanto cuando yo estaba en su casa? Si lo vieras, me dijo, acaso te incomodarías, porque lo que escribí fueron unos apuntes de los abusos que he notado en tu patria, ampliándolo con las noticias y explicaciones que oía al capellán, a quien después daba los cuadernos para que los corrigiera.

¿Y qué se han hecho esos cuadernos, señor? ¿Los lleva usted ahí? No los llevo, me dijo, dos años ha que se los remití a mi hermano el tután, con algunas cosas particulares de tu tierra.

Pues tan lejos estaría yo de incomodarme, señor, con los tales apuntes, que antes apreciaría demasiado su lectura. ¿Quién tiene los borradores? El mismo capellán se queda con ellos, me respondió, pero, no sé por qué, los reserva tanto que a nadie los ha querido prestar. Propuse en mi interior no omitir diligencia alguna que me pareciera oportuna para lograr los tales cuadernos. Se hizo hora de comer, y comí con mi familia en compañía de aquel buen caballero.

A la tarde fuimos al campo a divertirnos con las escopetas y, pasando por donde tiró el caballo o se cayó con el misántropo, le conté la aventura de éste, que el asiático escuchó con mucho gusto.

A la noche volvimos a casa, se pasó el rato en buena conversación entre nosotros, el señor cura y otros señores que me favorecían con sus visitas, y cuando fue hora de cenar lo hicimos y nos fuimos a recoger.

Al siguiente día madrugamos, y fui a dejar a mi querido amo hasta Cuernavaca, desde donde me volví a mi casa después de haberme despedido de él con las más tiernas expresiones de amor y gratitud.

No pude olvidarme de los cuadernos que escribí, y desde luego comencé a solicitarlos con todo empeño por medio de [200] mi buen amigo y confesor Martín Pelayo, como que sabía la amistad que llevaba con el doctor don Eugenio, capellán que fue de mi amo el chino, y comentador o medio autor de dichos papeles.

No me han disuadido claramente de mi solicitud, pero hasta ahora no los puedo ver en mis manos, porque dice el padre capellán que los está poniendo en limpio, y que luego que concluya esta diligencia me los prestará. Él es hombre de bien, y creo que cumplirá su palabra.

Cosa de dos años más viví en paz en aquel pueblo, visitando a ratos a mis amigos y recibiendo en correspondencia sus visitas, entregado al cumplimiento de mis obligaciones domésticas, que han sido las únicas que he tolerado; pues, aunque varias veces me han querido hacer juez en el pueblo, jamás he accedido a esta solicitud, ni he pensado en obtener ningún empleo, acordándome de mi ineptitud y de que muchas veces los empleos infunden ciertos humillos que desvanecen al que los ocupa, y acaso dan al traste con la más constante virtud.

Mis atenciones, como he dicho, sólo han sido para educaros, asegurar vuestra subsistencia sin daño de tercero y hacer el poco bien que he podido en reemplazo del escándalo y perjuicios que causaron mis extravíos; y mis diversiones y placeres han sido los más puros e inocentes, pues se han cifrado en el amor de mi mujer, de mis hijos y de mis buenos amigos. Últimamente, doy infinitas gracias a los cielos porque a lo menos no me envejecí en la carrera del vicio y la prostitución, sino que, aunque tarde, conocí mis yerros, los detesté y evité caer en el precipicio a donde me despeñaban mis pasiones.

Aunque en realidad de verdad nunca es tarde para el arrepentimiento, y mientras que vive el hombre siempre está en tiempo oportuno para justificarse, no debemos vivir en esta confianza, pues acaso en castigo de nuestra pertinacia y rebeldía nos faltará esa oportunidad al tiempo mismo de deseirla.

Yo os he escrito mi vida sin disfraz, os he manifestado mis [201] errores y los motivos de ellos sin disimulo, y por fin os he descubierto en mí mismo cuáles son los dulces premios que halla el hombre cuando se sujeta a vivir conforme a la recta razón y a los sabios principios de la sana moral.

No permita Dios que después de mis días os abandonéis al vicio y toméis sólo el mal ejemplo de vuestro padre, quizá con la necia esperanza de enmendaros como él a la mitad de la carrera de vuestra vida, ni digáis en el secreto de vuestro corazón: sigamos a nuestro padre en sus yerros, que después lo seguiremos en la mudanza de su conducta, pues tal vez no se logran esas inicuas esperanzas. Consagrad, hijos míos, a Dios las primicias de vuestros años, y así lograréis percibir temprano los dulces frutos de la virtud, honrando la memoria de vuestros padres, excusándoos las desgracias que acompañan al crimen, siendo útiles al estado y a vosotros mismos, y pasando de una felicidad temporal a gozar otra mayor que no se acaba.

Corté el hilo de mi historia, pero acaso no serán muy inútiles mis últimas digresiones.

Dos años más después de la ausencia de mi amo el chino, como ya os dije, viví en San Agustín de las Cuevas, hasta que me vi precisado a realizar mis intereses y radicarme en esta ciudad, ya por ver si en ella se restablecía mi salud, debilitada por la edad y asaltada por una anasarca o hidropesía general, y ya por poner aquéllos a cubierto de mis resultas de la insurrección que se suscitó en el reino el año de 1810.

¡Época verdaderamente fatal y desastrosa para la Nueva España! ¡Época de horror, de crimen, sangre y desolación!

¡Cuántas reflexiones pudiera hacer sobre el origen, progresos y probables fines de esta guerra! Muy fácil me sería hacer una reseña de la historia de América y dejaros el campo abierto para que reflexionais de parte de quién de los contendientes está la razón, si de la del gobierno español, o de los americanos que pretenden hacerse independientes de la España; pero es muy peligroso escribir sobre esto y en México [202] el año de 1813. No quiero comprometer vuestra seguridad instruyéndoos en materias políticas que no estáis en estado de comprender. Por ahora básteos saber que la guerra es el mayor de todos los males para cualquiera nación o reino, pero incomparablemente son más perjudiciales las conmociones sangrientas dentro de un mismo país, pues la ira, la venganza y la crueldad, inseparables de toda guerra, se ceban en los mismos ciudadanos que se alarman para destruirse mutuamente.

Bien conocieron esta verdad los romanos, como tan ejercitados con estas calamidades intestinas. Entre otros son dignos de notarse Horacio y Lucano. El primero, reprendiendo a sus conciudadanos enfurecidos, les dice: «¿A dónde vais, malvados? ¿Para qué empuñáis las armas? ¿Por ventura se han teñido poco los campos y los mares con la sangre romana? Jamás los lobos ni los leones han acostumbrado, como vosotros, ejercitar su encono sino con otras fieras sus desiguales o diferentes en especie. Y por ventura, aun cuando riñen, ¿es su furor más ciego que el vuestro? ¿Es su rabia más acre? ¿Es su culpa tanta? Responded. ¿Pero qué habéis de responder? Calláis, vuestras caras se cubren de una horrorosa amarillez y vuestras almas se llenan de terror convencidas por vuestro mismo crimen».

De semejante modo se expresaba el sensible Horacio; y Lucano hace una viva descripción de los daños que ocasiona una guerra civil en unos versos que os traduciré libremente al castellano. Dice, pues, que en las conmociones populares

Perece la nobleza con la plebe

Y anda de aquí acullá la cruel espada,
Ningún pecho se libra de sus filos.
La roja sangre hasta las piedras mancha
De los sagrados templos; no defiende
A ninguno su edad, la vejez cana
Ve sus días abreviar y el triste infante [203]
Muere al principio de su vida ingrata.
¿Pero por qué delito el pobre viejo
Ha de morir y el niño que no dañan?
¡Ah, que sólo vivir en tiempos tales
Es grande crimen, sí, bastante causa!

Con más valentía pintó Erasmo todo el horror de la guerra, y se esfuerza cuando habla de las civiles. «Común cosa es, dice, el pelear: despedázase una gente con otra, un reino con otro reino, príncipe con príncipe, pueblo con pueblo, y lo que aun los étnicos tienen por impío, el deudo con el deudo, hermano con hermano, el hijo con el padre; y finalmente, lo que a mi parecer es más atroz, un cristiano con un hombre;

y ¿qué sería (dígoles por la mayor de las atrocidades) si fuese un cristiano con otro cristiano? Pero ¡oh, ceguera de nuestro entendimiento! ¡Que, en lugar de abominar esto, haya quien lo aplauda, quien con alabanzas lo ensalce, quien la cosa más abominable del mundo la llame santa y, avivando el enojo de los príncipes, cebe el fuego hasta que suba al cielo la llama!».

Virgilio conoció que nada bueno había en la guerra y que todos debíamos pedir a Dios la duración de la paz. Por esto escribió: *Nulla salus bello, pacem te poscimus omnes.*

De todo esto debéis inferir cuán gran mal es la guerra, cuán justas son las razones que militan para excusarla, y que el buen ciudadano sólo debe tomar las armas cuando se interese el bien común de la patria.

Sólo en este caso se debe empuñar la espada y embrazar el broquel, y no en otros, por más lisonjeros que sean los fines que se propongan los comuneros, pues dichos fines son muy contingentes y aventurados, y las desgracias consecutivas a los principios y a los medios son siempre ciertas, funestas y generalmente perniciosas. Pero apartemos la pluma de un asunto tan odioso por su naturaleza, y no queramos manchar las páginas de mi historia con los recuerdos de una época teñida con sangre americana. [204]

Después de realizados mis bienes y radicado en México, traté de ponerme en cura, y los médicos dijeron que mi enfermedad era incurable. Todos convenían en el mismo fallo, y hubo pedante que, para desengañarme de toda esperanza, apoyó su aforismo en la vejez, diciéndome en latín que los muchos años son una enfermedad muy grave. *Senectus ipsa est morbus.*

Yo, que sabía muy bien que era mortal y que ya había vivido mucho, no me dilaté en creerlos. Quise que no quise, me conformé con la sentencia de los médicos, conociendo que el conformarse con la voluntad de Dios a veces es trampa legal, pues queramos que no queramos se ha de cumplir en nosotros; hice, como suelen decir, de la necesidad virtud, y ya sólo traté de conservar mi poca salud paliativamente, pero sin esperanza de restablecerla del todo.

En este tiempo me visitaban mis amigos, y por una casualidad tuve otro nuevo que fue un tal Lizardi, padrino de Carlos para su confirmación, escritor desgraciado en vuestra patria y conocido del público con el epíteto con que se distinguió cuando escribió en estos amargos tiempos, y fue el de Pensador Mexicano.

En el tiempo que llevo de conocerlo y tratarlo he advertido en él poca instrucción, menos talento y últimamente ningún mérito (hablo con mi acostumbrada ingenuidad); pero, en cambio de estas faltas, sé que no es embustero, falso, adulator ni hipócrita. Me consta que no se tiene ni por sabio ni por virtuoso; conoce sus faltas, las advierte, las confiesa y las detesta. Aunque es hombre, sabe que lo es, que tiene mil defectos, que está lleno de ignorancia y amor propio, que mil veces no advierte aquella porque éste lo ciega, y últimamente, alabando sus producciones algunos sabios en mi presencia y en la suya, le he oído decir mil veces: señores, no se engañen, no soy sabio, instruido ni erudito, sé cuánto se necesita para desempeñar estos títulos; mis producciones os deslumbran leídas [205] a la primera vez, pero todas ellas no son más que oropel. Yo mismo me avergüenzo de ver impresos errores que no advertí al tiempo de

escribirlos. La facilidad con que escribo no prueba acierto. Escribo mil veces en medio de la distracción de mi familia y de mis amigos, pero esto no justifica mis errores, pues debía escribir con sosiego y sujetar mis escritos a la lima, o no escribir, siguiendo el ejemplo de Virgilio o el consejo de Horacio; pero, después que he escrito de este modo, y después de que conozco por mi natural inclinación que no tengo paciencia para leer mucho, para escribir, borrar, enmendar ni consultar despacio mis escritos, confieso que no hago como debo, y creo firmemente que me disculparán los sabios, atribuyendo a calor de mi fantasía la precipitación siempre culpable de mi pluma. Me acuerdo del juicio de los sabios, porque del de los necios no hago caso.

Al escuchar al Pensador tales expresiones, lo marqué por mi amigo y, conociendo que era hombre de bien y que si alguna vez erraba era más por un entendimiento perturbado que por una depravada voluntad, lo numeré entre mis verdaderos amigos, y él se granjeó de tal modo mi afecto que lo hice dueño de mis más escondidas confianzas, y tanto nos hemos amado que puedo decir que soy uno mismo con el Pensador y él conmigo.

Un día de éstos en que ya estoy demasiadamente enfermo, y en que apenas puedo escribir los sucesos de mi vida, vino a visitarme y, estando sentada mi esposa en la orilla de mi cama y vosotros alrededor de ella, advirtiéndome fatigado de mis dolencias y que no podía escribir más, le dije: toma esos cuadernos para que mis hijos se aprovechen de ellos después de mis días.

En ese instante dejé a mi amigo el Pensador mis comunicados y estos cuadernos para que los corrija y anote, pues me hallo muy enfermo... [206]

Notas del Pensador

Hasta aquí escribió mi buen amigo don Pedro Sarmiento, a quien amé como a mí mismo y lo asistí en su enfermedad hasta su muerte con el mayor cariño.

Hizo llamar al escribano y otorgó su testamento con las formalidades de estilo. En él declaró tener cincuenta mil pesos en reales efectivos puestos a réditos seguros en poder del conde de San Telmo, según constaba del documento que manifestó certificado por escribano y debía obrar cosido con el testamento original, y seguía:

Item declaro que es mi voluntad que, pagadas del quinto de mis bienes las mandas forzosas y mi funeral, se distribuya lo sobrante en favor de pobres decentes, hombres de bien y casados, de este modo: si sobran nueve mil y pico de pesos, se socorrerán a nueve pobres de los dichos que manifiesten al albacea que queda nombrado certificación del cura de su parroquia en que conste son hombres de conducta arreglada, legítimos pobres, con familias pobres que sostener, con algún ejercicio o habilidad, no tontos ni inútiles, y a más de esto con fianza de un sujeto abonado que asegure con sus bienes responder por mil pesos que se le entregarán para que los gire y busque su vida con ellos, bien entendido de que el fiador será responsable a dicha cantidad siempre que se le pruebe que su ahijado la ha malversado; pero, si se perdiere por suerte del comercio, robo,

quemazón, o cosa semejante, quedarán libres de responsabilidades así el fiador como el agraciado.

Declaro que, aunque pudiera con nueve mil pesos hacer limosna a veinte, treinta, ciento o mil pobres, dándoles a cada uno una friolera como suele hacerse, no lo he determinado porque considero que éstos no son socorros verdaderos, y sí lo serán en el modo que digo, pues es mi voluntad que, después que los [207] socorridos hagan su negocio y aseguren su subsistencia, devuelvan los mil pesos para que se socorran otros pobres.

Declaro también que, aunque pudiera dejar limosnas a viudas y a doncellas, no lo hago porque a éstas siempre les dejan los más de los ricos, y no son las primeras necesitadas, sino los pobres hombres de bien, de quienes jamás o rara vez se acuerdan en los testamentos, creyendo, y mal, que con ser hombres tienen una mina abundante para sostener sus familias.

De este modo fueron sus disposiciones testamentarias. Concluidas, se trató de administrarle los santos sacramentos de la Eucaristía y Extrema-Unción. Le dio el viático su muy útil y verdadero amigo el padre Pelayo. Asistieron a la función sus amigos don Tadeo, don Jacobo, Anselmo, Andrés, yo y otros muchos. La música y la solemnidad que acompañó este acto religioso infundía un respetuoso regocijo, que se aumentó en todos los asistentes al ver la ternura y devoción con que mi amigo recibió el Cuerpo del Señor Sacramentado. El perdón que a todos nos pidió de sus escándalos y extravíos, la exhortación que nos hizo y la unción que derramaba en sus palabras arrancó las lágrimas de nuestros ojos, dejándonos llenos de edificación y de consuelo.

Pasados estos dulces transportes de su alma, se recogió, dio gracias y a las dos horas hizo que entraran a su recámara su mujer y sus hijos.

Sentado yo a la cabecera, y rodeada su familia de la cama, les dijo con la mayor tranquilidad: «Esposa mía, hijos míos, no dudaréis que siempre os he amado, y que mis desvelos se han consagrado constantemente a vuestra verdadera felicidad. Ya es tiempo que me aparte de vosotros para no vernos hasta el último día de los siglos. El Autor de la naturaleza llama ya a las puertas de mi vida: él me la dio cuando quiso, y cuando quiere cumple la naturaleza su término. No [208] soy árbitro de mi existencia, conozco que mi muerte se acerca, y muero muy conforme y resignado en la divina voluntad. Excusad el exceso de vuestro sentimiento. Bien que sintáis la falta de mi vista como pedazos que habéis sido de mi corazón, deberéis moderar vuestra aflicción considerando que soy mortal y que tarde o temprano mi espíritu debía desprenderse de la masa corruptible de mi cuerpo.

»Advertid que mi Dueño y el Dueño de mi vida es el que me la quita, porque la naturaleza es inmutable en cumplir con los preceptos de su Autor. Consolaos con esta cierta consideración y decid: el Señor me dio un esposo, el Señor nos dio un padre, él nos lo quita, pues sea bendito el nombre del Señor. Con esta resignación se consolaba el humilde Job en el extremo de sus amarguísimos trabajos.

»Estos pensamientos no inspiran el dolor ni la tristeza, sino antes unos consuelos y regocijos sólidos que se fundan no menos que en la palabra de Dios y en las máximas de la sagrada religión que profesamos.

Quédese la desesperación para el impío, y para el incrédulo la duda de nuestra futura existencia, mientras que el católico arrepentido y bien dispuesto confía con mucho fundamento que Dios, en cumplimiento de su palabra, le tiene perdonados sus delitos, y sus deudos con la misma seguridad piadosamente creen que no ha muerto, sino que ha pasado a mejor vida.

»Conque no lloréis, pedazos míos, no lloréis. Dios os queda Dios os queda para favoreceros y ampararos, y, si cumplís sus divinos preceptos y confiáis en su altísima Providencia, estad seguros de que nada, nada os faltará para ser felices en esta y en la otra vida.

»Procurad, sí, manejaros en la presente con juicio y honor en cualquiera que sea el estado que abrazareis. Tú, Margarita, si pasares a segundas nupcias, lo que no te impido, trata de conocer el carácter de tu esposo antes de que sea [209] tu marido, pues hay muchos Periquillos en el mundo, aunque no todos conocen y detestan sus vicios como yo. Una vez conocido por hombre de bien y de virtud, y con la aprobación de mis amigos, únete con él enhorabuena, pero procura siempre captarle la voluntad alabándole sus virtudes y disimulándole sus defectos. Jamás te opongas a su gusto con altanería, y mucho menos en las cosas que te mandare justas; no disipes en modas, paseos ni extravagancias lo que te dejo para que vivas; no tomes por modelo de tu conducta a las mujeres vanas, soberbias y locas, imita a las prudentes y virtuosas. Aunque mis hijos ya son grandes, si tuvieses otros, no prefieras en cariño a ninguno; trátalos a todos igualmente, pues todos son tus hijos, y de este modo enseñarás a tu marido a portarse bien con los míos; los harás a todos hermanos y evitarás las envidias que suscita en estos casos la preferencia; sé económica, y no desperdicies en bureos lo que te dejo ni lo que tu marido adquiera; sábette que no es tan fácil ganar mil pesos como decir tuve mil pesos, pero decir tuve en medio de la miseria es sobre manera doloroso; últimamente, hija mía, haz por no olvidar las máximas que te he inspirado; huye la maldita pasión de los celos, que lejos de ser útil es pernicioso a las infelices mujeres, y la total y última causa de su ruina; aunque tu marido por desgracia tenga un extravío, disimúlasele, y entonces hazle más cariño y más aprecio, que yo te aseguro que él conocerá que tu mérito se aventaja al de las prostitutas que adora, y al fin se reducirá, te pedirá perdón y te amará con doble extremo.

»A vosotros, hijos de mi corazón, ¿qué puedo deciros? Que seáis humildes, atentos, afables, benéficos, corteses, honrados, veraces, sencillos, juiciosos y enteramente hombres de bien. Os dejo escrita mi vida para que veáis dónde se estrella por lo común la juventud incauta, para que sepáis dónde están los precipicios para huirlos y para que, conociendo cuál es [210] la virtud y cuántos los dulces frutos que promete, la profeséis y la sigáis desde vuestros primeros años.

»Por tanto, amad y honrad a Dios y observad sus preceptos, procurad ser útiles a vuestros semejantes, obedeced a los gobiernos sean cuales fueren, vivid subordinados a las potestades que os mandan en su nombre, no hagáis a nadie daño, y el bien que podáis no os detengáis a hacerlo. Guardaos de tener muchos amigos. Este consejo os lo recomiendo con especialidad, ved que os hablo con experiencia. Un hombre solo, por malo que sea, si anda solo y sin amigos, él sólo sabe sus crímenes, a nadie

escandaliza en lo particular, y ninguno es testigo de ellos; cuando, por el contrario, el truchimán y el pícaro lleno de amigos tiene muchos a quienes dar mal ejemplo, y muchos que testifiquen sus infamias.

»Fuera de que, como veréis en mi vida, hay muchos amigos, pero pocas amistades. Amigos sobran en el tiempo favorable, pero pocos o ninguno en el adverso. Tened cuidado con los amigos y experimentadlos. Cuando hallareis uno desinteresado, verdadero y a todas luces hombre de bien, amadlo y conservadlo eternamente; pero, cuando en el amigo advirtiereis interés, doblez o mala conducta, reprochadlo y jamás os fiéis de su amistad.

»Por último, observad los consejos que mi padre me escribió en su última hora cuando yo estaba en el noviciado, y os quedan escritos en el capítulo XII del tomo 1.º de mi historia. Si cumplís exactamente, yo os aseguro que seréis más felices que vuestro padre».

Pasados éstos y otros coloquios semejantes, abrazó don Pedro a sus hijos y a su mujer, dio muchos besos y se despidió de ellos, haciéndome llorar amargamente, porque los extremos de la señora y los niños desmintieron toda la filosofía del razonamiento preventivo. Los llantos, las lágrimas y los extremos fueron lo mismo que si el enfermo no hubiera hablado una palabra. [211]

Por fin quedó el paciente solo y me dijo: ya es tiempo de desprenderme del mundo y de pensar solamente en que he ofendido a Dios y que deseo ofrecerle los dolores y ansias que padezco en sacrificio por mis iniquidades. Haz que venga mi confesor el padre Pelayo. Como este eclesiástico era buen amigo, no faltaba del lado de los suyos a la hora de la tribulación. Apenas se desnudó la muceta, cuando volvió a casa a consolar a su hijo espiritual. Antes que yo saliera de la recámara entró él, y preguntó a don Pedro ¿cómo se sentía? Voy por la posta, dijo el enfermo, ya es tiempo de que no te separes de mi cabecera, te lo ruego encarecidamente; no porque tengo miedo de los diablos, visiones ni fantasmas que dicen que se aparecen a esta hora a los moribundos. Sé que el pensar que todos los que mueren ven estos espectros es una vulgaridad, porque Dios no necesita valerse de estos títeres aéreos para castigar ni aterrorizar al pecador. La mala conciencia y los remordimientos de ella en esta hora son los únicos demonios y espantajos que mira el alma, confundida con el recuerdo de su mala vida, su ninguna penitencia y el temor servil de un Dios irritado y justiciero; lo demás son creederas del vulgo necio.

Para lo que quiero que estés conmigo es para que me impartas los auxilios necesarios en esta hora, y derrames en mi corazón el suave bálsamo de tus exhortaciones y consuelos.

No te apartes de mí hasta que expire, no sea que entre aquí algún devoto o devota que con el Ramillete u otro formulario semejante, me empiece a jesusear, machacándome el alma con su frialdad y sonsonete, y quebrándome la cabeza con sus gritos desaforados.

No quiero decir que no me digan Jesús, ni Dios permita que hablara yo tal idioma. Sé muy bien que este dulce nombre es sobre todo nombre, que a su invocación el cielo se goza, la tierra se humilla y el infierno tiembla; pero lo que no quiero es que se me plante a la cabecera algún buen hombre con un [212] librito de los que te digo, que tal vez empiece a

deletrear y, no pudiendo, tome la ordinaria cantinela de «Jesús te ayude, Jesús te ampare, Jesús te favorezca», no saliendo de esto para nada, y que conociendo él mismo su frialdad quiera inspirarme fervor a fuerza de gritos, como lo he observado en otros moribundos. Por Dios, amigo, no consientas a mi lado estos que, lejos de ayudarme a bien morir, me ayudarán a morir más presto. Tú sabes que en estos momentos lo que importa es mover al enfermo a contrición y confianza en la divina misericordia, hacerle que repita en su corazón los actos de fe, esperanza y caridad, ensancharle el espíritu con la memoria de la bondad Divina, acordándole que Jesucristo derramó por él su sangre y es su medianero y, por fin, ejercitándolo en actos de amor de Dios y avivándole los deseos de ver a su Majestad en la gloria.

Esto propiamente es ayudar a bien morir, pero no pueden hacerlo todos, y los que tienen instrucción y gracia para ello no se valen de aquellos gritos con que los tontos, lejos de auxiliar al moribundo, lo espantan e incomodan.

También te ruego que no consientas que las señoras viejas me acaben de despachar, con buena intención, echándome en la boca y en estado de agonizante caldo de sustancia ni agua de la palata. Adviérteles que ésta es una preocupación con que abrevian la vida del enfermo y lo hacen morir con dobles ansias. Diles que tenemos dos cañones en la garganta llamados esófago y laringe. Por el uno pasa el aire al pulmón y por el otro el alimento al estómago; mas es menester que les adviertas que el cañón por donde pasa el aire está primero que el otro por donde pasa el alimento. En el estado de sanidad, cuando tragamos tapamos con una valvulita, que se llama glotis, el cañón del aire y, quedando cerrado con ella, pasa el alimento por encima al cañón del estómago como por sobre un puente. Esta operación se hace apretando la lengua al paladar en el acto de tragar, de modo que nadie tragará [213] una poca de saliva sin apretar la lengua para tapar el cañón del aire, y cuando por un descuido no se hace esta diligencia y se va aunque sea una gota de agua, lo que llaman irse al galillo, el pulmón, que no consiente más que el aire, al momento sacude aquel cuerpo extraño, y a veces con tal violencia que se arroja hasta por las narices dicho cuerpo si es líquido. Cuando el agua verbigracia que se ha ido al pulmón pesa más que el aire que hay dentro, se ahoga el paciente; y, si es muy poca, la arroja éste, como se ha dicho.

Después que hagas esta explicación a las viejas, adviérteles que el agonizante ya no tiene fuerza, y acaso ni conocimiento para apretar la lengua; de consiguiente, cuando le echan en la boca, se va al pulmón, y si no tose es o porque esta entrada está dañada, o porque ya no tiene fuerza para sacudir, con lo que expira el enfermo más breve. Diles todo esto, y que lo más seguro es humedecerles la boca con unos algodones mojados, aunque todas estas diligencias son más para consuelo de los asistentes que para alivio de los enfermos.

En fin, Pelayo, por vida tuya haz que velen mi cadáver dos días, y no le den sepultura hasta que no estén bien satisfechos de que estoy verdaderamente muerto, pues no quiero ir a acabar de morir al campo santo como han ido tantos, especialmente mujeres parturientas que, no teniendo sino un largo síncope, han muerto antes de tiempo, y los ha enterrado vivos la precipitación de los dolientes.

Acabó don Pedro de hablar con el padre confesor estas cosas, y me dijo: compadre, ya me siento demasiado débil, creo que se acerca la hora de la partida, haz llamar al vecino don Agapito (que era un excelente músico) y dile que ya es tiempo de que haga lo que le he prevenido.

Luego que el músico recibió el recado, salió a la calle y a poco rato volvió con tres niños y seis músicos de flauta, violín y clave, y entró con ellos a la recámara.

Nos sorprendimos todos con esta escena inesperada, y más [214] cuando, comenzando a agonizar el enfermo, comenzaron también los niños a entonar con dulces voces, y acompañados de la música, un himno compuesto para esta hora por el mismo don Pedro.

Nos enternecimos bastante en medio de la admiración con que ponderábamos el acierto con que nuestro amigo se hacía menos amargo aquel funesto paso. El padre Pelayo decía: vean ustedes, mi amigo sí ha sabido el arte de ayudarse a bien morir. Con cualquier poco conocimiento que conserve ¿cómo no le despertarán estas dulces voces y esta armoniosa música los tiernos afectos que su devoción ha consagrado al Ser Supremo?

En efecto, se cantó el siguiente

Himno al Ser Supremo (17)

Eterno Dios, inmenso,

Omnipotente, sabio, justo y santo,
Que proteges benigno
Los seres que han salido de tus manos.
El debido homenaje
A tu alta majestad te rindo grato,
Porque en mis aflicciones
Fuiste mi escudo, mi sostén, mi amparo,
Y cuando sumergido
En el cieno profundo busqué en vano
A quién volver mis ojos
Entumecidos de llorar, e hinchados,
Extendiste en mi ayuda
Tu generosa y compasiva mano,
Que libre del peligro [215]
Al puerto me condujo ileso y salvo.
Tú, señor, desde entonces
Con impulso robusto has guiado
Por el camino recto
Mis vacilantes y extraviados pasos.
Mis vicios me avergüenzan.
Mis delitos detesto; con mi llanto
Haz, mi Dios, que se borren
Los asientos del libro de los cargos.
Y en esta crítica hora
No te acuerdes, Señor, de mis pecados,
A los que me arrastraba
La inexperiencia de mis pocos años.

Recuerda solamente
Que, aunque perverso, pecador, ingrato,
Soy tu hijo, soy tu hechura,
Soy obra en fin de tus divinas manos.
Si te ofendí yo mucho,
Mucho me pesa, y mucho más te amo,
Como a padre ofendido
Que mis crímenes tiene perdonados.
Seguro en tus promesas
Invoco tus piedades, y en tus manos
Mi espíritu encomiendo.
Recíbelo, Señor, en tu regazo.

Dos veces se repitió el tierno himno, y en la segunda, al llegar a aquel verso que dice: en tus manos mi espíritu encomiendo, lo entregó nuestro Pedro en las manos del Señor, dejándonos llenos de ternura, devoción y consuelo.

A la noticia de su muerte, acaecida a fines del mismo año de 1813, se extendió el dolor por toda la casa, manifestándolo en lágrimas no sólo su familia, sino sus amigos, sus criados y favorecidos que habían ido a ser testigos de su muerte. [216]

Se veló el cadáver, según dijo, dos días, no desocupándose en ellos la casa de sus amigos y beneficiados, que lloraban amargamente la falta de tan buen padre, amigo y bienhechor. Por fin se trató de darle sepultura.

Capítulo XVI

En el que el Pensador refiere el entierro de Perico y otras cosas que llevan al lector por la mano al fin de esta ciertísima historia

A los dos días se procedió al funeral, haciéndole las honras con toda solemnidad, y concluidas se llevó el cadáver al campo santo, donde se le dio sepultura por especial encargo que me hizo.

El sepulcro se selló con una losa de tecali, especie de mármol que compró para el efecto su confesor, haciendo antes esculpir en ella el epitafio y la décima que el mismo difunto puso antes de agravarse. Aquél era latino y los pondré aquí por si agradare a los lectores.

HIC IACET
PETRVS SARMIETO
(VULGO)
PERIQVILLO SARNIENTO
PECCATOR VITA.
NIHIL MORTE.
QVISQVIS ADDES
DEVM ORA
VT
IN ÆTERNVM VALEAT.

[217]

Lo que en castellano dice:

AQUÍ YACE
PEDRO SARMIENTO,
COMÚNMENTE CONOCIDO
POR
PERIQUILLO SARMIENTO
EN VIDA
NO FUE MÁS QUE UN PECADOR.
NADA EN SU MUERTE.
PASAJERO,
SEAS QUIEN FUERES,
RUEGA A DIOS LE CONCEDA
EL ETERNO DESCANSO.

Décima

Mira, considera, advierte,

Por si vives descuidado,
Que aquí yace un extraviado
Que al fin logró santa muerte.
No todos tienen tal suerte;
Antes debes advertir
Que, si es lo común morir
Según ha sido la vida,
Para no errar la partida
Lo seguro es bien vivir. [218]

A todos sus amigos agradaron estas producciones del difunto por su propiedad y sencillez. El padre Pelayo tomó un carbón del incensario y en la blanca pared del campo santo escribió, corriente calamo, o de improviso, el siguiente

Soneto

Yace aquí Periquillo, que en

su vida
Fue malo la mitad, y la otra bueno;
Cuando de la virtud estuvo ajeno
hasta llegó a intentar el ser suicida.
Tocole Dios, la gracia halló acogida
En su pecho sensible, y lo hizo ameno
Vergel de la virtud. Él murió lleno
De caridad bien pura y encendida.
¡Cuántos imitadores, oh querido,
Tienes en la maldad! Pero no tantos
Enmendados hasta hoy te habrán seguido.
Vamos tras del error y sus encantos
De mil en mil, y al hombre arrepentido
¿Lo imitan muchos? No, sólo unos cuantos.

Con razón o sin ella alabamos todos el soneto del padre Pelayo, unos por cumplimiento y otros por afecto o inclinación al poeta.

A imitación de éste escribió su amigo Anselmo la siguiente

Décima (18)

Ante este cadáver yerto

Me avergüenzo de mi trato. [219]
Fui con él amigo ingrato,
Y le debo aun cuando muerto
Mis alivios. Bien advierto
Que fue mi mejor amigo.
De su virtud fui testigo,
Y creo Dios lo perdonó,
Pues en mí favoreció
Y perdonó a su enemigo.

Como tenemos todos un poco de copleros a lo menos, fuimos escribiendo en la humildísima pared los versuchos que se nos venían a la imaginación y a la mano. Leída la décima anterior, tomó el carbón su amigo don Jacobo, y escribió esta

Octava

A este cadáver que una losa

fría
Cubre de polvo, yo debí mi suerte.
Encontreme con él un feliz día,
Me libró del oprobio y de la muerte.
Dicen que malo fue, no lo sabía;
Su virtud sólo supe, y ella advierte
Que el que del vicio supo retirarse
Es digno de sentirse y de llorarse.

Don Tadeo le quitó el carbón a Jacobo y escribió la siguiente

Quintilla

Yace aquí mi buen amigo

Que me calumnió imprudente.
Fui de su virtud testigo,
Él me socorrió clemente,
Y hoy su memoria bendigo.

Se le rodaban las lágrimas al maestro Andrés al leer los elogios de su amo, y el padre Pelayo, conociendo cuanto debía de amarlo, por ver lo que producía le dio el carbón y, por [220] más que el pobre se excusaba de recibirlo, nos rodeamos de él instándole a que escribiera alguna cosita.

Ello nos costó trabajo persuadirlo, pero por fin, hostigado con nuestras súplicas, cogió el tosco pincel y escribió esta

Décima

Me enseñó a rasurar perros

Este mi amo, a sacar muelas
A las malditas agüelas,
Y cuatrocientos mil yerros.
Pero no tendrá cencerros
De escrúpulos el mortorio,
Porque también es notorio
Que me enseñó buenas cosas,
Y tendrá palmas gloriosas
Al salir del purgatorio.

Celebramos como era justo la décima del buen Andrés, y seguí yo a escribir mi copla; pero antes de comenzar me dijo el padre clérigo: usted ha de escribir un soneto, pero no libre, sino con consonantes que finalicen en ente, ante, unto y anto. Eso es mucho pedir, padre capellán, le dije, sobre que me conozco chamboncísimo para esto de versos, ¿cómo quiere usted que haga un soneto? Y luego con consonantes forzados. Sin tantas fuerzas es la composición del soneto el castigo que Apolo envió a los poetas, según dijo Boileau, conque ¿qué será con los requisitos que usted pide? A más de que los acrósticos, laberintos, pies forzados, equívocos, retruécanos y semejantes chismes ya prescribieron, y con mil razones, y sólo han quedado para ejemplares de la barbaridad y jerigonza de los pasados siglos.

Todo eso está muy bien y es como usted lo dice, me contestó el padrecito, pero, como va usted a escribir esto entre amigos, en un campo santo, y no para lucir en ninguna academia, está usted autorizado para hacer lo que pueda y darnos gusto. Algo [221] hemos de hacer mientras que se acaba de colocar la piedra del sepulcro.

Pareciome impolítica porfiar, y así contra mi voluntad tomé el carbón y escribí este endemoniado

Soneto

Por más que fuere el hombre

delincuente,
Por más que esté de la virtud distante,
Por más malo que sea y extravagante,
Desesperar no debe neciamente.
Si se convierte verdaderamente,
Si a Dios quiere seguir con fe constante,
Si su virtud no es falsa y vacilante,
Dios lo perdonará seguramente.
Según esto es feliz nuestro difunto,
Pues, si en su mocedad delinquirió tanto,

Después fue de virtudes un conjunto.
Es verdad que pecó, mas con su llanto
Sus errores lavó de todo punto.
Fue pecador en vida y murió santo.

Alabaron mi verso como los demás, ya se ve, ¿qué cosa hay, por mala que sea, que no tenga algún admirador? Con decir que alabaron el verso de Andrés y la siguiente coplilla que le hicieron escribir al indio fiscal de San Agustín de las Cuevas, que para asistir al entierro de su amigo se vino a México luego que supo su muerte, se dijo todo.

La dicha copla, después de muchos comentarios que sobre ella hicimos a causa de que estaba ininteligible por su maldita letra, sacamos en limpio que decía:

Con esta y no digo más:

Aquí murió señor don Pegros,
Que nos hizo mil favores,
So mercé no olvidaremos. [222]

Ya no hubo quien quisiera escribir nada después que oyeron alabar la copla del indio, y así nos entretuvimos en copiar los versos con la ayuda de un lápiz que por fortuna se encontró en la bolsa don Tadeo.

Jamás esperaba yo que semejantes mamarrachos tuvieran la aceptación que lograron. De unas en otras se aumentaron tanto las copias que en el día pasan seguramente de trescientas las que hay en México y fuera de él (19).

Acabaron de poner la piedra y, habiendo el padre Pelayo, y otros sacerdotes que fueron convidados, dicho los últimos responsos sobre el sepulcro, tomamos los coches y pasamos a dar el pésame y a cumplimentar a la señora viuda.

Todos los nueve días estuvo la casa mortuoria llena de los íntimos amigos del difunto, y entre éstos fueron muchos pobres decentes y abatidos, a quienes socorría en silencio.

Ignorábamos hasta entonces que diera tantas limosnas y tan bien distribuidas. En su testamento dejó un legado de dos mil pesos para que yo los repartiera a estos pobres según me pareciera y conforme a las sólitras que para el caso me daba en el comunicado respectivo, en el que constaban en una lista los nombres, casas, familias y estados de los dichos.

Cumplí este encargo con la exactitud que todos los suyos; continué visitando a la señora y sirviéndole en lo que he podido, advirtiéndole siempre y aun admirando el juicio, la conducta, la economía y el arreglo con que se maneja en su casa; y así ha educado a sus hijos con tino tan feliz, que ellos seguramente honrarán la memoria de su padre y serán el consuelo de la madre.

Pasado algún tiempo, y ya más serena la señora, le pedí los cuadernos que escribió mi amigo, para corregirlos y anotarlos [223] conforme lo dejó encargado en su comunicado respectivo.

La señora me los dio y no me costó poco trabajo coordinarlos y corregirlos, según estaban de revueltos y mal escritos; pero por fin hice lo que pude, se los llevé y le pedí su permiso para darlos a la prensa.

No lo permita Dios, decía la señora muy escandalizada, ¿cómo había yo de permitir que salieran a la plaza las gracias de mi marido, ni que los maldicientes se entretuvieran a su costa, despedazando sus respetables huesos?

Nada de eso ha de haber, le contesté, gracias son en efecto las del difunto, pero gracias dignas de leerse y publicarse. Gracias son, pero de las muy raras, edificantes y divertidas. ¿Le parece a usted poca gracia ni muy común que en estos días haya quien conozca, confiese y deteste sus errores con tanta humildad y sencillez como mi compadre? No, señora, esto es muy admirable, y me atrevo a decir que inimitable. Hoy el que hace más se contenta con conocer sus defectos, pero en esto de confesarlos no se piensa; y aun son muy raros estos conocimientos, lo común es cegarnos nuestro amor propio y obstinarnos en solapar nuestros vicios, ocultarlos con hipocresía y tal vez pretender que pasen por virtudes.

Es verdad que don Pedro escribió sus cuadernos con el designio de que sólo sus hijos los leyeran; pero por fortuna éstos son los que menos necesitan su lectura, porque, sobre los buenos y sólidos fundamentos que puso mi compadre para levantar el edificio de su educación política y cristiana, tienen una madre capaz de acabar de formarles bien el espíritu, de lo que ciertamente no se descuidará.

En México, señora, y en todo el mundo hay una porción de Periquillos, a quienes puede ser más útil esta leyenda por la doctrina y la moral que encierra.

Mi compadre manifiesta sus crímenes sin rebozo, pero no lisonjeándose de ellos, sino reprendiéndose por haberlos cometido. [224] Pinta el delito, pero siempre acompañado del castigo, para que produzca el escarmiento como fruto.

Del mismo modo refiere las buenas acciones, alabándolas para excitar a la imitación de las virtudes. Cuando refiere las que él hizo, lo hace sobre la marcha y sin afectar humildad ni soberbia.

Escribió su vida en un estilo ni rastrero ni hinchado, huye de hacer del sabio, usa un estilo casero y familiar, que es el que usamos todos comúnmente, y con el que nos entendemos y damos a entender con más facilidad.

Con este estudio no omite muchas veces valerse de los dicharachos y refranes del vulgo, porque su fin fue escribir para todos. Asimismo suele usar de la chanza, tal cual vez, para no hacer su obra demasiado seria, y por esta razón fastidiosa.

Bien conocía su esposo de usted el carácter de los hombres; sabía que lo serio les cansa, y que un libro de esta clase, por bueno que sea, en tratando sobre asuntos morales, tiene por lo regular pocos lectores, cuando, por el contrario, le sobran a un escrito por el estilo del suyo.

Un libro de éstos lo manosea con gusto el niño travieso, el joven disipado, la señorita modista y aun el pícaro y tuno descarado. Cuando estos individuos lo leen, lo menos en que piensan es sacar fruto de su lectura. Lo abren por curiosidad y lo leen con gusto, creyendo que sólo van a divertirse con los dichos y cuentecillos, y que éste fue el único objeto que se propuso su autor al escribirlo; pero, cuando menos piensan, ya han bebido una porción de máximas morales, que jamás hubieran leído escritas en un estilo serio y sentencioso. Estos libros son como las

píldoras, que se doran por encima para que se haga más pasadera la triaca saludable que contienen.

Como ninguno cree que tales libros hablan con él determinadamente, lee con gusto lo picante de la sátira y aun le acomoda originales que conoce, y en los que el autor no pensó; pero, después que vuelve en sí del éxtasis delicioso de la diversión [225] y reflexiona con seriedad que él es uno de los comprendidos en aquella crítica, lejos de incomodarse, procura tener presente la lección y se aprovecha de ella alguna vez.

Los libros morales es cierto que enseñan, pero sólo por los oídos, y por eso se olvidan sus lecciones fácilmente. Éstos instruyen por los oídos y por los ojos. Pintan al hombre como él es, y pintan los estragos del vicio y los premios de la virtud en acaecimientos que todos los días suceden. Cuando leemos estos hechos nos parece que los estamos mirando, los retenemos en la memoria, los contamos a los amigos, citamos a los sujetos cuando se ofrece, nos acordamos de éste o del otro individuo de la historia luego que vemos a otro que se parece, y de consiguiente nos podemos aprovechar de la instrucción que nos ministró la anécdota. Conque vea usted, señora, si será justo dejar sepultado en el olvido el trabajo de su esposo cuando puede ser útil de algún modo.

Yo no elogio la obra por su estilo ni por su método. Digo lo que puede ser, no lo que es en efecto. Mucho menos digo esto por adular a usted. Sé que su esposo era hombre y, siéndolo, nada podía hacer con entera perfección. Esto sería un milagro.

La obrita tendrá muchos defectos, pero éstos no quitarán el mérito que en sí tienen las máximas morales que incluye, porque la verdad es verdad, dígala quien la diga, y dígala en el estilo que quisiere, y mucho menos se podrán tildar las rectas intenciones de su esposo, que fueron sacar triaca del veneno de sus extravíos, siendo útil de algún modo a sus hijos y a cuantos leyeran su vida, manifestándoles los daños que se deben esperar del vicio, y la paz interior y aun felicidad temporal que es consiguiente a la virtud.

Pues, si a usted le parece, me dijo la señora, que puede ser útil esta obrita, publíquela y haga con ella lo que quiera.

Satisfechos mis deseos con esta licencia, traté de darla a luz sin perder tiempo. ¡Ojalá el éxito corresponda a las laudables intenciones del autor.

FIN

[226]

Pequeño vocabulario

De las voces provinciales de origen mexicano usadas en esta obra, a más de las anotadas en sus respectivos lugares

A

Acocote: de Acocotli, guaje o calabazo prolongado de que usan los indios para extraer el aguamiel de los magueyes ya raspados.

Ahuizote: de Ahuizotl, cierto animalejo de agua como perrillo. Animal de mal agüero. Véase la nota de la página 59 del tomo 1.º.

Amilpa: Véase Milpa.

Atole: Bebida y alimento regional muy sano y de fácil digestión, resultado de varias operaciones que se hacen con el maíz, de cuya pepita interior es una legítima horchata.

Axcan: adverbio. Ahora. Así, eso es, así es.

C

Cacaxcle: de Cacaxtli. Véase la nota de la página 60 del tomo 3.º.

Cajete: Vasija de barro poroso y sin barniz en que solía darse el pulque en las pulquerías a los que lo bebían allí mismo, y un ella adquiría cierto saborcillo agradable. Hoy se le han sustituido los vasos comunes.

Chambón: Parece que es corrupción de Chanflón. Adjetivo. Hombre de pocos conocimientos o de poca destreza en su oficio o ejercicio.

Chichi, Chichigua: Ama de leche, nodriza. Derivado de Chichitl en la acepción de bofes, porque también significa saliva. De esta misma voz se derivan: Chichini, el que mama; Chichinipul, mamón; Chichinalaapilol, tetona o mujer de grandes tetas; Chichinalayoatl, suero; Chichinalayotl, leche; y Chichinalli, teta.

Chilaquil: Tortilla en caldo de chile y, por analogía, sombrero [227] descompuesto o desarmado de modo que las faldas estén caídas o arrugadas.

Chile: De Chilli, ají o pimiento de América.

Chinguirito: Véase la nota de la página 89 del tomo 2.º.

Chiquihuite: De Chiquiuitl, cesto o canasta.

Cisca: Color encendido del rostro por la vergüenza.

Ciscarse: Verbo recíproco. Avergonzarse, ponerse colorado de vergüenza.

Clemole: Véase Tlemole.

Cuate: Véase Mellizo. Gemelo.

Cucharero: Adjetivo. Ladrón ratero.

G

Guaje o Huaje: Calabazo. Como adjetivo se aplica al hombre bobo, distraído y poco reflexivo.

Guajolote: Pavo americano. También se aplica como adjetivo al hombre torpe en sus acciones y movimientos, distraído y poco reflexivo.

Guaracha, Guarache: Cacle o sandalia.

I

Itacate: De Ytacatl. Véase la nota de la página 159 del tomo 1.º.

J

Jacal: De Xacalli. Choza, bohío o casa de paja, cañaveral o carrizo.

Jauja: Véase la nota de la página 46 del tomo 4.º.
Jícara o Xícara: Vasija formada del fondo de un guaje o calabazo.
Están comúnmente barnizadas y pintadas al estilo de China.
Jonuco: Rincón o cobacha pequeña, húmeda y oscura.

M

Macuache: Indio bozal o semibárbaro. Suele también llamársele Bacuache o Pacuache.

Manga, Mangas: Manta grande, sin esquinas y redondeada en los dos extremos, con una abertura en el centro por donde se mete la cabeza. Se hacen de paño o de lana tejida en cordoncillo. Se forran de indiana u otro género de algodón y se adorna la abertura del medio con terciopelo [228] de color oscuro y flecos de seda, o con galones y flecos de plata u oro, cuyo adorno llaman dragona.

Mecapal: De Mecapalli. Cordel con su frentero de piel curtida para llevar carga a cuestras.

Mecate: De Mecatl. Cordel o soga.

Meco: Indio bárbaro o salvaje, se les dice comúnmente a los que no lo son, por apodo.

Metate: De Metlatl. Piedra lisa con tres pies donde las mujeres, hincadas de rodillas, muelen el maíz.

Metlapil: De Metlapilli. Mano o moedor de piedra, cuya forma es parecida a un huso, que sirve para moler el maíz en el metate.

Milpa: De Milli. Heredad. Solar o pedazo de tierra en que siembran los indios maíz y otras semillas. Del mismo nombre se derivan: Milpanecatl, labrador o aldeano, y Miltpantli, linde entre heredades de muchos.

Molcajete: Vasija de barro vidriado con tres pies pequeños, y áspero por dentro, que sirve de mortero o molino de mano. También se hacen de piedra compacta.

Mole: Véase Tlemole.

Mulato: El que nace de español y negra, o viceversa, así como se llama Mestizo el que nace de español e india o de indio y española, y Lobo de negro e india o de indio y negra.

N

Nene: De Nenetl, que en mexicano significa la natura de la mujer y los monos o muñecos con que juegan los niños. Se aplica a toda clase de juguetes y, por desprecio, al hombre desmedrado o cobarde.

P

Petate: De Petlatl. Estera.

Picha: Véase la nota de la página 136 del 2.º tomo.

Pichancha: Cubeta de cuero o de madera de que hacen uso los tocineros

para echar lejía o agua en las pailas donde se fabrica el jabón.

Pichicuaraca: Se usa familiarmente para designar la amiga con que se vive en ilícita mancebía.

Pilguanejo: De Pilhua, que en mexicano significa la persona que tiene hijos y, usando de esta voz los indios recién conquistados [229] para designar al fraile que los tenía a su cargo, se han llamado Pilguanejos los mozos de los frailes.

Pilón: Antiguamente se fabricaban unos panecitos o piloncillos de azúcar de la misma forma que los grandes, y se daba uno al que en las tiendas de pulpería, o cacahuaterías, como se llamaban entonces, en las velerías y otras casas de comercio, compraba medio real de alguna cosa.

Después se generalizó más el nombre, llamándose pilón todo lo que se daba gratis, o como ganancia o premio al que compraba medio de cualquiera cosa.

Mas posteriormente se le dio al pilón un valor fijo, dividiéndose el real en dos medios, cuatro cuartillas y ocho tlacos, cada tlaco en dos mitades y cada mitad en dos pilones, equivaliendo cada uno a seis cacaos, pues con éstos se suplía en el menudeo la falta de moneda de cobre.

En estos últimos tiempos se le dio otro valor acuñándose monedas pequeñas de cobre por mitad de un tlaco u octavo, y se han llamado generalmente pilones; pero, amortizado el cobre viejo, en la nueva acuñación no se han fabricado monedas de este valor.

R

Rancho: Cortijo dependiente o separado de alguna hacienda de labor, o el lugar donde forman sus chozas los labradores para descansar en la noche, cuando queda a mucha distancia su pueblo.

Rancho: El que habita en estas chozas.

S

Sarape: Especie de frazada tejida en cordoncillo y cargada de colores vivos, con abertura en el centro para meter la cabeza.

Socucho o Sucucho: Pieza larga y muy angosta que, no pudiendo habitarse por no prestar comodidad para amueblarse convenientemente, sólo sirve como de bodega o prisión provisional.

Sombrero de petate: Se llama así el construido de paja o palma, principalmente el ordinario que usan los indios.

T

Tajamanil: Véase Tejamanil.

Tapextle: De Tlapextli. Camilla portátil, hecha de varas, para conducir enfermos, piezas grandes de loza, etc.

Tecolote: De Tecolotl. Búho. [230]

Tejamanil: Tira delgada de madera como de una vara de largo y una

sesma de ancho que, colocado de modo que un extremo quede debajo de otra tira, suple la teja de barro, y de este modo se forman los tejados de madera.

Tejolote: De Texolotl. Mano de piedra para moler en el molcajete.

Tencuas: Labios desbordados o bordes lastimados. Metafóricamente se dice en mexicano Tencuauitl, hombre de mala boca. Se llaman Tencuas comúnmente los que nacen con un labio roto o los que han quedado así por alguna herida o golpe.

Tepalcate: De Tepalcatl, tiesto o pedazo roto de vasijas de barro.

Tépehuaje: Madera compacta y dura del árbol así llamado.

Tianguis: Feria o día destinado en cada pueblo o lugar corto para la venta y compra de lo que se lleva de otras partes para su abastecimiento y consumo.

Tilichis: Véase la nota de la página 140 del tomo 2.º.

Tlecuil: De Tlecuilli. Hogar u hornilla formada con tres piedras sobre las que se coloca el comal para las tortillas o la olla para guisar la comida. En el espacio que dejan las piedras se acomoda la leña o el carbón.

Tlemole: Guiso hecho con chile colorado molido, tomates y especias.

Tompiate: Especie de banasto formado y tejido con palma en vez de mimbre.

Topil: De Topile. Alguacil. Topilli, bordón, asta de lanza o vara de justicia.

Z

Zopilote: De Zopilotl. Especie de aura o buitre.

Zarazón: Se dice de los frutos y granos cuando empiezan a madurar o llenar, y metafóricamente se aplica a los bebedores cuando empiezan a emborracharse.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo